

HISTORIA ANONIMA DE UN LABORAL

1

La vida giraba placentera a mis jóvenes trece años en aquel pueblo serrano, donde en esas fechas de 1.965, y aun a pesar del régimen político por el que se regía el país en aquel entonces, de lo que yo apenas me enteraba, solo de lo que podía captar y de lo que oía hablar a mi padre en voz baja y en contadas ocasiones.

Al terminar el curso correspondiente de primaria, el maestro de turno incitaba y hasta casi obligaba, a que asistiéramos a los campamentos que el Frente de Juventudes organizaba todos los años, en unas instalaciones de la sierra, no muy lejos del pueblo y a los que yo anhelaba ir, porque allí iban todos mis amigos y seguro que me lo pasaría muy bien, pero he ahí, que mi padre nunca me dejó asistir, se cerraba en banda, aun a pesar de que seguro que tendría que soportar algunas presiones de determinados poderes fácticos del pueblo. En aquellos momentos se le ponía mala leche, porque no dejaba de rogarle para que me dejara ir. No fue así, mi padre fue muy tajante en ese aspecto. Pasado algún tiempo comprendí que su postura, era la correcta, tenía el hombre sus razones de peso y un día me las explicó detalladamente.

Yo vivía feliz, era muy buen estudiante, tampoco es que tuviera mucha oposición para ser el primero de la clase, recuerdo que cuando me examiné para el certificado de estudios primarios, fui el que antes terminé la prueba y el que más nota obtuve, y claro está, mis padres se pusieron muy contentos con ello y ya pensaban y le daban vueltas a la cabeza, para ver la forma de mandarme al empuje del curso siguiente a la capital, para hacer el bachillerato.

Mi afición de aquel entonces era jugar al fútbol, en un campo que acondicionamos lo mejor que pudimos, muy cerca de la escuela, allí aprovechábamos cada minuto del recreo y al salir del colegio por la tarde, jugábamos partido tras partido hasta que se hacía de noche.

2

Recuerdo al cura del pueblo, D. Carlos de la Rica, asturiano de nacimiento, poeta, intelectual, magnífica persona y comunista convencido, (yo por aquel entonces no sabía que significaba esa palabra, y si algo había llegado a mis oídos y comentándola con miedo, lo que percibía es que no le daban muy buena propaganda, dadas las circunstancias en que vivíamos, el citado cura tenía una manera de enseñar la religión que nunca y a pesar de los curas que conocí después, lo desarrollaban como él lo hacía. Aún tengo un libro de poesías de algunos de los que escribió y que conservo con cariño, cuyo título es “Poemas junto a un pueblo” y que lo he leído algunas veces, y aún me pregunto cómo en aquellas fechas le publicaron aquel libro y no lo vetaron, en la portada del mismo en la que aparecía la foto de una multitud de personas en la que se aprecia de forma muy difuminada la hoz y el martillo, y no solo por eso sino por el mensaje político de sus poesías.

Mi padre no era muy amigo de las misas, y nada de practicante en todos los actos del pueblo en lo referente a la iglesia, eso sí en mi vida nunca, pero que nunca, le oí

mientras vivió el hombre, ninguna blasfemia ni palabra malsonante y muy rara vez un taco, lo único que decía cuando le salía algo mal o se enfadaba era “copote”.

Asimismo, y cosa rara y que nunca le pregunté por que lo hacía, era que nos ordenaba tanto a mí como a mis hermanos que fuéramos los domingos a misa en el pueblo, que él se enteraría si cumplíamos su mandato, a ver quién era el guapo que no asistía y también el que entendía su raro proceder.

Asimismo también recuerdo al practicante D. Federico Campos, arqueólogo y espeleólogo, profundo conocedor de todo el término municipal del pueblo, en lo que se refería a vestigios iberos y de otros asentamientos posteriores, en que halló muchísimo material que está depositado en el Museo Arqueológico de la provincia.

Aún creo verlo por las calles del pueblo con sus pantalones cortos y vestido de explorador con unas buenas botas, una mochila y una piqueta.

Recuerdo, que, como a mí me gustaba mucho caminar por el campo y los montes cercanos, que una vez algo retirado del pueblo y en el denominado “Cerrito de la Arena”, y al que había que llegar por una elevada pendiente, hallé una pequeña placa lisa con algunas letras en latín y muy bien conservada, la cual le entregué al practicante, cosa que me agradeció mucho.

Quiero tener también un recuerdo cariñoso al maestro que siempre tuve en aquel pueblo, D. Saturnino Abalos, que se preocupaba hasta la extenuación de que adquiriéramos todos los conocimientos posibles, no solo lo que constaba en los libros de texto.

3

Pues efectivamente y acabando el mes de Mayo, me acerqué a la capital dos veces, una a examinarme para ingreso en el Instituto de Enseñanza Media Alfonso VIII de la capital, y que en caso de resultar apto, sería merecedor una beca económica, y la otra para ingreso en una de las Universidades Laborales que en esa época existían en España, y que nos enteramos por un impreso que un día mi padre apareció con el y que no sé de que forma lo había podido obtener y en el caso de obtener plaza en alguna de ellas obtendría una beca cuyo importe se lo quedaría el Centro y el mismo Centro se haría cargo con todos los gastos de estudios, residencia, manutención y ropa.

El caso es que en pocos días ya estaba haciendo exámenes en el Centro de Bachillerato y también en la Escuela de Maestría Industrial ésta vez para estudiar en una Universidad Laboral, y que en caso de aprobar me vería abocado a ingresar interno en unos de los centros de Gijón, Tarragona, Zamora, Córdoba o Sevilla. La anécdota que me pasó en este último examen es que al ir a realizarlo comprobé que se me había olvidado el bolígrafo y tuve que hacerlo con el de otro examinante que me prestó uno, pues si que empezábamos bien.

Dichas pruebas me resultaron sencillas y claro salí muy contento, ya que estaba seguro de haber pasado sin problemas el trance.

Para los desplazamientos me acompañó mi madre, tomando el tren en la estación del pueblo.

Sobre los quince días recibí una carta que enviaba el Instituto de Enseñanza Media en la que comunicaba que había aprobado el examen y que tenía reservada plaza para el ingreso en ese Centro, para lo cual me asignaban una beca consistente en 10.000 ptas. en el caso de alta en él, y que harían efectivo en la Secretaría del mismo.

No pasaron muchos días y recibí del Servicio de Universidades Laborales otra notificación en la que me comunicaban que había aprobado la prueba para ingreso en una Universidad Laboral, para realizar estudios de Formación profesional, y que la ciudad que me habían asignado para ingresar como interno era la de Sevilla, y que ya recibiríamos comunicación de la Universidad a la que me habían asignado.

Mis padres se alegraron muchísimo, yo también por supuesto, pero a continuación surgió el dilema, ¿Qué íbamos hacer?, ¿Qué opción elegiríamos?, mi madre apostaba por la capital, mi padre al contrario por ir a Sevilla, al final decidí yo y mi opinión fue Sevilla también, aunque sabía casi seguro, que si hubiera dicho la capital, sería Sevilla el resultado. Mi padre pesaba mucho y eso lo sabíamos todos. Mi padre en una visita a la capital realizó el acto de renuncia a la beca en el Instituto de Enseñanza Media.

4

Bueno pues ya estaba embarcado en la aventura, la aventura que luego marcó mi vida, la maravillosa aventura de mi adolescencia y un recuerdo muy agradable para esta edad que poseo y poseemos los que allí estuvimos.

Ese verano, significó para mí la ilusión que se acercaba a pasos agigantados cada día que pasaba, me decían los amigos que por cierto me tenían mucha envidia sana, que ellos también se vendrían conmigo.

Por otra parte cuando se iba acercando la hora, comencé a darme cuenta que tenía que dejar muchas cosas de lado, la primera no haberme separado nunca de la familia, cosa que le ocurriría a todos normalmente, los amigos, el colegio, el pueblo y todo lo que rodeaba, además viendo lo lejano que estaba Sevilla, no podría regresar al pueblo cuando yo quisiera, como así fue. De esa forma se fueron fundiendo ilusión y temor, obteniendo una mezcla muy difícil de aplicar y que tornaba de uno a otro sin yo poder hacer nada para remediarlo.

Ya entrado Septiembre, en mi casa estábamos muy pendientes de la carta que debía llegar de la Universidad, conforme se iban pasando los días y la carta no llegaba, el nerviosismo empezó a reinar en mi padre y claro me lo contagió a mí también.

Una tarde al regresar mi padre de su trabajo como capataz de Obras Públicas, no se dirigió al bar como otras tardes a tomarse una cervecita, después de haber estado todo el día al sol en las desnudas carreteras de los alrededores, y observamos como se llevaba las manos a la cabeza en una actitud que nos preocupó un poco. Mi madre le preguntó que qué le pasaba y nos dijo de sopetón “que la culpa de que no llegara la carta debía ser porque se habrían enterado en Sevilla, de la beca del Instituto y que habrían anulado la de la Universidad y ahora no tendría beca y posibilidad de estudiar”. Mi madre y yo le quisimos convencer de que eso no podía ser, pero no había consuelo para él. Creo recordar que una minúscula lágrima le caía ojo abajo. Solo había visto antes un día llorar a mi padre y fue el día que murió mi abuelo.

Fueron pasando los días, y yo todas las tardes me dirigía a la estafeta de Correos, cuando el cartero llevaba la saca con la correspondencia que traía el tren correo y allí dentro esperaba que llegara la ansiada carta, pero ni por esas.

Era principios de octubre, y ese día tampoco se recibió la carta, pero si un telegrama que venía firmado por el Rector de la Universidad Laboral, comunicando que tendría que incorporarme a la misma lo antes posible y que ya habían remitido una carta urgente con la dirección exacta, remitiendo instrucciones para la incorporación y algunas cosas más como el numerado de la ropa y efectos que debería llevar. Mas tarde me enteré que si llegaban las cartas pero con la misma dirección pero a la capital, el pueblo lo omitían y claro las devolvían nuevamente a Sevilla.

Mi padre durmió como un bendito esa noche y yo no dormí porque las cosquillas en el estómago no me dejaban.

5

En cuestión de dos tres días lo tuvimos todo arreglado, mi madre se ocupó de comprar la efectos que tenía que llevar y asimismo bordó los números a la ropa que debía también llevar. Me habían asignado el 1.240, número que conservé hasta el final de mi estancia en Sevilla. A ese número le tuve y le tengo un cariño especial, no juego mucho a los juegos de azar, pero cuando juego el 12 y el 40 van fijos.

En esos momentos yo me encontraba muy nervioso, una nueva vida empezaba ya, fuera de mi pueblo, fuera de mis costumbres, y encima llegaba tarde pues el curso ya había comenzado hacía unos días.

Así que una mañana que sería más o menos la del 8 de octubre y acompañado de una maleta vieja pero en buen estado, porque la habíamos gastado poco, y de mi padre que se desplazaba a Sevilla conmigo, no tuve otro remedio que despedirme de mi madre y mis dos hermanos más pequeños que yo, fue en la estación del pueblo y en el tren correo Valencia-Madrid, destino Aranjuez, donde enlazaríamos con el de Madrid-Sevilla. Para mi una aventura alucinante, llena de incógnitas e ilusiones y un cosquilleo en la barriga que desde hace unos días lo tenía instalado en el estómago.

No me dá vergüenza ahora decir que lloré en ese momento de la despedida cuando procedí a besarlos y abrazarlos, pero la verdad es que no me acuerdo, posiblemente si, ¿Cuándo volvería nuevamente al pueblo?, no tenía respuesta para eso. De todas formas pronto las tendría.

El tren de vapor llegó, paró, e inmediatamente siguió su camino, con un chirrido de sus ruedas y un silbido estridente, que me atravesó de parte a parte mis entrañas. La máquina de hierro empezó a soltar un humo negro, muy negro e inició una lenta y progresiva marcha. A través de la ventanilla se iba alejando mi familia, no dejando de agitar la mano. Un momento duro en mi vida, para qué negarlo.

Mi pueblo se iba quedando atrás, difuminado por un denso y en ese momento humo blanco de la estela que dejaba el maldito o bendito tren, según se mirara y yo con mi mente puesta en ese futuro que había comenzado unos minutos antes, con un ataque de autismo o en una especie de nube que gracias a Dios no duró mucho.

No podría defraudar a mis padres que esperaban mucho de mí, lo que si tenía claro, es que por mi no iba a quedar.

Solo llevaba media hora de viaje y ya echaba de menos mi pueblo, ya lo añoraba, también los miles de pensamientos me agolpaban, circulando por mi cerebro, y se acentuaban por los molestos traqueteos del vagón que parecía salirse de las vías. Tan pronto me encontraba rebosante de ilusión, como al momento me inundaban miles de dudas y en mi subconsciente se iban acumulaban los fantasmas, mientras mis ojos pegados a la amplia ventana del compartimento veían pasar la baja serranía de mi provincia.

Habíamos entrado ya en la provincia de Madrid, Aranjuez quedaba ya muy cerca, mi padre anteriormente ya se había enterado de todos los pormenores del viaje, tales como horas de salida de los trenes y demás circunstancias.

Habíamos llegado a Aranjuez, era la primera vez que salía fuera de mi provincia y la estación me pareció preciosa y enorme, con un edificio inmenso y bastante tráfico de trenes que paraban y seguían su marcha en poco espacio de tiempo.

Nos quedaban unas dos horas para tomar el expreso de Andalucía, y allí sentados los dos en un banco de madera y entreteniéndonos viendo el ajeteo de personas y trenes, fue pasando el tiempo.

Mi padre de vez en cuando me daba consejos el hombre, que si tenía que estudiar mucho, que debía ser muy obediente, y portarme bien y yo contestándole que no se preocupara. Mi padre en el fondo sabía que sería así, yo nunca le había dado ni el más mínimo problema y creo que repetía los consejos de una manera automática.

Sobre las diez de la noche (creo recordar que fue a esa hora), subimos a un tren muy largo que ya nos llevaría directamente a Sevilla y todo ello por haber hecho correctamente un examen tiempo atrás, “pero en que lío me había metido”. En fin había que afrontar el cambio de status que tomaba mi vida a mis pocos años de edad, hasta ese momento todo lo tenía resuelto y casi sin ninguna responsabilidad, en adelante todos mis problemas los tendría que resolver yo solito, aunque pronto gracias a Dios no lo vería todo de color tan negro como la noche que ya reinaba sobre el cielo de Aranjuez.

El tren se movió muy lentamente y el estómago me dio un pinchazo o eso yo creí, ahí empezaba mi aventura, mi larga aventura por tierras andaluzas, y que tantas raíces agarraron en la tierra que me esperaba con los brazos abiertos.

Estaba previsto que el tren llegara a Sevilla sobre las ocho horas del día siguiente, así que me esperaban muchos kilómetros y una larga noche para pensar y pensar, y no poder entretenerme, claro está, contemplando el paisaje.

La noche fue muy larga, tediosa, cuando paraba, leía el nombre de las estaciones para situarme, algunas veces lo conseguía y otras no tanto, y conforme nos íbamos acercando al destino, los nervios que atenazaban mi estómago iban creciendo en intensidad. No era lo mismo incorporarte tu solo que hacerlo con cientos de jóvenes, la masa te hace más fuerte, te anima, pero el destino era el destino.

No me acuerdo, si logré dormir durante el viaje, algo descansaría, aunque mi estado de excitación no me dejaría hacerlo durante mucho tiempo.

Estaba amaneciendo y Sevilla estaba ya muy cerca, ya veía campos de naranjos y un horizonte con niebla a lo lejos, seguro que haría un buen día, que no era poco, pero eso ya pertenece a otro capítulo.

7

Entrábamos en Sevilla, la niebla casi había desaparecido por completo, y ya divisaba una ciudad con una claridad, que yo nunca había observado otra igual, resplandeciente, con muchas casas blancas y amarillas, que acentuaban la luz, pisaba por primera vez lo que mas tarde pisaría millones y millones de veces y veía una ciudad que luego y con el paso del tiempo amaría como yo no me podía imaginar, mas tarde comprendí que yo era un romántico y en ese momento no lo podía apreciar.

Pero volvamos a la realidad, nos encontrábamos en la Estación de San Bernardo, en todo el centro de la ciudad, mi padre, yo, y mi maleta. Ya estaba en la tierra prometida como decían las Santas Escrituras, sentía una grandísima emoción dentro de mí, me faltaban ojos para ver todo, pero debería tener paciencia, ya habría mas ocasiones, pero claro yo no sabía en ese momento, los largos años que pasaría por suerte en esa ciudad que tanto quiero.

Con la dirección de unos amigos de mis padres, José y Carmela, que así se llaman y que precisamente vivían en Sevilla, allí nos dirigimos, no me acuerdo en que medio lo hicimos, si fue en taxi o en algún autobús, pero sé que al poco tiempo, estábamos en la avda. de El Greco, en el polígono de San Pablo, muy cerca del barrio de Nervión, que en ese tiempo ya estaba muy cerca del extrarradio y que hoy en la actualidad, es casi centro de la ciudad.

Ya sabían que yo iba a estudiar allí a “La Laboral”, como decían ellos, una carta remitida por mis padres, así se lo anunciaba.

Cuando llamamos a la puerta de su piso, del que no me acuerdo el número, solo que era un primero, apareció Carmela, y no se podía creer que éramos nosotros los que estábamos allí, recibiéndonos, con una alegría inmensa y sincera, y que les he agradecido siempre, porque se portaron inmensamente bien conmigo, en las muchísimas veces que fui a visitarles en los años siguientes y como ya contaré en su momento.

Carmela se encontraba sola, ya que José estaba en el trabajo, precisamente en la Renfe, y que vigilaba un paso a nivel no muy lejano al domicilio donde vivían y donde ahora se encuentra la Estación de Santa Justa.

Después de desayunar, y a la vista de las indicaciones de Carmela, nos dirigimos a saludar a José. Pronto dimos con el, (tengo que decir que como buen andaluz, poseía un humor fuera de lo común). Aun lo creo ver, con su banderín rojo en la mano y con su gorra puesta, y que al vernos exclamó con tono de incredulidad y de alegría, con esta frase que a mi nunca se me olvidará, “Me caguen la mare que parió a siete y ocho”. Tengo que explicar que hacía un año que ellos nos habían visitado a mi familia en mi pueblo, acompañados de sus dos ojos hijos, dada la condición de trabajador de Renfe, por lo que el viaje les salía gratis.

Sobre las cuatro de la tarde, José nos acompañó a mi padre, a mí y a mi maleta hacia la Universidad Laboral. Nosotros, claro está, no sabíamos ni donde se encontraba, ni como era, ni nada de nada, solo donde nos llevara el bueno de José, que cada palabra que le salía se su boca, en su gracioso acento andaluz, le acompañaban dos chistes o chascarrillos. Pero yo no estaba para muchos chistes, tenía el estómago, encogido, acojonado y muchas cosas mas y estaba ido y perdido en una maraña de pensamientos.

Tomamos un autobús rojo y chato en la Avda. del Cid, mi primer viaje entre los cientos y cientos que vendrían mas tarde, un autobús que lentamente, pasó bordeando por detrás la plaza y las torres de la Plaza de España, yo en ese momento no sabía el nombre ni admiré su belleza, pero ya tendría tiempo de saborearlo. Seguimos por la calle Felipe II y poco tiempo después llegamos al extrarradio de la ciudad, en ese momento fue cuando José y extendiendo su mano me indicó, “Aquellos edificios que se ven son la Laboral”.

Efectivamente, a lo lejos, se divisaban unos bloques de color ladrillo y pintados de varios colores en una extensión muy grande y con una torre del mismo color rojo y extremadamente alta y que yo nunca había visto ninguna de tanta altura, a mi me parecía una cosa irreal. Así que esa iba a ser mi casa a partir de ahora.

Aun tuvimos que pasar por un barrio a la derecha, lleno de chabolas muy humildes y que a mi me impresionaron mucho, y no solo en ese momento, sino siempre que tuve que pasar a su vera sentía lo mismo, y también por un río con el agua muy sucia y negruzca y que José me indicó que era el río Guadaíra y que pasaba cerca de las inmediaciones de La Laboral.

Entramos en el recinto universitario, y yo, mudo, absorto, sin querer perder detalle de todo lo que observaba a mí alrededor, la torre me dejó anonadado, y los edificios tan modernos también, yo estaba en una nube. Aun me dio tiempo de ver de refilón, como varios campos de deportes y unos edificios abiertos y que albergaban unos pequeños campos de futbol, luego me enteré que era un campo de hockey y que yo no sabía lo que era eso.

El autobús paró en una plaza grande y coqueta, por la que asomaba muy cerca la torre, ya estaba en la Uni, todo me parecía enorme, de dimensiones inmensas y eso en cierto modo me animó, por lo menos estaríamos mucho tiempo al aire libre.

Cuando observé el pasillo con muchas columnas, que empezaba a un costado de la plaza, me llevé otra sorpresa, me parecía que no tenía fin y con muchos edificios a sus costados. Ahora cuando he visitado la Uni alguna vez, ya no me parece tan grande. Las distancias cambian en tu memoria en el tiempo transcurrido.

José preguntó por el Colegio San Isidoro, que era donde me tenía que presentar y hacia el nos dirigimos, y yo andando como encogido, los acontecimientos tan rápidos, se habían volcado en mi cerebro y no me dejaban pensar, ni casi respirar y solo me dejaba llevar. Hasta creí ver pasar un cura con una sotana negra muy negra, o eso a mi pareció, al momento comprendí que mi vista no me había engañado.

A la derecha una placa de plástico rojo adosada a la pared y con la inscripción de Colegio San Isidoro-Residencia, nos indicaba que habíamos llegado a nuestro destino.

Dio la circunstancia, válgame Dios, que había un cura en la puerta del Colegio, vaya tela pensé, (bueno lo de tela no lo pensé, esa palabra la aprendí mas tarde).

En ese precioso momento yo, ya no era yo, yo no existía, era un autómatas y todo por una beca que había conseguido aprobar mediante un examen y por esa razón me veía yo en esa situación, de acojonamiento severo y prolongado, además del corazón desbocado.

El cura que estaba a la puerta del Colegio, nos dio la bienvenida a la vista de la documentación que portábamos y el se presentó como Arturo Fraile, coadjutor del Colegio.

A partir de ese momento los acontecimientos se desarrollaron de forma muy veloz, ya que en breves momentos tuve que despedirme de mi padre y de José, así el cura con una amabilidad fuera de lo común, les tranquilizó, explicándoles que ya se hacía cargo de mí, que todo iba a ir bien.

Dí un abrazó muy fuerte a mi padre y a José y quedé solo ante el peligro, igual que el matador de turno ante un Victorino (vaya hombre que casualidad, mi padre se llamaba Victorino, y digo se llamaba porque falleció no hace mucho tiempo).

Aquel pasillo tan largo fue el testigo de unos momentos tristes, con un amago de lágrimas que intentaban y que algunas conseguían salir al exterior de mi cuerpo indefenso, cuando los ví alejarse a los dos, y allí me quedaba yo orilla de aquel cura con esa túnica negrísima, con mil botones también negros y con una cara que también me pareció negra, aunque esto último no podía ser, hubiera querido hundirme en tierra negra. Pero solo fueron décimas de segundo.

El cura y yo, introduciéndonos dentro del Colegio, empezó a explicarme cosas e instrucciones que debería saber, y que yo intentaba oír y no oía, y mi oído no quería o no las entendía.

A partir de esa hora, tengo que decir que en mi recuerdo tengo lagunas en la memoria, debido a la gran cantidad de tiempo transcurrido, aunque creo recordar que el coadjutor me subió a los dormitorios, que por cierto me parecieron inmensos y me indicó la cama y el armario de una habitación seis camas que daba a un pasillo largo con puertas que daban a muchas mas habitaciones.

Allí dejé la maleta y me acompañó al exterior otra vez. En ese momento una potente sirena y con un sonido profundo y largo agitó mis entrañas y casi puedo decir que me asustó.

Del edificio de enfrente comenzaron y muy ordenadamente, o eso me pareció a mi, a salir muchachos como yo, mas o menos de mi misma edad y casi todos vestidos de la misma forma, con un jersey verde de pico y un pantalón de color marrón claro y se paraban en la puerta a coger una barrita de pan y una chocolatina.

Yo me quedé observando y el cura me dijo que volvía al momento, así fue en unos instantes me ofreció la barrita y la chocolatina Nestlé y aunque el esófago lo tenía totalmente cerrado, me lo comí como pude.

Desde ese momento me di cuenta, que una nueva forma de vivir empezaba, mi vida había cambiado bruscamente y que había que echarle coraje y ganas, aunque no fue fácil, pero la verdad no tardé en acostumbrarme y ponerme al día.

Lo que yo hice esa tarde no me acuerdo completamente de nada, seguro que estaría no muy lejos del cura que me dio la bienvenida, y que luego subiría al comedor a dar cuenta de la cena, oyendo de cuando en cuando, el sonido estremecedor de esa sirena dichosa y que la oíría cinco años mas y que al final le tomaría un cariño muy grande, y que pasados los años ese sonido lo sigo sintiendo como una voz familiar y que necesito y me alegro oírla, aunque ya no hay sitios donde degustar su sonido.

Seguro que esa tarde, conocería también al Director del Colegio D. Adolfo Nogueiras y a los demás coadjutores, D. Leoncio Vega y algún otro que no me acuerdo su nombre, daría en la oficina mis datos y pasaría el tiempo de estudio de la tarde, contemplando el entorno de mi colegio, (mi casa durante ese curso), y creo que me reconfortó ver el jardín muy bien cuidado entre la residencia colegial y las aulas y el campo de futbol anejo a los mismos edificios.

Aun sintiendo en mi interior la ausencia de mi padre al que había dejado muy poco tiempo antes, empecé a nacer un optimismo y una ilusión que antes no había notado, y que empezaba a fluir en mi, y eso que aun me quedaban muchas dudas sobre mi futuro, y que seguro despejaría durante el día siguiente.

Seguro que más de un alumno de ese Colegio y al verme deambular por el mismo, sin saber que hacer, se interesó con preguntas obvias y me pondría al corriente de la vida que me esperaba en el mismo.

Ya en la habitación, que creo que fue en la primera planta de un edificio muy largo, con cuatro plantas, muchas ventanas y pintada su fachada de color verde y a los lados de ladrillos macizos de color parecido al rojo, puse mis enseres en un armario, también de color verde, que estaba adosado a la pared y que se abría y cerraba mediante unos raíles y que yo no había visto en mi vida unos armarios tan originales y tan prácticos.

No hace falta que recuerde a nadie la descripción de la habitación, todo el mundo que tuvimos la dicha de estar en la Uni se acordará de esas estancias, seis camas individuales, con armaje de hierro fundido y de respaldar de una madera pintada de amarillo y con unas vistas a los edificios de otros colegios y a la torre que por supuesto se divisaba desde cualquier punto de la Uni.

Esa noche tuve que dormir muy bien, necesariamente, y ya muy cansado, debido al viaje de la noche anterior y porque había sido un día de muchas emociones, nerviosismo y miles de estados de ánimo y seguramente estaría muy cansado sobre todo psíquicamente.

Por eso cuando yo creía, que aun no me había dormido, mi querida amiga la sirena me despertó con un potente alarido, que me hizo temblar y que produjo en mi espina dorsal un escalofrío que tardé unos segundos en reponerme.

11

Me puse de pie de un salto, y miré a los ojos de los compañeros de habitación, que también se habían levantado, y se encontraban ya sentados en la cama con los ojos llenos de legañas y con una juventud y una inocencia idéntica a la mía, pero que ya sabían lo que tenían que hacer a partir de ese momento.

Diez segundos después del alarido de la sirena, y en unos altavoces que se escondían tras una rejilla encima de la puerta de entrada al dormitorio, empezó a sonar una música militar que creo fue la misma de todas las mañanas del curso y que pronto me enteré que tenía que ver algo con la Legión.

Estaba claro que la disciplina primaba en esos momentos, no quedaba mas remedio, pronto supe que la primera misión había de ser ir a los lavabos, que se encontraban situados a los extremos de un largo pasillo, atendiendo a lo que veía de los demás compañeros, cogí la toalla blanca con dos franjas rojas y que bordó mi madre con mi número asignado (y que creo que aun conservo en algún lugar), y me dirigí al que mas cerca me pillaba, con mi jabón de glicerina nuevo y con mi cepillo de dientes y la crema, procedí a asearme. Cuando terminé de lavarme, llegaron las dudas (y aunque parezca mentira no me da vergüenza decirlo), tuve que esperar a que alguien se lavara los dientes para yo recoger las enseñanzas, y me dispuse a hacer lo mismo, en fin en mi pueblo creo que no había esas costumbres o yo por lo menos no lo sabía.

Me dispuse a vestirme, mientras en la habitación sonaban una canción de Los Brincos, llamada “Nila”, y que oiríamos todo el curso, y que quedó grabada en mi mente y ya no la he olvidado nunca, aparte de otras que fueron agregándose poco a poco y despertaba en tu ser un optimismo y te alegraba el comienzo del día.

Cuando bajé al comedor situado en la primera planta de la residencia, y que para pasar había que atravesar unas puertas batientes, que producían un leve sonido estridente, observé muchas mesas para cuatro con sus tazas y bollitos de pan y unas cafeteras de aluminio con café y leche humeante y en el centro un trozo de mantequilla, que yo nunca había visto y que por supuesto tampoco había tenido la oportunidad de haberla degustado.

Aunque tenía el estómago un poco encogido, y junto a otros tres compañeros de colegio dí cuenta de mi ración y de mi café, mientras un cura con una sotana muy negra, vigilaba para que todo transcurriera en orden, y creo recordar que rezamos algo también al comienzo, de esto ya no estoy tan seguro, pero lógicamente tuvo que ser así.

Había empezado mi primera mañana en la Uni, a partir de esa vendrían muchísimas más, todas iguales la una a la otra, y de las que guardo un grato recuerdo.

12

Esa misma mañana, la cual recuerdo casi perfectamente, mi primera misión fue dirigirme a la Secretaria de Estudios de la Rectoría para que me asignaran aula y clase. Pues para ese lugar me encaminé, en compañía de mi timidez y también del miedo a lo desconocido.

Me recibieron en una oficina en la cual martilleaban unas máquinas de escribir y un señor bastante amable que creo que fue el Secretario del Centro, al cual saludé un poco agobiado y de principio me pidió perdón por el error que habían cometido en la dirección y por el cual había llegado tarde a la Universidad. Asimismo puso en mi conocimiento, que sintiéndolo mucho solo me podían ofrecer el aula de 1º de Oficialía de Químicos, que todas las aulas de otras especialidades ya estaban cubiertas. Tengo que decir que en ese momento y debido al stress (ésta última palabra creo no existía entonces, o por lo menos no se usaba) que azotaba mi espíritu, no entendí lo que significaba lo de Químicos, solo cuando me serené un poco y de vuelta al Colegio por el pasillo central, y acordándome de mis estudios en la escuela del pueblo, mas o menos supe a que se refería. Antes de dirigirme otra vez al Colegio, pase por Tesorería y me abonaron los billetes de tren que yo portaba en mi cartera y que mi madre me había comprado jornadas antes, tengo que decir que nunca antes la había tenido.

Ya en el Colegio me fui al despacho del colegio, donde estaba dos curas, D. Adolfo Nogueiras y D. Leoncio Vega, el primero era el Director del mismo y el otro un coadjutor (esta palabra tampoco la entendía), pero no tardaría mucho en hacerlo.

Después de unas breves palabras de bienvenida y algunos consejos a tener en cuenta, me dirigí al almacén de vestuario, situado muy cerca del colegio, y acompañado del cura D. Leoncio, para que me tomaran las medidas para asignarme la ropa, cosa que hice, comunicándome que volviera al día siguiente para recogerla, ya con mi número marcado en las prendas.

Mientras tanto, la mañana en la Uni, seguía a golpe de sirena, que anunciaba el finalizar de las distintas clases, mientras otros alumnos se encontraban en prácticas de taller en los talleres de metal y electricidad cercanos.

Había llegado el momento de conocer mi futura clase y alumnos que la componían, aprovechando la pausa entre la segunda y la tercera de la mañana, el mismo coadjutor que me había acompañado hacía un momento, fue el que me subió al aula 1º H, que se encontraba en la planta superior del edificio de aulas. Allí y ante el ruego del cura y después de asignarme el pupitre que me correspondía, de pie y ante todos mis compañeros que me miraban muy fijamente, tuve que decir mi nombre y la localidad de donde procedía.

Allí, orilla de mi, y sin yo imaginarlo se encontraban unos jóvenes, con una edad idéntica a la mía, y que a lo largo de todo el tiempo que allí permanecimos, con muchos de ellos nació una amistad fraternal y maravillosa y que aun después de muchísimos años conservamos y alimentamos, y a pesar de que cada uno vive en distintos puntos de España, pero esa es otra historia.

13

No me acuerdo a que asignatura correspondió mi primera clase en la Universidad Laboral de Sevilla, ni tampoco del profesor que la impartió, solo que seguro que puse mis cinco sentidos en no perder ni un detalle sobre su contenido, quería empezar con buen pie.

También de cuando en cuando, y a hurtadillas, miraba a todos mis compañeros de clase, niños como yo, éramos alrededor de unos cincuenta, y observé el total silencio que se observaba mientras duró la misma, había muchos respeto hacía el profesor de turno, roto mínimas veces por algún breve comentario.

Eran aproximadamente las once de la mañana y la sirena con su sonido machacón, realizó su chillido que indicaba que la clase había terminado. Nada más salir el profesor, se rompió el silencio y al unísono todo el mundo empezó a hablar y a revolucionarse, se oían gritos más o menos subidos de tono y yo allí observado todo lo que veía y oía a mí alrededor, pronto lo haría yo igual, aunque tengo que decir que me costó acostumbrarme.

Me acuerdo de que varios compañeros se interesaron por mí y yo fui contestando con bastante timidez y como pude su curiosidad. También me fue comunicado que a partir de ese momento deberíamos ir al laboratorio y que estaríamos en el mismo, hasta terminar todas las clases de la mañana.

No tardamos mucho en abandonar el aula, ya que era la hora de coger el bocadillo y tener un recreo de veinte minutos.

Salimos fuera, pero antes de salir, había que coger un pequeño bollito de pan de una canasta que estaba en la misma puerta de salida, y que se encontraba vigilada por un cura, para que ningún listo se apropiara de alguno más. Cogí el mío que llevaba tres rodajas de salchichón y sentado lo devoré en un instante y me supo a gloria.

Allí en el patio y en un instante nos reunimos todos los integrantes del colegio, los que habían pasado las tres primeras horas en los talleres y los que salían de clase, a partir de ese momento se intercambiaban las posiciones. Los que venían de los talleres lo hacían con un mono azul.

Yo procuré unirme a algún grupo del aula 1º H, la de los químicos, y seguí sus pasos para ir al Laboratorio, era todo nuevo para mí, pero llevaba una ilusión grande por saber lo que era un laboratorio y que era lo que tenía que aprender desde ese momento.

Estaba situado al principio del pasillo central, y ocupaba toda la parte baja del edificio de aulas. Cuando entré me quedé muy sorprendido, yo, claro está, no había visto nunca una cosa igual, muchas mesas paralelas de madera, con unos estantes también de madera, que contenían muchos líquidos de diversos colores, y en la mesa unos conductos de metal que terminaban en un mechero.

Me presenté a los profesores de Laboratorio, D. Manuel y D. Ramón, que me asignaron sitio en una mesa del Laboratorio y me dieron unas primeras normas a observar en el mismo.

Bueno, ya estaba en el Laboratorio de Química, ahora tocaba aprender, conocer y saber manejar en el.

14

Como había cambiado mi vida, en muy poco espacio de tiempo, de corretear por aquel lejano pueblo de la serranía baja de un pueblo castellano, a verme en un laboratorio químico dando mis primeros pasos en esa especialidad,

Lo primero que me impresionó muchísimo, fue ver a todos mis compañeros que se pusieron una bata blanca, a mi me la darían a otro día cuando fuera a por la ropa al almacén. En esa mañana estuve manejando unos tubos de vidrio muy finos y doblándolos ayudado por la llama de los mecheros bunsen que provenía de unos conductos de gas, al principio se me estrangulaban todos ellos, pero al cabo de pocos días, las curvas empezaron a salir mejor y los líquidos podían circular por ellos.

Salí muy contento por lo aprendido y ya tenía gana de volver al día siguiente, también agradecía mucho a alguno de los compañeros de al lado que me dieron ánimos y me explicaron lo que pudieron, ya que ellos también llevaban muy pocos días en ese Laboratorio.

Cuando sonó la sirena, volvimos al colegio por el largo pasillo central, nos tocaba pasar al comedor para la comida, que ya anunciaba la llegada a los comedores porque todo el largo pasillo se estaba impregnado de un olor muy característico a comida de olla.

Acompañado ya por algún químico, y también por un estado de ánimo bastante optimista, y por un cielo muy azul, como nunca había visto, entramos al colegio a dar cuenta del almuerzo, mis tripas empezaban a dar vueltas como la colada en una lavadora.

Era mi primer almuerzo en la Uni, subimos a la primera planta, y ya cada uno de los integrantes del Colegio sabía la mesa donde tenía que colocarse, a mí, inmediatamente el cura me indicó donde me debía sentar a partir de ese momento. No me acuerdo con quien me tocó en esa mesa, aunque sí, que poco tiempo después estaba en otra mesa en la cual a mi lado ya eran compañeros de aula.

La verdad es que comí muy bien, claro está que no me acuerdo qué, pero llené bien mi buche, porque nunca y sobre todo en el comer no he hecho ascos a nada, y gracias a Dios siempre he tenido muy buenas hambres, aunque a lo largo de los cursos, algunas de las comidas estaba hasta el gorro de su sabor.

Antes de empezar la comida y puestos en pié, el cura de turno subido a una silla o un taburete, procedió a repartir un manojo de cartas, una a una y diciendo en voz alta, el nombre del alumno a quien iba dirigida, inmediatamente el cura rezó una oración dando gracias por los alimentos que íbamos a tomar y que todos contestamos educadamente.

Hay cosas y que ya pasados tantos años, la memoria empieza a tener sus altibajos y aun habiendo estado tantos yendo a comer al mismo sitio, no logras saber algunas nimiedades que tampoco tienen mucha importancia, es el caso de quién repartía la comida a las mesas, creo que era un integrante de la mesa que se encargaba de ir a por la fuente a un largo mostrador de acero inoxidable.

El servicio de comedor era ayudado por unas chicas y algunas la mayoría no tan chicas, con un delantal azul, a las cuales llamábamos marmotas (ni supe, ni se el sentido de ese mote), y que eran las únicas mujeres que veíamos en todo el día, y eran las encargadas de la limpieza del comedor y de poner el menaje el menaje y los cubiertos y de fregar después.

Tengo que decir, que para mi era uno de los mejores momentos del día, y que a lo largo de mi estancia en Sevilla, fui adquiriendo y muy merecidamente por cierto, la fama de tripero.

Al salir del comedor, disfrutábamos de una media hora mas o menos de asueto, que algunos dedicaban a leer las cartas que habían recibido, otros en la sala de juegos y la mayoría sentados en cualquier lugar de los muchos sitios que poseía el colegio y otros a pesar de la hora y que apetecía mas, dormitar un rato aunque fuera sentado, se atrevían a dar patadas al balón en el

campo de futbol anexo al colegio.

Esa tarde, y ya en el aula aproveché en ese momento, para hacerme con los libros de 1º de Oficialía, los comunes y los de la especialidad, en la Secretaría del Colegio, y con el material de estudio, y de dibujo. Antes de que se me olvide tengo que reseñar, que en lo que se refiere al material de dibujo, aparte de la escuadra, cartabón y regla, me dieron una caja negra que se abría sacando un pasador, y que contenía unos aparatitos que yo en ese momento no sabía para que valían, vamos ni los había visto nunca, aunque creo que en la escuela del pueblo el maestro disponía de un compás grande de madera, los citados aparatitos consistían en un compás, una bigotera y un tiralíneas, que muy pronto aprendí su manejo, además me fue entregado un tubo de tinta china pelikán, que se aplicaba en la punta del tiralíneas y el compás para poder dibujar.

Llegado al estudio, lo primero que hice, y antes que nada, fue escribir a mis padres una carta, para que quedaran enterados de mis primeras andanzas por la Uni y tranquilizándolos para que no se preocuparan por mi, que estaba estupendamente.

Inmediatamente después, empecé a revisar los libros, y me llevé una sorpresa, porque al aspirar, por primera vez el olor que desprendían los libros totalmente nuevos, los libros que yo había tenido antes, las enciclopedias de 1º, 2º, y 3º de Álvarez, a mi no me olían nunca a nada, aun sigo sin entender eso, allí todos tenían un olor a nuevo muy especial. Revisé cada uno de ellos y así de sopetón, y con alegría descubrí que excepto algunas cosas nuevas en los de Matemáticas y Ciencias, yo lo veía “bastante chupado”, vulgar expresión ésta, que adquirí mas tarde, cuando al hacer un examen me salía muy bien y al preguntarnos los compañeros como había ido, le decíamos “estaba chupado”. De Prácticas de Laboratorio y Tecnología Química, no nos dieron libro ese primer año, supliendo en Tecnología con un buen montón de folios copiados en multicopista, que nos entregaba el profesor de la asignatura y el Laboratorio nos entregaron un manual de prácticas bastante completo y que por desgracia no sé que ha sido de él, pero que me hubiera gustado conservar.

A las cinco de la tarde, sonó la sirena nuevamente y la Universidad que se encontraba totalmente desierta, nuevamente empezó a llenarse de vida por todos los sitios. Salimos al patio de colegio, no sin antes, habernos hecho con una barrita de pan y la correspondiente chocolatina Nestlé, que habíamos cogido de la cesta de mimbre y de la mano del coadjutor de turno, y a continuación los mas deportistas se enzarzaban a correr detrás de un balón de reglamento que disponía el colegio para estos menesteres.

Yo sentíame alucinado, con lo bien y perfecto que sucedía todo en el colegio, no fallaba nada, todo el mundo sabía lo que tenía que hacer en ese momento y lo que vendría después, eso sí la disciplina tenía la culpa de ello y ya iré contando, nada que no sepáis vosotros, porque erais uno de esos mismos que estabais cerca de mi.

Enfrente de nosotros mismos se observaba el mismo bullicio, era los habitantes del Colegio San Fernando, con chavales de un año más o menos de edad que nosotros, digo esto, porque había observado algunos que llevaban pantalón corto, y se estudiaba Orientación Profesional, donde hacían prácticas de las distintas materias a las que podían aspirar al año siguiente, según sus aptitudes. Yo, al ser un año más viejo, y por haber ingresado tarde, me tuve que conformar con lo

que

me

dieron.

A partir del momento que tocó la sirena, había una hora libre, que yo la empleé para recorrerme el entorno de la Laboral, íntegramente, quería conocer rápidamente, todo lo que iba a ser mi morada durante todo el tiempo que permaneciera en ella. Empecé por los campos de deporte y pabellones deportivos que se encontraban enfrente de nuestro colegio, había dos campos de fútbol, dos pabellones uno abierto y otro cerrado y que mas tarde me enterraría que hacía las veces de cine, y también unos edificios muy grandes que eran los talleres de ajuste, torno, fresa, y electricidad y electrónica y el otro las aulas prácticas de delineación, también una piscina cerca del cine que en ese momento se encontraba sin agua y que yo nunca en toda mi estancia estuvo vacía, es decir que no funcionó y no sé la causa, creo que fue por un accidente de un alumno que cayó subiendo al trampolín por las escaleras, aunque este extremo no lo tengo confirmado.

Orilla de mi colegio, se encontraba el de Miguel de Mañara y también los colegios Mayores de San Juan Bosco y Bartolomé Esteban Murillo, con el mismo bullicio y desde todos los lados se veía la altísima torre, de color ladrillo, y que presidía todo el complejo, se puede decir, que desde esa tarde me enamoré de ella, como si en una tarde de tu juventud, te enamoras de una chica que pasaba por tu lado. A mi me dejó huella en mi subconsciente, toda mi vida me he acordado de ella, ha sido mi símbolo, el lazo de unión de todo el complejo universitario, cuando mi recuerdo saborea en cualquier ocasión ese lugar de Sevilla, la primera imagen que me ronda es la torre.

Me acerqué a ver el frontón, espectacular, grandísimo, con dos frontones, la verdad era una joya, y digo era, porque lo tuvieron que derribar pasados los años, sobre todo, cuando acabó el alumnado interno y dejó de usarse, en verdad una pena.

Aunque no tenía mucho tiempo, me encaminé hacia la plaza central, que también me gustó, con su trozo de torre que emergía y parecía nacer del edificio administrativo. Y me dirigí hacia los colegios que estaban a la izquierda del pasillo central, primeramente, Fernando de Herrera y mas abajo Alfonso el Sabio y el de San Fernando.

En esa parte había tres pabellones abiertos, que servían para dar clases de gimnasia y competiciones deportivas, de eso me enteré mas tarde, claro, además de tres campos de fútbol de tierra, por supuesto y bastante bien cuidados, asimismo observé campos de baloncesto, balonmano y balonvolea, además de fosos para saltos. En fin, una gozada, para el que le gustaba practicar toda clase de deporte, y ese era mi caso.

Estaba muy cerca de ser las seis de la tarde, la sirena no tardaría en sonar, su repetitivo sonido, su feliz o triste sonido, según la hora que fuera y además también la eché de menos toda mi vida, me acordaba de su canto, salí corriendo, atravesé San Fernando, el pasillo Central y ya estaba en San Isidoro, todo me parecía mas familiar desde ese momento.

Ya estábamos en el estudio otra vez, y en silencio absoluto, cada uno en sus quehaceres, que de momento no eran muchos, debido a los pocos días lectivos que habían transcurrido, de vez en cuando miraba y veía a los compañeros unos estudiando, otros haciendo como estudiaban, y yo un poco aturdido me dediqué a revisar los libros, hojeando uno por uno y también rellenar los cuadernos uno por asignatura, que me habían entregado en la secretaría del Colegio, recuerdo

que eran de un color verde claro, serigrafiado en su portada con las letras de Universidad Laboral de Sevilla y en el cual en su tapa con la mejor letra que yo sabía hacer puse mi nombre y apellidos, el colegio y el aula a la cual pertenecía.

Se me estaba haciendo muy largo el estudio, claro yo no había estado nunca tanto tiempo en silencio, dos horas eran muchas, allí en el pueblo, cuando salíamos por la tarde, lo primero que hacía eran los deberes, y en poco tiempo los resolvía, e inmediatamente me iba toda la tarde a jugar al fútbol, aquí en mi nuevo destino la cosa cambiaba un rato, aquí el asunto estaba mas serio, había unas obligaciones que hacer y compartir y una disciplina que había que acatar.

Ya deberían ser la ocho, o no faltaría mucho, yo por aquellas fechas aun no tenía reloj, mis padres aun no me lo habían comprado, así que tendría que valerme de mi intuición hasta que llegara el sonido de la sirena.

En el aula había y en la pared, donde sentaba el profesor una pizarra grande y arriba en la misma, una foto de Francisco Franco, Jefe del régimen que gobernaba en España en aquel entonces y a su lado un crucifijo y enfrente cincuenta pupitres de una sola plaza, y con tres ventanales grandes situados, en la pared de enfrente de la puerta de entrada, tengo dudas sobre si existía una tarima en la zona del profesor y pizarra, yo podría casi asegurar que sí.

Aunque la mayoría del tiempo en los estudios, la gente observaba un silencio absoluto, cuando se rompía el silencio, se corregía ya que existía un alumno Jefe de aula que era el que ponía en esos momentos orden y paz, y estaba desempeñado por Ramiro, y el que lo puso en ese puesto sabía lo que se hacía, ya que cumplía su cargo a la perfección, además como pude comprobar después de un tiempo, era un muy buen estudiante con unas notas no superadas por nadie, un alumno 10, aparte estudiaba un montón.

La sirena tocó cuando tenía que tocar, el periodo lectivo del día había terminado felizmente, y en ese momento lo que antes era silencio total, se convirtió en una algarabía de gritos, y palabras fuera de tono, que nadie ya podía callar, encaminándose todo el mundo por pasillo y las escaleras hacia la calle.

Aún era de día pero ya quedaba poco tiempo para que las penumbras fueran descendiendo desde el cielo, ya estábamos en otoño bien entrado y después de unos minutos de descanso, teníamos el último acto obligatorio y religioso del día, asistir a la misa que se celebraba en la capilla del colegio, de las cuales había una en cada uno.

18

Unos minutos de descanso y ya estábamos nuevamente entrando en una capilla muy amplia, que poseía cada uno de los colegios de la Universidad Laboral, ignoro si existía otra para los curas del centro.

El silencio era total, ocupando casi la totalidad de la capilla, solo lo rompió la salida del cura y el acto de la misa empezó con devoción y fervor, bueno eso me creo yo, aunque se observaban algunas caras de aburrimiento y movimientos nerviosos, eran ya muchas horas que habían pasado sin parar desde el comienzo del día.

Como casi siempre, el acto estaba vigilado por lo menos dos curas, que continuamente nos miraban a todos para que estuviéramos muy atentos y guardado una buena compostura.

Ya estábamos cansados, menos mal que la misa duraba poco, más o menos veinte minutos, ya que no decían homilía, debía ser porque los curas también tenían hambre y querían abreviar. Algún canto que otro, que a mi me sabían a chino pero yo intentaba aprendérmelos, no fuera que el cura de turno, me los preguntara algún día y me cogiera en fuera de juego.

A cenar se había dicho, yo tenía gracias a Dios buenas hambres, así que me comí la sopa de pasta de ojo de perdiz, servida para cada mesa en unos cuencos de porcelana, y que por lo general era el primer plato de cada noche y acompañada del segundo que consistía en un pescado frito grande, que podía ser bacaladilla o pescadilla, ya no me acuerdo, o también huevos frito con patatas fritas, y de postre pieza de fruta o una pasta.

Ya en el patio del colegio teníamos alrededor de media hora de descanso antes de subir a las habitaciones y lo empleábamos para pasear bajo ya la noche sevillana, con algún amigo y contarnos las aventuras de nuestro pueblo o alguna anécdota del día.

Faltando diez minutos para las diez, la sirena otra vez y con su singular toque, nos avisaba que era la hora de dormir, no sin antes, formar en el pasillo al aire libre que había entre las aulas y la residencia, donde el Director casi siempre, en este caso D. Adolfo, se dirigía a nosotros y con su particular voz que poseía nos contaba una breve enseñanza y nos instaba a estudiar y aprovechar el tiempo, o también alguna orden para el funcionamiento de las convivencias en el Colegio.

Al final se despedía, con un sonoro, “Buenas noches nos dé Dios”, que fueron las mismas palabras, en todo el curso y en cursos venideros, a lo cual respondíamos todos, con un más sonoro aun , “Buenas noches”.

19

Todo el mundo subiendo la escalera, casi en completo silencio, bueno casi, porque había tramos que los curas no podían vigilar su estricto cumplimiento.

Desde mi habitación se podía contemplar la torre casi completa, y el colegio y patio con el campo de futbol de Miguel de Mañara, así como parte de los talleres y campos de futbol comunes y gimnasio, y allá al fondo, un bosque de eucaliptos y también algún barrio periférico de Sevilla, creo que era Torreblanca.

En el tiempo en que permanecíamos en la habitación, aprovechábamos para limpiarnos los zapatos, ya que era una de las cosas, que los curas tenían mucho en cuenta, así que dale que te dale al cepillo y la crema, sin pasarse, como hacía uno apellidado Romero que se tiraba tiempo con ellos, y hasta por la mañana seguía dándoles con el cepillo, vaya tío que manía tenía con sus dichosos zapatos.

Cuando se apagaban las luces del gran pasillo de entrada a los dormitorios, donde solo quedaban unas muy débiles en la entrada y al final, inmediatamente debíamos estar ya metidos en la cama, ya que el cura de planta, pasaba observando su cumplimiento, y lo hacía varias veces leyendo su breviario, ya que veíamos una sombra negra cuando pasaba por delante de nuestra habitación.

Cuando el silencio era total y todo el mundo dormía plácidamente, el primer sonido desgarrador del día te despertaba sobresaltado, sobre todo al principio, luego ya fuimos acostumbrándonos, y tocaba levantarse ya, que otra vez el himno legionario por los altavoces y las palmas del cura repetitivas en el pasillo, te lo recordaban inmediatamente.

Bueno, ya eran las ocho y cuarto de la mañana y teníamos la primera clase, tocaba Matemáticas, la primera para mi persona, y apareció el profesor D. Serafín, con su chaqueta de color marrón-amarilla, que iba siempre con la misma, yo no sé si no tenía otra o que se sentía muy cómodo con ella, el caso es que yo no recuerdo haberle visto de otra forma vestido, eso sí muy serio, yo nunca había visto persona mas seria, y seria la asignatura que daba, pero, al poco tiempo comprobé que era un muy buen profesor, lo explicaba todo con mucho detalle, aunque yo no pasé de un seis, es que a mi las matemáticas, la verdad no eran mi fuerte,

Este gran hombre todas las clases nos obsequiaba con un mini espectáculo que nos revolvió el cuerpo a mas de uno, sobre todos a los que se sentaban en la primera fila, ya que cuando tenía necesidad de limpiarse los efluvios nasales, sacaba un pañuelo que ya no podía estar mejor planchado, lo desplegaba totalmente, se sonaba, y otra vez cuando lo había visto toda la concurrencia, lo doblaba con parsimonia y a su bolsillo. Esta situación la arreglábamos cada uno mirando hacia otro sitio.

Aparte de ello, se me olvida decir, que si hubiéramos tenido siempre el mismo profesor, habríamos sabido más Matemáticas, de eso estoy seguro.

20

Otra clase de esa mañana, era la de Dibujo, ya tenía de tener esa primera clase, el profesor D. Mario, educado y muy buena persona, me comunicó que como solo llevaba dos láminas hechas el aula, que yo también las debería hacer, que eran muy sencillas y no me llevarían mucho trabajo, eso lo pensó el, pero para mí fue todo muy distinto, aunque me echó una mano algún compañero, aun así, se me escapó algún borrón y mas bien me salió un poco chunga, el caso es que me la calificó con un 4, pero aun así , yo no me desmoralicé, al contrario sabía que esa función la dominaría bien, y así fue al poco tiempo.

Esa misma mañana, y con gran alegría por parte mía, se presentó un nuevo alumno en la clase, ya no era yo el mas nuevo, venía de un pueblo enclavado cerca de Huesca, claro y lo mandaron a Químicos, tampoco tuvo elección.

Al momento contacté con él y le fui introduciendo en los pormenores del internado y asimismo congeniamos muy bien, fue del grupo de mis amigos mas allegados, durante toda mi estancia en la Uni, junto con Santos (pronto le llamamos y con todo el cariño Pikins), aun ahora y cuando nos juntamos le seguimos llamando el mismo apodo, Benítez, (Pedrés), estos dos últimos eran de pueblos de Sevilla, Aguilar, (madrileño), otro gran amigo mío, buen compañero y buen alumno, con muy buen humor y don de gentes, que era un especialista en leer en público, joder que bien se le daba, yo con esa edad y con mi timidez acuestas, veía imposible hacerlo, también fueron buenos amigos, San Millán, Camarero y Julio, vascos los dos primeros y cántabro el tercero, ambos leerán, de estoy seguro esto desde el cielo.

En realidad, el aula era una piña, como se dice ahora, estábamos muy unida, éramos una familia de unos cincuenta miembros, aun así, diré algunos mas, Ballesteros, Bejarano, Chaves, Blasco, Calderón, Casado, Vela, Cabrera, Molinero, Higuera, Medina, Mendiola, Moreno, Agustín, Civantos, Muñoz, Murillo, Palacios, Pareja,

Ramiro, Estanislao, Rodríguez Castilla (Peazkin), Ruiz, Fernando (el gitano), Terán y algunos mas.

Yo, Angulo, era otro de ellos, con mi gran timidez, que nació ya conmigo y que a estas alturas de mi vida, en menos medida por supuesto, aun poseo un punto de vergüenza por ejemplo si tengo que hablar en público, aunque alguno piense lo contrario, ya que como me ha oído cantar en las reuniones que anualmente tenemos, pensará que lo que estoy diciendo es mentira.

Buen aula, y si pudiera escoger en la Secretaría de la Uni, la asignación de aula, escogería por supuesto la de Químicos, nunca olvidaré esos buenos momentos que pasé con ellos.

21

Ya nos encontrábamos muy cerca del fin de semana, “por fin viernes”, esto último no se decía, porque aun no había llegado la época de decirlo y además, que el sábado por la mañana, también había clases lectivas, pero ya tenía ganas de que llegara, para ver como se desarrollaba la vida en aquel internado.

La primera clase fue gimnasia, eso me gustaba, todo lo que fuera correr y dar saltos para mi era estar como pez en el agua, el profesor de ese año y de alguno mas, fue D. Manuel, apodado “El Blume”, no sé porque, nunca me han gustado los motes, solo los cariñosos y con la complacencia de la persona a la que se lo dicen.

Se daba la circunstancia de que el gran gimnasta español, Joaquín Blume había fallecido en un accidente de aviación, seis años antes, no muy lejos del pueblo serrano donde yo habitaba, concretamente en la sierra de Valdemeca.

La gimnasia para mí, aunque lo pasaba muy bien, tenía su cara y su cruz, la cara ya lo he referenciado, la cruz era sobre todo los saltos de plinto, concretamente cuando había que realizar el salto metiendo la cabeza al principio del aparato y luego dar la vuelta de campana y caer de pié, no fue ese mi fuerte no, y varias caídas jalonan mi experiencia con el malvado aparato ese, y para colmo era el salto que mas le gustaba que hiciéramos al Profe, que por cierto, aunque parecía muy serio, tenía un humor muy particular.

Otro ejercicio que tampoco llegó a ser mi fuerte, y debido a mi falta de potencia muscular y pocas “chichas, fue el lanzamiento de peso, por poco al lanzar la bola me daba en mis pies, tenía el consuelo de que no era yo solo al que le pasaba, había algunos mas, si embargo nos dejaba en ridículo, el alumno Higuera, muy fuerte, con unos brazos y piernas que hacían cinco veces los nuestros, claro llegó a figurar entre los buenos lanzadores de la Uni, en unión de otro de otra aula, apellidado Velasco.

Eso si en las pruebas de carreras, ya fueran cortas como largas estaba entre los tres primeros, como me gustaba correr y también saltar, ya contaré alguna anécdota sobre ello.

Se me olvidaba relatarlo, para ir a la gimnasia, teníamos que ir ataviados, con la ropa apropiada para ello y que nos habían asignado a cada uno en la Uni, un chandall azul, que yo no había visto tal prenda en mi vida y una camiseta de tirantes de color rojo y un pantalón corto de color azul, que todos le llamaban calzonas y que yo nunca había oído ese nombre, pero todo el mundo ya lo decía. y unas botas de deporte azules, que cuando me vestía para ir a esa clase, yo no hacía mas que mirarme.

Con el chandall me quedé fliplado, me gustaba un montón, con las letras mayúsculas de color blanco en la parte de la espalda, que ponían “Universidad Laboral Sevilla”, lo que iba a fardar en mi pueblo cuando fuera otra vez y jugar allí al fútbol.

Otra clase fue esa mañana la de Ciencias de la naturaleza y Física, con D. Agustín, que el hombre se ajustaba totalmente al libro, y por lo tanto se hacían muy aburridas las clases, aparte también que era bastante despistado.

22

Para terminar las clases de la mañana, llegó la clase de Química, la más importante del curso, a excepción de las Prácticas de Laboratorio, porque constituía la base de la especialidad que teníamos los del aula 1º H, y que gracias a Dios tuvimos como profesor al mejor profesor que podíamos tener y que también gracias a Dios, lo tuvimos los cinco años todos los que terminamos Maestría.

Un gran profesor, un gran profesional, que amaba la Química por encima de todas las cosas, un caballero, muy serio en su trabajo y un trato con el alumno con la máxima educación y una relación entre alumno y profesor como yo nunca he visto en otra persona, y si se atendía a sus clases, imposible suspender, te repetía lo que no entendías las veces que fuera necesario, ya que como he dicho antes y repito, amaba la Química.

Por otra parte, todos los que tuvimos la suerte de estar a su lado, al final lo consideramos como un padre para todos, este señor se llamaba D. Guillermo, hace muy pocos años falleció y yo lo sentí de verdad, unos años antes de su fallecimiento y acompañado de mi esposa, estuvimos en Sevilla con él, ya que yo mantenía correspondencia con su persona, lo felicitaba siempre en Navidad y él me contaba las andanzas de la Asociación de Amigos de la Universidad Laboral de Sevilla, de la cual era Presidente, también estuvo acompañándonos en una reunión general de alumnos llevada a cabo en Sevilla en el año 2005.

En otra ocasión, mi esposa y yo estuvimos visitándolo en su domicilio, allá en el Barrio de los Remedios, le dimos una gran alegría, y se volcó en atención a nosotros, en fin un gran hombre, un gran químico y sobre todo una gran persona, dedicado a la Química y no solo en la labor docente, también tuvo un cargo muy importante en el Instituto de la Grasa de Sevilla, estoy completamente seguro que todos mis compañeros del aula, lo recordarán con todo el cariño.

Pasamos el resto de la mañana en el Laboratorio de Química, conociendo a grosso modo el manejo del instrumental y familiarizándonos con los distintos aparatos del mismo, aprendiendo los productos que estaban en sus vitrinas, los peligrosos y menos peligrosos, los ácidos, las sales, y los cuidados en su manipulación, rompiendo alguna vez, era lo más lógico, algún tubo de ensayo, algún matraz, pero íbamos progresando adecuadamente. Para ello estaban los dos profesores de Laboratorio, bastante jóvenes por cierto y que eran contratados a tal efecto, muy encima de nosotros, inculcándonos las máximas precauciones que debíamos tener con muchos productos, y que nunca podríamos olvidar.

El olor de la comida entraba por las ventanas de la primera planta del laboratorio donde estaba instalado el laboratorio de Química, eso quería decir que ya eran casi las dos de la tarde, la hora de menear “el bigote”, lo del bigote es una tontería mía, porque bigotes en mi colegio, había pocos o ninguno, posiblemente ninguno.

Que ganas teníamos todos que llegara el fin de semana, sobre todo yo.

23

Mi primer sábado en la Uni, había comenzado, luego llegarían mas y muchos mas, hasta que perdí la cuenta, el sábado era para mí un día especial, aun a pesar de que teníamos clases por la mañana, pero a partir de las dos, se iniciaba un periodo de descanso, de asueto, de deportes, de cine y de otras actividades y cuando las asignaturas te apretaban, también de estudio.

El primer sábado, tuvimos clase de Tecnología Química, con el profesor D.Manuel Sánchez Martínez-Ramade, al cual tuvimos como profesor cuatro años de los cinco que permanecemos en la Uni, un muy buen profesor, con su ceceo típico andaluz, y explicando de una manera sencilla el funcionamiento de aparatos que se empleaban en los laboratorios y en la industria química. Dicho profesor, ya en otros años cogió la costumbre en que una de las clases semanales la dedicaba a leernos (bueno, algunas veces los leíamos nosotros), capítulos de un libro alemán sobre temas de química, claro está y escrito por un tal Hoffman.

Tengo que decir que el citado profesor, muy poco después de jubilarse falleció en su domicilio, a caerse duchándose en el baño.

La clase de Religión obviamente era impartida por un coadjutor del Colegio y en ese año, versaban en el evangelio, ayudándose con el catecismo que nos fue entregado al efecto. La clase lógicamente era bastante tediosa y lo único que teníamos es que tocara la dichosa sirena y que empezara el periodo de “la bartola”, como se dice en estos tiempos.

Aun tuvimos, tiempo de dar dos clases mas, la de Formación del Espíritu Nacional y la de Literatura, la primera un plomo pesadísimo, en la que casi no entendías nada y que ya ni me acuerdo que profesores tuve en los cinco años y que tuvimos que soportar la dichosa asignatura, en ese tiempo y haciendo como que atendías, tu mente estaba vagando por otros sitios. Llegado el día de hacer un examen, casi lo desarrollabas a tientas y ciegas, es decir por sentido común, por la razón de que aun ojeando el libro no sabías que era lo que tenías que estudiar.

La de Literatura, aunque mas amena, pero algunas veces resultaba muy tediosa y aunque no atendieras a la clase, con estudiar un poco los autores y las obras, no tenías ningún problema en ir aprobando, creo que ese año tuvimos de profesor a D.Heliodoro, un profesor ya mayor pero muy afable y buena persona.

Cuando sonó la sirena, en ese momento con un canto que parecía celestial, y que anunciaba, el final de las clases de la mañana y una vez el profesor se había marchado para su casa, ya que seguro que tenía el hombre aun mas gana que nosotros en terminar, después de dar toda las mañana clases de la misma asignatura, en el aula todo fueron gritos y risas, ya estábamos todos locos por hacer lo que quisiéramos, bueno hacer lo que quisiéramos es un decir, todo dentro de un orden.

La tarde era nuestra.

24

Salíamos de las clases en tropel, no solo nosotros, sino todas las clases que estaban situadas en la primera planta, y bajábamos la escalera la cual tenía una barandilla roja, que aun me acuerdo, unos dando saltos, y otros dando gritos y hablando muy fuerte porque si no, no había manera de entenderse, pero si que todos muy contentos y sabedores que ya estábamos en tiempo de descanso hasta el lunes siguiente.

Yo en los pocos días que llevaba, ya me había introducido en las tareas sin problemas, intentaba por todos los medios cumplir las normas a rajatabla, porque lo primero que sabía es que me padre no aceptaría bajo ningún concepto, el recibir alguna queja de mí, por ello, cuando tocaba la sirena, inmediatamente me dirigía al aula, al comedor o donde hubiera que ir, intentaba asimismo no decir ninguna palabrota, ni algún taco, aunque en esos tiempos de incipiente juventud, no era yo amigo de decir esas palabras, y también porque los primeros días hablaba poco, porque mas bien observaba y tomaba nota de lo que estaba bien y mal, por ello que yo supiera no tenía que arrepentirme de nada.

Antes de que tocara la sirena para pasar al comedor, solíamos todos sentarnos entre el edificio de aulas y la residencia, en el pasillo al aire libre, en una especie de escalón grande que existía para bajar al patio donde estaba el campo de fútbol por un lado y en el otro a un jardín muy bien cuidado y en el que había plantados naranjos y algún abeto y situado entre el pasillo y el gran pasillo central de acceso a los colegios.

En fin, en lo que se refiere a mí, yo estaba muy contento, aunque ya me rondaba preocupación por las asignaturas, sabía porque algún compañero así me lo había indicado, los últimos días de mes, habría que hacer unos exámenes mensuales, y esas notas remitidas por el Colegio a los padres de cada uno, acompañado de la conducta y observaciones, que hubieran observado los educadores. Es decir todo el año estábamos con la soga al cuello, haciendo lo posible para que no se tensara, ni lo mas mínimo, así que habría que aplicarse, máxime y eso yo ya lo sabía, que suspendiendo mas de tres asignaturas al final de curso, abandonabas la Uni, por el motivo de que te quitaban la beca, y si te dejaban dos, las tendrías que aprobar en la convocatoria de Septiembre, si o sí, como se dice en este tiempo.

Esta preocupación, la llevé acuestas todos los años que pertenecí a la Laboral, era una carga muy pesada, pero gracias a Dios no hubo problema ninguno, aunque si, mucho sacrificio y muchas horas de estudio, menos mal que yo era buen estudiante, no un superdotado ni mucho menos, pero las muchas horas de estudio que tuve que hacer, hizo que nunca en los cinco años que estuve suspendiera una asignatura en Junio, eso si las Matemáticas me llevaron de culo, solo suspendí parcialmente alguna mensual, desperdigada, mas bien muy pocas, yo era algo “lima” como se decía entonces.

Se veían caras risueñas en el comedor, la gente daba cuenta de sus platos con buen apetito y la alegría general se podía palpar en el ambiente.

Una vez comidos y “bebidos”, (por supuesto con agua), teníamos libre hasta las seis de la tarde, en la que vendría limpieza y aseo general en todos los colegios del recinto laboral, y desde ese momento cada uno hizo lo que le dio la gana, luego ya pasado un corto espacio de tiempo, vendrían las competiciones deportivas por aulas, otros pasaban el tiempo en la sala de juegos, jugando a las damas y al ajedrez, o en unos billares pequeños, ver la televisión y otros se dedicaban a pasear por el amplísimo espacio de la Universidad.

Después de efectuada la comida, creo recordar que en compañía del alumno de mi aula que últimamente se había incorporado, Aso, nos fuimos a dar una vuelta por todo el recinto universitario, él aun no lo había hecho y lo agradeció que lo acompañaría. Como la Uni era tan extensa, nos llevó bastante tiempo, nos entretuvimos viendo todos los campos de deportes, y no nos quedó ningún rincón que no exploráramos, estuvimos debajo de la torre, aquella colosal torre que hoy a pesar de todo lo que se ha edificado a las afueras de la ciudad, cuando te acercas en el metro, la encuentras de frente con toda su majestad, habiendo sobrevivido a mucho eventos, tanto meteorológicos como de otra clase y que ya pide urgentemente actuaciones para evitar que venga al suelo toda su parte alta.

Desde la piscina con el trampolín alto, se divisaba gran parte de la Laboral, con un bullicio que yo nunca habría imaginado, había chavales jóvenes y no tan jóvenes que deambulaban por todas partes, parecía un hormiguero, algunos practicando toda clase de deportes y otros paseando, enfrente con todo su esplendor La Uni, y al fondo Sevilla con sus barrios blancos relucientes y mucho, mucho mas allá yo imaginaba mi pueblo, tendido como siempre en una ladera serrana y en ese momento acordándome de él, de mis andanzas por el mismo y al que no podría volver hasta muchos, muchos días, que a mi me parecían eternos, casi imposible que llegaran.

Las seis de la tarde se estaban acercando, lo supe porque se lo pregunté a mi compañero de aula Aso, que si poseía reloj, deberíamos acercarnos ya al colegio, la limpieza general de los sábados empezaría muy 'pronto y había que estar allí con antelación.

Deberíamos ir pronto, ya que era nuestro primer sábado en la Uni y había que hacer lo que los demás hicieran, ir aprendiendo todas las disposiciones y deberes de la citada limpieza.

Entrando en el patio del San Isidoro, oímos el sirenazo en el que nos anunciaba el inicio de la limpieza, por ello subimos las escaleras, dirigiéndonos cada uno a su habitación.

Al llegar a mi planta, pude observar con sorpresa, que en todas las ventanas, (unas 18), habían dejado unas bolsas blancas impecables, todas con un número bordado, y que al pasar, cada uno iba cogiendo la del número que le correspondía. La verdad es que estaba todo muy bien organizado, pues la dejaban enfrente o muy cerca de la habitación donde dormía cada uno. Yo lógicamente esa semana no disponía de bolsa.

Inmediatamente, me puse mi albornoz, suministrado por el Centro, ya no recuerdo si era de color blanco y azul, que deberíamos conservar creo para dos años y que yo era la primera vez que había visto esa prenda y todo el mundo unos antes, otros después bajamos a las duchas que estaban situadas en la planta baja, debajo de los dormitorios.

Hay recuerdos en que la memoria los ha borrado, este es mi caso, del tiempo de ducha no me acuerdo casi de nada, son muy vagos los recuerdos, si el agua era fría o era caliente, no recuerdo nada de nada, eso si que era la primera vez que me duchaba también, tampoco me da vergüenza decirlo, (con mis años que tengo ya, no sufro, por reconocerlo). Pero en mi pueblo recuerdo que en mi casa, teníamos un envase grandísimo, donde mi madre echaba agua y también agua caliente que calentaba en el fuego y allí en el corral, nos bañábamos yo y mis hermanos.

Una vez ya aseados y cambiados de ropa, cambiamos las sábanas a la cama y la hicimos y dejando en orden la habitación y nuestro armario, salíamos nuevamente otra vez al patio, yo agarré mi bolsa que mi madre había grabado con el número que me

asignaron el 1240, metí toda mi ropa sucia y después la introduje en un carro metálico muy grande que estaba instalado abajo en el hueco de la escalera, y que algunos tiraban por el hueco hasta que cayera en el carro, al poco tiempo raro era el que no tiraba la bolsa desde arriba, yo también por supuesto, de eso me acuerdo muy bien.

26

Vaya gusto la limpieza, que bien con mi pantalón nuevo de color marrón y la camisa (de la Uni), y mis zapatos negros, parecía yo un paquete, pero no era yo solo, casi todos íbamos mas o menos lo mismo, todos con la misma juventud sin gastarla, todos con las mismas ilusiones también sin gastarlas, y todos con los mismos problemas y añoranzas. En fin la vida y el futuro dependía básicamente de ti, lo tenías enfrente y te causaba algo de respeto, pero tus ardores juveniles no te dejaban pensar en ello, eras un chiquillo.

La memoria, me está causando problemas al escribir estas pequeñas memorias, comunes a cada uno de nosotros, ya no recuerdo si la tarde del sábado que restaba, había que asistir a misa después de la limpieza y si a continuación asistíamos a la sesión de cine en un gimnasio habilitado a tal efecto.

Bueno que más da, el orden de factores no altera.....

Si recuerdo, que en la sala de juegos, había una especie de barecito, que consistía en unos cajones grandes que habían dejado allí, la marca Coca-Cola, o Pepsi-cola y que los sábados por la tarde y atendidos por algunos alumnos voluntarios, nos endulzaban esos momentos, (previo pago por supuesto), observando alguna partida de pin-pong u otro juego de mesa, hasta que llegaba la hora del deseado cine.

Y cuando llegaba la hora de la proyección, para allá nos encaminábamos, todos los alumnos de los colegios menores, San Fernando, San Isidoro y Miguel de Mañara, a sentirnos por unos momentos, un descomunal espadachín o un vaquero del oeste americano rapidísimo con la pistola y que aplaudíamos entusiasmados cuando la acción se desarrollaba como nosotros queríamos, que era casi siempre.

Para ir al cine, íbamos por un paseo orilla de los colegios y la otra el llamado canal, que siempre circulaba agua, no muy limpia que dijéramos, con toda clase de bichos en el interior o sus alrededores y que algunos en su tiempo libre se dedicaba a cazarlos, y asimismo cuando se acercaban los calores aparte de mal olor, en sus inmediaciones afloraban los mosquitos. En fin no se podía tener todo.

El local del cine, era muy amplio, con cientos de butacas de madera unidas y como ya he dicho antes en un local igual que un gimnasio pero dedicado a la proyección y también para otros actos de representaciones teatrales y musicales, para ello disponía de un escenario también amplio y en alto debajo de la pantalla, que también era usado para que el cura entendido en temas del séptimo arte, nos explicara algo sobre la película que íbamos a presenciar.

Tengo que decir, que en mi pueblo disponíamos de cine, cosa rara en un pueblo que no llegaba a 1.500 personas, y además había proyección los miércoles y sábados, es decir que yo no era neófito en ese arte.

Todos esperábamos durante la semana, que llegara ese momento, hartos de clases y más clases, de estudio, tensión y nervios, el sábado en cambio era la hora del relajamiento, del relax, de demostrar otras actitudes o tumbarte a la bartola en donde quisieras, siempre en un orden claro.

Pero lo que si era cierto, es que mi vida iba cambiando a pasos agigantados, firmes y a pesar de los recuerdos de mi vida anterior, las añoranzas y los recuerdos de mi vida en el pueblo, mayormente estaba contento, y aun a pesar de las responsabilidades que había asumido.

27

No recuerdo el título de la primera película que ví en la Uni, me gustaría recordarla, esa y todas, pero no puedo, y solo porque en ese momento no me dio por apuntar todas la cosas que me fueran pasando, craso error el mío y que ahora pago, quizá es una tontería, pero muchas cosas que en esos momentos no tenían valor alguno, a lo largo del transcurso de los años por lo menos para mi poseen un valor nostálgico, además que en esos momentos no me hubiera costado ningún trabajo recopilarlos.

Eso si recuerdo perfectamente, una vez terminada la proyección, la vuelta en grandes grupos al colegio de cada uno, comentando la película que habíamos presenciado.

El sábado se acababa, mi primer sábado en la Universidad Laboral de Sevilla, a mi me gustaba ese nombre, me hacía sentirme importante, muy importante, ya había quedado lejos lo de la escuela de mi pueblo, que por cierto tenía un nombre dedicado a alguien, pero se me ha olvidado, tantas cosas se le olvidan a uno en la vida, en fin.

Mi primer domingo ya había llegado, el toque de sirena lo anunciaba, eso si, tres cuartos de hora mas tarde que cualquier día de la semana, es decir a las ocho, ya podía haber sido a las nueve, pues no, algún malaje tuvo esa idea de no dejarnos dormir una hora más.

Esa mañana, éramos un poco más remolones, hasta que notabas que las sayas del cura de la planta entraba a la habitación y te quitaba las mantas de cuajo, mirándote con sus ojos inquisidores alojados bajo unas gafas negras y que pude comprobar que todos los curas del Centro llevaban gafas, y nunca me he explicado porqué, no me creo que estudiaran mas que un ingeniero.

Pude comprobar, después de muchos días de estancia, que las mañanas en Sevilla, por lo general amanecía limpio el cielo, con una claridad impresionante, maravillosa, salvo alguna vez que el cielo se enfurruñaba y tapados por unas nubes muy revoltosas, nos regaban con agua y mas agua todo el día y algunas veces dos o tres días seguidos, por ello el campo aparecía muy verde, contemplado desde las habitaciones de los dormitorios.

Aquel primer domingo apareció radiante como dándome la bienvenida, para mi larga estancia en el Centro que gracias a Dios tenía que pasar, (lógicamente yo eso aún no lo sabía), pero yo me levanté feliz, primero porque era domingo y sería un poco mas libre, sin ataduras de clases ni estudios y poder hacer de mi capa un sayo, aunque la disciplina a golpe de sirena debía ser seguida igual, ya que para la sirena no existía el domingo.

Colocados cada uno en su sitio del comedor, dimos cuenta del desayuno, que no por ser domingo era distinto, la misma manteca amarilla, los mismos bollos de pan de siempre (fueron los mismos en los cinco años en los que desayuné, y el mismo café con leche), pero bueno no me podía quejar, en mi pueblo, de mantequilla nada y café con leche menos, me iba a la escuela con un trozo de pan y una onza de chocolate.

Ese primer domingo, y como era fiesta y también como yo estaba acostumbrado a que mi madre nos vistiera a todos mis hermanos con la ropa de domingo, me puse el jersey y los pantalones nuevos que traje de casa, para mi lo consideraba un rito, un domingo era un día especial y mi madre nos inculcaba que había que “vestirse de domingo”, pude comprobar que no era yo el único, casi todos los del colegio vestían igual, con sus ropas de domingo, hoy, por supuesto, y siendo como soy un poco rebelde en ese aspecto, me visto igual, que los lunes, martes y demás días. Algunas veces mi madre me lo reprocha, y le contesto “madre, los tiempos han cambiado”, (y yo también claro), soy mas rebelde y por supuesto mas libre.

Ya he dicho que aunque el domingo era mas relajado, el primer acto que nos esperaba era la misa del domingo, que por mandato de la autoridad eclesiástica de la Uni, había ordenado que la misa fuera considerada misa mayor y eso implicaba que la misa durara mas tiempo que la de un día de diario, que tuviera homilía mas o menos larga y que fuera cantada por un grupo de alumnos que pertenecían al coro del Colegio y que entonaban canciones de misa acompañados por todos los alumnos del mismo y que había que saber la letra y saber cantarlas, ya que si no las cantabas podía sobrevenirte lo mas seguro, alguna reprimenda por alguno de los curas que vigilaban el buen comportamiento interno de los alumnos y eso no interesaba ni lo más mínimo.

Por disciplina que no quedase, pero pese a ello, nadie se quejaba, o por lo menos yo no me enteraba, ya que siempre acaté todos los mandatos y reglas a la perfección, creo que nunca recibí una reprimenda ni ningún reparo.

Esa mañana de domingo, me acerqué al colegio cercano de San Fernando, donde se cursaba mayoritariamente Cursos de Orientación, alumnos con un año menos que nosotros, pero que también habían ingresado al mismo tiempo, aunque y por falta de espacio también había algún curso de Oficialía, con el fin de poder contactar con algún alumno de mi provincia y que me había enterado y no me acuerdo por quien, que allí se encontraban tres alumnos oriundos de la misma provincia.

Todo esto, lo recuerdo un poco entre comillas, a lo mejor el día no fue domingo, pero para el caso es igual, lo que si es cierto que comprobé, conocí y saludé a tres alumnos que habían nacido en la capital de mi provincia y que allí cursaban Orientación, Antonio Abril, Miguel Cañas y Modesto Cañas, (éstos últimos no eran hermanos) que repetía Orientación, ya que cuando terminó el año anterior y por no haber cumplido la edad reglamentaria para empezar Oficialía tuvo que repetir curso sin tener él culpa alguna, (y a protestar al maestro armero), algún año mas tarde llego a ser flamante componente de la selección absoluta de futbol de la Universidad Laboral, y del que me precio tener en la actualidad una muy buena amistad, con los otros dos también claro.

Me alegró mucho que hubiera paisanos míos y tan cerca de mi en la Uni, pero la verdad es que y no se porque razón, en todos los sitios por los que he pasado, cuando he tenido alguien de mi tierra me he encontrado mejor, mucho mas a gusto.

A lo largo del curso y al estar en otro colegio, nunca coincidí con ellos, debido a que el tiempo lo tienes muy ocupado y porque adquieres otras amistades en tu aula, las veces que nos vimos y compartimos momentos, fueron mínimos, excepto cuando ibas y volvías de vacaciones, ya que hay que tener en cuenta que en la Universidad habíamos cerca de 1.800 alumnos y eso era una barbaridad, yo en mi vida había visto tanto joven en junto.

29

Eran las dos de la tarde y habíamos pasado al comedor, a dar cuenta del menú del domingo, que era algo especial dado el día de fiesta y consistió en un arroz con algunas tajaditas y con un sabor muy rico y de segundo un bistec de carne, un poquito oscuro pero que me pareció estupendo acompañado de una salsa y creo que con patatas fritas, y en conjunto catalogué de muy aceptable, pero que con el paso del curso y como todos los domingos era el mismo, llegué a estar algo harto de ello, aunque yo no hacía ascos nunca de los menús, pero uno ya se iba cansando de los mismos, de todas formas no me podía quejar ni tenía razón para ello, yo pensaba que era un privilegiado y tenía que aprovecharlo al máximo, lo demás eran menudencias.

Lo mas difícil era algunas veces como pasar el largo tiempo, esa tarde se me hizo larga, muy larga y no sabía como aprovechar el ocio, o sentado en cualquier sitio con algún compañero de aula, contándonos nuestra vida anterior o siendo partícipe de algún improvisado partido de fútbol que se organizaba en el campo de fútbol del amplio patio del colegio, esto último si me gustaba y era feliz al máximo corriendo detrás de la pelota, aunque al final de la interminable tarde estabas harto de balón y cansado claro, aunque tengo que decir que en aquella incipiente juventud mía, nunca me encontraba cansado, al contrario poseía unas condiciones físicas envidiables, (ya que he me sincerado contando algún defecto, también tengo que contar alguna virtud mía).

Poco después tuve que admitir, que el tiempo que teníamos libre, había que emplearlo en el estudio, hacer láminas y preparar exámenes futuros, porque creo que he dicho ya que los exámenes eran mensuales y nada mas terminar unos ya debías pensar en los próximos.

Así que no había tiempo posible para el aburrimiento, debías sacarle tiempo al mismo tiempo, tu vida consistía en eso en aprovechar el tiempo, frase ésta última, que llegué a oír constantemente en boca de profesores y mas aún en la de los curas y coadjutores, (y perdón por haber abusado de la palabra tiempo).

Aquella tarde y porque lo deseaba me perdí del resto, dándome un paseo yo solo por la Uni, contemplé a lo lejos la ciudad de Sevilla y en ese momento sentí por primera vez ramalazos de nostalgia de mi pueblo, de mi anterior vida y recuerdo porque no me olvidé nunca de ello como una cierta tristeza se adentraba por todos los poros de mi cuerpo y miraba el horizonte por donde yo me creía que debía estar mi pueblo, mi familia y mis amigos.

Cuando volvía nuevamente al recinto colegial, lo olvidaba todo, pero tengo que confesar que muchas veces me perdía y me adentraba en mis pensamientos mirando por donde yo creía que estaba mi tierra.

El día festivo estaba dando la última bocanada y la noche andaluza y sevillana había nacido, había tapado la claridad del día, una nueva semana empezaba, nuevas clases nos traerían nuevos problemas, muchos mas temas de estudio, muchas cosas que te costaría comprenderlas y también como no, alegrías porque muchos problemas de química, matemáticas u otra asignatura posiblemente los habías desarrollado a la perfección.

Sin duda era un internado duro, rutinario hasta la saciedad, pero también tenía sus momentos buenos en que te considerabas el rey del mundo.

La siguiente semana fue un calco a la primera de mi estancia en la Uni, pero ya metidos mas en la faena, los exámenes estaban a la vista, no me podía descuidar, había que empezar mas o menos bien, esto no era la escuela del pueblo, esto era infinitamente mas serio, serios los profesores, serios los curas y serio todo, los menos nosotros, que entre tanta niñez y juventud floreciente, siempre había y pude comprobar que no eran pocos, que todo se lo tomaban un poco a guasa, y algunos, eso si ya los menos que todo era guasa y juerga para ellos, siempre llamándoles la atención algún profesor y los curas correspondientes. Seguro que como no cambiaran su comportamiento su porvenir lo tendrían muy negro.

Yo, tengo que reconocer, que en lo que respectaba a mí, mi actitud era la de ser bastante callado, observador, antes de hablar pensaba lo que iba a decir, resumiendo esos primeros días a verlas venir, mas tarde con el paso del tiempo, me fui espabilando, pero sin sobrepasar ni mucho menos los límites que teníamos establecidos.

A mitad de la semana, me llevé una alegría grande, cuando nos repartieron las cartas el cura que ese día controlaba el comedor, y casi sin yo esperármelo aún, dijo mi nombre y yo con una alegría grandísima la recogí y comprobé que era de mi familia, y ya en la mesa, comprobé que mi padre en la dirección había puesto mi nombre y apellidos como es lógico y después Universidad Laboral, además de Colegio San Isidoro, y también José Antonio Primo de Rivera, que era el nombre que le habían puesto las autoridades de esa época del estado español

Yo sé certeramente que a mi padre le costaría mucho poner ese nombre de su puño y letra, pero lo puso y en contra de su voluntad , sabiamente dedujo que no quería problemas que pudieran derivarse por esa acción de omisión, al cabo del tiempo y observado por mí en los demás compañeros, comprobé que no había ninguna represalia por ese motivo y comuniqué a mi padre en una carta que si no quería poner ese nombre que no lo pusiera, que no pasaba absolutamente nada de nada.

Ya en el patio y algo nervioso, abría la carta con toda emoción, significaba mi único lazo de unión, con todo lo que se cocía fuera de aquellos muros, mejor dicho de aquel contorno en el que prácticamente estábamos recluidos y por un largo periodo.

Por mi pueblo todo seguía igual, con la misma monotonía de siempre, así que mis padres poco nuevo me podían contar, solo que fuera muy aplicado y que me portara muy bien, y yo lo llevaba al pié de la letra, de eso no había duda.

Ya en el estudio de la tarde, lo primero y antes que nada, era escribir a la familia, yo si tenía muchas mas cosas que contar, sobre todos los primeros días de mi estancia allí, todo era novedad, así que les escribí una carta extensa, y sobre todo haciendo hincapié en que yo me encontraba muy bien, muy contento y que no se preocuparan de lo mas mínimo.

En el descanso de la tarde, cogí la carta y me fui a la planta central de la Uni y la introduje en el, hueco de la estafeta de correos que poseía el Centro. Más rápida la respuesta imposible.

La carta además de la lógica nostalgia, me insufló de nuevas energías, me hice propósito de enmienda de aplicarme mucho mas, no podría defraudarlos, tenía que pagarles el sacrificio que ellos habían adquirido conmigo.

El resto del día, lo pasé contento y con nuevos bríos, hasta corrí con mas ahínco detrás del balón en el partido de fútbol que se organizaba en el colegio y que se apuntaba el que quería y en el equipo que mas le gustase, podríamos estar jugando al mismo tiempo mas de cuarenta jugadores, y no estoy inventando nada, posiblemente te tirabas corriendo detrás de la pelota media hora y le habías dado dos veces al balón, mientras te la pedían que le pasaras la misma una docena otro montón de ellos.

31

Ya solo quedaban dos semanas apenas para comenzar los exámenes del mes de octubre y aun faltando ese espacio de tiempo, ya comencé a notar algo de nerviosismo por mis adentros, era una especie de cosquilleo cuando oía esa palabra, quería empezar con buen pié, por otra parte cuando en estudio repasaba lo que llevábamos hasta el momento me tranquilizaba un poco y quería sentirme un poco optimista, además el dibujo técnico en relación a las láminas que ya llevaba hechas había mejorado bastante y ya haciendo la media de las mismas me salía un 6, la verdad es que el profesor de Dibujo calificaba muy bien, lo malo fue al curso siguiente, que fui muy ajustado todo el año, claro que íbamos de esa forma la mayoría del aula y alguno ya sabrá por lo que lo digo.

Una pertinaz y pesada rutina se fue apoderando de mi vida y en la de todos, los días eran fotocopias iguales a los de la semana anterior, no pasaba nada de especial, siempre lo mismo las mismas clases, los mismos estudios, los mismo recreos, iguales los periodos de descanso, las mismas comidas y cenas que la otra semana, las mismas misas tediosas y diarias, aunque yo trataba de rezar alguna vez, pero pronto me perdía en mis pensamientos, y como no los mismos tonos de sirena, pero mira por donde, le fui cogiendo cierto cariño a la sirena, sobre todo algunos momentos placenteros que se acercaban, sobre todo a la hora de las comidas y cenas. Aun no había experimentado la desazón que me produciría el aullido de la misma cuando fuera anunciar el comienzo de un examen, esa sensación no la olvidaré nunca.

En fin la semana fue pasando relativamente tranquila, y yo que en mi fuero interno algo intranquilo por los temidos exámenes que ya nos acechaban, pero me aplacaba algo porque tenía confianza en mí, confiaba en mis posibilidades.

El domingo se estaba ya aproximando, que bien, otra vez volveríamos nuevamente a dejar de cierto lado la dichosa rutina y llegados esos momentos hasta la Uni te parecía más guapa y su entorno y tu mismo parecías configurarte en otro estado de gracia.

El domingo por la mañana y en unión de otros alumnos, me apunté para salir a Sevilla para dar una vuelta por el centro de la ciudad, íbamos acompañados de educadores del Colegio en varios grupos y nos desplazábamos al centro de la ciudad, en unos autobuses bastante feos y de color rojo, concretamente a la Glorieta del Cid, donde tenían la parada y donde nos esperarían para el regreso.

Yo, supongo que todos, con una ilusión muy grande, eso de salir de los ficticios muros de aquel campo de concentración (es un decir, posiblemente no apropiado y justo por mi parte), aunque fuera por poco espacio de tiempo, para mí era una cosa inimaginable. La experiencia me gustó muchísimo y la degusté al máximo, estando atento a lo que nos explicaba el cura y también estaba atento para no despistarme, aunque el cura de cuando nos miraba y nos contaba mentalmente, parecíamos un rebañito de ovejas.

Esa mañana nos dio tiempo para ir hasta la calle Sierpes, pasando por orilla de la catedral, quedándome flipado (bueno esta palabra no se decía entonces), de lo grande que era el templo, me pareció una barbaridad, ese día ya empecé a enamorarme de Sevilla, fue como un flechazo y aunque han pasado ya infinidad de años, sigo igual de enamorado, no exagero, digo la verdad.

32

Hoy voy a detallar algo, antes de que se me olvide, que a pesar de que no tiene nada de nostálgico, ni pertenece a mi quehacer diario en mi vida en la Uni, no lo puedo dejar pasar así como así y sé que to aquel que haya estado interno en el Centro que albergó nuestra juventud se daría cuenta en esos momentos, aunque no hubiera estudiado Delineación o Arquitectura.

Se refiere a la singular construcción de esa Universidad Laboral, yo no soy un técnico en esas lides, pero a lo largo del tiempo que permanecí en la misma, pude observar y comenté con muchos compañeros, lo bien situada que estaba la misma, la buena disposición de sus siete colegios y ciertas características que la hacían aun mas cómoda para su habitabilidad y disfrute de sus espacios y dependencias.

Tengo que reseñar primeramente la buena idea de comunicar desde el edificio que albergaba las cocinas hasta los comedores, con una planta central de la que salían unos ramales a cada colegio como si fuera una moderna autopista y por el interior de la cual circulaban unos vehículos eléctricos que permitían llevar en poco tiempo la comida caliente hasta los colegios mas alejados, eso y sin recordar ahora mismo el nombre de los arquitectos que hicieron los planos y la construyeron, para mí fue un triunfo en toda regla.

Otra cosa que quiero reseñar es la buena vista que tuvieron los responsables en su construcción es la de aplicar una cornisa a todas las ventanas del Centro, que impedía que pasara el sol a las aulas y otras dependencias, y así evitar el fastidio del sol en los meses mas cercanos al verano, que sabemos por experiencia que en Sevilla son tórridos.

Asimismo la perfecta simetría de todos sus edificios, con respecto a su columna vertebral (pasillo central), aun a pesar de que a un lado se encontraban cuatro colegios y en la otra tres, le daban al conjunto de la Universidad un conjunto de belleza arquitectónica, culminado con la presencia a un extremo de la alta y suntuosa torre.

Yo sé que se me pasan muchas cosas sobre su arquitectura, ya que no es mi fuerte, esto lo podría explicar cualquiera de los estudiantes de arquitectura que estudiaron allí y ejercieron luego esa profesión.

Solo puedo comentar y por las noticias que tengo y he leído, que hace ya años, se personaron en la misma y procedentes de otros países, por ejemplo Méjico, Chile y Bélgica personal, de sus respectivos Ministerios de Educación y tomar nota de la arquitectura de la misma y creo que en algún caso concreto construyeron algún colegio que en cierto modo guardaba gran relación con nuestra Universidad.

Dentro de las anécdotas o leyendas que se han vertido sobre la misma, y que ahora no me atrevo a decir si fueron ciertas o no, aunque yo alguna vez y sin estar completamente seguro lo he afirmado (cosa mal hecha por mi parte), es la de que una mañana y cuando el Centro ya no disponía de alumnos y eran edificios muertos, se personaron en la misma excavadoras y otras máquinas para demolerla completamente, lo que hubiera sido un crimen, además de matar el recuerdo de miles y miles de nosotros mismos, (alguien sabrá con toda seguridad, si estos extremos que comento son ciertos o no).

Pero he aquí, si esto fuera cierto, lo mismo que las máquinas invadieron el territorio, lo abandonaron a otro día, alguien con la cabeza bien amueblada y en su sitio rectificó y le perdonó la vida, anulando su sentencia de muerte, que sus edificios y todas sus instalaciones serían aprovechados en otra Universidad con otros estudios académicos que allí se llevarían a cabo y que serían aprovechados por miles y miles de jóvenes sevillanos, como así es en la actualidad.

Voy a recordarlo, aunque se positivamente que lo sabéis todos, que hace ya algunos años dichas instalaciones académicas y por decreto de la Junta General de Andalucía, pasaron a formar parte del Patrimonio Arquitectónico de esa Comunidad, con lo cual quiere decir como su nombre indica que es patrimonio de Sevilla, y que podemos estar tranquilos todos lo que allí pasamos nuestra juventud, que perdurarán durante siglos y siglos y podremos contemplarlos siempre en la eternidad desde el infinito.

33

Los exámenes mensuales correspondientes al mes de Octubre de 1.965, acababan de empezar, yo me encontraba en trance, era la primera vez que los hacía, (bueno, también todos los que allí cursábamos cursos de orientación y 1º de Oficialía).

Mas o menos en un intervalo de cinco días, procedimos a realizar todos, hasta los de gimnasia y Religión, lógicamente de estos no había que estudiar, fueron cinco días de nervios, sobre todo para mí, de los demás yo no lo sé o no me acuerdo, bastante tenía yo ya conmigo. El día que hicimos el último respiré profundamente, y descansó mi corazoncito joven, de tanto stress (esta palabra me la he inventado, entonces ni existía), ahora y no entiendo porqué, deben ser cosas de la Academia de la Lengua, la mitad de las palabras son inglesas o de raíz inglesa, como si no fuera rica ya nuestra lengua.

Antes que nada y para que no se me quede en el tintero, en mi opinión, y por culpa de las autoridades académicas, fue un error gravísimo que en la Uni no se hubiera estudiado el idioma Inglés en esos años, error imperdonable, y el otro estudiar alguna asignatura que era un plomo y que no conducía a ninguna parte, por ejemplo la Formación del Espíritu Nacional, pero los tiempos que nos tocaba vivir así lo disponían.

Particularmente a mi esta asignatura, no sabía como había que estudiarla, contra mas leía los capítulos menos los entendía, así que hacía los exámenes atendiendo a mi sentido común, y encima fueron cinco años seguidos del mismo rollo.

Yo me encontraba mas o menos contento, de cómo habían transcurrido las pruebas mensuales, y aunque aun no sabía los resultados, esperaba no tener malas noticias, pensaba que posiblemente habían podido salir mejor, solo de Matemáticas, tenía un poco de respeto, en la próximas clases de las asignaturas, sabríamos las notas, joder que momentos de miedo y nervios, yo creo que antes no me había visto nunca en una tesitura así.

Pues nada todo llegó y gracias a Dios, no fue mal, aprobé todas, pero tampoco para echar las campanas al vuelo, sobre todo en Matemáticas y Dibujo, en ellas me pusieron un 5, y tengo que reconocer que fueron justas, sinceramente no me merecía más, aunque esperaba progresar como así fue después sobre todo en Dibujo. En general quedé contento, ya que alguna nota estuvo por el 7 y el 8.-

Ya estábamos en Noviembre, yo había adquirido bastante tranquilidad y confianza en mí y me propuse dedicarle mas tiempo a las "Mates", aun sabiendo que eran mi punto flaco y así fue

durante todo mi paso por el Centro, casi nunca fui sobrado en esa especialidad, aunque algunas veces también me dio alguna alegría.

Me habían dicho que la Secretaría del Colegio, remitía las notas a las familias de los alumnos, inmediatamente una vez las tenían en su poder, de todas formas yo estaba tranquilo, aunque mi padre seguro que ponía alguna pega, porque no las vería muy altas que digamos y también remitirían las calificaciones del comportamiento de cada alumno y digo yo, que difícil debería ser para los curas el resolver ese tema de la conducta y mas con un montante de unos 300 alumnos mas o menos.

34

Más o menos, a mitad del mes de Noviembre, quizá un poco antes, recibí una carta de mi familia, que siempre recibía con una alegría inmensa, ya que era el único vínculo que me unía con el exterior y aparte de felicitarme por las notas mi padre y mi madre, y también que debía aplicarme más, y les extrañó sobre todo a mi padre, ya que a pesar de que la conducta era muy buena e intachable, en la tarjeta de notas ponía una pequeña frase que mi padre no entendió y por el cual se encontraba mosqueado conmigo y me echó una pequeña bronca y consistía la misma en lo siguiente “Algo retraído”.

Tengo que decir y no me da vergüenza reconocerlo, ya que tenía catorce años, que yo no sabía lo que significaba eso, y me quedó un nudo en el estómago, e inmediatamente lo consulté con algún compañero y hubo uno que me sacó de mis temores, para bien claro. Significaba que era algo tímido y como eso ya lo sabía me dejó muy tranquilo.

Cuando tuve ocasión y a pesar de mi timidez se lo comenté a un educador concretamente D. Arturo Fraile, que lógicamente no pudo aguantar la risa, vaya tela, y yo entre medio del lío. Todo se resolvió satisfactoriamente y el cura me indicó que esa misma mañana escribiría a mi padre una carta explicándole lo que significaba esa palabra y que no le prestara ninguna atención, que yo me portaba fenomenalmente y que el retraimiento y la timidez lo superaría satisfactoriamente al poco tiempo, en esto último el cura en algo se equivocó, me duró mas de lo que yo me creía.

Al mismo tiempo me dio un poco de pena mi padre, que se tomaba las cosas muy a pecho y tuvo que pasar algún mal rato, y seguramente no preguntó a nadie porque no quería pasar vergüenza y también dejarme a mi en mal lugar. En fin fue una anécdota con sus pequeños sinsabores y su final feliz.

Por esas fechas, me puse muy contento porque se iba a celebrar en nuestro Colegio, supongo que en los demás también se haría, un torneo de fútbol-interaulas y que se jugarían los partidos aprovechando el recreo largo de la tarde y los sábados por la tarde.

Nos apuntamos unos cuantos, mas de los que yo quisiera, aunque algunos prefirieron el baloncesto y el balonmano. El torneo se hizo en una especie de liguilla entre todas las aulas del colegio y que se llevó a cabo en el campo de fútbol que existía en el mismo y en otro campo del recinto deportivo de la Uni.

El seleccionador del equipo fue el compañero del aula Miguel Pareja, que era el que confeccionaba el equipo y el que hacía los cambios. Me acuerdo que en el tiempo de estudio se acercaba a la pizarra y ponía en la misma la alineación que saldría de principio ese partido. Estuvo claro desde el primer partido y como adelanto para todos los años, que nuestro equipo iba a cosechar pocos triunfos futbolísticos, a la primera

aula que nos enfrentamos nos endosó una goleada y nos quedamos con la moral por los suelos, había mucha nivel en muchas aulas, alguna se parecía a la nuestra, pero los principios no eran buenos y los finales tampoco lo fueron, no dábamos mas de si, aunque en el aula había gente que tocaba bien el balón, tal como Pareja, Calderón, y alguno mas que apuntábamos maneras.

A pesar de ello yo me lo pasaba estupendamente bien y me enfadaba cuando mi nombre no aparecía en la pizarra.

35

El mes de Noviembre iba pasando sin sobresaltos, con una rutina y monotonía asfixiante, venga clases y más clases, para mí por lo menos en un estado nervioso casi latente, preocupándome muchos por mis estudios y por mis avances, y a pesar de que progresaba adecuadamente siempre me quedaba algo de resquemor y tengo que decir que siempre fue así, durante los cinco años que duró mi estancia en la Uni, siempre estaba pensando en el próximo examen, prueba o entrega de lámina, era casi siempre un sin vivir, pero en fin iba pasando como podía todas las tensiones de esos días, siempre con el miedo atroz que cualquier profesor de improviso te sacara a la pizarra, para hacerte preguntas de su asignatura o desarrollar cualquier tema o problema tanto matemático o químico en los que respectaba a formulaciones químicas.

La asignatura de Química la llevaba muy bien, comprendía todo a la perfección y eso me producía una gran alegría, no es por nada pero me gustaba y fue mi punto fuerte, además de la Tecnología Química, quién me lo iba a decir en ese momento al entrar en la Uni sin saber casi significaba a que en poco tiempo yo mismo estuviera sorprendido de ello.

El Campeonato de fútbol, era uno de los espacios de tiempo en los que olvidaba mis quehaceres diarios y me entregaba con ilusión, a jugar o ver partidos y más partidos, la lástima que en todos esos años, nadie se fijara en mí, mi meta y mi sueño era jugar en el equipo de la selección, pero lógicamente no debía dar la talla de calidad para aspirar a ello, y me moría de envidia cuando veía a algún compañero de colegio, vestir la camiseta del equipo de la selección de la Uni. No lo pude lograr pero para mí habría sido o máximo y lo pensaba en esos momentos, tengo que reconocer que había alumnos que eran muy buenos con el balón con una calidad excelente, de hecho algunos llegaron a jugar en equipos de tercera y segunda división, que yo recuerde ahora el llamado Ciudad, que coincidí con él en Sagunto cuando defendía los colores del Cartagena C.F. y además tenía la misma posición en el campo que a mi mas me gustaba que era la de extremo derecho, me encantaban sus fintas y sus velocidad y su mala leche jugando, que era lo que me faltaba a mí, porque creo que para triunfar en el fútbol hay que tener mal genio y algo de mala leche, otro que me acuerdo un tal Varela, que jugaba de defensa central y tenía mucha calidad futbolística y resultado de ella es que llegó a jugar mas de una temporada en el Rayo Vallecano. Otro gran futbolista era el llamado Hinojal, alumno de Delineantes de mi Colegio, con una técnica y una calidad, que sobresalía por encima de todos, era un fuera de serie (un Xabi o un Iniesta), creo que si no llega a ser por las gafas que debía llevar, hubiera sido un gran futbolista, yo disfrutaba viéndolo jugar al fútbol.

A pesar de mi sueño de jugar en la selección, y una vez fuera de mi vida académica, llegué a jugar en categoría regional en el segundo equipo de Cuenca (el llamado San José Obrero, que precisamente este año y por primera vez en su historia juega en la Tercera División), estuve dos años, me dieron muchas patadas por los pueblos de Castilla la Mancha y al final decidí dejarlo ya que no sé que hubiera pasado al final, siempre iba cojo, precisamente de esa forma conocí a mi mujer cuando regresaba de la población de Ocaña de jugar un partido de liga. Como llevaba el pelo largo en la ciudad los aficionados me conocían por “Becerra”, jugador brasileño del Atco. de Madrid que también llevaba melena y hoy en día cuando estoy en Cuenca, alguno al saludarme me dice “Hola Becerra”.

Sin embargo bien lo sabe Dios, que me hubiera gustado mucho más, haber sido integrante del equipo de la Laboral, eso sin duda alguna, para mí hubiera significado un gran honor.

De todas formas, lo que yo disfruté jugando en los campos de fútbol de las magníficas instalaciones deportivas de la Uni, eso no me lo puede quitar nadie, para mí fue lo mejor de mi juventud, que me relajaba de la intensa, dura y monótona y a veces incómoda vida universitaria.

Y no solo disfruté del fútbol, también practiqué balonmano, voleibol (antes se le llamaba balombolea) y toda clase de modalidades atléticas, de todo ello guardo muy bonitos recuerdos, por eso siempre diré llegada la ocasión, que fui un privilegiado en mi juventud, intentando y consiguiendo apartar en el olvido los algunos malos ratos que pasé en el Centro.

36

El penúltimo mes del año se estaba acabando, quedaban unos días escasos y otra vez estábamos metidos en los malditos exámenes mensuales y yo cómo en estado de trance, esos días y aunque yo comía todo lo que quería, bueno mejor dicho todo lo que podía, esos días seguro que perdía algún kilillo de los no muchos que poseía mi cuerpo. Aunque dentro de mí sentía cierta tranquilidad ya que iba ganando escalones en el ranking del aula y de momento veía el futuro mucho mas tranquilizador, claro estudiaba cada día más y eso te inyectaba mas sosiego.

Un domingo por la mañana salí nuevamente de paseo en compañía de los de “negro”, a dar a una vuelta por la ciudad, esa bonita ciudad que me encantaba por todo, por su claridad, por su olor a azahar y jazmín, por la gracia de sus gentes, por su río, por las torres de sus iglesias y por su río, el río que la primera vez que lo ví me pareció inmenso, con sus pequeñas barquitas ancladas en sus orillas y algún barco un poco mas mayorcito navegando por el centro del mismo, me gustaba esa ciudad inmensa, y me sorprendió el color blanco y festoneado amarillo de sus casas y edificios y el color amarillo de la tierra de algunos y también de su vegetación, aquello era un síntoma inequívoco del flechazo que sentí por aquella ciudad del sur, que un día y no muy lejano me enamoré de ella perdidamente, y no lo digo de broma, el que me conoce lo sabe.

Bueno pues esa mañana, el cura que nos acompañaba, decidió que en vez de ir al centro nos marcharíamos a la Plaza de España y el Parque de María Luisa, que estaba muy cerca de la parada del autobús que nos transportaba desde la Uni, estoy seguro que todos los que decidimos ir de paseo ese día no habíamos contemplado el espectáculo

que nos esperaba, ni lo imaginábamos, al bajar ya se podían observar dos torres de ladrillo de color rojizo, idénticas y muy altas y cuando tomamos la calle que divide el parque en dos, vimos el espectáculo que nos dejó atónitos, flipados (bueno eso no se decía en aquellos tiempos), era una maravilla, desde todos los puntos de la inmensa plaza semicircular, y perfectamente simétrica, con un canal por el que circulaban barcas de remo, además poseía unos espacios dedicados a todas las provincias de España, en ladrillos grabados, una verdadera obras de arte, y que por supuesto que cada uno de nosotros fuimos corriendo a visitar nuestra provincia, que estaban colocadas en orden alfabético y a mi me dio mucha alegría ver el mapa de mi provincia (Cuenca), y no solo eso, también mi pueblo y eso que solo estaban puesto unos ocho o diez pueblos.

Yo en mi vida había visto tanta belleza junta, en un mismo lugar comprimida, fue alucinante, mi primera visita a ese lugar me dejó encantado, poseído, para mí fue en un espectáculo y siempre que he vuelto a Sevilla no he dejado de visitarlo.

Pasamos a continuación a visitar el Parque y nuevamente todo era inmenso, exuberante, precioso, grandísimo, yo nunca pensé que habría parques así, con tanta variedad de árboles, aves, pájaros, fuentes y agua, inimaginable.

En mis largos cinco años, visite ambos sitios en innumerables ocasiones, y sobre todo cuando intentábamos ligar con alguna chica sevillana, cosa que por cierto se antojaba bastante difícil, yo diría que casi imposible, ya que los domingos por la tarde, cuando desembarcábamos en la Plaza, éramos inmensidad de laborales y poca oferta de aquellas niñas sevillanas con su gracioso deje y su forma de hablar que a mi me pareció raro, pero también muy bonito y gracioso, además esas chicas sabían que éramos de la Uni, solo con vernos, claro que alguno ligó, pero entre ellos no estaba yo, tenía otro rival mi timidez.

37

Acabábamos de pasar y sufrir los exámenes mensuales (lo mío era sufrir y no por no ir preparado para ello), cuando terminé aparte de quitarme un gran peso, pensé que en mi opinión no me esperaba malas notas y la verdad es que así fue, tampoco era como para tirar cohetes como en las fiestas de mi pueblo, pero había mejorado casi en todas las asignaturas, creo recordar que para el nueve y el diez aún me encontraba virgen, pero no me podía quejar se notaba que había estudiado bastante, y hasta las matemáticas había sacado un seis.

Ya no se encontraban muy lejos las vacaciones de Navidad, ya no hacía mas que pensar en ellas, pero antes tendría que pasar nuevamente por el trance de los exámenes trimestrales, madre mía todo el trimestre junto, no, no podía fallar, tenía que hacerle pasar horas extras a mi esfuerzo en los días que quedaban, que ya no eran muchos.

Y aunque tenía confianza en mí, algunas veces se quebraba y aparecía frágil en mi pensamiento, lo que si era cierto es que en mis sueños solo veía el momento de subir al tren que me llevaría a mi añorado pueblo, que ganas tenía ya de ese momento y dejar aquel internado que muchas veces se me hacía muy pesado, ya me encontraba saturado, con ansias de libertad, y no como aquel pajarillo joven que hace muy poco había salido del nido y andaba algo perdido en aquella jungla de órdenes, avisos y demás normas que tenías que cumplir a la perfección y a todo al ritmo de aquella pesada sirena la cual te introducía su chillido afilado en tus aún vírgenes oídos.

Cada día que pasaba era un día menos, y a veces en el estudio, cuando parecía que estaba embebido en el libro que tenía puesto en medio del pupitre, resultaba que mi pensamiento volaba y volaba, y ya me veía corriendo “a tó meter”, como yo decía por aquel entonces, por las calles de mi pueblo, me parecía imposible que ya quedaran tan pocos días, era como una quimera, pero era cierto y estaba a la vuelta de la esquina, por ello los días se me hacían largos y cada día mas, cada hora era una losa grande que tenía que apartar, menos mal que la Uni era inmensamente espaciosa y tenías algún tiempo de perderte por sus campos y su terreno inmenso.

Me gustaba mucho divisar la esbelta y alta torre de esa mezcla de colores marrón, rojo y anaranjado y que cuando he querido pintarla, nunca me ha salido su color real, tenía la suerte de que la divisabas de cualquier sitio del amplísimo recinto universitario, y que al cabo de muchos años sigue siendo mi símbolo, cuando el recuerdo de la Uni se introduce en mi cabeza ya con muchas canas, lo primero que entra es la torre, mi torre, con la cual la tuve de vigía, vigilando mis andanzas y aventuras todo el tiempo que estuve en Sevilla.

Cuentan las leyendas, a saber si son ciertas o no, que cuando fueron a construirla, parece ser que en el proyecto figuraba unos metros alta que la Giralda, y también parece ser que el Clero de la ciudad no estuvo de acuerdo con ello y claro como la Iglesia, pesaba muchísimo en aquellos tiempos, no permitieron esa barbaridad y la tuvieron que construir mas baja, aunque tiene un cierto parecido con la preciosa torre sevillana, claro está en estilo moderno, hoy y como la Iglesia ya pesa menos, en el mismo Sevilla y orilla del río Guadalquivir en el margen de Triana, existe una torre mas alta que la propia Giralda, es la llamada Torre Pelli y también ha tenido sus mas y sus menos con su altura, pero ha sido otro organismo internacional el que puso pegas, creo que fue la Oficina del Patrimonio de la Humanidad.

38

Tenía la miel y la hiel ya muy cerca de mí, y para probar el dulce sabor de la miel, antes tendría que probar el sabor agrio y pestilente de la hiel, y no había otra, ese era el camino. Mi pueblo, la familia y los amigos, estaba ya muy cerca, los estaba acariciando, pero antes tendría que pasar por los temidos exámenes trimestrales, o eso o nada.

Toda la Universidad los días anteriores al comienzo de los exámenes, era como una ciudad llena de locos, todo el mundo hablaba de lo mismo, los alumnos estudiando todo lo que podían, unos repasando lo ya sabido y otros queriendo estudiar de golpe todo lo que no se había hecho antes ya, y eso era mucho que estudiar para tener un buen fin, y nervios por todos los lados, hasta los descansos los pasábamos en las aulas.

Po otro lado los curas que no paraban de repetir los hombres que no desaprovechábamos el tiempo ni un minuto, y eso a cada momento, en el comedor, por las aulas cuando pasaban y en las palabras de las buenas noches y aunque lo hacían con muy buena intención, eso me ponía a mí mas nervioso de lo que ya estaba.

Y claro como no, también los profesores con caras mas serias que nunca, a los cuales nos teníamos que enfrentar, y eran los que deberían juzgar nuestro aprovechamiento académico, mediante unas pruebas escritas que debíamos superar, nos comunicaban a fecha del examen.

En fin como ya he dicho, era una ciudad de locos, un manicomio, y eso se notaba en que al estar más nerviosos, las reacciones eras más alocadas, claro con nuestros catorce

años recién cumplidos, era difícil serenar tu juventud y tus miedos, y esos miedos hacían que muchos lo expresaran con más gritos y bullicio de nuestro cuerpo niño.

Como ya estaba muy cerca la Navidad, todos los Colegios se adornaban con motivos navideños, también se instalaban altavoces, sobre todo en la sala de juegos y en el pasillo de la residencia del Colegio, y en los espacios de tiempo libre sonaban unos villancicos preciosos, que aun en estos tiempos aun escuchamos los mismos, y que te recordaba que ya llegaba la Navidad y por tanto las vacaciones, era música celestial. Esos instantes pre-navideños no los olvidaré nunca, en cada colegio escuchándose villancicos y engalanados de Navidad. Esos momentos te hacían olvidar por un momento los exámenes y solo pensabas al oír los villancicos que el regreso a tu pueblo estaba muy cerca.

La verdad, es que ya teníamos muchas ganas de dejar el internado por unos días, yo aun no me lo creía, que pronto que había llegado, pero mi trabajo me había costado, había estudiado mucho, me había dejado los codos, ahora tendría que ver los resultados, dentro de mi gran nerviosismo, tenía confianza que fueran buenos y entonces sería lo máximo, solo a pensar en llegar a tu pueblo y disfrutar al máximo y olvidar los malos tragos y momentos de aquel primeros meses de internado en una Universidad Laboral.

Mientras tanto y por la noche, antes de decirnos a todos unas palabras el Director del Colegio subido en una silla, yo me sentaba en algún sofá adornado de alguna luz navideña, cerraba los ojos y disfrutaba de aquel ambiente, y pensaba solamente en el instante coger el tren en la estación de Sevilla, me parecía imposible que ese instante maravilloso llegara.

39

Y lo que tenía que llegar llegó, los amargos ratos que antes debíamos pasar pasaron y como siempre todo lo que empezaba, sin duda también acabaría.

Antes de terminar las clases lectivas y marchar para casa, aun supimos el resultado de varias asignaturas, tensión y muchos nervios, aunque yo puedo hablar por mí y casi seguro por muchos de los que allí estábamos con el corazón encogido y yo diría que hibernado, de esas notas dependía que los días de vacaciones fueran felices, fueran el no va más. Pues, todas las que supe no resultaron nada mal, más o menos como las esperaba, con algún punto más por encima, ya que yo siempre en general y a lo largo de mi vida, he sido un poco cauto y pesimista.

No recuerdo el nombre de las asignaturas, solo que sabiendo las que sabía, me quedé muy tranquilo, porque estaba convencido que había pasado el trance satisfactoriamente, eso quería decir que las notas de Matemáticas ya las sabía.

Aunque aun estábamos en la Uni, esa tarde fue una de las tardes más felices de mi vida, y que pasé a lo largo de mis primeros catorce años y apenas tres meses que yo tenía en esos momentos.

Es tarde fue maravillosa, veía la Uni de otro color, radiante, matizada de mil colores, todos los edificios me parecían maravillosos, asemejándose a palacios, y yo no andaba, levitaba, sin crearme lo que pasaba, el canto de la sirena me pareció música celestial que debía haber sido compuesta por el mejor músico de la historia, Mozart o algo así, aunque seguro que no sabía aun quien era ese hombre.

Esa tarde el pasillo central fue un continuo deambular de jóvenes cogidos de su mano a una maleta y que marchaban a sus pueblos por otros medios y que se dirigían a

pueblos de Sevilla u otras poblaciones cerca, yo los veía marchar y me moría de envidia, la tarde además de hermosa y que durante muchos días había añorado, también se me haría muy larga, larguísima, por la noche cogíamos un tren especial destino Madrid, en la Estación de San Bernardo, para los que íbamos en esa dirección, yo en particular tendría que bajarme en Aranjuez, donde debería coger otro para mi pueblo, según indicaba el billete que nos dieron días antes en el Colegio.

También esa tarde, además de preparar la maleta en las habitaciones, aunque el que mas y el que menos ya la teníamos preparada, tuvimos que recoger una bolsa con bocadillos y una pieza de fruta que creo siempre fue una naranja, muy cerca de la cocina, al final del pasillo. De verdad no nos podríamos quejar, no nos faltaba ningún detalle.

El ambiente en general era de pura alegría, se notaba rezumar en los rostros de todos nosotros, nos marchábamos hasta mas o menos el día 8 de Enero y eso era mucho tiempo (claro está en ese momento), días mas tarde pensaríamos otra cosa, lo bueno acaba pronto y lo triste sería la vuelta, pero yo en esos instantes ni se me pasaba por la cabeza.

Los colegios a lo largo de esa maravillosa tarde, empezaron a quedarse semivacíos, al final solo quedábamos allí los que nos íbamos dentro de dos horas. Yo estaba cada vez mas nervioso, tenía una gana inmensa de irme, de abandonar aquellos edificios e instalaciones, de pasar nervios y malos ratos, (buenos, también los hubo, para que negarlo).

La tarde estaba llegando a su fin, lo decían las sombras negruzcas que iban cubriendo el cielo, dentro de poco llegaría la noche mas hermosa que ya me estaba imaginando, con unas ganas locas de llegar al pueblo para abrazar a mis padres y hermanos, también a mis amigos, y llegar como un héroe porque yo me sentía como uno de esos, como si fuera de regresar de la guerra.

Esa tarde no la olvidaré nunca, la tengo muy presente, se me hizo muy larga, pero la saboreé con toda mi fuerza y ansia. Gracias Dios mío, por haberme dado a probar esos momentos en mi vida.

40

Cuando nos quisimos dar cuenta toda la plaza de los autobuses de la Universidad, estaba plagada de juventud y maletas, entre voces y conversaciones altas, prendados todos de un nerviosismo que contagiaba, al que estaba por allí, sobre todo curas y educadores, que trataban de ubicar a todos en los autobuses que nos correspondían según los colegios y aulas.

En el momento que escuché el rugir del motor del autobús, mas nervios para mi sufrido cuerpo, no me lo podía creer, desde una ventanilla, veía la torre despidiéndonos, con su traje de noche, pero la veía, como el vigía eterno de todo el Centro, diciéndonos adiós y hasta pronto, aunque ni la escuchábamos, ni por supuesto la queríamos escuchar diciendo esas palabras.

La plaza quedó vacía, la Universidad, quedó vacía, lo que en un minuto, había sido, bullicio, gritos y despedida, aquello quedo en patética calma, la calma de esa noche sevillana que contempló la inmensa alegría que salía por todos los poros de los cuerpos

de aquella juventud, que había pasado bajo su cobijo y muros los meses de otoño, el primer trimestre del curso.-

Al momento, dentro del autobús se empezaron a oír muchos cantos populares, muy desacompañados, hasta que se fueron uniéndose en uno único, el optimismo y la alegría era total, la noche sería larga, muy larga, tediosa, habría que ir parando en todas las estaciones del camino, dejando a muchos jóvenes en sus destinos o cerca de los mismos.

Cuando llegamos a la Estación de San Bernardo y en la Plaza de la entrada, el espectáculo fue el mismo pero a la inversa, todo el mundo afanándose en bajar de los autobuses y coger su maleta. El tren ya se encontraba puesto en un andén, con el morro mirando hacia el norte y con unos letreros que ponían “tren especial”, con muchos vagones, éramos muchos los que lo tomábamos, también seguro que era el mismo tren que nos devolvería al mismo lugar dentro de unos quince días, pero eso no lo queríamos pensar ninguno.

Mas o menos y colocados por colegios, fuimos instalándonos en compartimentos de diez plazas, dispuestos a pasar la noche, con el pesado tra-ca-trá del tren, con sus incesantes paradas, con los chillos de la locomotora y con el negro puro de la noche que se observaba desde la ventana.

Estaba ya casi todo dispuesto para la salida, vaya instantes como me gusta recordarlos, que ilusión tenía por dentro, de improviso de un aparato de megafonía salió una voz que con parsimonia para que todo el mundo lo escuchase, dijo y por dos veces seguidas, la siguiente frase que a mi se me quedó muy grabada para siempre “Tres especial con destino a Madrid, va a efectuar la salida”. Un calambrazo recorrió mi cuerpo y antes de que terminara, el tren rebosante de juventud y maletas, se movió muy lentamente, como si no pudiera arrastrar tanto peso, tanto cargamento de ilusión de alegría, que eso también pesaba, pero poco a poco, fue aumentando progresivamente su marcha, acompañado de silbidos de la máquina, mientras iban pasando lucecitas que acompañaban a la vía.

Habíamos dejado Sevilla, los inquilinos de esa ciudad, que nos marchábamos a nuestros domicilios, con unas ganas tremendas de libertad y cariño. Pero ya volveríamos, aunque eso era otro cantar, sería el cantar triste del guerrero.

41

Hasta bien pasada la noche y con el continuo y machacante sonido del tren al deslizarse por los paralelos raíles y con interminables paradas, los gritos, juergas en los compartimentos, las visitas a compañeros que sabías que también viajaban en ese tren se hizo continuo, transcurriendo la noche, hasta que el sueño y el cansancio fue haciendo mella en la mayoría y el ruido acabó desapareciendo paulatinamente, cayendo la mayoría en un sopor y otros que para no pasarse de estación cuando tuvieran que bajar, hacían lo imposible para no dormirse.

Estaba amaneciendo y ya nos encontrábamos la provincia de Toledo y en el tren solo se oía el ruido característico de pasar las ruedas por la abertura entre raíl y raíl, que se llevaba a cabo en las vías, para prevenir la dilatación (eso ya lo estudiaría mas tarde). Yo, me encontraba muy atento porque la estación de Aranjuez no tardaría mucho en llegar y mi ilusión se acrecentaba por momentos.

Ya estábamos en Aranjuez, con esa estación preciosa que tenía y tiene en la actualidad, porque es la misma de aquel entonces, inmensa por ser nudo ferroviario y con muchos trenes aparcados en sus vías y también el ir y venir de transeúntes.

Serían las ocho de la mañana y bajamos del tren un grupo de alumnos, entre ellos uno de mi aula, que residía en esa ciudad y como no, los otros tres que debían tomar mi mismo tren precisamente dentro de una hora, con dirección a Cuenca, donde ellos bajarían y yo seguiría para mi pueblo Carboneras de Guadazaón (ahora ya lo doy a conocer, tras haberlo tenido en secreto parte de esta historia anónima).

A la hora fijada, llegó el tren de Madrid y yo y los compañeros de Cuenca, que estaban en el Colegio de San Fernando, tomamos el tren que en poco tiempo entraría en nuestra provincia, una vez pasado el pueblo de Santa Cruz de la Zarza. Los cuatro en el mismo compartimento, contándonos cada uno nuestras historias laborales que eran las mismas, exactamente las mismas, esa historia anónima que habíamos empezado a forjar cada uno y que era idéntica como ya he dicho en cada una de nuestras vidas.

Me dio muchísima alegría, cuando nos estábamos ya acercando a Cuenca, porque y aunque aun no lo he dicho, desde los doce años yo había vivido en esa ciudad y había nacido en la misma, hasta que marchamos al pueblo, allí, en el andén de la estación se encontraban los padres y madres de Modesto, Toni y Miguel esperándolos con los brazos abiertos, besos, abrazos y más besos, y yo desde la ventanilla mirando el recibimiento y saludándolos igualmente, a mi aun me quedaban unos cuarenta km. Quedamos allí en la misma estación para el viaje de vuelta, aunque ese momento no quería ni que pasara por mí ese pensamiento.

Ya me encontraba solo, ya había partido el tren dirección Valencia, dentro de poco pisaría nuevamente mi pueblo, abrazaría nuevamente a mi familia, y saborearía en vivo otra vez mis recuerdos, el paisaje ya me era muy conocido, un nerviosismo como nunca había tenido se estaba apoderando de mi cuerpo joven. La vida significa momentos.

42

A lo lejos observé la estación, mi pueblo tendido en la ladera y la iglesia encaramada a una peña al final de las casas y el tren acercándose cada vez más despacio a la misma. Eran las tres de la tarde y había el mismo bullicio que otras veces que yo me acercaba solo por acercarme a observar el ambiente, ya que allí se juntaban los dos trenes el que venía de Madrid y el otro de Valencia.

Mi emoción y mis pulsaciones estaban al máximo permitido, ya de lejos capté a mi familia, allí estaban mis padres y mis dos hermanos, y yo que regresaba de la tierra prometida. El tren paró lentamente en medio de un chirrido ensordecedor, y alocadamente y con mi maleta sin soltarla de la mano, bajé y me fundí en un abrazo y besos con todos ellos, todo eran preguntas y pocas respuestas, porque no podía contestarlas al mismo tiempo.

El corto paseo que existía de la estación al pueblo todo fue un aluvión de preguntas, mi madre que si comía bien?, que si no pasaba hambre?, mi padre por otro lado, qué que tal me habían salido los exámenes? . Y yo contestándome lo mejor que podía.

Eran las tres de la tarde, cuando nos pusimos a comer en aquella planta baja que teníamos alquilada en el pueblo, otra vez comiendo junto a mi familia, como lo había echado de menos, ya no me acuerdo que me había preparado mi madre para comer,

seguramente lo que mas me gustaba, pero a verdad es que no me acuerdo, los recuerdos siguen ahí pero vagando en el olvido.

Estaba la mar de a gusto en mi casa, y tenía quince días que me parecían un siglo, pero que en muy poco tiempo me daría cuenta que eran unas migajas, que cuando me diera cuenta, tendría que preparar a mi compañera la maleta, para marcharme nuevamente al exilio andaluz. Y además no quería ni pensar, no quería amargarme las vacaciones de Navidad, ya que cuando me incorporara nuevamente tardaría seis meses y pico en volver al pueblo, en Semana Santa esas vacaciones no nos era sufragado el billete de ida y vuelta y por lo tanto debido a nuestra economía familiar, mis padres no se podían permitir ese lujo. De todas formas en esos felices momentos no quería pensar en otra cosa que disfrutar de esos momentos de dicha. Estaba en mi pueblo otra vez y eso es lo que valía.

A mis hermanos, les llevé un montón de chokolatinas, que poco a poco fui juntando de la merienda de las tardes de la Uni, aunque eso me costó el de comerme la barrita de pan solo, pero mereció la pena de ver en esos momentos como disfrutaban los dos.

Por la tarde me dediqué a ver a mis amigos, Manolo, David, Primi(tivo), Paco, Ricardo y alguno mas cuyo nombre o apodo he olvidado, y entre otras cosas, ya estuvimos concertando algún partido de fútbol en el pequeño campo junto a las Escuelas.

Y llegó el día de las Nochebuena, que felicidad, mi madre nos preparó una cena exquisita, dentro de nuestras posibilidades y entre villancico y villancico, nos fuimos tomando una botella de sidra “El Gaitero”. Como me acordaría de esos momentos, en las noches monótonas y aburridas de la Uni, que me esperaban en los largos meses que quedaban, que no quería acordarme y que conforme iban pasando los días de vacaciones, cada vez ese pensamiento me rondaba más.

Una mañana me puse la parte de arriba del chandall azul que nos habían dado en la Uni y salí a la calle con el, quería que todo el mundo supiera donde estaba. Tuve una pequeña bronca con mi madre, porque ella no quería que me lo pusiera, que iba hacer el ridículo y otras cosas más, y sin hacerle caso me fui tan cojonudo a darme una vuelta. Dentro de mí, sabía que era un arranque de orgullo, pero aun así, me daba la gana de fardar y dar a conocer donde estaba yo, (en Sevilla nada menos). Cuando regresó mi padre del trabajo, mi madre y en presencia mía le dijo a mi padre lo del chandall y mi padre ni corto ni perezoso le contestó, “Deja que haga el muchacho lo que quiera, ¿no es suyo?. Pues para no hacerle un feo a mi padre, casi me lo puse todos los días, me agradaba ir con esa prenda.

Dentro de unos días, no quería ni pensar, como me iba a costar salir de mi pueblo, pueblo que me parecía un oasis, dentro de las calamidades que aun me quedaban por pasar. Sigo diciendo que la vida está llena de pequeños ratos y de vivencias, hay que pasarlos todos con alegría (esto último nos decía un salesiano, y yo no estoy muy convencido de lo que dijo).

43

Dos o tres días después de la Nochebuena, el cartero llevó a mi casa un sobre azul, con el membrete de la Universidad Laboral, yo ya sabía lo que contenía, y en ese instante un calambrazo sacudió mi espina dorsal de arriba abajo, y si por casualidad..... pero no, yo eso no me lo esperaba. Mi madre me lo dio, y yo con la

mano temblorosa creo, lo abrí y dentro iba una especie de cartulina de tamaño octavilla, en la que figuraban las notas de mi primer trimestre en a Uni. Quería ver todas las notas al mismo tiempo, pero eso no podía ser, me sosegué y una por una fui enterándome, al llegar a la última una paz, un sosiego y una alegría me recorrió mi taquicárdico cuerpo joven. Di un salto de alegría porque no me esperaba tan buen resultado, besé a mi madre y con el sobre me dirigí a toda carrera al casino, porque mi padre estaba allí seguro echando la partida a las cartas. La satisfacción de mi padre, la note en sus ojos y en su mirada cuando se cruzó con la mía. Esa tarde seguro que no le importó perder y pagar las consumiciones.

Todas noches de Nochevieja, era muy divertido en mi pueblo, después de la cena familiar, mucha gente de se disfrazaba de lo que podía y todo el mundo se dirigía a la pequeña plaza, donde emergían cuatro calles y allí se bailaba y se cantaba como si la Puerta del Sol fuera, aunque no había reloj, pero no hacía falta, sabíamos que “El Micho”, el “Guitarro” y algunos mas doctorados en juerga iban alegrar la noche porque se las tenían pensadas. Me gustaban esos días de fiesta en el pueblo, siempre los recordaré entrañablemente.

Yo me lo estaba pasando en grande, pero un resquemor, me hacía ya pensar en que me quedaban pocos días de estar en mi pueblo, recorrer sus calles, jugar al futbol y a los policías y ladrones en el lugar orilla del pueblo denominado “El Barranco”.

También ayudaba a mi madre a llevar la gaveta llena de ropa sucia, al lavadero del pueblo que se encontraba algo retirado y allí quedarme con ella hasta que terminaba, y ayudarla nuevamente porque luego la ropa pesaba mas, y al pasar cerca de la estación no podía dejar de mirar a la misma, allí estaba esperándome, hasta creí oír “pronto vendrás”.

Los días que me quedaban los apuré al máximo, pero fue igual, la fecha de tornada, (como dicen en Valencia), llegaba irremisiblemente, mi estado anímico sufrió un cambio brusco, joder que duro era eso, no tenía ni ganas de ver la maleta, pero no me quedó mas que remedio que hacerla, repasé todo, para que no me dejara nada, sobre todo la parte de arriba del chandall, con sus letras de color blanco en la espalda y con lo que había fardado con el.

Había que hacer de tripas corazón y volver a la realidad, ahora imaginaba el viaje de vuelta como el llevar una pesada losa a la espalda, tan largo, en aquel lento y pesado tren, allá a los pies de España, todo o veía negro y todo se me hacía una cruz, pero en fin, había que ser fuerte, pero que fuerte ni que leche, allí me tenía que dejar nuevamente a mi familia y a mi pueblo y yo largarme donde Cristo perdió el gorro. Vaya tela (palabra típica sevillana), pensaba yo, que largo se tienen que hacer seis meses, una tragedia griega me acechaba.

44

Una tarde sde un aproximadamente 8 de Enero de 1966, con mis catorce años de edad, tuve que hacer la maleta, tuve que despedirme de mi madre y mis dos hermanos, (mi padre me acompañaría a la ciudad), y también tuve que despedirme de mi pueblo y amigos, ese pueblo serrano al que tanto cariño le había cogido y eso que solo llevaba tres años viviendo allí, antes había vivido en una casa del vivero de Obras Públicas y que estaba a una distancia de tres kms. de Cuenca, cerca de una aldea llamada Nohales , hoy es una pedanía de la ciudad, lugar éste en el que fui la primera vez a la escuela e hice mi primera comunión y también donde fui monaguillo.

Fue duro, muy duro, si la primera vez fue fuerte mi despedida, pesaba mucho la ilusión que yo sentía en la aventura que comenzaba, esta vez, la sentía de otra forma, eran muchos meses seguidos los que debería pasar fuera, mucho tiempo sin volver a ver mi familia y muchos meses fuera de mi pueblo, pero en fin esta vida nueva la había escogido yo y no había lugar a lamentaciones.

Otra vez la estación dichosa, el tren que se acercaba lentamente y mi pueblo asentado a lo largo de la ladera, diciéndome adiós por un largo tiempo. Despedí a mis hermanos y mi madre que quedaron en el frío andén de aquella fría tarde de invierno y que mi vista no les quitó ojos de encima hasta que la primera curva los apartó de mi vista.

Mi sino en esta vida, ha sido el de las despedidas, por circunstancias del destino, me he tenido que despedir muchas veces, pero aquellas me resultaron mas amargas que ninguna.

Serían las siete de la mañana, y con un frío que helaba el cuerpo, ya que el alma la teníamos helada desde que habíamos despertado esa mañana y en la estación de Renfe en Cuenca, nos juntamos los cuatro laborales que llevábamos un destino común, allí estaban Toni, Miguel y Modesto, acompañados de sus familias, cada uno con su maleta y de su juventud, ellos un año menos que yo, estaban cursando Orientación en el Colegio San Fernando y seguro que todos con un hormigueo que nos recorría la espina dorsal y con unas caras mucho mas serías que las que portábamos hacía quince días cuando llegábamos a Cuenca.

El tren ya esta dispuesto en la vía y mirando para Aranjuez, donde deberíamos bajarnos y esperar aquel tren que nos llevaría nuevamente a Sevilla.

Nos despedimos todos de todos y nos subimos nuevamente a aquel tren, que inmediatamente inició su marcha, dejando en el andén a mi padre y las demás familias, agitando sus manos en señal de despedida, duros momentos hay que pasar en esta vida y mucho de esos momentos la culpa la tenía Renfe y el Sr. Stevenson, que inventó la máquina de vapor., el “io puta”, como diría la gente de Sevilla y que mas tarde pasados los años, esa frase, también se nos pegaría a nosotros, aunque ellos lo decían y lo dicen mas o menos cariñosamente.

Contándonos nuestras aventuras de las vacaciones y con la moral ya no tan baja, ya que “el mal de muchos era el consuelo de los tontos”, estábamos llegando a Aranjuez, ciudad que durante muchos años mas haría de puente y transbordo en nuestros futuros viajes a Sevilla.

Esperamos un tiempo en la grandísima, espaciosa y preciosa estación de esa preciosa ciudad, residencia de reyes, hasta que los altavoces de la misma, nos hicieron saber que un tren especial para nosotros, iba a entrar por una determinada vía, así que nos encaminamos a ponernos cerca donde debería parar el tren.

Había algunos mas como nosotros, dispuestos a tomar ese tren todos con una risa nerviosa y todos (supongo yo), con el pensamiento en los días que habíamos pasado de vacaciones y que ya se habían esfumado,

“Tren especial con destino a Sevilla, va a iniciar su entrada en el anden núm. 1”

El tren especial que tomamos llevaba arrastrando un montón de vagones, llenos de niñez, de juventud, adolescencia y algunos los menos, ya mas mayorcitos y que llevaban ya unos años de vida universitaria.

Unos pocos kilómetros antes de llegar a Córdoba, me enteré porque llevaba el tren tantos vagones, del interior de esos vagones empezaron a bajar gran cantidad de jóvenes agarrados a sus maletas, desplazándose a lo largo de la vía hasta un camino que subía, y me explicaron que era la Universidad Laboral de Córdoba y que estaba a la orilla de la vía detrás de un promontorio. Lo tenían bien pensado en el mismo viaje y en el mismo tren llevaban a los centros académicos a los alumnos de Sevilla y Córdoba, (en la página web, hay una foto que inmortaliza ese instante).

De allí a Sevilla, ya fue un paseo, dentro escasas tres horas mas o menos, estaríamos nuevamente pisando el complejo universitario (que se dice ahora), antes le llamábamos simplemente “la laboral”.

Que lejos quedaba ya el tiempo de vacaciones, joder que pronto pasaba el tiempo cuando no querías de ninguna manera que pasara, ya hasta mediados de junio no volveríamos a tomar (algunos) el tren de vuelta y digo algunos, porque yo no sería de los afortunados que podrían pagarse el viaje de la vacación de Semana Santa, (la economía de mi familia no daba para eso). En fin había que sobreponerse a esa circunstancia, ser fuerte y tratar de saborear los buenos ratos que tuviéramos y obviar los otros no tan buenos, morriña, exámenes, estudio y mas estudio y disciplina y otras cosillas mas. Pasados muchos años esas cosas las recordaríamos con mucha nostalgia, ahora solo teníamos nostalgia de nuestros pueblos y ciudades.

Ya era de noche cuando llegamos nuevamente a la Estación de San Bernardo en Sevilla, y a la salida en la plaza muchos autobuses esperando nuestra llegada, para recogerlos y apretados como sardinas en lata, trasladarnos al recinto de la Uni.

Me acuerdo perfectamente, porque se quedó en mi retina por los siglos de los siglos, la imagen de cientos de laborales con su maleta cogida de la mano y algunos casi arrastrándola, porque hacía mas bulto la maleta que ellos mismos, bajando por el pasillo central hasta su Colegio respectivo y todos seguramente pasando por sus cabezas el largo tiempo de espera que quedaba para ser otra vez libres como un pajarillo.

Nos dio tiempo para una frugal cena, unas palabras de bienvenida del Director que no teníamos ninguna gana de escucharla y solo ya pensando en subir a la residencia para descansar del largo del viaje y del cansancio acumulado y asimismo ahogar tus penas abrazado a la almohada, porque el día siguiente sería igual de monótono, otra vez igual a todos los días que nos quedaban.

Cuando escuché el sonido de la sirena, en ese momento, me pareció que me partía mi corazón en dos, ya lo había olvidado, pero estaba ahí con una puntualidad como un reloj suizo de primera marca, maldita sirena (bueno yo no hablaba mal en esas fechas) pero por lo menos lo pensé. Eran las siete y cuarto y estaba amaneciendo, maldita era mi estampa, si me parecía que no había dormido nada y ya me tenía que levantar.

Las palmas del cura de turno que machacaban mis oídos, me provocaban un hormiguillo en el estómago, sonaban con un eco fuera de lo común desde el pasillo interminable, solo la imagen de la esbelta y bella torre, me volvieron de nuevo a la realidad.

Sin duda estaba de nuevo en Sevilla.

Cuando entré esa mañana en el comedor, observé el mismo ambiente mañanero de siempre, cuerpos vagando aun dormidos, y no asimilando a esa hora, que ya estábamos sujetos nuevamente a esa disciplina que aparentemente no se notaba, pero estaba ahí, se palpaba, y al mismo tiempo muchas mentes volaban al unísono, arrastrando toneladas de nostalgia de los felices días pasados.

Solo el aroma que desprendían aquellas cafeteras de aluminio y que llenaban el amplio comedor nos volvió a la realidad, la realidad pura y dura, acabábamos de empezar otro y largo nuevo trimestre, mientras las puertas batientes de madera y cristal de entrada al comedor chirriaban de una forma especial, cuando alguien las batía para entrar y salir.

Cuando sonó la sirena, el pequeño revuelo que existía en la misma cesó de manera inmediata, esa mañana no estaba para alborotos, todo el mundo tratando de asimilar lo no asimilable, esa mañana de clase tras clase sería como un rodaje para coger forma, para iniciarse en la jodía rutina que nos esperaba día a día. En fin para eso estábamos allí.

Entre clase y clase, los más allegados nos contábamos las aventuras de nuestras vacaciones, nos hacíamos saber las notas que habíamos tenido en el primer trimestre, y así mal de muchos, consuelo de tontos.

Yo no sé los demás, pero mi pensamiento solo me llevaba a la cantidad de meses que me quedaban para terminar el curso, el largo tiempo que debía pasar en la Uni, en Sevilla, “vaya tela, y vaya tela” y encima con el alma en vilo, menos mal que antes no existía “la depresión”, o por lo menos nosotros no sabíamos lo que significaba esa palabra, ni falta que nos hacía.

Entre clase y clase y en lo cinco o diez minutos que había de recreo, yo me lanzaba al campo de fútbol a correr y a tratar de darle al balón que allí lanzaba con un patadón un cura, si tenía la suerte entre todos los que hacían lo mismo, que eran muchos, de tocar la pelota, ya te sentías un afortunado y mas aun si podía hacer un regate que otro.

En fin había que rehacer la vida, había que sacarle el jugo a los momentos buenos, aunque tu niñez, te traicionaba en algunos momentos, y sobre todo cuando mirabas a la lejanía y notabas la distancia que te separaba de tu pueblo y de tus seres queridos.

Como nuestra aula del Colegio San Isidoro, estaba muy cerca de donde estaban las cocinas, cuando se consumía la mitad de la última clase, nos llegaba un olor penetrante al primer plato del menú de ese día, y ese día eran los garbanzos, “los dichosos trompitos”, el cual se metía por todos los rincones del colegio, hasta llegar al aula y que se introducía aunque tuviera las puertas cerradas.

Benditos trompitos, y aunque salí muy harto de ellos, a mi no me disgustaron, me los jalaba con fruición, nunca hice ascos a ellos ni a nada, pero claro tanto tiempo con los que deseaban ser mis amigos, al final tuvimos una relación de amor y odio.

Por la tarde lo primero que hice fue escribir a mi familia, ellos seguro que estarían impacientes por recibir noticias mías y así lo hice, también repasé lo dado en las clases de por la mañana, y así pasé el día, inundado de añoranzas pero con la seguridad que esa sensación disminuiría en intensidad, de eso estaba seguro.

Cuanto me gustaría pasar nuevamente aquel amargo día, no os riáis, que no, que no estoy loco, es que pasados ya cincuenta años, me suele ocurrir alguna vez.

Cuando me acuerdo ahora, doy gracias por ser uno de los afortunados.

Ya había pasado casi la mitad de mes y la rutina diaria nos acosaba, con clases y mas clases acompañadas de sus respectivos recreos, con sus aproximadamente veinte toques de sirena diarios, con la visión diaria de las túnicas negras de los curas que los tenías casi todo el día a tu vera, con la misa diaria y obligatoria que a final de curso llegaba a agobiarte y cansarte y que al principio llegó a reconfortarme y sentirme como en un remanso de paz. Hubo de todo en la viña del Señor.

En lo que se refería a mis estudios, yo progresaba adecuadamente, y aunque era muy pronto para cantar victoria, la verdad es que lo llevaba bien, tampoco para tirar fuegos de artificio, pero no me podía quejar, confiaba plenamente en mí, sobre todo porque estudiaba mucho y eso no me costaba trabajo, lo hacía a gusto y mas cuando los posibles problemas (valga la redundancia), que se presentaban no me causaban muchos problemas, esos ratos yo era feliz.

Y los sábados a practicar deporte que yo disfrutaba como un cosaco, y los domingos no dejaba uno de ir a Sevilla, yo lo consideraba como una medicina, lo necesitaba, aunque tuviéramos que ir acompañados de un cura, cada vez que salía mas me gustaba esa ciudad, tan grande, tan luminosa, me gustaba su olor, sus jardines, sus flores y sobre todos sus monumentos, a mi me parecía inmensa, enorme, con aquel río tan grande, con aquellos puentes tan largos que lo cruzaban, a mi me pareció y me sigue pareciendo maravillosa, única, siempre le aprecio algo nuevo, claro que yo no había visto ninguna mas, solo Cuenca y era muy pequeña, aunque mi Cuenca es única y encima ahora es “Patrimonio Nacional de la Humanidad”.

Me había gustado una barbaridad la torre de la Giralda, su catedral grandísima, pero yo creo que lo que mas me impresionó en aquel entonces fue la Plaza de España, con sus canales y al lado el Parque de María Luisa.

A lo largo de tantos años, tuve tiempo de extasiarme de tanta belleza, aunque no de cansarme de visitar los cientos de rincones preciosos que posee la ciudad, de la cual me he autonombrado hijo adoptivo de la misma, porque me ha dado la gana y creo que me lo merezco.

Llegado el día 20 del mes de Enero, aparte de tener los exámenes mensuales a la vista, lo que si empezaron y en todos los colegios fueron los campeonatos de San Juan Bosco, cuya fiesta estaba muy cercana y sería el 31 de Enero, en la modalidad de los deportes que allí se practicaban, aparte de los juegos de mesa. Era un aliciente para terminar el mes, no solo iba a ser estudiar, esas actividades uno también las agradecía. Me acuerdo que yo me apunté casi a todas, al ajedrez, a las damas, al ping pong, y por supuesto al fútbol con el equipo de mi aula (1º H), y también a las pruebas de atletismo en que pudiera participar, sobre todo en el campo a través, que era lo que mejor se me daba, ya que el que suscribe parecía una liebre y encima tenía mucha resistencia.

A partir de la fecha que he referido anteriormente, el Director del Colegio D.Adolfo Nogueiras, nos empezó a relatar todas las noches, en los minutos dedicados a dar las buenas noches, la vida, las andanzas y los milagros de D.Bosco, a la sazón patrón de la congregación salesiana, a la cual, pertenecían los curas que procedían a nuestra educación, así que llegamos a sabernos su historia mejor que los mismos curas que nos las impartían. Este Santo llegó a fundar colegios en Turín (Italia) donde la juventud necesitada aprendía un oficio, que mas tarde le resolviera su vida. Salvando las distancias y el tiempo, mas o menos lo mismo que en nuestra Uni.

También el mismo día 31, y con motivo de la fiesta patronal, como no, habría Misa Mayor a la que asistiríamos todos los integrantes del centro colegial y como no también comida especial, tengo que confesar, que a mi me hacía mas ilusión la comida, y que días antes ya no hacía mas que pensar en ella.

Como me gustó el mes de Enero en mi vida universitaria en Sevilla.

48

El caso es que mi debut en las modalidades en que me presenté para participar, fue un desastre total, sobre todo en los juegos de mesa, fui eliminado a las primeras de cambio, tanto en damas, ajedrez y ping pong, no poseía el nivel suficiente. En el juego de damas me toco un delineante llamado José Luis Caballero Cuevas, que me eliminó en menos que canta un gallo. En ajedrez, tuve que tener mala suerte y no en la partida sino en el adversario que debería se Anatoli Karpov cuando era joven, ya que me dio jaque mate en menos de seis jugadas, y en ping pong, resistí algo mas y porque el rival tampoco era fuera de serie, pero caí eliminado. Pues si que empezaba bien mi debut por los “coo”.

Bueno yo no me desanimé, ahora llegaban mis especialidades preferidas.

En fútbol, y a pesar de nuestro coraje y ganas, tampoco hicimos nada de mención, a nuestro equipo de Químicos, nos faltaba algo de calidad y fuimos perdiendo partido tras partido. En mi Colegio siempre ganaron las mismas aulas los campeonatos, por algo sería, los de Metal y Electricidad. En fin y lo bien que no lo pasamos perdiendo, ganar habría sido la

Llegó mi prueba reina, que era el Campo a Través, ahora llamado Cross (como muchas palabras en la actualidad que han pasado a pronunciarse y escribirse en inglés, jodía costumbre moderna de la Academia de la Lengua Española).

Nuestro equipo del aula, formado por Civantos, Julio y yo, hicimos una buena clasificación por equipos y conseguimos la medalla de bronce de la Uni en prueba reservada a alumno de Orientación y Primero de Oficialía. La prueba consistía en dar una vuelta al perímetro de toda la Universidad Laboral, corriendo por caminos que la bordeaban, me acordaré toda mi vida de aquella tarde de sábado, corriendo todo lo que mas podía, y contemplando la Universidad en toda su amplitud y en todas las perspectivas. Y así pasó muchas veces.

Anda que no estábamos contentos con nuestra medalla, que pasó a ser de nuestra propiedad, pues no iba a fardar yo en mi pueblo.

Pero aunque algunos días estuvimos enfrascados en las pruebas deportivas, sin embargo la vida lectiva seguía su curso normal, yo diría que más apretada, ya que los exámenes de final de mes, empezamos a realizarlos en plenos campeonatos.

Y llegó el día 31 de Enero, Festividad de San Juan Bosco, ese día no era lectivo en la Universidad, todos nos vestimos con nuestras modestas mejores galas y a las 11 de la mañana creo recordar y en patio de banderas de la plaza de entrada del recinto académico y en un altar montado al efecto, se celebró la Misa Mayor, con asistencia de todo el personal universitario, celebrada por el Rector D. José Hernández Andrés, que también era cura salesiano, acompañada con los cantos del Coro de la Universidad (mas tarde y durante un año yo también pertencí a ese coro, de lo cual me vanaglorio).

La verdad es que esas misas eran muy pesadas, un plomo que había que pasar como cada uno pudiera, yo pensando básicamente en la comida especial, que nos iban a poner al medio día, no se me podía quitar de la imaginación, es que no lo puedo negar, siempre he sido un buen “tripero”.

La comida resultó magnífica, colmó todas mis expectativas, aunque el menú ya no me acuerdo, creo que entre las vituallas servidas el segundo plato fue medio pollo, pero la memoria me ha fallado en lo que mas me gustaba.

Muy buen recuerdo de ese día, allí en aquel Colegio donde mandaban los curas, enclavado entonces en las afueras de Sevilla y donde morábamos cientos de universitarios internos, en el cual pasamos, parte o casi toda nuestra juventud y de lo que puedo asegurar que en ningún momentos he estado repiso de mi estancia. Fue una experiencia muy dura, pero también maravillosa.

49

Ya estábamos en Febrero y habían pasado los exámenes parciales de Enero, uno se podría relajar un poco, aunque fuera breve y disfrutar de algo más de tiempo de asueto, no ir tan agobiado de estudio, de exámenes de láminas y de algunas obligaciones más.

Yo, y me supongo que todos los alumnos del colegio, a esas alturas de curso, nos íbamos conociendo, y ya de muchos sabía su apellido, era mucho el roce a lo largo de todo el día en el espacio que nuestro colegio tenía.

A lo largo de todos los cursos que permanecí en la Uni y llegado el mes de Febrero, hacíamos un alto en el camino, para realizar los Ejercicios Espirituales, yo la verdad y supongo que muchos como yo, no tenía ni la menor idea de lo que aquello significaba, solo sabía que serían dos o tres días que no tendríamos clases y lo íbamos a dedicar a oír charlas y mas charlas impartidas por curas del colegio, de otros colegios o de otros curas o seglares que vendrían de fuera y cómo no misas, cantos y actos religiosos, que al final de la jornada andabas ya un poco turulado, y con un lío en tu cabeza, que no sabías distinguir quien era el Padre, quien el Hijo y sobre todo el Espíritu Santo, porque cada vez que intervenía un cura nuevo te decía una cosa distinta y tu cabeza tierna y joven se amalgamaba y no sabía distinguir nada.

Tengo que reconocer que algunas de las charlas fueron amenas, y las seguíamos con interés, otras un plomo y que no había otra opción que aguantarlas, no quedaba mas remedio y ya para rematar, para finalizar la jornada, había que asistir a una misa con un poco mas de bombo que las de los días normales, eso sí mas largas también, con mas cantos y mas rezos y yo por lo menos con unas ganas tremendas de que terminara para ir a papear la cena.

Pero yo no me quejaba, en aquellos tiempos yo era un todoterreno, no me quejaba de nada, todo lo llevaba bien, aunque algunas veces y mientras el cura de turno usaba su verborrea, mi pensamiento se encontraba volando por el éter y vagando mi espíritu por mi pueblo de Carboneras de Guadazaón.

Los curas nos regalaban estampas de San Juan Bosco y de la Virgen María Auxiliadora patrona de la comunidad salesiana. En la actualidad y en la pared de mi mesa de escritorio donde tengo el ordenador, tengo una estampita de María Auxiliadora, que me regaló mi compañero de aula Enrique Aguilar García en una visita hace unos años a su domicilio en Madrid y la verdad es que le tengo cariño a esa estampa, me recuerda muchos momentos de mi juventud que añoro intensamente.

El día que terminamos los Ejercicios, la Uni nos obsequió con otra comida que se salía de la rutina, por lo que yo terminé altamente satisfecho, y también casi puedo asegurar que todo lo que había oído ya se me había olvidado, aunque creo o a mi me parecía que mi alma nadaba en un mar de paz o yo que sé.

Ya nos habíamos cargado la mitad del segundo trimestre, luego a luego llegaría primeros de Abril, y las pequeñas vacaciones de Semana Santa, para algunos claro, yo no tenía esa suerte, no quería pensar ese momento, pues no quería verme en el espejo la cara de envidia que se me pondría al ver salir para sus pueblos y ciudades a muchos compañeros, bueno no quería pensar en esos momentos que yo presentía que me iban a resultar muy amargos.

Luego llegado esas fechas, tuve una gratísima sorpresa, pero esa es otra historia, que muy pronto desvelaré.

50

Los días iban pasando con la puntualidad de un reloj suizo y todo ello debido a que eran unos igual que otros. Todo bajo una programación perfecta, tu vida diaria empezaba muy temprano y terminaba no muy tarde y acababa con una hartazón de rutina que te hinchaba, sabías cada segundo lo que iba hacer en el próximo, no eras dueño de ti mismo, salvo contados momentos que cuando empezabas a sentirte un poco libre, una aullido de sirena te volvía a la realidad mas cruda, aun conservo en la actualidad en el fondo de mis entrañas ese grito desgarrador y que algunas noches y bajo los efectos de un sueño nostálgico me despierta, sobresaltándome, porque creo firmemente que aún estoy vagando por la Uni, que he vuelto a mis tiempos juveniles e inmediatamente me doy cuenta, que he vuelto de nuevo, a mi realidad, que ese sueño que parecía real, es imposible, y antes de dormirme nuevamente me relamo en el placer de esos instantes en que aun moraba en esas latitudes, benditos tiempos de juventud y como no benditos sueños esos que aun vienen a visitarme, aunque cada vez mas tarde, y se van borrando en el disco duro de mi cerebro de miles de células ya muy gastadas.

Febrero, ya se estaba agotando, dando sus últimos coletazos, y aunque la verdad no era ni mucho menos el clima de mi amado pueblo en el invierno, si recuerdo que algunas veces también hacía frío, un frío que se te metía en los huesos, pero normalmente hacía un tiempo benévolo en esas fechas, lo contrario que en mi pueblo que al estar encaramado en la sierra conquense, los meses de Enero y Febrero, eran terribles, te arañaban con sus zarpas de hielo, pero uno entonces con su ardor juvenil podía con todo, y eso que en esos tiempos caían nevadas que ahora ya no se ven por esas tierras, ahora simplemente cubren con un pequeño manto blanco las calles del

pueblo y toda la sierra, y aunque mucha gente no lo quiera creer, el tiempo está cambiando a pasos agigantados, sea por el cambio climático o por lo que quiera que sea.

Aunque ahora no venga a cuento, quiero reseñar porque me acordado ahora mismo, que en aquellas fechas de invierno en mi pueblo, los colegiales teníamos que ir a la escuela, mañana y tarde acompañados con un tarugo de leña para la estufa de la clase, y si no lo llevabas el maestro no te dejaba entrar en la escuela. Joder que tiempos más bonitos y que ahora casi no te puedes creer que era absolutamente cierto

Yo seguía estudiando metódicamente, por ello mi vida colegial en la Uni iba pasando sin sobresaltos con ningún nueve o diez, pero tampoco con un tres ni un cuatro, iba navegando entre algún cinco y seises y sietes, que no estaba nada mal, es decir iba sobreviviendo y eso no estaba nada mal.

Ya olíamos a Marzo y dentro de poco llegaría la primavera en Sevilla, yo claro está no había tenido la ocasión aún de vivir en Sevilla en esa época, pero muy pronto lo experimentaríamos, ya hablaré sobre ello.

51

Aunque faltaba un poco para la bendita primavera, ya la veíamos asomar por el horizonte cercano, y con ello los exámenes trimestrales nos miraban amenazadoramente a nuestros ojos y nos producían algo de acojono y de pánico, así era imposible vivir, con nuestro joven corazón siempre en vilo y con taquicardia tras taquicardia, me gustaría que se hiciera ahora en la actualidad un estudio a todos nosotros en nuestro corazoncito, sin duda que nos saldrían a todos las mismas anomalías de tipo arrítmico.

Ya estábamos en pleno mitad de curso, y con la mente puesta en las próximas vacaciones de Semana Santa, aunque mi alegría no era entera del todo, yo y alguna mas gente no volveríamos al pueblo, porque los gastos del viaje los tendríamos que sufragar (como ya he dicho en algún capítulo) nosotros y nuestra economía no nos lo permitía, en fin que íbamos hacer, tendríamos que quedarnos en la Uni, todos esos días, seguro que sin saber que hacer, viviendo mas aburridos que una ostra, o eso me pensaba yo, aunque luego las cosas sucedieron de otra forma para mi alegría.

Después de unos meses, a la Uni le había cogido una especie de cariño, no me encontraba mal, mis estudios no me daban muchos quebraderos de cabeza, a excepción de las matemáticas, aunque las superaba a fuerza de estudio y de hartarme a hacer problemas y ejercicios, en fin iba luchando, pero no podía olvidarla porque no pasaba del seis. Mi aula y mis compañeros me agradaban, existía mucha dosis de compañerismo, de “buen rollo” como dice ahora la juventud, claro pasábamos mucho tiempo juntos al cabo del día, aunque claro está, formábamos grupos los cuales casi siempre estábamos juntos y dentro de los grupos, tus amigos con los cuales congeniabas mas. Yo y creo que ya lo he dicho en alguna ocasión, tenía los míos, Enrique Aguilar de Madrid, Jesús Aso de Huesca, Francisco Santos y Manuel García, ambos de Sevilla, Aunque ya digo éramos todos una piña, como los recuerdo, aunque gracias a Dios en la actualidad nos vemos todos los años y eso es un premio para mí y para todos. Por eso en la actualidad doy gracias a mis años de internado el haber conservado esa amistad de todos mis amigos, con eso estoy sumamente pagado por los sacrificios que tuve que

soportar en aquella época de internado, esa amistad fraternal ha sido un gran premio para mi en mi vida.

Pero ya digo, dentro de las limitaciones a las que estábamos sujetos, la verdad es que no nos podíamos quejar de nada, podíamos estudiar en un buen colegio, no nos faltaba de nada, teníamos nuestras necesidades cubiertas, comíamos yo creo que bien, pues lo menos yo no me quejaba, aunque al final sentía ya cierto cansancio, aunque ese no era mi problema mas acuciante, teníamos campos de fútbol, instalaciones deportivas de primer nivel para lo que había en aquellas épocas y todo en muy buen estado de conservación, la Universidad llevaba solo inaugurada unos ocho años, y los jóvenes de entonces o a mi eso me lo parece, sabíamos respetar lo que estaba destinado para nuestro uso y disfrute (ahora a mi me parece que no tanto) y sobre todos teníamos espacio, un espacio muy extenso que estaba a nuestra disposición, vamos un lujo.

Que lo pasamos algunos malos ratos, sí, para que decir que no, éramos muy jóvenes y tus problemillas los tenías que ir resolviendo tu solo y con la ayuda de tus amigos mas cercanos, pero lo fuimos llevando, conforme pasaron los años y fuimos madurando.

Lo he dicho ya alguna vez y lo seguiré repitiendo, para mí fue un premio.

52

En esas fechas de últimos de Marzo de 1.966, intenté hacer una cosa, copiando a las novelas que también leí en esos días, “El diario de Daniel” de Michel Quoist y el Diario de Ana Frank”, consistía en escribir al finalizar el día, todo lo que me pasaba al cabo de la jornada, es decir mi diario, empecé con ánimo pero no llegó a dos semanas que lo tuve que dejar, ya que muchos días no sabía que reseñar, por la razón de que todos eran iguales, eran como cromos repetidos.

Y para que no se me quede en el tintero y para que no se me olvide, aunque no me acuerdo en que fecha lo leí, fue “La vida sale al encuentro” de Jose Luis Martín Vigil, el cual me impactó mucho

En la actualidad maldigo el día que se me ocurrió suspender mi trabajo, hoy me serviría de gran ayuda, y recordaría fechas y multitud de de detalles y vivencias, que en la actualidad he olvidado y otras que aunque acordándome no se ubicarlas en el tiempo.

En fin una lástima.

Una vez terminados los exámenes trimestrales, y antes de que empezaran las vacaciones de Semana Santa que fueron en la segunda quincena del mes Abril, las clases hasta el comienzo de las mismas seguimos con las clases normales, bastantes mas relajados ya que de momento no tendríamos exámenes a la vista.

Me gustaba el momento cuando el cura de turno y encaramado de pie en una silla, y en el recinto del comedor, antes de la comida, leía el destinatario del paquete de cartas que llevaba en la mano, ¿Quién se iba a imaginar que en aquella carta recibida en los primeros días del mes, que me entregó el cura y que procedía como no de mi

familia?, me iba a proporcionar una alegría inmensa, comunicándome en la misma que mi madre no viajaría sola, sino que la acompañaría la madre de Modesto Cañas, del cual ya he mentado en capítulos anteriores, en el viaje a Sevilla, a estar con nosotros unos dos o tres días en la ciudad, y pernoctarían en la casa de los amigos de mis padres José y Carmela y que también ya nombré en los primeros capítulos y que merecen un capítulo aparte, ofreciendo su casa para tal fin, de lo que estaré siempre muy agradecido y que por supuesto recordaré y plasmaré en un capítulo de estas memorias, no merecen otra cosa.

No sé de qué forma pudieron contactar las dos familias la mía y la de Modesto para programar el viaje de nuestras mamás, mi memoria en algo tan importante sufre lagunas y si vinieron exactamente en los días de Semana Santa o en otros días libres. El caso es que creo recordar que contactamos los dos para comunicarnos la buena nueva, y los dos nos pusimos la mar de contentos, y la verdad es que yo ni me lo creía que mi madre que no había salido nunca de Cuenca y el pueblo se atreviera a viajar a Sevilla aunque fuera con otra persona, yo solo sé que los días hasta ese momento se me hicieron muy largos.

Empezaron las vacaciones de Semana Santa y nuestros ojos fueron testigos de que cientos de alumnos cogían sus maletas y se marcharon por el pasillo central, hacia la Plaza de la Uni para tomar los autobuses que los llevaría a Sevilla y que cada uno se buscara su vida (en esto último que relato del viaje, tengo también dudas, ya que me surge la pregunta de que los alumnos mas jóvenes era una temeridad de que viajaran solos, no sé eso tendría alguna solución, que ahora no me atrevo a afirmar como fue).

Sino hubiera sido por la llegada de nuestras madres, seguro que la tristeza se habría apoderado de nuestro ser, allí oprimidos y encerrados en aquellos edificios descomunales y nuestra vida allí en esos días encerrados, habría sido una pesadilla, pero no fue así gracias a Dios, nuestras mamás no tardarían en llegar.

Que momentos de felicidad hay en algunos días de tu vida.

53

Y llegó el día señalado, me supongo que los Directores de los Colegios San Fernando y San Isidoro a los cuales pertenecíamos ambos, tendrían conocimiento por supuesto que nos ausentaríamos para pasar esos breves días. No recuerdo si nuestras madres, Josefina y Flora, y acompañados de José y Carmela, sevillanos ellos de pura cepa, fueron a la Uni a recogernos, tengo dudas de ello y me molesta mucho no acordarme de ese detalle, seguro que Modesto que tiene una buena memoria se acordará posiblemente, se lo preguntaré en la primera ocasión que lo vea.

Sea como fuere, el encuentro fue muy emotivo, yo no me lo podía creer, mi madre allí en Sevilla, me parecía imposible, pero no era cuento, era verdad. En poco tiempo habían visitado mi padre y mi madre Sevilla, mi padre para traerme y mi madre ahora a visitarme, era un lujo muy grande.

Lo que si me acuerdo es que les enseñamos la Universidad por todos los rincones y se quedaron maravilladas, no se lo podían creer que fuera tan inmenso y con aquellos edificios grandísimos, que seguro que no habían visto unos más grandes en toda su vida. Bueno miento, mi madre había estado de joven sirviendo en una casa en

Madrid, acompañada en esos tiempos de Carmela la anfitriona, por eso eran amigas. Ahora solo faltaba que les enseñáramos nosotros Sevilla, bueno los que nos la enseñaron de cabo a rabo fueron José y Carmela.

Días felices los que pasamos allí en el domicilio de los amigos de Sevilla, enclavado por el barrio de Nervión, en la avda. El Greco para mas pistas, en un piso pequeñito, y alojados en una habitación también pequeña los cuatro, durmiendo cada uno con nuestra madre en dos camitas pequeñas, pero que a nosotros nos pareció el mejor de los hoteles.

Los anfitriones no nos dejaron ni un momento, estuvieron solo a nuestro servicio, y eso lo agradecemos, porque ellos eran así, luego ya lo pude comprobar aun más en los cinco años que permanecí en Sevilla.

Nos enseñaron todos lo más típico de Sevilla, aunque nosotros dos ya lo conocíamos en nuestras excursiones matutinas del domingo, quedando maravilladas nuestras madres de la belleza de esa ciudad, de sus monumentos, de su río y de sus gentes, dotadas de esa gracia que poseen.

Cundo visitamos el Parque de María Luisa, plasmamos en fotografía ese momento, del cual aun conservo la foto y que nos la hizo un fotógrafo de los que antes se encontraba para la ocasión en casi todos los parques. En la instantánea estábamos, José y Carmela y sus hijos una pareja que tenían sobre unos diez y siete años y nosotros cuatro, tengo que reseñar que le tengo un gran cariño a esa foto. José murió ya hace unos siete años y Carmela en la actualidad tiene Alzheimer, estando ingresada en un centro de Sevilla, una pena pero así es esta vida.

Como estábamos en Semana Santa, por la tarde nos escapábamos todos al centro de la ciudad a ver las procesiones, y quedamos maravillados, cuanto lujo, que pasos tan grandes, que cantidad de nazarenos, pero a nosotros los conquenses nos pareció que el bullicio era muy grande, al contrario que la Semana Santa de Cuenca, que por lo general predominaba el orden, la austeridad, el recogimiento y la devoción. Aun así nos quedamos muy impresionados.

Como vinieron se fueron otra vez, a nosotros fue como si nos quedáramos huérfanos tuvimos que volver otra vez bajo los muros protectores del internado, aunque contentos por haber pasado unos días maravillosos junto a nuestras mamás, y nos quedamos con mucha nostalgia pero con las pilas cargadas y nuevos bríos ya que solo quedaban dos meses y unos pocos días para terminar el curso. Habría que apretar mucho lo que restaba e íbamos muy bien encaminados, ya no podíamos fallar después de haber estudiado tanto hasta ese momento.

La primavera ya estaba en su apogeo y por lo que nos habían dicho Sevilla daba un cambio brusco, ya lo comprobaríamos en unos días.

Yo no sé de qué manera pasó, y tampoco el año que fue me parece que en el siguiente de 1.967, pasé nuevamente una noche en el domicilio de José y Carmela, y fue en Semana Santa, no me acuerdo si sería el jueves santo o el viernes santo, el caso es que me tuvieron que dar permiso para un día o dos y aparecí nuevamente por la casa y que al atardecer nos fuimos al centro de la ciudad a ver pasar los desfiles procesionales y que terminamos muy tarde ya que las procesiones duraban una eternidad. Yo quedé

maravillado de los desfiles, que pasos más grandes, cuanto lujo, cuanto nazareno, y cuanta música procesional, cuanta devoción al paso de los mismos, aunque la verdad no puedo reseñar mas cosas, porque los recuerdos son muy vagos, lo siento.

Bueno la Semana Santa pasó y toda la gente de vacaciones volvió al Colegio nuevamente, con caras un poco serias no había mas que mirarlos deambular esa mañana por las estancias del colegio, parecían cadáveres ambulantes, nosotros ya habíamos olvidado la morriña que supuso la despedida de nuestras madres.

Voy a decirlo ahora porque si no se me olvidará, orilla de el Colegio nuestro se encontraba el Colegio Miguel de Mañara, y los alumnos que en el residían y cursaban 2º de Oficialía, un curso mas que nosotros y por tanto un año mas de edad, y que algunos yo los conocía de haberlos visto por allí. Había un alumno que cuando yo lo veía, sentía mucha envidia de él, envidia sana por supuesto, ya que era mas pequeño en estatura que yo y con una cara de niño mas acentuada que podía ser la mía, pero yo pensaba que ya estaba en 2º y eso me consumía, le tenía envidia y eso es cierto, lo digo como lo siento y total porque estaba un curso mas que yo. Y muchas veces yo pensaba, “¡jo si él ha pasado a segundo, porque no voy a poder pasar yo”. Que tiempos de mi juventud, cuando todo era inocencia y nada de maldad.

Mi madre me lo había anunciado antes de irse, “Hijo mío, nada mas que llegue a casa te mandaré un paquete de comida”, y así fue, a los pocos días recibí la comunicación de que debía pasar por la estafeta de correos para recogerlo, vaya alegría que recibí por ello, cuando lo tuve en mi poder, solo pensaba que dieran las diez de la noche para subir a los dormitorios y abrirlo para ver lo que me había mandado la familia.

Lo abrí seguro con manos temblorosas y observé el montón de cosas que pudieron meter en un espacio tan reducido, salchichón, latillas de sardinas y calamares, y alguna cosa más que ya no me acuerdo y entre todos ello también una bolsa de unas bolas de chocolate y almendra que se llamaban “conguitos” y creo que aun en este tiempo aun existen. Tengo que decir que siempre que me remitieron un paquete los conguitos no me faltaron. Me gusta recordar todo esto con cariño y les agradezco a mis padres estos detalles con su hijo ausente, que aun a pesar de tantos años pasados me emocionan de verdad.

La esperada primavera ya la teníamos encima, se notaba sobre todo en la luz de Sevilla, en la explosión de la estación que se traducía con un color verde especial que yo en mi pueblo nunca había visto, con millones de flores que germinaban por todos los sitios y con un olor que hacía que la Universidad Laboral que se encontraba en medio del campo, fuera como el paraíso terrenal, como si hubiera destapado el tarro de todas sus esencias.

Todo ello hacía que irremisiblemente nuestra situación emocional cambiara al cien por cien, el optimismo nos acompañaba y la alegría a pesar de todos nuestros deberes diarios brillaba en todos nosotros.

Y llegó Mayo, el mes en Sevilla de la luz eterna, hasta en la noches se notaba esa luz, era el mes de María Auxiliadora ya que la fiesta se celebraba el día 24 de Mayo, en plena explosión de la primavera, con los jardines henchidos de flores que yo no había

visto nunca, y con olores nuevos que yo tampoco nunca había aspirado por allá en mi pueblo. Sevilla estaba maravillosa, única, y por ello me estaba enamorando perdidamente de ella.

Los días ya eran larguísimos, días a plena luz, con una temperatura ideal, y la Universidad, sin olvidar por supuesto sus periodos lectivos y de no darte ni un momento de respiro alguno, porque su misión principal consistía en que no se relajara el estudio en ningún momento, nos tenía reservados agradables ratos y veladas para todos los alumnos al finalizar la semana, cuando había terminado las clases hasta el lunes siguiente, ya iré contando esos momentos que recuerdo con mucho cariño y que vosotros recordaréis con todo lujo de detalles.

La terminación del curso y por lo tanto las vacaciones de verano se estaban acercando, pero aun había que pasar trances duros, de sufrimiento, de estudio y de tener muchas horas los codos apoyados en las mesas de los pupitres y que a larga los codos y las camisas se empezaban a pelar y a deteriorar.

Aparte de las bondades del mes de mayo que he resaltado, a mí principalmente y seguro que a la inmensa mayoría de todos nosotros, nos preocupaba muy mucho el inminente final de curso y sus consecuencias, aunque mas o menos divisábamos y salvo hecatombe, que el resultado mas o menos sería positivo, también y porque ya a esas alturas del curso ya nos intuíamos los compañeros del aula que lo iban a pasar muy mal, sobre todo algunos que ellos sabían que ya estaban sentenciados y al saberse de esa forma y por lo tanto que no tenían solución posible, se dedicaban principalmente a vegetar y a esperar con calma el final del curso y tomándose el porvenir cercano con una relajación digna de encomio, como si no fuera de nada con ellos, como si su guerra fuera otra y que pasaban las clases pensando en las musarañas y los estudios entreteniéndose en lo que podían. Otros y que iban un poco más justos, no muchos eso es cierto estudiaban lo que podían y procuraban estar atentos en las clases, pero tendrían que esforzarse mucho.

Yo gracias a Dios como muchos, no tenía esos problemas, pero aun así estudiaba como un poseso, no me fiaba de nadie y no quería al final sorpresas amargas, por eso aprovechaba el tiempo y quería dejar todo bien atado y no esperar al final, eso me hacía que el sufrimiento que yo mismo me aplicaba, me daba buenos resultados y me hacía que mi paz interior no resultara dañada.

También existían unos cuatro alumnos que eran unos superclases y sabían que ya estaban aprobados de antemano, y con muy buena nota, y eso lo sabíamos todos, eso sí, encima se lo merecían, primero porque eran muy inteligentes y encima estudiaban y no perdían el tiempo como si les fuera la vida en ello. Yo los admiraba profundamente, porque todos los temas los entendían a la perfección. En fin habíamos de todo.

Durante el inicio del mes de Mayo, algunas clases de gimnasia las desarrollábamos en las piscinas pequeñas que se encontraban en una plaza inmensa al lado de la majestuosa torre que se encontraba orilla, un lugar paradisíaco dentro del recinto universitario. Recuerdo como si fuera hoy mismo, el día que tuvimos la primera clase en las mismas, con el profesor “Blume”, todo un personaje que parecía muy serio y que tenía muy buenos golpes de humor, aunque la mayoría del tiempo estaba muy callado, llegamos, nos reunió a todos orilla de una piscina y nos preguntó que ¿quién no sabíamos nadar?, yo por supuesto no sabía pero antes de decir nada, esperé un segundo

y observé el resultado, cuando comprobé que eran tres, inmediatamente alcé la mano, respirando aliviado porque no era yo el único.

A los demás les dijo que empezaran a bañarse y a nosotros cuatro nos dijo que no nos preocupáramos que pronto íbamos aprender, nos puso en la orilla de la misma y de un empujón a cada uno que no tardó ni un segundo en realizarlo, nos lanzó al agua, y allí nos vimos chapoteando y tratando de agarrarnos al borde y el cachondo del profe riéndose el “hioputa”, y los demás compañeros también, Bueno el caso es que en pocos días ya hacíamos nuestros pinitos

Pasábamos un buen rato en la hora matutina de clase de gimnasia, allí junto a la torre y con nuestro flamante albornoz, donado en el vestuario que nos proporcionó la Universidad laboral, solo por pertenecer a la misma.

56

Como estábamos ya metidos de lleno en el mes de María y la fiesta patronal de María Auxiliadora sintiéndola muy cerca, en lo que se refiere a la parte deportiva se organizaron nuevamente campeonatos en todos los colegios de la Uni, como ya se hizo en Enero con los de San Juan Bosco, y otra vez nos encontramos los Químicos dando patadas a un balón, pero nuevamente sin encontrar casi el camino del gol, la verdad es que éramos un poco lerdos, en años venideros deberíamos aprender mas sino íbamos a estar apañados, no metíamos un gol ni al arco iris, y eso que teníamos algún buen jugador, yo cuando jugaba ponía todas las ganas del mundo, y algunas veces solo hacía que correr y correr pero con poco resultado, en fin vendrían tiempos mejores.

Mejores resultados cosechaban creo los de baloncesto y balonmano, entres los Cabrera, Ramiro, Agustín, Julio y Medina, tampoco eran estupendos, pero tenían resultados honrosos. Me gusta mucho recordar esos momentos cuanto todos los patios de los colegios y demás pistas de la Uni se llenaban de jóvenes vestidos con camisetas rojas de tirantes y calzona azul, practicando deporte aquellas tardes, yo por lo menos lo pasaba muy bien y me alejaba de los recuerdos de mi pueblo que ya me acosaban, máxime, cuando para las vacaciones de fin de curso quedaba un mes aproximadamente.

También me inscribí a los demás juegos de salón, damas, ajedrez y también y por primera vez ping pong. Creo recordar que la primera partida de damas la gané y me llevé una gran alegría, pero la sonrisa de mi cara se me borró cuando jugué la segunda eliminatoria, en ajedrez y en ping pong, no duré ni cinco minutos cada partida, al cabo del tiempo sobre todo el ping pong, no lo llegué hacer muy mal, aunque siempre algunos por delante de mi.

Aún así, ya se notaba el ambiente de nerviosismo que respirábamos por todos los rincones del colegio, había que estudiar mucho, sobre todo las materias que teníamos sujetas solo con pinzas. Yo cuando llegaba al estudio, no sabía ni que libro sacar, recuerdo que daba unos repaos someros a las asignaturas más fáciles para refrescar la memoria e iba subiendo en dificultad hasta que llegaban las matemáticas, física y química y tecnología.

Y los curas constantemente por los pasillos interiores y exteriores atosigándonos con el estudio, que no perdiéramos el tiempo, que aún había tiempo arreglar las asignaturas que llevábamos mas flojas. La verdad es que los hombres se preocupaban y mucho, aunque para algunos ya no existía remedio.

Me acuerdo ahora del cura D. Leoncio Vega, cura pequeñito, con gafas como casi todos, bonachón el hombre, un trozo de pan como se dice ahora, simpático y siempre dando consejos a todos, jugando con los alumnos y lanzándose al campo de fútbol del colegio también a dar patadas detrás del balón, agarrándose los sayos negros. Recuerdo que antes de que acabara el curso sobre las fechas en que estoy recordando ahora, la congregación salesiana lo trasladó a la ciudad de Salta (Argentina), a proseguir su apostolado, yo la verdad es que lo sentí cantidad, sobre todo porque era una gran persona y un amigo para todos.

También, D. Arturo Fraile quiero tener un pequeño recuerdo a su persona, a mi me caía muy bien, tenía su genio y todo pero, yo lo consideré una gran persona, muy cerca siempre de la juventud, muy cerca de resolverte el problema que tuvieras en algún momento determinado, además con espíritu joven y que sabía a la perfección entendernos, un gran hombre la verdad.

Por lo que se refiere al Director del Colegio D. Adolfo Nogueiras, pues hombre, yo no llegué a tener ninguna queja de él, aunque de presencia imponía un poco, pero se hacía respetar y hacía cumplir a la perfección las normas internas del Colegio. Dicen y creo que es cierto que colgó los hábitos y se casó, y las malas lenguas o buenas que también estuvo liado con una chica de servicio de la Uni (marmotas las llamábamos), yo nunca le tiraría una piedra por esa acción, si estaban los dos de acuerdo, por la sencilla razón de que antes que cura era un hombre.

Del otro, que no era cura, que era coadjutor D. Enrique Bonastre, fue el garbanzo negro del colegio, yo creo que le cogí hasta miedo, sobre todo cuando entraba en el colegio, se quitaba las gafas y te miraba fijamente a los ojos, yo le llegué a tener hasta una especie de odio y eso que no me había hecho nada, en fin a mí me parecía su carácter despreciable y que no sé como podía estar desempeñando la educación de alumnos tan jóvenes. Sin embargo me alegré cantidad cuando supe que un alumno le había tocado la cara y no con una caricia, se lo merecía.

Y esa noche dormí muy feliz

57

A mí ya me pesaban y creo que a todos los integrantes del colegio también, el largo tiempo de internado desde Enero, sobre todo a los que no habíamos tenido vacaciones en Semana Santa, ya quedaba menos, y en mis horas bajas que también las tenía, suspiraba por que pronto acabara el curso, que ya estaba bien, siempre allí metido en aquellos edificios tan grandes, siempre con los libros en la mano y desgastándonos los codos, siempre esperando el temido examen y con un nerviosismo en el estómago antes de que el “profe” de turno dictara las preguntas o problemas que tendrías que resolver y sin cometer casi fallos. En el momento de copiar los enunciados, tu ordenador cerebral, ya te aclaraba como iba a resultar tu examen, menos mal que casi siempre te daba buenas noticias, entonces respirabas y en ese momento la tensión que soportaba tu cuerpo joven y frágil sufría una bajada y tu ánimo crecía al cien por cien y sin prisa y sin pausa, comenzabas a desarrollar los temas, y en ese momento yo por lo menos era feliz, aunque tu trabajo te costaba por supuesto

En algún momento de mi vida, ahora ya no por supuesto, pues han pasado muchos años, llegué a soñar esos momentos como si fueran verdad, y me despertaba sobresaltado, joder como se quedaban grabados esos instantes en tu subconsciente.

Una o dos veces a la semana y en los meses de mayo y junio, nos tocaba por aulas el rato de baño, supongo que sería una media hora aproximadamente, por la razón de que éramos muchos en la Uni para pasar por las seis peceras que existían dedicadas al baño. Allí disfrutábamos un montón, con la vista de la torre orilla de nuestras narices y ayudándonos el buen tiempo y calor que ya se hacía notar en Sevilla en esas fechas. Las aguadillas eran el trajín normal en el baño, claro está, las piscinas no eran muy grandes y estábamos apelotonados en las mismas, allí no podías nadar ni nada, solo tragar agua, ya que en ese espacio de tiempo, te llevabas unas cuantas aguadillas, cuando menos te lo esperabas la cabeza la tenías dentro del agua, no habré tragado agua yo allí, con decir que ya no tenía sed en todo el día que teníamos baño.

Como había pasado en el mes de Enero con la fiesta de San Juan Bosco, la misma historia se repitió el día 24 de Mayo, fiesta de María Auxiliadora, patrón de la Comunidad Salesiana y a la sazón patrona nuestra en esa época, porque nosotros también vivíamos allí, y debo que decir que tengo unos recuerdos maravillosos de aquellos días, y la verdad es que todo influía, primero la primavera, la luz el color, el olor, el buen tiempo, la cercanía del fin de curso, todo se sumaba y había un ambiente extraordinario en todos los colegios. Se hacían murales conmemorativos de la Virgen, también se desarrollaban para el que quisiera participar, concurso de poesías y redacciones sobre el tema mariano y muchas mas cosas, es decir que aunque no olvidábamos nuestro estudio y el periodo lectivo, se respiraba un ambiente propio de esas fechas y aun cuando han pasado ya muchísimo tiempo me gusta recordarlo con cariño.

Los educadores en la clase de religión, y el Director en las buenas noches, esos días solo nos hablaban de la Virgen María, en este caso de María Auxiliadora, que era nuestra madre que siempre estaba orilla nuestra para prestarnos su auxilio, a mi esas palabras y en esos momentos las agradecía y me daban mucha fortaleza, benditos tiempos aquellos, hoy ha pasado mucho tiempo ya y todo cambia, pero la verdad es que dejaron en mi alma y en mi recuerdo un buen sabor y les doy las gracias a los educadores por haber sembrado en nosotros esa educación, aunque como digo pasado el tiempo, uno ya no hace mucho caso a esas cosas y lo siento de verdad.

Todo influyó para que por lo menos aprendiéramos a ser buenas personas, eso si creo que lo conseguimos todos.

El día 24 de Mayo Festividad de María Auxiliadora, era fiesta mayor en la Universidad Laboral, día en que había que engalanarse con las mejores galas que poseyéramos en nuestro vestuario, ese día olvidábamos las clases lectivas y otras actividades, había que honrar a la Virgen, había que asistir a la Misa Mayor que ya no me acuerdo si tuvo lugar en la Plaza mayor de los autobuses o fue en el gimnasio que estaba en el medio de los situados en la parte de los tres campos de fútbol de tierra, fuere donde fuere, allí nos encontrábamos todos los integrantes de la Uni, y allí tenía lugar una larga y ceremoniosa Misa, con todas las autoridades civiles, religiosas, amén

de profesores y demás personal del Centro, celebrada como no por el Rector del mismo D. José Hernández Gómez, donde cantaba el Coro de la Universidad, dirigido por el músico y Director del mismo D. Luis Rivas, (años después yo experimente el orgullo y el honor de pertenecer al mismo), en otro capítulo ya contaré mis experiencias en el mismo. Me acuerdo que cuando llegaba la hora de cantar cualquier canción religiosa por todos los allí asistentes, era impresionante escuchar mas o menos a dos mil personal cantar al mismo tiempo, se te ponía los pelos de punta y sobre todo al final del acto cuando se cantaba el himno de María Auxiliadora, aún recuerdo la primera estrofa del mismo y que decía “Rendidos a tus plantas Reina y Señora, los cristianos te aclaman su auxiliadora”. Pasados los ya muchos años, te queda un agradable recuerdo de aquellos momentos, aunque mis creencias no estén muy de acuerdo con la de aquellos años, sobre todo en lo que se refiere a práctica de las mismas.

Lo que si me acuerdo perfectamente, es que como la misa era tan larga, al final se hacía muy pesada y mas cuando sabíamos que inmediatamente después había que subir a los comedores a dar buena cuenta de la comida especial que nos esperaba, por ello la misa se hacía interminable y solo esperábamos oír de la boca del que la oficiaba “Demos gracias a Dios”.

Tengo que reseñar, no sé si esa misma mañana o en otro domingo cercano jugaba la selección de la Uni un encuentro amistoso, jugándose un trofeo, casi siempre con el equipo aficionado del Sevilla C.F. y que se llevaba a efecto en el último campo de tierra, el que estaba mejor preparado y allí estábamos los mas aficionados, animando a nuestro equipo universitario, los cuales tenían el inmenso honor de representarnos a todos los laborales, quién hubiera podido ser alguno de ellos, yo sentía una sana envidia. Aunque eso lo veía imposible, ya que allí había grandes jugadores.

Yo seguía el partido entusiasmado con las jugadas que se producían, con muchísima emoción, y cuando catábamos algún gol de nuestra selección, la alegría era inenarrable, y al fondo nos contemplaba la torre, con sus pequeñas ventanas a modo de ojos, que se encontraba preciosa con su característico color de sus ladrillos rojizos y que se vestía de gala en aquellas fechas de fiesta, acompañada de un sol magnífico y unos colores primaverales.

Solamente quedaban aproximadamente unos veinte días para el final de curso, esto se iba acabando y yo aun no me lo creía o no me lo quería creer, los últimos dos o tres meses entre tantos acontecimientos se había pasado rápido, los últimos exámenes ya nos estaban amenazando, solo quedaba esa prueba de fuego, aunque yo estaba relativamente tranquilo, sólo en Matemáticas tenía un poco de temor, por la razón de que el estudiar tampoco te hacía mucho, dependía principalmente de la resolución de unos problemas, y esperaban que no fueran muy complicados, por los menos de resolver bien tres de cinco. En fin veríamos a ver que pasaba.

En los próximos capítulos hablaré de los festivales de Mayo y Junio en la Plaza de entrada, así como la ceremonia de entrega diplomas a los alumnos mas distinguidos durante el curso, los primeros un oasis de música, alegría y diversión para la inmensa juventud que allí nos encontrábamos y la ceremonia de entrega un acto académico serio para premiar los aprovechamientos del curso que había terminado.

Yo no me esperaba ninguno, en esos momentos mi ilusión y mi anhelo era aprobar todas las asignaturas.

Casi todos los fines de semana, y organizado por la Universidad Laboral, se llevaban a cabo actuaciones musicales, así como representaciones teatrales y espectáculos varios, así también como actuaciones de grupos venidos de Sevilla o de alguna localidad de las proximidades. Tenían lugar el sábado por la tarde en la inmensa plaza de los autobuses (yo para mí la llamo la plaza mayor, para entendernos), se montaba un escenario por el personal que trabajaba para la Uni y que no se desmontaba hasta el día del acto de entrega de diplomas y allí en ese lugar se ponían cientos de sillas, (En mi cabeza no entraba que en la Uni hubiera tal cantidad de sillas, ¿de donde las sacarían?), para acomodarnos todos los alumnos del Centro en esas recordadas veladas al aire libre, donde actuaban los conjuntos de música moderna de componentes universitarios, así como solistas, que tenían un don y unas cualidades tanto en su voz como en sus dotes de solistas de instrumentos y otros por su gracia y por sus dotes teatrales y que yo nunca creía que allí conviviendo conmigo mismo había tal cantidad de músicos y actores.

Un ejemplo el de Paco Delgado, que una vez acabados sus estudios en la Uni, llegó a formar parte como primer guitarrista del afamado conjunto gaditano, “Cai” de música de rock andaluz y sinfónico, (similar conjunto a los mas afamados como Triana y Alameda) con alguna canción de muchísima calidad sobre todo para mi gusto, las llamadas “Noche abierta y Soñé contigo”, que se pueden escuchar en youtube solo poniendo “Cai”.

Y como no citar también a mi paisano José Luis Perales, que también permaneció cinco años en la Laboral, donde también terminó Maestría Industrial, con infinidad de canciones románticas que compuso muchas de ellas encontrándose en la Uni y que luego se tararearon en todo el mundo, además de ser un gran compositor y que actuó muchísimas veces en esos festivales que todos recordamos seguro que con todo el cariño. Yo no tuve la suerte de poder escucharlo en la Uni ya que cuando yo ingresé en la misma, él acababa de terminar sus estudios.

Si cierro los ojos y me concentro, puedo ver e imaginar perfectamente, una plaza a rebosar de corazones jóvenes, explotando juventud por todos los poros de su cuerpo, cantando al mismo tiempo las melodías que interpretaban los conjuntos y que se intercambiaban los instrumentos cuando salían a actuar, en una tarde noche maravillosa con la claridad de la luna y los focos del escenario y con el rock que por primera vez llegaba en este caso a mis oídos, ya que en mi pueblo solo se oían las canciones de Manolo Escobar y Juanito Valderrama. Menos mal que cuando ingresé en la Uni el efecto “Beatles”, se estaba infiltrando en los gustos musicales de toda una juventud que pedía a gritos un cambio en las costumbres arcaicas que aun conservábamos. Menos mal que la revolución musical aparte de otras, llegó con ellos.

Grandes veladas pasamos allí todos juntos, en la gran familia que éramos los laborales, en los muchísimos días que pasamos allí unidos y aunque por otra parte resultaron duros, no puedo decir otra cosa, pero esos momentos no nos lo pueden quitar nadie y nuestro recuerdo intenta por todos los medios retenerlos, aunque algunas veces también te lleve a aguantar un nudo en la garganta que sin tu querer y porque también eres ya mas débil y te haga casi encristalarte esos ojos que tienen en su retina esas vivencias maravillosas y que solo nosotros pudimos observar en esas noches mágicas

No quiero ponerme triste, pero es así.

Junio nos llegó de improviso, y no nos dimos cuenta de ello porque estábamos preparando los exámenes finales, que nos producían cierta desazón en nuestros cuerpos y en nuestras martirizadas mentes, altamente castigadas durante el largo curso que ya terminaba y que ya se encontraban al límite de aguante.

Yo ya no dormía por la noche, debido a mi carácter nervioso, me despertaba a cada instante, ya que tu subconsciente te traicionaba una y otra vez, pensando en la que se venía encima de uno y a duras penas podía descansar en condiciones.

En los primeros días de Junio comenzaron los exámenes, gracias a Dios algunas asignaturas para mi y para muchos eran un puro trámite y al llevar buenas notas durante el curso, no tuvieron dificultad alguna y después de machacar tanto tiempo durante el año, no nos podían sorprender y al salir del aula después de haber pasado por la última prueba, solo veíamos caras de felicidad alrededor nuestro, por ya no tener que pensar mas en ella. O peor fue cuando llegaba alguna asignatura-hueso o también profesor-hueso y entrabas al aula con bastante nerviosismo, que se aplacaba inmediatamente cuando escuchabas los enunciados de las preguntas y escribías los problemas a resolver.

En ese momento preciso sentías una felicidad completa en tu espíritu, ya que tu mente, se ponía manos a la obra e iba desarrollando sin prisa y también sin pausa el examen, mirando el tiempo que pasaba y que lo tenías que llevar muy en cuenta y jugar con él para que no hubiera luego ningún sobresalto por falta de tiempo.

En fin estos momentos los pasamos todos, con más o menos tranquilidad, según nuestro carácter, pero la verdad es que eran momentos duros.

Cuando por fin llegó el examen de Matemáticas, que era la que mas floja llevaba, estaba como un flan, rezaba para que los problemas no tuvieran mucha dificultad, y creo recordar que una vez conocido el examen que debíamos realizar, me sentí optimista aunque en el transcurso del mismo me encontré con ciertos problemas y salí de la prueba solo con moderado optimismo, porque seguro que había hecho tres de cinco completamente bien. A la salida del aula todo eran preguntas entre los demás compañeros sobre el resultado final de cada problema. En fin momentos de nervios.

Cuando ya pasaba el examen de las “Matracas”, como alguno les decía, me quedó una sensación de paz y tranquilidad, aunque ya no tenía miedo, pero había que seguir repasando lo poco que quedaba, pero yo ya estaba relajado, casi podía asegurar, que había cumplido mi cometido del primer año en la Uni.

Sin embargo, no quería pensar en esos momentos que el año que viene estaría otra vez allí sin duda, yo lo que deseaba fervientemente es irme ya de vacaciones, que ya llevaba mucho tiempo de estar sin mi familia y corretear por las calles de mi pueblo nuevamente, y a pesar de que faltaban escasos días para ello me parecía que llegara el día.

Pasaron los exámenes, no nos lo podíamos creer, y en el Colegio se notaba, todo eran risas, gritos, algarabía, y eso ya no lo podían parar los curas y eso que hacían lo que podían en mantener el orden, la tensión que se había soportado los días anteriores, por algún sitio tenía que salir. Algunos ya sabían que no tenían nada que hacer, que el año siguiente no volverían a la Uni, tendrían que buscar otras expectativas de estudio, y

algunos mas volverían en Septiembre a examinarse otra vez, si quería escuchar nuevamente el sonido de la sirena, que para aquel entonces me resultaba muy familiar, es decir que me gustaban sus gritos.

Que largo se me había hecho el curso y también que cruel, todo lo olvidaría en mi pueblo con mis amigos en unos días, ahora solo quería relajarme, que mi corazón se encontraba a rebosar de tensión acumulada.

61

El último sábado antes de marcharnos hacia nuestros domicilios y despedirnos de la Uni hasta dentro de unos meses, y que a mi me parecían una eternidad y que aun no me creía que eso era posible, que no podía ser tanta felicidad, toda la Universidad al completo asistimos en la plaza central al acto oficial de clausura del curso 1.965-66, y a la entrega de diplomas y galardones relativos al mismo y entregados a los mejores alumnos y que habían cosechado unas notas sobresalientes en todos los aspectos. Casi todas las aulas correspondientes a todos los colegios, tuvieron representantes que cosecharon ese honor. De mi aula tuvieron esa distinción y que yo recuerde los alumnos Fernando Ramiro Herranz y Faustino Gómez Cabrera y además puedo afirmar que con todo el merecimiento, de eso doy fe, porque yo estuve en la misma aula todo el curso.

Al acto asistieron todas las autoridades colegiales al completo, claustro de profesores, además de alguna autoridad civil venidos de Sevilla, tal como el Gobernador Civil, que en esos momentos creo recordar que era uno llamado José Utrera Molina,

La ceremonia se desarrolló con todo su esplendor y boato, entregando dichas autoridades los diplomas y también a algunos una banda que pusieron en el cuello a los alumnos con diploma de honor, y que solo impusieron a unos pocos.

El acto por lo menos para mí, me pareció un poco pesado, ya que allí muchos tuvieron que pronunciar su discurso que hacía efecto a las bondades del régimen de aquel entonces y también de la misión ejemplar que cumplían las Universidades Laborales de los centros que en esos momentos existían en España y que habían empezado a cumplir su labor hace ocho años aproximadamente, exhortando a todos los alumnos allí presentes que hiciéramos lo posible para emular a los allí galardonados y que el año siguiente fuéramos nosotros los que subiéramos al estrado a recoger un diploma.

Como se me hizo tan pesado el acto académico, mi mente solo se entretuvo en pensar en las cosas que haría en mi pueblo en el verano al que estábamos a punto de entrar, y así fui pasando el trago entre discurso y discurso.

Posiblemente después y por todos se cantara el himno de la Universidad Laboral para dar mas realce a la clausura

Terminado la entrega de diplomas nos marchamos cada mochuelo a su olivo respectivo (colegio) sintiendo yo para mis adentros una envidia sana de los alumnos galardonados, pero también consciente de que yo no había dado la talla para ello, otra vez sería si Dios quisiera y claro yo también tenía que poner de mi parte, pero eso era otro cantar, yo ya solo pensaba en irme de vacaciones.

Solo faltaban dos días para coger el tren de vuelta y se me hicieron interminables, aunque ya sin clases, sin estudio y solo bañarnos en las peceras, jugar al fútbol y hacer el indio, lo pasamos bien, aunque el calor ya en Sevilla a mitad de junio era insoportable y había que estar mucha parte del día buscando la sombra como los perros.

El año siguiente comenzaríamos el 2º Curso de Oficialía, que ilusión y que responsabilidad otra vez, nuevamente a enfrentarnos con los problemas de un curso nuevo que crecería en dificultad, con profesores nuevos y todo nuevo, con posiblemente otro colegio, aunque eran todos iguales, en fin, no quería pensar en esos momentos en esas cosas, solo quería disfrutar de mi libertad recuperada.

Y lo que tenía que llegar, llegó.

62

Que horas más largas se hicieron el día de la despedida, yo estaba loco ya por marcharme, muchos habían sido los días y muchas las horas de aquel largo encierro en la Uni, tenía gana ya de respirar los vientos serranos de mi pueblo, de ver los pinos verdes de la abrupta sierra que allí empezaba y que casi ya se me había olvidado, y por que no, aunque aun era un chiquillo, y a pesar de mi gran timidez, tontear con las mocitas del pueblo, porque allí en Sevilla, solo veíamos a las chicas del servicio en la Uni que ya eran mas bien talluditas, salvo rara excepción y cuando habíamos salido a Sevilla los domingos por la mañana, que veíamos a las niñas sevillanas de lejos y aun así se nos iban los ojos y con eso nos quedábamos. Ahora pienso vaya tiempos aquellos del cuplé, me parece hasta mentira.

Todo el día dando bandazos por el colegio y por la Uni, y mirando el reloj adosado a la pared a ver que hora teníamos, ya que aun yo no lo poseía, y caminaba mas despacio que nunca, y además cada hora que pasaba quedábamos menos en el colegio, con nuestro equipaje y la bolsa de comida esperando en el dormitorio, menos mal que el aburrimiento iba acompañado con la ilusión del viaje que me llevaría a mi casa, a ver a mi familia, sobre todo mis padres y mis hermanos que hacía mucho tiempo que no había estado con ellos, ya que mi madre había bajado a Sevilla a verme en Semana Santa, y también con la alegría que casi con toda seguridad podía adelantar a mi llegada que el curso lo había superado, que había aprobado todas las asignaturas, salvo cataclismo universal. Pero aún así que largo se pasa el tiempo de espera cuando tienes prisa, prisa por escapar de esa jaula sin barrotes.

La Uni parecía otra y aunque quedábamos unos pocos en la misma, (todos los del centro y norte), ya se encontraba triste, ya no había ese bullicio, se encontraba sola, la sirena se había quedado muda y la esbelta torre se la veían correr por sus mejillas rojizas, alguna lágrima, que serían posiblemente sudores del agua que contenía dentro en sus depósitos y que habían rezumado al exterior, pero yo lo confundí con lágrimas, pues se iba a quedar huérfana y lloraba de verdad. Al volver los alumnos en octubre, las lágrimas las derramaríamos con toda seguridad nosotros.

Cuando nos despedimos de la Uni, y como pasábamos por enfrente de la torre, le dije adiós mentalmente y sé que me contestó aunque nadie se dio cuenta ya que la última ventana de arriba se cerró y abrió como si hubieran cerrado y abierto una persiana y me dijo “hasta luego” y que solo escuché lógicamente yo. Era al caer la tarde,

hasta la mañana siguiente al llegar a Aranjuez, punto de destino parcial de mi tren, estaría viajando, con mi niñez aun de equipaje, pero con nuevas experiencias y contento porque a pesar de las muchas dificultades y problemas que se habían interpuesto diariamente, las había solventado, yo haciéndoles frente y otros con la ayuda de mis amigos, porque allí lo que si podía asegurar es que existía la amistad y encima existían los verdaderos amigos.

Nos habíamos despedido de todos los compañeros del aula, y conocidos de otras aulas, y nos deseamos suerte y que pasáramos un feliz verano y que ya nos veríamos nuevamente, pero de esto último no queríamos ni pensarlo.

Allí ya en Aranjuez nos juntamos los de Cuenca nuevamente y cogimos el tren que se dirigía a la ciudad, donde nos esperaba la familia. A mi también ya que por carta me había comunicado mi padre que iría a recogerme. Cuando nos introducimos en el compartimento los demás y yo estábamos exultantes, chistes, alguna voz descompasada, más de una parida lanzada sin reparo alguno y algún cantar haciéndole un daño gravísimo e irreparable a las notas musicales.

En fin estábamos perdonados, éramos jóvenes como decía la canción que se oía en aquellos tiempos “Somos jóvenes” del Dúo Dinámico.

63

Cuando llegamos a la estación de tren de Cuenca, entre el grupo de personas que estaban esperando impacientes en el andén, que eran casi todos familiares de los tres “laborales” con domicilio en Cuenca, allí también se encontraba mi padre, que había aprovechado un viaje a la capital para recogerme. Fueron todo abrazos y besos, y al mismo tiempo despedidas ya que nosotros en esa misma tarde marcharíamos en otro tren a mi pueblo, dirigiéndonos antes a visitar a mi abuela paterna y a mi tía que vivían en el barrio de los Tiradores de la ciudad.

Me despedí de Toni, Miguel y Modesto, deseándonos suerte con el resultado de las notas, que dentro de unos días las remitirían a nuestros domicilios respectivos y despidiéndonos hasta primeros de Octubre que si Dios quería volveríamos otra vez a Sevilla.

Con un calor tórrido y sobre las cinco de la tarde, acompañado de mi padre y mi maleta de tela de cuadros y cartón, tomamos nuevamente el tren dirección Valencia, con una alegría contagiada de nerviosismo, tenía mucha gana de ver otra vez a mi madre y a mis dos hermanos, y llegar nuevamente a mi pueblo otra vez, después de seis meses que no pisaba sus calles.

No habían pasado cuarenta minutos, cuando el tren enfiló la curva que sobrepasada dejó ver la estación del tren de la localidad, típica estación de piedra, que eran todas muy parecidas a las otras estaciones por las que fui pasando. Conforme el tren fue perdiendo velocidad y acercándose al andén, distinguí a mi madre y a mis hermanos, que alegría mas grande me llevé, cuanto tiempo sin estar con ellos, como deseaba esos ratos en su compañía y no viendo en los pasillos del colegio, continuamente, las sotanas de los curas y oyendo con precisión matemática el canto de

la pesada sirena que te rompía tus jóvenes tímpanos y también te hacía saber la próxima obligación que te esperaba en la hora próxima.

Tantas obligaciones, tanto que estudiar, tantas misas diarias, tantas órdenes y consejos que ya te los sabías de memoria de tanto repetírtelos y tanta monotonía que llegaba un momento que ya estabas cansado de ella, de hacer siempre las mismas cosas, así que cuando pisé el andén de la estación de mi pueblo, en ese momento me sentí libre, de una libertad maravillosa, y aunque en esos momentos España no existía ni mucho menos la libertad total, yo en ese momento me sentí el tío mas libre del mundo y solo quería disfrutar de ella.

Me abracé a mi madre y mis hermanos, me fundí con ellos, que bien me sentía otra vez con mi familia y además por un tiempo largo, no quería ni pensarlo, tenía tantas ganas de hacer tantas cosas.

Por el camino de la estación a casa les expliqué que muy posiblemente había aprobado el curso entero y claro está se pusieron mis contentos, pero que dentro de unos días recibiríamos las notas exactas de cada asignatura.

Recuerdo que mi madre me dijo que estaba mas delgado que cuando fue a visitarme en Semana Santa, y es que las madres solo piensan en verte gordo y rollizo, yo le contestaba que comía muy bien que no le hacía ascos a nada, y eso era verdad, y me sentía ágil y fuerte (sería por la gimnasia y el deporte que allí practicaba).

Y al momento otra vez me encontré en mi casa y a los pocos minutos me pareció que no me había ausentado de allí nunca, estaba todo igual, una especie de alegría difícil de explicar me recorría todo mi cuerpo, podía hacer lo que quisiera durante todo el día.

Mi pueblo era mío por entero, solo mío y me pertenecía.

64

Al día siguiente tenía todo el pueblo para mí, ya me había olvidado de los difíciles días del largo internado, era como si no hubieran existido, tantas eran las ganas de querer retozar por mi pueblo, como si fuera una cabra montés, infinidad de mañanas levantándome a las siete y cuarto de la mañana, y sin embargo ese día del que hablo bien temprano ya estaba arriba, no quería perder ni un minuto, desayuné lo que pillé por la despensa y a pesar de la insistencia de mi madre, salí corriendo de la casa hacia el centro de el pueblo, cruzándome ante algún vecino que me dio la bienvenida.

No hubo calle del pueblo que no transitara, subí hasta el antiguo barrio de El Picarcho, orilla de la iglesia y como estaba abierta (antes las iglesias no cerraban, había mas respeto), pude contemplar las pinturas al estilo bizantino y al fresco, que había pintado en las paredes de la misma, el cura poeta y comunista D. Carlos de la Rica y que seguía ejerciendo sus ministerios en el pueblo.

Desde la plaza de la iglesia que se encontraba en lo alto del mismo, observé el amplio paisaje rodeado de sierras que lo circundaban, el famoso Cerrito de la Arena, con sus vestigios arqueológicos, con los pueblos de Reillo y Cañada del Hoyo que se observaban a lo lejos. Me introduje por los Callejones y me fui rumbo a las escuelas, por supuesto vacías, estaban de vacaciones como yo me encontraba. En ese momento

era la persona más feliz de mundo y así estuve un largo rato, me encontraba disfrutando como un loco, nadie en el mundo estaba gravitando como yo en esos momentos, con las veces y veces que habría soñado con esos instantes que saboreaba como un poseso.

Regresé a mi casa, y me junté con mis hermanos y aun me dio tiempo de jugar una partida a pelota a mano en la pared exterior de la casa.

Todo un verano me aguarda para vivir mi libertad, que gozada, con el buen tiempo del verano, no como los inviernos que eran muy duros, con mucha nieve durante buena parte del mismo, cuantos partidos de fútbol me esperaban y a vivir a la bartola, aunque mi padre no hacía mas que recordarme y que tenía que repasar lo ya sabido, y yo en ese momento que no quería ni ver un libro, vamos no quería ver impresos ni los cuentos del Capitán Trueno.

Ese día aun pude ver a todos mis amigos, y no hacían más que preguntarme todas mis aventuras, por la ciudad que sabían que existía porque la habían visto en los libros, ya que algunos puede que aun no hubieran salido del pueblo.

Organizamos para la tarde el primer partido de fútbol, de los muchos que llevaríamos a cabo durante los largos días estivales que faltaban por llegar.

Una semana mas tarde, estando yo en casa, apareció el cartero del pueblo y me entregó un sobre azul con el membrete de la Universidad Laboral y un calambrazo recorrió mi espina dorsal de arriba abajo, sin duda dentro de ese sobre aparecían las notas finales de mi curso en Sevilla, recuerdo que me temblaban las manos cuando rasgué el sobre y mis ojos se toparon con las calificaciones que aparecían en la cartulina impresa que remitían desde el Centro.

Con una vista de lince, pasé mis ojos por el papel y comprobé al instante que había aprobado todo y dí un brinco de alegría, ya no me importaba nada mas, el caso es que había aprobado y que me esperaba un curso superior.

Se lo comuniqué a mi madre inmediatamente y se alegró mucho de ello y también me dio un par de besos y corriendo me acerqué al Bar “Boni”, donde se encontraba mi padre echando la partida. Me vio entrar por la puerta con el sobre azul y notó por mi semblante que traía buenas noticias, leyó la cartulina y una cara de gran satisfacción iluminó su rostro y me dio un golpe cariñoso en la espalda y me dijo que aun lo recuerdo, “Vicente así tiene que ser todos los años”,

Yo en ese momento y con toda la alegría que me desbordaba, pensé para mí “Joder como si fuera tan fácil” y salí del bar corriendo y dando saltos.

Hace ya muchos años, concretamente en el 1.992, y aprovechando la celebración de la EXPO en Sevilla, nos desplazamos mi familia y yo (mi mujer y mis dos hijos) a la citada ciudad de mis amores. Ya habíamos estado otra vez en el año 1.985, que es cuando regresé por primera vez a recordar viejos tiempos. Por supuesto que, además de visitar la Exposición, un día decidimos, bueno decidí, y en unión de mi familia, dar una vuelta por la Uni, era visita obligada, me lo pedía el cuerpo, era volver nuevamente a mis orígenes, los cuales y a esa edad mía, pesaba ya mas el cariño que el odio (si alguna vez tuve odio que sería mas bien poco). En la Uni tuve la suerte de contactar con el Ordenanza del Centro Sr. Juan Barroso, que cumplía el mismo destino

que en los años que estuve yo en el Centro, por cierto un enamorado hasta las trancas de la Universidad Laboral, solicitándole por favor si podría echarle un vistazo a mi expediente académico, a lo que accedió sin ningún tipo de problema a ello, ya que precisamente en esos momentos unas de sus obligaciones era el de la custodia de esos archivos.

Nos dirigimos a ese lugar que era el mismo de siempre y buscando me lo entregó para que lo consultara, lo que al tenerlo en mis manos me produjo cierta emoción. En ese momento y cuando estaba en ello, apareció en la citada Dependencia el profesor D. Manuel Aradillas Ramos, que precisamente lo tuve de profesor de Dibujo en 2º de Oficialía (en otro capítulo contaré nuestra experiencia académica con el susodicho profesor). Nada más entrar, pregunto al Ordenanza que qué deseaba el que suscribe, contestándole que solo quería consultar mi archivo. En ese momento yo me presenté y le dije que había sido alumno suyo, automáticamente cogió el archivo y me dijo que le acompañara, que me iba hacer una fotocopia de todo lo que constaba mío en el archivo, yo no me lo podía creer, con el odio, si odio digo la verdad, que le había tenido, ahora sin embargo me hacía un favor a mi muy grande. Que cosas tiene la vida, a veces ni te las crees que puedan estar pasando en un momento determinado.

Me he desviado un poco del hilo de la narración, pero era para explicar porque y como sé las calificaciones finales de todos los cursos en los que permanecí en la Uni, ya que figuraban en mi expediente personal, que por fortuna poseo, sin embargo de las mensuales y trimestrales que mandaban a casa no conservo ninguna.

Las calificaciones finales fueron las siguientes, Laboratorio 6, Tecnología 6, Ciencias 6, Matemáticas 5, Lengua 7, Dibujo 6, Formación del Espíritu 7, Religión 8 y Educación Física 7.-

Eran normalitas, pero a mi me parecieron un tesoro, y aunque en esos momentos pasaba de ello, dentro de mi subconsciente me decía que debería apretar un poco mas en el próximo curso

En el encuentro con el citado Sr. Aradillas también conocí y me llevé una gratísima sorpresa, me reencontré con un alumno de mi aula que había estado conmigo los cinco años que estuve en Sevilla, el llamado Andrés Calderón Pedrero, que daba clases en la Escuela de Ingeniería Técnica Agrícola, aneja a los antiguos edificios de la Universidad Laboral, en unión del anterior profesor Aradillas.

Por último y para terminar este capítulo, voy a comentar una anécdota que me pasó en el rato que estuve con el citado profesor de Dibujo, cuando me preguntó como le llamábamos de “mote” en el Colegio y en la Uni, le pregunta me pilló desprevenido y a mi ordenador cerebral también. Yo claro que lo sabía, pero me daba mucho corte decirlo y mas siendo él, el que me lo preguntaba, en principio le contesté que habían pasado muchos años y ya no me acordaba, pero el sabía con toda seguridad que yo lo sabía, hasta que al final tuve que claudicar, y decirle “Picota” que así le llamábamos, no sin pasar una vergüenza horrible. De todas las formas él se lo tomó con guasa, viendo el mal rato que me había hecho pasar.

Tengo la impresión que he sido el único que en su vida le he dicho el citado mote en su cara, en cierto modo esa fue mi venganza involuntaria, por lo mal que nos lo hizo pasar a lo largo del curso a toda el aula.

Sin embargo yo me siento muy agradecido a ese profesor, ya que muchísimos años después me hizo un gran favor.

66

El clima continental que es la tónica fundamental en toda la provincia de Cuenca, en esas fechas se cumplía a la perfección, inviernos fríos y con bastante nieve y el verano mucho calor, algunas veces demasiado, y eso invitaba a tener que refrescarse a las horas punta donde se pudiera, pero es que había pocos sitios donde refrescarse, ya que por supuesto piscina pública en el pueblo no había, eso era una quimera, solo existía el río Guadazaón, pero se encontraba muy lejos del pueblo, sobre unos diez km., en ida y vuelta, demasiado espacio para ir andando y con un pedazo sol en la nuca, y debido a la sequedad pluviométrica en esa estación, el río llevaba déficit de agua y así solo podíamos enfriarnos el trasero y los pies, así que rara vez, hacíamos eso. Otra alternativa era ir a las minas de caolín (silicato de aluminio hidratado), que había varias y al tenerlo que sacarlo a cielo abierto, se hacían unas pozas, con el agua que al mismo tiempo acompañaba al caolín, daba lugar a unas pequeñas extensiones donde se podía darse un baño, pero con algo de peligro porque el fondo no lo veías y de hecho dos años después se ahogó un amigo de mi hermano, que iba acompañado con cuatro cinco menores y en un momento determinado desapareció en el agua. A partir de ese momento la Guardia Civil prohibió bañarse en ellas. Fue esa tarde una tarde de tensión en el pueblo, porque llegó a conocerse que se había ahogado un muchacho, sin saber quien había sido el desafortunado y hasta que se supo la zozobra fue mayúscula y al mismo tiempo la tragedia también. Ese verano me encontraba yo también en el pueblo, por suerte mi hermano ese día no acompañó a la pandilla a bañarse.

Ya tarde y cuando aun quedaban dos horas de sol, organizábamos el partido de fútbol correspondiente, por lo que a la hora exacta aparecíamos en el campo, si se le podía llamar campo de fútbol, ya que con piedras amontonadas hacíamos las porterías y las rayas las hacíamos con la arena blanca de caolín de una fábrica cercana, que al cabo de unos días había que barrerla toda y echar nueva. En fin a nosotros nos bastaba, aunque algunas veces se liaba el follón entre todos ya que no sabíamos si había sido gol o no, cosa que resolvíamos tirando una moneda al aire. Cuanto me acuerdo de aquellas tarde y de Lorenzo que ya no era un niño, nos sacaba en edad unos cinco años y que nada mas terminar su jornada laboral, lo primero que hacía era irse corriendo al campo de fútbol y enrolarse en un equipo, como le gustaba y como se lo pasaba, y eso que ya había hecho su jornada de diez horas en una fábrica de maderas. Allí nos juntábamos Manolo, David, Emilio, Virgilio, Luis y varios más y esos momentos eran lo mejor del día.

Pues así iba pasando el verano, y yo no quería mirar para delante, pero el futuro tenía una fecha fija y cada día se acercaba más, pero ya la ignoraba, aunque conforme se iba acercando mi mente me traicionaba y me la traía a la memoria y empezaba a decomponerme un poco.

Algunas mañanas y cuando me sentía un poco ocioso, me ponía mi camiseta roja de la Uni y mis calzonas de color azul y me iba a correr por las carreteras que circundaban el pueblo, por la sencilla razón que me gustaba mucho y eso que en esos tiempos, ese deporte, como no se veía por ninguna parte y menos en mi pueblo te

miraban como un bicho raro, pero en fin al final tardaron por acostumbrarse, o el que me acostumbré fui yo a las miradas de la gente.

Otras veces, cogía la pesada bicicleta de mi padre y me largaba a uno de los pueblos cercanos, tales como Pajarón, Pajaroncillo, Arguisuelas, Reillo, etc. y pasaba la mañana, el caso era no estarse quieto, así estaba hecho un toro entre el fútbol, el campo a través y el ciclismo.

Y mi padre dándome la vara de vez en cuando, comentando que se me iba a olvidar todo, y que estudiara Matemáticas, y cada vez que me las nombraba me amargaba el día, porque yo no quería verlas ni en pintura, ya tendría tiempo para hartarme de ellas, y además ¿quién me las iba a enseñar a mí?, algún maestro, eso sí pagando eh pagando.

A ver quien era el guapo que le decía a mi madre que tenía que pagar cada mes para que yo estudiase las Mates, y cuando llegaba algo a sus oídos le contestaba a mi padre que yo tendría tiempo de estudiarla en Sevilla, y tenía razón mi madre, por tiempo no iba a ser.

67

Una tarde me fui al campo de fútbol con mi chandall azul con sus letras blancas a la espalda UNIVERSIDAD LABORAL SEVILLA, mi madre cuando me lo vio puesto se echó a reír, y me dijo, no te da vergüenza, se van a reír de ti, pero yo no le hice caso, con lo a gusto que iba yo con él, ya se acostumbrarían sobre todos los paletos, que en todos los pueblos los ahí. Y lo que fardé con mi prenda, aquella prenda que me gustaba cantidad, todos los que nos juntamos en el campo la miraban con envidia y yo fardando como un demonio y orgulloso por ser alumno de ese centro, para que la quería sino pues para ponérmela, aunque solo me la ponía para ir a jugar al fútbol, ya que durante el día era insoportable puesto que hacía mucho calor.

En fin eran cosas de críos, hay que darse cuenta que aun no había cumplido los quince años.

Me acuerdo que aunque en esas fechas la Liga de fútbol estaba de vacaciones, alguna vez íbamos al bar “Boni” o al “Lucía”, a ver algún partido de fútbol, porque era donde había televisión en blanco y negro y podíamos ver algún partido, en ese verano vimos alguno del Campeonato Mundial celebrado en Inglaterra, sobre todo cuando jugaba España, allí junto a mi padre, gran aficionado al fútbol y seguidor a muerte del Real Madrid, y acompañado de una gaseosa que me compraba, lo pasábamos bomba viendo a nuestra selección, con todo el bar lleno hasta la bandera, y la desesperación del dueño del bar, que le importaba poco quien ganara, solo que todo el presente en el bar pidiera su consumición.

Sin querer, ya estábamos a mitad de Agosto, ya habían pasado dos meses de mis ansiadas vacaciones y más o menos me quedaba un mes y medio para que otra vez agarrara mi maleta y me fuera nuevamente al destierro sevillano. Alguna vez en esos momentos y conforme se iba acercando el día había llegado a pensar, “maldita la suerte mía”, con lo a gusto que estaba en el pueblo, haciendo lo que me venía en gana, pero lógicamente eran solo instantes en que había tenido un mal pensamiento, pero que tenerlos los tuve, eso es cierto.

El día 17 de Agosto y como todos los años se celebraban en el pueblo, las Fiestas Patronales de San Roque, consistían en tres días de fiesta, (San Roque, San Roquillo y San Roquete), durante las cuales se honraba al Patrón del pueblo con una Misa Mayor, Procesión, cohetes y pólvora, y con espectáculos mas bien pocos, aparte el baile y sesiones de cine, ya que el pueblo aun a pesar de no llegar a dos mil habitantes, había un salón de cine, que no estaba nada mal para esos entonces.

Y la única prueba deportiva que se disputó consistía en una carrera denominada “La Joya”, se sigue llamando así, ya que en esas fechas se sigue celebrando, y que yo por supuesto la corrí, era la primera vez que lo hacía y tenía mucha fe en mi. En la línea de salida no habíamos muchos, alrededor de ocho, yo conocía a todos y no era por menospreciar a nadie, pero pensé que podía ser el ganador.

Pero no fue así, por un fallo garrafal mío y por las malas artes de uno de los que corría al que llamábamos “Frasco”, y que nunca me tuve que fiar de él.

Comenzó la prueba y el tal Frasco, aun siendo una carrera larga, empezó como si fuera una muy corta y empezó embalado, yo pasé de él, y lo dejé ir, me dije va a caer por su propio peso, pero llevaba malas intenciones el pájaro, al poco tiempo desapareció de mi vista en un recodo de una calle. A partir de ese momento empecé a correr muy fuerte, con ritmo, pero fue inútil, el jodido Frasco, tomó un atajo y doscientos metros antes de la meta entró otra vez en el recorrido, proclamándose campeón, ante el estupor y al mismo tiempo cachondeo de la gente que había observado la acción, yo llegue segundo por supuesto y aunque llegué mosqueado, porque me había enterado de ello, y después de poner una reclamación verbal, todo quedó igual, así que me lo tomé a cachondeo, no me iba a servirme de nada. Lo peor que me sentó es que para recoger las 25 pts. que me daban por haber llegado segundo, tuve que pasar mil y una vez por el Ayuntamiento para conseguirlas, ya que el Secretario siempre me decía que no había dinero, maldita sea mi estampa.

Como me la jugó el dichoso Frasco, y mas sabiendo que era un bromista ya antes de nacer, en fin, fue una graciosa anécdota.

Eso si, corrí la prueba con mi flamante uniforme rojo y azul, parecía un atleta de verdad. Si pero también al mismo tiempo un pardillo.

68

El tiempo de las vacaciones se me iba escurriendo de mis manos, como si fuera un pez recién sacado del agua, mi pensamiento estaba ya puesto en otro sitio y era muy alejado de allí, en una ciudad muy grande y alejada de mi pueblo, y allí retirado de la ciudad en un lugar donde nuevamente con toda seguridad tendría que pasar otros nueve meses interno con todas las calamidades que eso conllevaba, otra vez con una sucesión de días iguales, rutinarios y monótonos, y no solo eso sino estudiando como un loco y encima con un curso superior y que lógicamente crecería en dificultad. Me pasaba por la cabeza en escaparme a los montes cercanos y perderme en el bosque y así asunto zanjado, pero lo que pensaba eran simplemente tonterías, lo que si estaba claro es que no me hacía ninguna gracia irme.

Una tarde nuevamente, y digo tarde, porque hasta que no llegaba el tren correo sobre las tres, no se recibían la correspondencia en el pueblo, otro sobre azul y con el membrete de la Universidad Laboral entró en mi casa anunciándome la buena nueva, ya no había quién se salvara, ya estaba condenado a coger mi maletilla y marcharme a otros barrios.

Que pronto se me había pasado el tiempo de verano y yo que creía cuando llegué que era una eternidad, pues no, otra vez se me hizo un nudo en el estómago, el día indicado para el ingreso nuevamente supongo que fue a primeros del mes de Octubre, recién cumplidos mis quince años, joder con lo bien que estaba yo por ese pueblo adosado a la falda de aquella montaña, cuanto me costaba irme, la vida y sobre todo a los laborales, nos enseñó que nuestro destino posiblemente y en muchos casos, tendríamos que estar siempre haciendo la maletas de un lado a otro.

En fin traté de apurar los días que me quedaban al máximo, a exprimirlos a tope, pero al final el día de la despedida de mi pueblo, mis amigos y mi familia, me alcanzó y una tarde tuve que despedirme de todos.

Esa misma tarde mi padre y yo marchamos en tren a Cuenca, yo arrastrando mi pesada maleta y dejando en el andén de la estación a mi madre y a mis dos hermanos y también a otro hermano o hermana que se encontraba reposando en el vientre de mi madre, hasta el mes de Febrero, que sería el mes en que nacería y si Dios quería yo estaría en la Universidad. También si Dios quería, le llevaría una ventaja de quince años y medio. Todo fue según me contaron mis padres, que mi mamá ya con tres chicos en la familia, quería tener una niña y se empeñó, pero en este capítulo no quiero desvelar si lo consiguió o no.

El tren se iba alejando lentamente de la estación, con chorros de humo muy negro procedente del carbón y paulatinamente con grandes cúmulos de vapor de agua muy blanco, que parecían bobinas desechas de algodón, dejando a mi familia agitando las manos, hasta que el tren se tornó invisible al doblar la primera curva, solo ya con el humo negro y blanco mezclado y subiendo hasta el cielo.

A la mañana siguiente y muy temprano, el mismo espectáculo que cuando llegamos en Junio, pero al contrario, nosotros los cuatro, mas serios con cara de circunstancias, también con alguna risa forzada y las mamás al despedirnos con alguna lagrimita que no pudieron lógicamente reprimir.

Abrazos, besos, y palabras como “cuidaros mucho”, estudiar mucho” y portaros bien” entre otras y nosotros con un nudo que nos atenazaba la garganta, éramos aun unos chiquillos, yo el mas mayor pues tenía un año mas aproximadamente y acababa de cumplir los quince.

Como a cualquiera, no me han gustado nunca las despedidas y sin embargo siempre han sido el signo de mi vida.

Otra vez, el tren se despidió con un chillo estridente y otro pequeño calambrazo nos removió el estómago y Cuenca se fue quedado chiquita en la lejanía y nosotros allí comprimidos en un compartimento, dirigiéndonos hacía Aranjuez, donde nos uniríamos a más compañeros.

Sevilla y su Universidad Laboral nos esperaban con los brazos abiertos, ¿que aventuras y vicisitudes nos depararía el próximo curso?, eso aún estaba por escribir y vivirlo, pero sin duda pasaría.

69

Nuevamente los cuatro de Cuenca, en la estación de Aranjuez, arrastrando nuestras pesadas maletas por el andén y dirigiéndonos al bar de la estación, donde nos comeríamos un torta de azúcar, que allí eran famosas, y luego sentándonos en un banco hasta que anunciaran por la megafonía la llegada del “tren especial”.

Otra vez y como pasó el año anterior, los altavoces nos avisaron que el tren especial y con destino a Sevilla iba a efectuar su entrada. Ya no nos escapábamos ninguno, nuestra vida la teníamos escrita cada uno en nuestra historia anónima, en esa historia idéntica a la de todos, a las de cientos de jóvenes que optamos a estudiar en uno de los Centros que habían diseñado y construido los gobiernos de entonces, y que les llamaron Universidades Laborales y que principalmente estaban para que los habitáramos los hijos de los trabajadores.

Aun a pesar de los infortunios, vicisitudes y problemas que debíamos afrontar tantos, casi aun niños y jóvenes, la verdad es que éramos unos afortunados en ser unos de los que podíamos aprovecharnos de los que nos regalaban, (que no era poco claro está), solo por estudiar y sacar con provecho los cursos académicos asignados.

El tren paró en la estación de Aranjuez, amplia, grande y con una arquitectura muy llamativa, la verdad es y por lo general que antes se construían unos edificios fuertes, robustos, es decir bien hechos, y que pueden durar toda la vida en pie, hoy desgraciadamente, muchos de los que se construyen en no mucho tiempo los tienen que demoler y hacerlos nuevos otra vez.

El tren se puso en marcha, cargado de juventud, también cargado de ilusión y de nostalgia a partes iguales, con voces estridentes y alboroto en muchos compartimentos, lanzados al viento para seguramente calmar el nerviosismo de pensar que dentro de poco pondríamos los pies nuevamente en la Uni, como si fuera los últimos gritos de nuestra libertad, allí en el Centro la libertad nos sería tapada por la disciplina necesaria para acallar a tanta juventud atada a unas reglas que había que cumplir.

El viaje largo y pesado, con muchas paradas, llegó a su destino, otra vez a la Estación de San Bernardo, la mayoría éramos ya veteranos, pero otros ingresaban por primera vez, y se les notaba, por su rostro ingenuo y al mismo tiempo vivaz, que mas bien callaban y estaban muy atentos a todo lo que se decía y se ordenaba.

En poco tiempo estaban aparcando los autobuses en el patio de la Universidad Laboral, era ya de noche, y solo se veían vagamente los edificios, la torre sombría y que nos daba las buenas noches. En unas hojas de papel grandes nos indicaba a cada curso el Colegio a donde tenía que dirigirse, en mi caso y a casi todas las aulas del curso anterior nos indicaba que nuestro colegio ese año era el Miguel de Mañara, que estaba anejo al San Isidoro y puesto en la misma posición respecto al pasillo central.

Bueno pues ya estábamos instalados, gracias a la buena organización que existía, no era fácil debido a la gran cantidad de jóvenes que veníamos a ocupar todos los colegios y residencias.

Allí eran todos abrazos y apretones de manos, todos los que habíamos aprobado el curso anterior, nos preguntamos miles de cosas, y echamos en falta algunos que ya no serían nuestros compañeros de aula.

El caso es que ya estábamos allí nuevamente y todo se volvería a complicar al día siguiente, las clases empezarían y los libros empezaríamos a desgastarlos y a meterlos poco a poco en nuestra cabeza otra vez.

Yo por mi parte, y dentro de la morriña que cada uno llevaba consigo acuestas, me prometí internamente que debería estudiar mas que el año pasado, que tampoco fue poco, que si académicamente el curso lo llevaba bien sin sobresaltos, se me haría mas llevadero y mas corto, así que me prometí ganas de estudiar e ilusión, y creo que lo conseguí.

Las cartas estaban echadas sobre la mesa, ahora había que saber jugarlas, aunque las dificultades nos acechaban por todos los lados.

Pero yo ya tenía la condición de veterano y eso pesaba.

70

Conforme me eché a la cama, me quedé durmiendo, el día había sido tan ajetreado que estaba cansado de verdad, no tuve tiempo no de pensar en mi nueva situación, aunque todo había cambiado radicalmente.

Me encontraba en la Uni otra vez, la habitación para seis, en donde me encontraba y que era idéntica a la del año pasado, así me lo indicaba. Otra vez había tomado un nuevo tren, esta vez con dirección a las estaciones de la rutina y a la monotonía. Menos mal que me quedé durmiendo al momento, si no me hubiera dormido con dolor de cabeza, psicológicamente era muy duro aceptar la nueva situación.

Aunque ya me había despertado con el mismo sonido infinidad de veces, el desgarrador alarido que empezaba muy fuerte y que iba perdiendo intensidad conforme iba terminando, me sobresaltó y me incorporé asustado, y hasta que no miré a la torre (la cual me volvió a guiñar un ojo) y que divisaba desde mi ventana, no me tranquilicé, y recuperé la normalidad, si a eso le podía llamar normalidad.

Todos los demás compañeros de mi cama, que eran de mi misma aula, todos deberían tener la misma cara que yo, mezcla de sueño, morriña, cansancio, no creyéndose lo que estaban sintiendo y observando, sentados en la cama, nos costaba levantarnos y dar el primer paso. Solo las palmas enérgicas del cura de turno y la música puesta ese día a todo volumen para despejarnos a tope, cumplió lo establecido y cada uno cogió su toalla y los bártulos de limpieza y como fantasmas fuimos gravitando hacia los lavabos, ante un silencio sepulcral, solo mancillado por el ruido del agua al caer sobre el lavabo.

Hasta que no llegamos al comedor, y gracias al aroma del café con leche, no fuimos recuperando una aparente normalidad, y también gracias al runrun de las

conversaciones en las mesas de cuatro, y porque ya el hambre nos martilleaba nuestro estómago, aunque el pan con manteca no se dejaba pasar por nuestro tubo digestivo.

Antes de empezar la primera clase, los componentes de las aulas nos reunimos en grupos, para saber quién faltaba en el aula con respecto a la del año pasado, y cambiar impresiones y aventuras en nuestras vacaciones de verano.

Cuando subimos al aula, apreciamos y ya constatamos definitivamente que sobre unos catorce o quince compañeros del año pasado habían perdido la beca y por lo tanto ya no pertenecían a nuestra aula y por ello la clase había menguado notablemente. Eso quería decir con toda claridad, que el que no aprobaba todas las asignaturas entre Junio y Septiembre, no daba la talla y era desposeído de su condición de alumno y también quería decir que no había que descuidarse lo mas mínimo y estudiar con ganas, pues los resultados podían ser catastróficos.

Ya no me acuerdo, si ese primer día de clase, solo fue para presentación de profesores o que hicimos, posiblemente pasaríamos todos por la sección de vestuario para que nos entregaran el vestuario para pasar el año, entre ello nos fue entregado otro chandall, este de color rojo, con la inscripción en la espalda de Universidad Laboral, omitiendo esta vez lo de Sevilla, en fin mas llamativo, pero a mi me gustaba.

El primer día fue dedicado a poner los motores en marcha, para hacerte a la idea que ya estabas en el Centro y que se habían acabado las tonterías veraniegas, sobre todo tenías que poner en orden tu mente y dedicarte en cuerpo y alma a la función que todos sabíamos, estábamos en un curso superior y la dificultad académica se iría incrementando progresivamente.

Por mi parte, me propuse hacer un propósito de enmienda, (lo de enmienda sobraba), ya que el curso anterior lo había aprobado todo en Junio, pero en mi fuero interno sabía que lo había podido hacer mejor.

De todas formas puedo asegurar en lo que se refería a mí, al pisar el colegio Miguel de Mañara, se apoderó de mi un orgullo y satisfacción de estar en un nuevo curso, que ya tenía a otros debajo de mí, con la envidia que tenía a los integrantes de ese Colegio el año anterior, pues ya estaba yo en el, ahora tenía que demostrarlo y con creces.

Nos fuimos acostumbrando ese día al sonido repetitivo cada cierto espacio de tiempo de la sirena, y puedo decir que después de unos meses sin oír su canto, me gustaba, y la echaba de menos, aunque ya he dicho alguna vez que según para que lo hacía.

Bueno pues ya estábamos allí otra vez, éramos unos 35 los escogidos, de ahora en adelante esperábamos que siguiéramos todos juntos hasta la terminación de nuestros estudios y yo creo que se cumplió más o menos. 2º de Oficialía industrial nos esperaba con los brazos, los libros también abiertos y una disciplina cerrada y algo opresiva.

71

Lógicamente a partir de este momento de mi historia en la Uni, y posiblemente la de todos, los recuerdos ya no sean tan exactos, puesto que se me han ido mezclando y emulsionando en mi cerebro, sobre todos por los muchos años ya pasados desde aquel entonces y que yo quisiera conservar como si fueran ayer mismo, pero el tiempo y la

edad ha corrido en contra y en muchas ocasiones me encontraré al escribir estas memorias que o que estoy plasmando no sabré diferenciar si pertenecen a un curso o a otro.

Quizá también ha influido en esto que nuestra estancia allí era prácticamente igual de un curso a otro, había pocas diferencias en la vida interna, la rutina era la tónica general, por eso muchos recuerdos se encuentran en la nube (como se dice ahora en lenguaje informático), a no ser que pasaran cosas extraordinarias, aunque por suerte o por desgracia pasaban pocas.

En fin trataré de ajustarme todo lo que pueda, por lo que os ruego me perdonéis si cometo algún fallo en el relato de estas memorias, que quiero que sean lo mas fidedignas posibles, pero que algún acontecimiento pueda ser que salte de año.

Por todo lo que acabo de comentar, el resultado posiblemente será que la descripción de estas memorias irán un poco más ligeras, ya que la historia del primer curso las tengo más fresca, porque todo lo acontecido era nuevo y lo he retenido con más lujo de detalles.

La presencia de los compañeros del aula, significó en mi persona y en el comienzo de curso mucho en aquellos momentos (diríamos difíciles), del problema de amoldarte al nuevo curso, del trauma de tener que acostumbrarte a la rutina diaria y la disciplina y también la de confiar en tus compañeros con los que tenías mas afinidad y en que en un momento determinado te echaran una mano y te ayudarán a resolver tus problemas personales y sobre todo a darte ánimos.

Yo personalmente me alegré muchísimo, el que en el curso que estábamos a punto de comenzar estuvieran allí conmigo otra vez todos mis buenos compañeros del curso anterior, tales como Pikins, Aguilar, Aso, Benítez, (tendría que enumerar a casi todos los del aula), pero se haría muy larga la lista.

A otro día las clases empezaron ya con toda normalidad, y en lo que se refiere a la suerte habida en el plante de profesores que nos tocó en suerte en el aula 2º G Químicos (el curso anterior fue 1º H, que creo no lo puse en su día), fue dispar, pero esto al comienzo de curso no podía yo en ese momento pronunciarme, eso tendría que decirlo cuando lleváramos un mes de curso mas o menos, pero lo diré ahora, porque sino se me podría olvidar.

En Prácticas de Laboratorio, me surge ya la primera duda, no me acuerdo el profesor que tuvimos aunque creo que fue D. Cándido Brieve, resultó ser una gran persona y un muy buen profesor.

En Matemáticas que era la que yo más temía, nos fue asignado D. Jaime Yague, el cual no sé si tuvimos la suerte o la desgracia de que nos tocara, lo que sí puedo afirmar que nos reímos con él en la clase todo lo que quisimos y mas, era un cachondo mental, y por lo menos las clases era muy entretenidas, y mas de uno se acordará de él sin duda alguna.

En la asignatura de Química, como siempre fue, tuvimos a D. Guillermo García Ramos, el cual nos fue asignado en ese curso y los siguientes, este gran profesor y padre para nosotros, merece un capítulo aparte, que por supuesto relataré en estas memorias.

En Tecnología Química nos tocó un hueso duro de roer, D. Rodrigo Cota Galán, ya que nos hizo estudiar mas que en ninguna asignatura hayamos estudiado nunca, la madre que lo parió y ya diré porqué más tarde.

Y en Dibujo no digo ná, madre mía que cruz tan pesada supuso para todos, María Santísima, menos mal que solo nos tocó un año, pero vaya año, de todas las formas fue cuando aprendimos a dibujar de verdad, también hablaré de él.

De las demás asignaturas, que para mí resultaban superfluas, en Literatura, un cura al que llamábamos Ringo y que también merece un capítulo aparte, en Gimnasia a D.Manuel Amador, y de los demás ya no me acuerdo.

La suerte estaba echada, y en el ruedo de la vida académica nos tocó lidiar con dos Victorinos, (que casualidad, así se llamaba mi padre que en gloria esté el hombre).

72

No tardamos en acostumbrarnos a las obligaciones tediosas de la vida diaria en el colegio, por lo menos ya teníamos experiencia del año anterior, y algunos del aula un año mas, porque hay que tener en cuenta que algunos, no muchos, llevaban ya dos años de Uni, pues habían realizado también el curso de Orientación. Y yo aunque lo vea ahora, pasados infinidad de años y con la nostalgia del tiempo pasado de otra forma, se hacía muy duro, pero ya digo las obligaciones que te acosaban a cada momento, no te dejaban lugar para desánimos, o seguías en el pelotón de cabeza o te sumergías en el fango.

Era empezar de buena mañana con el grito hiriente de la sirena y ya tu cuerpo se ponía en movimiento como un autómatas, sabiendo a ciencia cierta lo que te esperaba a cada momento y si se te olvidaba y tenías un lapsus, allí estaba la pesada sirena que te lo iba recordando.

El mismo trajín diario, las mismas caras de sueño a las siete y cuarto, las mismas escaleras con su barandilla, las puertas batientes del comedor con su correspondiente chillido que te revolvía el estómago y te alteraba los nervios, y también dentro de la estancia el mismo aroma de todos los días y que ya lo teníamos incrustado en la pituitaria, y el mismo trozo cuadrado de mantequilla en medio de la mesa de cuatro, y el café con leche calentito que por los menos te despejaba, e inmediatamente y casi sin respiro, la primera clase de la mañana, y la segunda y la tercera hasta la sexta, que a mi se me hacían muy largas y mas aun porque no disponía de reloj, y el mismo pupitre con su cajonera correspondiente donde guardábamos los libros y los cuadernos, el material de dibujo y otros efectos, y cuando terminaba la primera clase ya tenías ganas de que llegara la última.

¿Para que voy a ser cansado con esta numeración de hechos?, si todos seguro nos acordamos perfectamente, porque los sufrimos en nuestras propias carnes, claro que también había momentos de relajo, y esos ratos te animaban y lo pasaban bien, porque todos los grupos, siempre había quien sobresalía en el mismo y para combatir la rutina y el tedio, siempre tenían la chispa graciosa que hacía que en esos momentos nos sintiéramos bien y disfrutáramos, el amigo Benítez era uno de los que extraía la nota de

humor a cada situación y todos se lo agradecíamos, si hubiéramos recopilado cada uno, se podría llenar un libro.

El aula empezó a ser un grupo unido, yo diría muy unido, todos sabíamos mas o menos como éramos todos, todos con una característica común, la amistad entre nosotros, aunque en grupos pequeños, claro está no íbamos a estar siempre los treinta y cinco juntos, pero yo pienso que la unión fue muy grande durante toda nuestra estancia y esa virtud hizo que nuestro internado se hiciera mas llevadero.

Habíamos empezado el curso, y los problemas se nos acumulaban, íbamos conociendo a los profesores nuevos, los íbamos estudiando, como también ellos también nos tendrían que estudiar a nosotros, estudiar y examinarnos que eso era otra. En fin empezar una relación académica que esperábamos que fuera buena por la cuenta que nos traía sobre todo a nosotros.

De los curas salesianos que nos tocaron en suerte, la verdad es que no me acuerdo de casi ninguno, de uno si le recuerdo su rostro, pero no su nombre, pero el hecho de no recordarme de ninguno debe ser buena señal, por lo menos cumplieron su función para la que estaban asignados, mantener la disciplina y las buenas costumbres en el Colegio, y también como no, lo propio de su profesión mantener y fomentar la fe en nuestra condición cristiana, con algunas veces especie de mítines cortos y sobre todo con la asistencia a la Santa Misa diaria que seguía siendo obligatoria y al mismo tiempo en las clases de Religión que por supuesto las impartían ellos en todas las aulas del Colegio.

El Colegio empezó a funcionar como un reloj, todo estaba muy bien estudiado en aquel centro en el que todos teníamos nuestra función, unos la de educar, otros las de enseñar y otros la de estudiar, éstos últimos éramos nosotros y deberíamos recopilar lo mejor de todas las demás.

Mientras tanto, nuestra juventud, iría floreciendo y abriendo sus pétalos dentro de aquel gran invernadero donde hace muchísimos años ya transcurrió nuestra vida adolescente.

73

Fueron pasando los primeros días del curso 1.966-67, y yo ya sabía las asignaturas que tendría que tomármelas muy en serio, en primer lugar las Matemáticas esas por supuesto y eso que el libro que nos entregaron, aquel libro de color naranja chillón, y para mas datos llamado Vértice y escrito por Eduardo García Rodeja, de la editorial Vicens-Vives, no era grueso, pero si mirabas su interior se complicaba bastante, o eso me lo parecía a mi, ya desde el comienzo del mismo con el estudio de expresiones algebraicas y ecuaciones, con términos éstos que yo nunca había visto, en fin habría que ponerse las pilas, si no mal asunto, aunque mas o menos las explicaciones que estaba dando el profe Sr. Yague, mas o menos las iba asimilando.

Por lo que se refería a la Tecnología Química, que nos impartía el profesor Sr. Cota, aquel profesor chaparrete y menudo, y que nos la hizo pasar putas durante todo el curso, haciéndonos estudiar de memoria aquel menudo libro, de letra pequeña, denominado Curso Práctico de Análisis Inorgánico Cuantitativo, escrito por el alemán Hermann Lux de la Editorial Alhambra, y que nunca llegué a comprender porque nos hizo aprender todos los pasos diferentes de muchos procedimientos analíticos, que

ocupaban algunas veces mas de una hoja, de memoria, y en los exámenes que realizamos de esa forma, así los teníamos que desarrollar. El caso es que cuando él a la vista del libro iba leyendo, lo que nosotros mas tarde tendríamos que estudiar, nosotros estábamos pensando en las musarañas, lógicamente la paliza no la tendríamos que dar después, yo y todos los del aula, nunca tuvimos que estudiar tanto en nuestra vida y me atrevo a decir que nadie en el mundo, maldita nuestra suerte, con decir que los días anteriores al examen de esa signatura, los curas nos dejaban en las horas dedicadas al sueño, irnos al aula y estudiar. Aunque algunos escogieron un método mejor, hacer “chuletas”, y pasar de ese rollo de estudiar a “lo tonto”.

Aprovechando, lo de las chuletas, tengo que decir que solo las he usado en mi vida para comérmelas, ya que nunca tuve valor para sacarlas en clase, si es cierto que las confeccioné alguna vez, pero después y debido a mi miedo se quedaban en el bolsillo.

Y como no voy hablar de la asignatura de Dibujo, que tuvimos al profesor Sr. Aradillas, que el que más y el que menos lo tuvo también como profesor, madre mía lo que nos hizo sufrir el muy jodío, pero ¿que quería que fuéramos Delineantes?, es que no se había enterado que nosotros estudiábamos para Químicos, en aquel libro editado por la Editoria Vicens-Vives y escrito por dos profesores de la Laboral de Sevilla, Julian Palencia Cortés y Mario González Monsalve el profesor nuestro del año anterior.

Ya podías afinar todo lo que quisieras, ya podías poner todo el empeño posible, aun confeccionando la lámina rozando la perfección mas de un 5 no conseguías, solo Pikins y Ramiro iban un poco sobrados y eso que dibujaban mejor que algunos delineantes, y encima de eso las láminas nos las entregaba en mano y firmadas con una firma muy pequeña en una esquina de cartulina tipo folio, y encima no le podías engañar, si te equivocabas, falsificándole la firma en otra, no sé como la hacía pero te pillaba, fue un tormento todo el año, así que te espabilabas o eras hombre muerto. Al final de curso éramos la mayoría por no decir todos unos perfectos delineantes.

Estábamos apañados entre el Dibujo y la Tecnología, menudo año.

En la asignatura de Química que la daba el profesor D. Guillermo García Ramos, y que tendrá un capítulo aparte en estas memorias, no hubo problemas, él solo deseaba que aprendiéramos Química, ya que su amor a esa que era su profesión era ejemplar, la a con toda el alma y se le veía disfrutar cuando la impartía, y sufría cuando algunas cosas no las entendíamos y las repetía mil veces si hacía falta.

Yo la verdad es que disfrutaba con esa asignatura, me gustaba y sacaba muy buenas notas con ella, nunca tuve ningún problema y claro ese curso aunque había que estudiarla a fondo, no supuso para mi sacrificio alguno.

74

Observé pocas novedades en el colegio Miguel de Mañara, nuestra residencia para todo el año, el mismo se encontraba igual que el San Isidoro, situado a la derecha en referencia al pasillo central, pero mas cerca de la plaza de los autobuses.

Las habitaciones eran las mismas como en todos los Colegios, excepto Fernando de Herrera, San Juan Bosco y Murillo, que se consideraban como colegios mayores, ya que tenían habitación individual para cada uno y pensábamos que eso debería ser un “flipe” por no decir otra cosa.

Lo que si cambió fue la música al levantarnos por la mañana, era moderna, mucho mas amena y también mas variada ya que iban cambiando continuamente, no como el año anterior que empezábamos con el “legionario” y terminábamos con “los Brincos”, todo lo demás seguía igual, los mismos desayunos y comidas, las mismas clases, el mismo horario y en general toda igual, lo único el contenido del curso que crecía en dificultad, pero los supervivientes que quedamos de la “criba” del año anterior, también estábamos mas preparados.

Poseíamos otro campo de fútbol, situados entre la residencia de nuestro Colegio y el de San Isidoro, pero por todo lo demás, todo era idéntico.

Eso si, cuando llegó el primer domingo de salida a Sevilla para todo aquel que quiso, la cosa cambió y para bien, ya se nos consideraba mayorcitos y ya marchábamos solos, no con los curas, eso era un logro muy grande, por los menos unas horas podríamos degustar de una libertad total, sentirte libre por los espacios y calles de Sevilla y olvidarte por un poco tiempo de la disciplina y la sujeción del internado, en fin podíamos vagar a nuestras anchas.

En la sala de juegos, teníamos también un barecito, en el que en la barra habían algún compañero voluntario, hacía las veces de camarero y los sábados y los domingos podíamos tomar coca-colas y naranjadas, también los famosos bocadillos de mejillones, hechos con las barritas de pan que nos daban en el comedor, y unos cuantos mejillones de lata de conserva, que estaban riquísimos, yo por lo menos esperaba impaciente que llegara el sábado, para tomarme el bocadillo y la coca cola doble, que me sabían a gloria, que bien me lo pasaba en esos momentos, que es de los recuerdos mas frescos y encima de los mejores que tengo de la Uni. En mi larga vida he tomado muchos bocadillos de todas las clases, de mejillones también por supuesto, pero como esos “bocadillos de mejillones” ninguno, me acuerdo perfectamente que con mi bocadillo y mi botella, me sentaba y me aislaba del mundo exterior, en unos momentos maravillosos y que he recordado muchas veces en mi vida.

Creo recordar si mi memoria no me traiciona, que en esas tardes del sábado, y cuando cerraban el bar, nos trasladábamos al cine, donde asistíamos a la sesión cinematográfica seleccionada para ese día, es que los fines de semana a pesar de tener clases por la mañana, la tarde del sábado y domingo era como un oasis divino enclavado en la aridez de la pesada semana.

Nos íbamos cargando el largo mes de octubre, poniendo nuestro sexto sentido y toda nuestra maña en la confección de las láminas que nos exigía el “Aradillas” y estudiando a fuerza de memoria lo que ordenaba el “Cota”, y también además de disfrutar y reírnos con los chistes y ocurrencias del profé de Matemáticas Sr. Yague, y además tratar de resolver los problemas tan complejos de las expresiones algebraicas.

Mi pueblo y mis amigos aunque los echaba de menos, si, pero tenía unas obligaciones que no me dejaban pensar casi en ellos, era un sin vivir continuo, en aquel Centro donde empezamos y terminamos nuestra juventud.

75

Sin darnos cuenta ya estábamos en la última semana de octubre, ya empezábamos los exámenes mensuales, ¿pero quién sería el malaje que se había sacado de la manga esos exámenes?, mas vale que no hubiera pensado en nada, menudo tormento significaban las dichas pruebas, no habíamos salido de unas, cuando en un

“pis-pas”, ya teníamos las siguientes encima, y nuestro aun pequeño corazoncito sufriendo nueve meses seguidos, sin respiro, uno detrás del otro, no me explico como a estas alturas de nuestra vida, no tenemos cardiopatías congénitas, y digo esta última palabra, porque todos pasábamos el mismo trance, un nerviosismo atroz, que no te dejaba ni dormir tranquilo y encima el día del temido examen, casi todos los profesores se gastaban un careto como si fueran a perdonarte la vida, mas serios que un doberman y mirando a todos los rincones de la clase, parecían que tenían mil ojos.

Me acuerdo de uno y no sé en que curso fue, ni quién fue, que una vez la primera pregunta del examen la enunció, en el pasillo antes de entrar en la clase, todo porque una vez cuando entró a la misma, estábamos muy revolucionados, por ello antes del examen con ese profesor, permanecíamos en sepulcral silencio, ya que si no una de las preguntas, ya la podíamos dar por no contestada.

Ya he comentado anteriormente, que debería ser yo un ser sobrenatural, si me acordara de cualquier detalle, uno es de las notas, solo pienso que no deberían ser malas, muy ajustadas seguro que en Dibujo y Matemáticas, hasta pienso que el primer mes y con el “amigo” Aradillas, lo mas posible es que hubiera cateado ese parcial, pero bueno yo creo que no me preocupaba mucho, porque casi toda la clase debimos suspender, y como el “mal de muchos consuelo de tontos”, yo por supuesto era un tonto mas. Por otra parte, no sé como se lo tomaría mi padre, seguro que en alguna carta escrita por mí, le tuve que responder aun resguardándome en una mentira, que habían suspendido a todos.

Yo practicaba deporte todo lo que podía, en los ratos libres, sobre todo en el que teníamos una hora por la tarde, cuando no estaba jugando al fútbol en el campo del colegio, estaba con el compañero de clase Julio Fernández Saiz, fallecido en desgraciado accidente, (q.e.p.d.), muy aficionado al balonmano y que siempre estaba con el balón en la mano, y que se había traído en su equipaje un balón, recuerdo que era de color amarillo y organizaba dos equipos para jugar un partido en uno de los buenos campos que había para tal fin.

Otras veces y eso era los sábados, me iba con otro de mi clase, el llamado Carlos San Millan Trueba, que falleció ya también hace algunos años, a jugar al frontón con paletas de madera, en los frontones magníficos, diseñados en forma de H, que había en el entorno de la Uni, y en el cual se podían estar jugando cuatro partidas al mismo tiempo. El amigo “Sanmi”, primero porque era vasco, de Munguía concretamente y segundo porque le encantaba jugar a ello, nos pegaba unas palizas de aupa, le pegaba a la pelota con muchísima fuerza, tengo que decir que yo me lo pasaba muy bien. Seguro que en toda Andalucía no había unos frontones como esos, vamos y me jugaría que en toda España tampoco, a excepción del País Vasco y seguramente muy pocos.

Nuestro equipo de fútbol, seguía siendo el mismo del año anterior, creo recordar que no faltaba nadie, así que en los primeros partidos de competición que jugamos, ya conseguíamos dar mas guerra y empezamos a ganar alguno, posiblemente porque algunos de los puntales de otras aulas ya no estaban con ellos, el caso es que ya no éramos el equipo que siempre perdía, y que antes de jugar ya tenía el partido perdido.

Las aulas del colegio en ese 2º curso y en lo que se refería a las de metal y Electricidad, que había sido tres aulas de cada especialidad, habían sido subdivididas, las de Metal, una en Torneros, otra en Ajustadores y otra en Fresadores, y en la de

Electricidad, una en Instaladores, otra en Bobinadores y otra en Electrónicos, Solo la Delineantes y la nuestra de Químicos seguían igual.

El curso seguía adelante, y Noviembre al que yo siempre, será una manía mía, siempre lo tuve como un mes negro, triste, sería porque empezaba con las fiestas de los Santos y Difuntos.

Y yo dentro de la seriedad que imponía el curso, las disciplina y las reglas y obligaciones que había cumplir por fuerza, era feliz y disfrutaba de mis quince años que había cumplido hacía poco tiempo.

76

En las Prácticas de Laboratorio yo era feliz, me gustaba estar en las dependencias químicas donde aprendíamos a manejar los tubos de ensayo, las pipetas, las buretas, los matraces, empezábamos a montar pequeñas instalaciones de destilación de líquidos, a crear nuevos productos químicos, así como el uso de las balanzas, y filtrado de líquidos, y también al cuidado en el manejo de los ácidos y corrosivos, en la mezcla de ellos con otras sustancias. Y mirar con respeto sobre todo el frasco del cianuro potásico (CNK), el cual constituía uno de los venenos mas potentes, no lo usábamos por aquel entonces, pero yo lo miraba hasta con miedo.

Y nosotros allí, aprendiendo la forma optima de manejar todos los líquidos y reactivos y a saber protegernos de ellos, aunque teníamos prohibido el hacer uso de ellos, sino era en la práctica de cualquier ejercicio de aprendizaje.

De todas las maneras al poco tiempo de permanecer en el Laboratorio, las batas blancas que al principio de curso, nos entregaban blancas e impolutas, ya aparecían con agujeros, igual me supongo yo que los torneros, ajustadores y los fresadores que las deberían llevar llenas de grasa y polvo, pero eso era inevitable.

En resumen, yo me encontraba a gusto y ponía todo mi empeño y la atención necesaria en aprender, y aun a pesar de que nunca he sido un manitas en mi vida, mas bien un manazas, me defendía bien, solo era poner atención a lo que decía el profesor.

En breves fechas empezaríamos a hacer prácticas de análisis cualitativos de elementos químicos. Consistía ello en analizar un líquido, mediante su tratamiento con productos químicos, sobre todo ácidos como el sulfúrico, clorhídrico, nítrico, etc , y determinar cuales eran los metales o metaloides que llevaba el liquido-muestra en cuestión, tras comprobar los colores o las precipitaciones del sedimento que se formaba en los tubos de ensayo.

Para mí y estoy seguro para todos los compañeros de aula, el tiempo que permanecíamos en los magníficos Laboratorios, significaba un entretenimiento, aparte de una formación continua, que podía significar mucho en nuestra futura vida profesional, igual les pasaría a las otras aulas en sus respectivos talleres, laboratorios de electrónica, salas de delineación.

El Colegio de Miguel de Mañara, y aunque algunos no lo crean, tenía un club de fumadores, si digo bien fumadores, y estaba situado en la esquina de la residencia, al amparo de la oscuridad que reinaba en aquel lugar.

Por supuesto estaba prohibido terminantemente que fumáramos los alumnos pobladores del mismo, pero era un club que duda cabe, allí se juntaban sobre todo por la noche en la clandestinidad, algunos no muchos ya que aún éramos muy jóvenes, pero los había, claro que los había, aun a pesar que los curas lo perseguían con denuedo, y cuando el vigía de turno daba la voz, la gente se desperdigaba por donde podía, al amparo de la oscuridad y por mediación de sus piernas veloces y supongo que pillarían a muchos consumando el vicio, poniéndoles algún tipo de correctivo(no poder salir a Sevilla los domingos) y por supuesto en la notificación del hecho a sus padres, cuando el colegio mandaba las notas mensuales.

Yo no permanecí al citado club, no he fumado nunca en mi vida, y bien que me alegro de ello, no he tenido ni la curiosidad de intentarlo, y en otro capítulo explicaré porque no lo hice nunca, ni lo he hecho, ni lo voy hacer ya a estas alturas, claro está.

Como buen aficionado al fútbol que soy, los únicos clubs a los que he pertenecido siempre, han sido el Real Madrid y eso me venía por tradición, y también al equipo de mi tierra la Unión Balompédica Conquense, últimamente siento pasión por el, con el Madrid, es mi equipo pero también últimamente soy muy crítico. Por el hecho de vivir tantos años en Sevilla, a los equipos representativos de la ciudad, Sevilla y Betis, les tengo un cariño especial a los dos, ni me siento mas de uno que del otro y me alegro con sus triunfos.

77

Una de las aficiones que se despertó en mí en su plenitud en ese curso fue la música, la música moderna que empezamos a cuitarla de esa manera. El año anterior y en el San Isidoro ya escuchaba alguna y me llenaba el oído. El año 1.966 fue ya cuando llegaron a mi con toda su fuerza las canciones de los Beatles, Rolling Stones, Bee Gees, Simón y Garfunkel y grupos españoles como Brincos, Bravos, Juan y Junior, aunque luego y conforme pasaron los años, el panorama y mercado español se pobló de grandes grupos, tanto extranjeros como españoles y para mi constituyó una afición a la música fuera de lo común y aun sigo en ello.-

Tengo que decir que, por lo que respecta a mis cualidades musicales, es cero patatero, intenté en la Uni, aprender a tocar la guitarra y lo tuve que dejar al poco tiempo, era un “negao” completo, si embargo la música moderna, sobre todo desde los años 1.965 al 1.980, me ha encantado. La que fue contemporánea a esos años, a excepción de algún grupo más bien español y alguna canción y algún grupo o intérprete extranjero no les presté mucha atención, y la razón era porque ya iba cumpliendo años y mi interés por los grupos musicales iba decayendo.

Sin embargo como ya he dido la música en el intervalo de esos años que he dicho antes, la mayoría de ellas la he ido recuperando y tengo miles de canciones y sigo disfrutando de ellas como el primer día. En estos momentos en que estoy confeccionando este capítulo, hay un tema de fondo que me acompaña, la música en una liberación para mi, no me molesta lo más mínimo en lo que esté haciendo, es una cura.

Los Beatles, supusieron para mí el máximo, (tengo todos los temas de ellos, aunque hoy los puedes sacar por muchos sitios), y no voy a inventar nada al decir que supusieron la gran revolución musical de todos los tiempos, y no solo musical, sino en

todos los aspectos, constituyó la revolución de la juventud y una nueva era en todas las normas que había establecidas y supusieron, una nueva forma en el pensamiento, en la libertad de las personas, en la moda, en las melenas que dejó crecer al viento la juventud, yo entre ellos, dejó en fin en un inmenso cambio generacional.

No hace mucho tiempo me reuní con Modesto Cañas Buendía en Cuenca, y salió este tema en nuestra conversación, ya que Modesto comparte muchos gustos musicales con los míos, además de ser un aficionado a la música, está conmigo y siente una gran admiración por Los Beatles y los compara a los mismos y sobre todo a John Lennon como un genio comparable a los grandes músicos del clásico, comentándome que sus interpretaciones en inglés de sus canciones, era como escuchar un instrumento más. Yo no podía estar más de acuerdo, música de ángeles añadiría yo.

En esas fechas y con la entrada de Joan Manuel Serrat como cantautor, se constituyó para mí como un grandísimo fans de él, me gustaban horrores sus canciones con temas que el mismo componía y ponía letra, unas letras que rezumaban y destilan poesía y reivindicación en cada estrofa, hay veces que sentado al ordenador, soy capaz de oírlas todas, sobre todo las de sus primeros años y discos.

Aunque me haga pesado en este capítulo, quiero poner algunos de mis favoritos y que perduran en la actualidad, aunque quedarán muchos que también merecerían estar en esta lista:

Extranjeros: Beatles, Rolling Stones, Bee Gees, Simón y Garfunkel, Credence Clearwater Revival, Aphrodite Child, Leonard Cohen, George Moustaki, John Lennon y Españoles: Los Módulos (para mi gusto, el grupo español con más calidad), Los Angeles, Los Iberos, Mocedades, Triana (Este grupo andaluz de flamenco rock progresivo, es mítico, para quitarse el sombrero), Medina Azahara, Joan Manuel Serrat, Victor Manuel, Nino Bravo y como no José Luis Perales.

Ahora mismo estoy escuchando la canción de Procol Harum “Con su blanca palidez”. Una maravilla, os lo digo yo, la recordareis sin duda alguna y os traerá infinidad de recuerdos de aquellos años.

78

El mes de Noviembre, ese triste mes, no por ninguna razón especial, sino porque sus días eran muy cortos, tocaba su primer grito diario la sirena cuando aun no había amanecido y esa circunstancia te deprimía un poco y sin querer te invadía algo la tristeza, al contrario que los meses de abril y mayo que era todo lo contrario, y el día era solo luz y colores desde que amanecía hasta que anochece y más viendo en el horizonte el fin de curso que se acercaba.

Pero para eso aun faltaba mucho, muchas clases, muchos exámenes, muchas misas, aquellas tediosas misas de ocho de la tarde, que aunque no eran muy largas, se te hacían eternas, habría que pasar por muchos trances, menos mal que estábamos en plena juventud, en el apogeo de nuestra adolescencia, cuando tu vida abriéndose en toda su extensión, llamémosle la llamada de tus instintos sexuales se abrían a grito vivo y cuando veías a cualquier chica más o menos agraciada, y también a las menos, las traspasabas con los ojos en la mirada ardiente de tus ojos, sobre todo cuando salías a Sevilla, solo mirábamos a las chicas sevillanas, de los monumentos góticos y árabes pasábamos, esas chicas nos conocían ya a la legua, como los de “la laboral”, y que muchas veces nuestra timidez no nos dejaba tener un trato normal. Pero que tiempos

más bonitos aquellos, era abrirse a la vida, era el florecimiento de nuestra juventud, aquella juventud que se nos fue gastando poco a poco entre aquellos ladrillos rojos del internado.

Por aquellos espacios universitarios, sobre todo a partir del Mañara, se empezaba a oír con insistencia, por las malas lenguas, o mejor dicho por las menos buenas, que en las cocinas de la Uni, a las comidas que consumíamos, cocinadas por el Centro, les echaban “cantidades industriales de bromuro”, todo ello ordenado, no sé por que autoridad, pero el caso es que todo el mundo estaba convencido de ello y con la intención de rebajar al máximo, nuestros ardores juveniles, claro que ellos no sabían que esos ardores o calenturas no los bajaban ni aminoraban ni el mismo diablo, aunque hubieran vertido toneladas de bromuro (una sal del ácido bromhídrico), nuestra fuerza juvenil, contrarrestaba ese vertido, y sin duda que lo anuló perfectamente.

Yo no puedo asegurar que si esa acción del vertido se llevaba a cabo o no, pero estoy seguro que en caso positivo, les salió el tiro por la culata.

De todas formas, se que alguien comentó entre nosotros los químicos, que podíamos hacer un análisis al café con leche que nos servían por la mañana y alguna muestra de comida, pero tuvimos que dejar al lado esa idea, porque aun no teníamos los conocimientos necesarios para realizar esos análisis.

Posiblemente fuera una tontería, pero el bulo corrió como la pólvora, y yo aun tengo dudas sobre ello, me gustaría saberlo ahora, si fue cierto o no. Si alguien sabe con seguridad que lo diga ahora o calle para siempre.

Lo mismo y no diría yo que no, si en la actualidad a todos los laborales nos practicara un análisis clínico sobre contenido de bromuro en sangre, o en otros fluidos aun tendríamos indicios o muestras de esa sal en nuestro organismo. Esto es una broma mía, pero a mi aun me dura el mosqueo.

Ya nos encontrábamos realizando los exámenes mensuales de Noviembre, total veinte días más y otra vez de vacaciones, pero como siempre no podíamos ser felices hasta que no realizáramos los exámenes trimestrales y más aun con los huesos de esos dos profesores que nos habían caído en suerte a nosotros los químicos

Cuando venían los campeonatos de colegio de futbol, yo empezaba a disfrutar un montón, cada vez me gustaba mas, me gustaba competir, me gustaba correr detrás del balón y sobre todos me gustaba ganar y aun mas tener la suerte de marcar un gol.

Por ello cuando jugábamos un partido de fútbol, me olvidaba de todos mis problemas y miedos y en ese momento era el rey del mundo.

79

El último mes del ya casi finalizado año de 1.966, entró casi sin avisarnos, ya estábamos acariciando la Navidad, también los exámenes trimestrales y como no las vacaciones y por consiguiente la vuelta al pueblo, y claro tus endorfinas internas (no sabía lo que significaba en aquellas fechas, ni ahora casi tampoco, debe ser un término médico que consiste un estado de ánimo, por ejemplo felicidad), te llegaban a experimentar un cambio profundo en tu optimismo y por lo general estabas contento

todo el día y tu vida te sonreía, aunque no te podías descuidar ni un momento y sacar todo el tiempo posible para estudiar.

Cada día que pasaba era un eslabón que quitabas de las cadenas que te impedían tu libertad, porque nuestra libertad no era real, aunque tuviéramos grandes campos y grandes extensiones de terreno para nuestro disfrute, pero una libertad irreal completamente, no nos daba tiempo casi para usarla, solo tenías tiempo para estudiar y más estudiar, y casi no pensar en otra cosa y hasta había muchas veces que ni los domingos podías perderte por Sevilla, tus obligaciones lectivas no te lo aconsejaban, joder que “buenos” y “disciplinados” éramos antes, mucho más que ahora, eso por supuesto, en que uno es un “rebelde” completo.

La tarde-noche que oímos el primer villancico que pusieron los curas en los altavoces que se oían en todo el colegio, un calambrazo de felicidad, te corría tu espina dorsal, en ese momento comprendías que la Navidad estaba ahí ya junto a ti, a tu vera, y te sentabas en cualquier lugar, aislándote tu solo y disfrutando del momento, ese momento que solo nosotros sabemos y que también te transportaba a otros lugares.

. A otro día el Colegio también aparecía cubierto de motivos navideños y todo cambiaba de imagen repentinamente, y le daba un tono navideño que a mí nunca se me olvidará.

Yo creo que todos los que estuvimos estudiando en las Universidades Laborales, realizamos más exámenes que nadie de España, hicimos cientos y cientos, en toda nuestra estancia, tantas asignaturas multiplicadas por tantos meses de curso y por tantos años, total una barbaridad de malos ratos, que gracias a Dios la mayoría de las veces, cuando aprobabas y pasabas el mal trago, era una alegría, que la disfrutabas al máximo, como nadie y siempre con la alegría de tus compañeros de aula, que los sentías como tus hermanos.

Los días de los exámenes, ya los teníamos encima, joder con lo feliz que debías sentirte sin tener que realizar esos jodidos exámenes, sería solo cuestión de dejar pasar los días y agarrar tu maleta y adiós muy buenas, pero no, habría que pasar esos momentos, en que las horas del estudio final, del repaso de todo lo estudiado en el trimestre, de observar las caras de los profesores en esos momentos, en que dejaban caer sus preguntas, sus temas y sus problemas y tú con una cara de “cordero degollao”, allí estabas expuesto a todo lo que te quisieran dejar caer. En fin ese era nuestro sino, que se le iba hacer.

Y lo que te parece imposible pasa, y los exámenes pasaron, y yo recuerdo que no pasaron mal, la única nota que pensé que podía tener problema era el Dibujo, aunque tenía fundadas esperanzas que un cinco podía cosechar, ya que las últimas láminas as iba aprobando raspadas y eso ya era un triunfo, además el examen teórico no me había salido mal, bueno ya no me quería martirizarme más, en mi pueblo y estando de vacaciones, recibiría las notas y ya me enteraría, a partir de ese momento ya solo quería disfrutar del tiempo que se me avecinaba.

Como todo llega, también llegó la tarde que nos encaminamos con nuestras maletas por el pasillo central, a coger los autobuses, unos para su pueblo y otros a Sevilla a tomar el tren especial, y aunque era una pesadez de viaje, toda la noche oyendo el traqueteo monótono y cansado, con múltiples chillidos del tren, pero que nos parecía música celestial.

En un sentido aéreo, aterrizamos en Aranjuez, allí bajamos los cuatro de Cuenca, ya experimentados en estas lides y con nuestra mente joven solo pensando en llegar a la

ciudad mas bonita de España (esto es un piropo que me he marcado yo, que nadie se enfade), nuestro destino y disfrutar del tiempo libre, que lo teníamos bien merecido, y sobre todo ser libre durante unos días y hacer lo que quisieras sin depender de toques de sirenas y órdenes y mas órdenes de profesores y de educadores y siempre con la guadaña orilla de tu pescuezo.

Que alegría, ya estábamos en Cuenca y cientos mas como yo llegando ya a su destinos a toda España, y algunos tambiénmas aun de viaje. Pero sin duda merecía la pena, y también recordarlo ahora con cariño.

80

Me despedí de todos mis compañeros de viaje y les desee unos felices días y que allí en el mismo sitio, nos encontraríamos unos días después, ese era el problema, nuestra felicidad incompleta.

Yo seguí el viaje en el mismo tren, eran unos 40 km. mas, pero mi persona viajaba flotando en un halo de felicidad, otra vez cerca de mi pueblo, de mi familia a la que tenía mucha gana de verla, de estar con ella, que me contaran muchas cosas. En fin de disfrutar de los momentos buenos que me esperaban, en los días de Nochebuena y Nochevieja, en el que esas noches tan familiares, el pueblo se introducía en unas fiestas y en unas tradiciones muy entrañables, donde la juerga y la fiesta se imponía. .

En este momento del relato, me he acordado de lo siguiente: Al principio del curso nos fue entregada una prenda que consistía en una especie de jersey de color marrón, con una cremallera en el centro y la parte delantera con una especie de tejido que asemejaba a piel, y que le llamábamos “skay” y que en la Uni lo usábamos mucho, a mi particularmente me gustaba ponérmelo a todas horas. En ese viaje de regreso al pueblo lo llevaba a puesto y yo me sentía muy chulo con el, y así me presente en la estación agarrado a mi maleta y fardando con esa prenda.

Alí me esperaban toda mi familia, serían las tres de la tarde, todos me abrazaron y yo los abracé, ya estaba allí nuevamente y aunque hacía bastante frío, que anunciaba una cercana nieve, yo no lo sentía nada, solo me sentía feliz y mi familia también de tenerme a mi lado, aunque fuera solo por unos días, y esos momento había que degustarlos.

Observé a mi madre ya muy gordita, pues no quedaba mucho tiempo para ser nuevamente mamá, mas tarde me dijo que para mitad de febrero, si no se equivocaban en las cuentas, y mi padre también se encontraba muy contento por ser nuevamente padre dentro de pocas fechas y rezando, aunque puedo dar fe que él no rezaba nunca, y anhelando que fuera una chica, la nueva integrante de la familia, en fin ya no quedaba mucho para saberlo, pero yo volvería a Sevilla igual que vine sin saber nada

Mis hermanos, sobre todo el pequeño, por el camino de la estación a nuestra casa, me preguntó si le llevaba chokolatinas, le respondí que si y se puso tan contento, aunque a mí mi trabajo me había costado, ya que eso me había implicado el haberme comido el pan solo muchas tardes, pero había merecido la pena con ver la cara de felicidad de mi hermano y además le llevaba muchos cromos.

Cuando llegamos a la casa, y como fuera hacía un frío de los inviernos de antes, agradecí y agradecimos el calor que se respiraba en la misma, ya que mi padre había dejado en la cocina comedor, la estufa llena de leña, aprovisionada con unos troncos

grandes de carrasca, y que daba a la estancia un calorcito que parecía que estábamos en la gloria.

Aunque la tarde, se presentaba como una “tarde de perros” como vulgarmente se dice, no me achanté por ello, quise perderme por las calles del pueblo, “tó” chulo con mi skay marrón, y aun ví a casi a todos mis amigos, también alguna amiga, y que también pude observar que las miraba ya de otra manera, y también miraba de otra manera a alguna que antes ni les había hecho caso, (algo se movía en mis adentros, que antes no había experimentado), y yo seguía tan chulo con mi prenda marrón.

Pero yo en esos momentos solo quería disfrutar de mi recuperada libertad, de hacer lo que yo quisiera, que nadie mandara en mí, y así fui feliz esos días.

Pasamos en familia la Nochebuena y la Nochevieja brindado con sidra el Gaitero, la noche del 24 y la llegada del año nuevo 1.967, y degustando los rosquillos que mi madre había hecho y llevado a uno de los hornos del pueblo para cocerlos.

Como me acuerdo de aquellos momentos con mi familia, como si los estuviera viviendo ahora mismo, que ratos más agradables junto a la estufa de leña y con los alimentos de que disponíamos en esos momentos.

Más tarde me perdía por las calles y los bares y tabernas de la calle principal que se llamaba y se llama en la actualidad D. Cruz, porque la inmensa mayoría del pueblo salía a disfrutar de la música, de los cantares, de los villancicos y de las bromas de la gente joven, sobre todo de uno apodado “El Micho”.

Noches fantásticas, a pesar del frío intenso y que presagiaba nieve, como así fue.

81

Creo que fue sobre el día 2 o 3 del nuevo año, pero una mañana al despertarme y mirar por la ventana, observé que había caído una gran nevada, estaba todo cubierto por una gran capa, en los tejados y en las calles había por lo menos unos quince cm. y el cielo estaba muy blanco, como queriendo nevar mas. Antes en esos años nevaba mucho más que ahora, en la actualidad y con suerte caen cinco cm. y ya no esperes más. En fin los tiempos van cambiando y el cambio climático se nos echa encima con pasos agigantados.

Bueno a mi eso no me amilanaba, me fui a pisar nieve, a recorrer el pueblo, a subir a lo mas alto que era donde estaba la iglesia parroquial denominada Santo Domingo de Silos y contemplar desde allí toda la contornada y observar un paisaje blanquísimo, como de cuento. Luego más tarde me junté con algunos amigos que por allí se encontraban y organizamos una batalla de bolas de nieve, hasta que no pudimos hacer más bolas, porque teníamos las manos congeladas del todo.

En esas fechas, el cuerpo mío, sobre todo mi cabeza no hacía más que pensar en la pronta llegada de las notas y aunque estaba relativamente tranquilo por el resultado, dentro de mí notaba un nerviosismo que se iba incrementando conforme habían ido pasando los días.

En el pueblo, el correo diario se hacía por la tarde y yo me sentaba en la puerta de mi casa, a esperar la llegada del cartero cuando lo hacía por esa calle. Al segundo día unos momentos antes de pasar por donde yo estaba, abrió la cartera de cuero color marrón y observé desde lejos que sacaba un sobre de color azul, en ese momento un

pequeño escalofrío recorrió mi espina dorsal, no lo pude evitar, aunque ya digo estaba relativamente tranquilo.

Le dí las gracias al Sr. Angel, que así se llamaba el cartero y observé el sobre azul membreado, y con las manos algo temblorosas, rasgué el citado sobre y apareció en mis manos la cartulina con las notas del resultado de tres meses de curso. Pasé mi vista rápida sobre todas al mismo tiempo y pude observar que no existía ningún suspenso y eso me relajó ya bastante. Ya más tranquilo, fui viendo una por una y comprendí que eran bastante buenas. No, no había estado mal, en Dibujo tenía un 5 y esa calificación con el Aradillas significaba un triunfo y eso que era la nota más baja de todas, en Tecnología tenía un 7, y tampoco estaba tan mal ya que Sr. Cota era muy exigente en la forma de cómo quería que estudiáramos. En Matemáticas tuve un 6 que me satisfizo. En todas las demás hubo siete y ochos y creo que un nueve en religión. Además las calificaciones puestas por los curas en lo que se refería a la conducta de mi persona, era las normales una B de buena.

Como es natural me puse muy contento, y ardía en ganas de que regresara mi padre del trabajo, para comunicarle la enhorabuena.

Mi padre (capataz de Obras Públicas, destinado en el pueblo), había estado todo el día fuera, no muy lejos del pueblo y con los peones, esparciendo sal en las carreteras que salían de la localidad para fundir la gran cantidad de nieve que había en las mismas.

Cuando regresó del trabajo le dí en la puerta del domicilio el sobre azul y leyó inmediatamente las calificaciones y observé como esbozó una sonrisa que delató la gran alegría que eso le produjo. Ya no me dijo nada mas, no hacía falta, yo sabía que en esos momentos se encontraba muy feliz. Solo una cosa me dijo, que lo esperara que iba a lavarse.

¿Por qué quería que yo lo esperase?, no supe adivinarlo en ese momento, aunque muy pronto lo sabría.

Mi padre salió de la casa, como todos los días en dirección al bar, a refrescarse, tomándose diariamente una cervecita, y mirándome me dijo, Vicente vámonos, hay que celebrarlo, yo del todo sorprendido, porque nunca me lo había dicho, me llevé por supuesto una gran alegría, porque allí en el pueblo y en esos años, a los chicos de mi edad no les servían bebidas alcohólicas en el bar, ese detalle se lo hice saber, y él me respondió que ese día a mi me servirían lo que yo quisiera, como así fue y el del bar no dijo nada, yo creo que se lo supuso. A mi la cañita me supo a gloria, la tapa de berberechos en vinagre yo creo que mas aun, pero lo que mejor me supo fue estar allí orilla de mi padre disfrutando de ese momento mágico.

Esa tarde, yo sin duda era el rey del mundo

82

El tiempo se me había ido de las manos, se me estaba escapando como si fuera una anguila aceitosa, ya no me quedaba tiempo para nada, se había pasado rápido, muy rápido y aparecía ante mí nuevamente otro periodo de tiempo que yo no quería ni pensar, eran casi seis meses otra vez fuera de casa, como si fuera un destierro, allá a los pies de Andalucía, allá en que habría que exprimir los libros hasta que su jugo empapara mi virgen cerebro. Maldita sea, que largo se me iba a hacer el tiempo, máxime cuando nacería un hermano o hermana y no llegaría a conocerlo o conocerla hasta que terminara el curso, no podía hacer nada eran las circunstancias del destino.

Cuando acompañé a mis padres y hermanos a la coqueta estación de renfe de mi pueblo, aun había nieve en todos los alrededores, y yo asido a mi maleta o la maleta asida a mi, pude contemplar otra vez mi pueblo que se quedaba incrustado en la ladera y cubierto con una sábana de color nieve, dentro de un largo tiempo lo volvería a ver ardiendo bajo un sol de justicia, que gana tenía que llegara el verano y casi había empezado como aquel que dice el invierno.

Me despedí de todos y cada abrazo y beso que daba, era como una cuchillada traperera que me atravesaba el alma. El último beso fue para mi madre, que se le caían lágrimas como puños, ya que sabía que yo no podía estar cuando diera a luz, pero bueno todo pasaría y felizmente como yo le decía al oído y también le dije que no se preocupara que sin duda iba a ser una chica, contestándome mi madre, a ver si era verdad.

El tren se alejó con la misma música de siempre, con esos ruidos característicos de fricción de aceros negros y dejando en el aire vapores y humos de agua y carbón, además de vapor de agua de una pequeñas lágrimas mías que nadie vio, pero que sin duda existieron. Mientras el tren siguió su camino y mi familia volvió despacio y cansinamente al pueblo que me despedía girando las ventanas por donde el tren se hacía cada vez más pequeño.

Me quedé esa noche en la casa de mi tía en Cuenca y a la mañana siguiente y muy temprano ya estábamos todos los laborales de Sevilla, en la estación de Cuenca, como no acompañados de sus familiares, yo ya había pasado los malos ratos de la despedida, ahora les tocaba a ellos, ley de vida.

Acompañados del pesado traqueteo del tren, llegamos nuevamente a la gran estación de Aranjuez, que no hacían mas que salir y llegar nuevos trenes, allí ya se encontraban muchos alumnos que también esperaban lo mismo que nosotros, el destierro.

Por la noche llegamos a Sevilla, joder que largo se me había hecho el viaje, que tedioso, mañana ya estaríamos otra vez en el aula, con nuevas lecciones, nuevos aprendizajes y muchas órdenes nuevas de los curas que algunas veces se hacían muy pesados.

De todas formas, esa noche y viajando de la estación de San Bernardo a la "Uni", todo se nos hacía cuesta arriba, ¿porqué teníamos que sufrir tanto?, todos esos jóvenes como yo, que con toda seguridad y agarrados a su maleta iban pensando lo mismo que yo.

Llegados al Centro universitario, la luna y la torre nos dieron la bienvenida nuevamente, y con un andar cansino nos fuimos cada mochuelo a su olivo, y el tramo de pasillo central parecía un ejército de soldados que habían perdido la guerra e iban al campo de concentración.

Mañana sería otro día, como así lo anunciaban las estrellas, el sol que brillaría sin duda, cargaría nuestras pilas y seríamos hombres nuevos, dispuestos a la lucha diaria, y con un optimismo a prueba de bombas que nos ayudaría a sobrellevar los difíciles momentos que habría que pasar nuevamente en el internado.

Pero mientras subíamos a los dormitorios aun no habíamos visto la luz al final del túnel, la veríamos con toda seguridad, cuando el agudo y amargo canto de la sirena nos volviera a la cruda realidad.

Automáticamente y con andares cansinos, la toalla colgada al hombro y los útiles de limpieza, nos fuimos dirigiendo a los amplios lavabos, algunos hasta mirábamos por las grandes ventanas, buscando en el horizonte el lugar por donde debía estar el pueblo, y solo veíamos aulas y más aulas que nos esperaban con ganas, porque no les gustaba estar solas, les apetecía estar con la juventud que poblara sus espacios.

Cuando nos juntamos todos en el aula, eran todo charlas y alguna voz desentonada, todos queriendo hacer oír a los demás sus aventuras, como me acuerdo ahora mismo de ello, que momentos tan mágicos aquellos, en los que todos componíamos una gran familia y las venturas y desventuras de todos eran celebradas y sufridas por todos.

Esa primera mañana de clases del año, se me hizo más larga que un “día sin pan”, estaba harto de clases, mientras el profesor habla que te habla, mi pensamiento volaba muy lejos de allí, no prestaba apenas atención a la explicación, ese día me lo tomé a “la bartola”, mañana sería a otro día y entonces me pondría las pilas.

Allí no había cambiado nada, los curas a sus misas, a sus consejos y a sus sermones, los profesores a sus clases y nosotros como autómatas de un sitio a otro, ese era nuestro sino y los días uno igual al anterior, no sucedía nada extraordinario, solo a estudiar y que fueran pasando los días y que lo hicieran rápido, sin pensar que esos días más tarde pasados los años, los echaríamos de menos.

Cuando llegó el domingo, necesitaba cambiar de aires, por eso y en compañía de algún o algunos de mi clase, nos escapamos (legalmente claro) a Sevilla, necesitábamos perder de vista todo el entorno universitario por unas horas, la ciudad del río Guadalquivir tenía mucho que ver, muchos rincones nuevos que encontrarte como por arte de magia y algún bocadillo de calamares fritos, que ya habíamos encontrado el sitio en otras salidas.

El caso era combatir la monotonía, luchar contra ella, respirar los aires nuevos con olor a ciudad, a jardines, a río y al aroma de colonia de mamá que las niñas de la ciudad iban dejando tras su estela y que nosotros seguíamos guiados por nuestro olfato y también porque estábamos ávidos de la belleza de las sevillanitas que salían a airearse y pasearse por la calle Sierpes y por la Plaza de España y nosotros sin cansarnos de mirarlas, para mí esas mañanas tenían un encanto muy especial y no el de hacer y hacer láminas toda la mañana, para que luego viniera el Aradillas a jodérselas, poniéndonos un cuatro en la misma, encima de no haber salido a darte un paseo y estar dibujando lo mejor que sabías, que injusta es la vida en la mayoría de los casos.

Pues así iban transcurriendo semana tras semana, y ya estábamos casi terminando el mes, con la fiesta de San Juan Bosco muy cerca, los exámenes también y los campeonatos de fútbol y otros deportes y juegos de salón, y yo apuntándome a todos los que podía, aunque mis resultados no serían nada prometedores, doy fe.

Febrero ya estaba muy cerca, era el mes en el que si Dios quería aumentaría mi familia y yo le llevaría casi dieciséis años de diferencia, mucho tiempo ¿no?, pero así estaba escrito, claro mis padres no querían quedarse sin una hija, pero el resultado estaba aun por verse, jugaban al cincuenta por ciento.

A mitad de Febrero sabríamos el resultado, a mi los días se me estaban ya haciendo meses, y solo me podría enterar por carta, en fin había que tener paciencia, aunque los que allí morábamos, teníamos toneladas de paciencia, también doy fé.

84

Los primeros exámenes parciales del año ya habían pasado, y yo feliz por esa circunstancia, aunque antes de empezar el curso yo lo miraba de la misma forma que el torero al toro cuando sale del toril, con infinidad de respeto y algo o mas que algo de miedo, la verdad es que lo iba toreando aceptablemente, mucho mejor de lo que yo me pensaba, salvo alguna cornada del morlaco (con perdón), Sr. Aradillas, que en la lámina que menos te pensabas te daba un revolcón, con los ratos y ratos de estudio por culpa de Sr. Cota y también muchas horas empleadas en dominar las ecuaciones, ecuaciones de 2º grado y otras matracas mas, el asunto no marchaba mal, creo que cada mes que iba pasando me iba afianzando mas en mis posibilidades y llevaba una progresión en lo que se refería a las notas bastante optimista.

Pasó como pasa todo, la fiesta de San Juan Bosco que fue calcada a la del año anterior, no podía ser de otra forma, gran misa general en un gimnasio, grandes cantos, grandes homilias con la vida del Santo, que ya te la sabías de memoria, también con una proyección con una superproducción de alguna película famosa, tipo “Sonrisas y lágrimas”, “Mary Poppins”, etc. y sobre todo gran comida, a la que yo me preparaba a este último acto, con todas mis fuerzas, mis ganas y mi buen apetito, y de la que salía satisfecho, ya que no paraba hasta que llenaba todos los huecos de mi cuerpo.

Febrero el corto, ya lo estábamos respirando, sin querer ya casi llevábamos la mitad del curso y la primavera se acercaba, y yo con mis pensamientos en la llegada inminente de “otro hermano o una hermana”, a mi la verdad se me daba igual, pero rezaba para que fuera del género femenino, ya que tanto mi madre como mi padre, deseaban de todo corazón que fuera una chica, en fin ya debería quedar poco.

Conforme se iba acercando el día 15, mi estado de nervios, siempre un poco agitado, porque yo era muy nervioso y eso no lo podía evitar, fue aumentando a toda velocidad, y a partir de ese día, ya no era dueño de si mismo. Mis compañeros de aula, seguían el desenlace de la historia también con algo de nervios, porque yo no hacía más que hablar de lo mismo. Todos los mediodías, cuando íbamos al comedor a proceder al almuerzo, un nudo se me hacía en el estómago a leer el manojito de cartas el cura de turno, y los de mi clase también estaban pendientes de mi y si llegaba por si llegaba la carta esperada. Esa situación diaria me iba a matar seguro, yo no podría soportar tanta tensión diaria, (hoy todo se habría resuelto con un whatsapp, pero eran otros tiempos),

Al fin llegó el día, yo no me acuerdo del día que fue pero seguro que el día 20 o 21, yo era ya un manojito de nervios, no sabía absolutamente nada de nada, y cuando el cura dijo “Vicente Angulo del Rey”, atropelladamente porque seguro que tropecé antes de llegar a la silla en la que estaba de pie el cura, con varias sillas de aquellas que había de patas finas, también me acuerdo que me temblaban las manos cuando recogí el sobre y me dirigí a mi mesa y procedí a abrir el sobre, con un tembleque en los dedos que casi me deja abrirlo. Inmediatamente di un grito de júbilo, “tenía una hermana”, todo había salido muy bien, había nacido el día 17 en Cuenca, mi padre me contaba que era rubia

de ojos azules, y que estaba toda la familia muy contenta y que habían pensado ponerle Maria Lourdes, mis padres mucho mas por supuesto, tanto tiempo esperando esa buena nueva.

Mis compañeros de aula lo celebraron conmigo, y mi pensamiento desde entonces no era mas que la gana que yo tenía en que acabara el curso para ir a conocerla, y anda que no quedaba nada para ello, en fin sé que se me haría pesado a partir de entonces, máxime cuando no tuve ninguna foto donde la viera y la llevara en mi cartera, debió ser porque en mi pueblo no había fotógrafo.

En la actualidad mi hermana tiene casi 50 años, como pasa el tiempo Dios mío.

85

Por las mañanas y cuando teníamos clase de gimnasia daba gusto ver los campos de deportes, porque claro al mismo tiempo que nosotros había otras cuatro clases de gimnasia, haciendo lo mismo y así durante toda la mañana, para cumplir el horario semanal asignado al principio de curso en toda la Uni. Y digo que daba gusto porque ese año el chandall que nos habían entregado con el vestuario a cada uno, era de color rojo, con la inscripción en la espalda de “Universidad Laboral”, habiendo omitido esta vez lo de “Sevilla”, pero daba a los campos de deportes un colorido sin igual, un montón de jóvenes al mismo tiempo haciendo gimnasia, saltando los aparatos gimnásticos por otro sitio, realizando pruebas de atletismo, corriendo, etc., proveía al recinto universitario de muchísima alegría y animación en esas mañanas lectivas al cien por cien.

Creo que por esas fechas de Febrero, tuvimos que realizar nuevamente los Ejercicios Espirituales de ese curso, aunque eran un poco pesados y empleábamos mucho tiempo en ello a cabo del día, como nos decían machaconamente los curas “había que ponerse bien con Dios”, yo tengo que decir que a mi me parecía y a mi poco entender en esos tiempos, que a mi no me hacía falta ponerme a bien con el Ser Superior, yo pensaba y lo tenía muy claro que con mi edad y conociéndome yo mejor que nadie, claro está, no tenía que avergonzarme de nadie por cometer alguna mala acción, yo no podía tener ningún pecado, yo no robaba a nadie, hacía lo que tenía que hacer en el estudio y en mi comportamiento, yo no blasfemaba, y ayudaba en lo que podía a los compañeros, como ellos me ayudaban a mi, entonces que pecado podía tener, y contra el sexto mandamiento, yo nunca lo consideré pecado, no hacía mala nadie, al contrario me hacía bien a mi mismo.

Eran dos o tres días, y ya digo aunque pesados, no nos venían mal, muchas charlas, muchas homilías, pero bueno, la mayoría de las veces, estabas pensando en las musarañas, yo en esos momentos en mi hermana María Lourdes, nacida hacía escasos días.

Una noche se organizó un Vía Crucis en el que participó todo el Colegio, y para lo cual, no sé de donde sacaron una cruz inmensa de madera, hecha con dos troncos largos de pino o de eucalipto, no lo sé ahora precisar y que llevamos cogida con los brazos abiertos encima de nosotros. La verdad que resultó muy bonito, con la luz muy intensa de una luna llena que alumbraba todo el recinto de la Uni, con el acompañamiento de rezos y cantos religiosos. En fin recuerdos que se te quedan en tu

cabeza en aquel tiempo con huecos inmensos para acumular esos recuerdos y que ahora te cuesta asimilarlos y con alguno que ya vagan por el éter, sin saber donde estarán.

Los curas que venían de otros sitios o algún seglar, que nos contaba alguna experiencia suya, nos regalaban estampas mas bien de la Virgen de María Auxiliadora y de San Juan Bosco y que nosotros hacíamos colección y guardábamos como oro en paño.

Pero para mí, sin duda, lo mejor de los Ejercicios era la comida que un día nos obsequiaba la Uni, ese día si que le sacaba provecho yo a los Ejercicios, la mañana se me hacía muy larga y no hacía mas que pensar en las escaleras que subían a comedor.

Pasados ya los años, los muchos años transcurridos, recuerdo con emoción todos esos momentos, que aunque pesados los degusto con fruición, igual que degustaba la comida especial.

86

Una vez pasados los exámenes correspondientes al mes de Febrero, entrábamos en el mes de Marzo, mes de las vacaciones de Semana Santa, claro que para mí como si no las hubieran, me quedaría en la Uni a ver pasar los días cansinamente, haciendo el vago a mas no poder, entonces si que los días se pasaban despacio, ya no se yo que prefería si estar de vacaciones o no, yo hubiera preferido marchar a Cuenca a conocer a mi hermana, pero no fue así, la economía en mi casa no debía ser muy boyante que digamos en ese tiempo, en fin había que tener paciencia y en mi caso mucho mas.

El año pasado y con motivo de la reunión anual que todos los años hacemos los de mi aula y que precisamente fue en Sevilla, donde celebramos el cincuenta aniversario de nuestro ingreso en la Universidad Laboral, me enteré por el compañero Juan José Mendiola, que él todos los años se fue y regresó de vacaciones de Semana Santa y como no pagaban el viaje se desplazaba en auto-stop, y encima bastante lejos, no podía ser mas lejos ya que era al País Vasco, pues eso a mi me dio que pensar, que yo había podido hacer lo mismo, pero no me enteré de eso y si me enteré, no le prestaría mucha atención, ya que había que ser valiente para eso, y yo me parece que en aquellas fechas, mi valentía virtual y la real no era la mas adecuada, además no sabía como se lo tomaría mi padre, posiblemente y con toda seguridad muy mal.

El caso es que llegó el día que muchísimos alumnos cogieron sus respectivas maletas y en dirección pasillo arriba, llegaron a la plaza central y cogieron los autobuses de la Uni para dirigirse a Sevilla y luego tomar rumbo a sus destinos, y algunos de nosotros allí nos quedamos con cara de tontos y con otra de envidia por los que se habían ido y yo con esas dos caras y la de no poder conocer aun a mi hermana, en fin había lo que había y no había mas que hablar, y mi hermana ya tenía un mes y yo sin conocerla.

Antes de llegar Semana Santa, un domingo salí a Sevilla solo y me dirigí a la casa de los amigos de mis padres José y Carmela, me fui andando a su dirección, no muy lejos del estadio Sánchez Pizjuan, concretamente en la Avda. de El Greco, casi contigua a la fábrica de cerveza Cruz Campo y allí me presenté y su alegría fue inmensa, estuve un rato con ellos y les comenté el feliz nacimiento de mi hermana, como les dije que no iba a desplazarme a conocerla hasta final de curso, me invitaron a

pasar unos días en su casa en Semana Santa y acepté solo tres días, yo no quería ser una carga.

Y así fue, el Jueves Santo pedí permiso al cura encargado del colegio y me desplazé a pasar esos días en casa de Carmela y José, así que ese corto tiempo ví muchas procesiones, mucho tiempo de pié derecho esperando verla pasar, mucha gente, mucha devoción o eso parecía, mucho lujo, pero yo agradeciéndoles de todo corazón todo las atenciones hacía mí, mi pensamiento estaba con mi familia y sobre todo con mi hermana.

El sábado Santo me marché nuevamente a la “Laboral”, y aproveché esos días antes de empezar las clases nuevamente, a estudiar ya que inmediatamente teníamos los exámenes correspondientes al mes de Marzo y como no había mal que por bien no viniera, me sirvió mucho el haber estudiado esos días.

Como dice Juan Manuel Serrat, “todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar”, pues sí, ya estábamos en el aula todos otra vez, los que llegaban, con cara de nostalgia, y los que nos quedamos con la “cara de tontos”, que aun no nos había desaparecido aún, y con la carga que los primeros exámenes ya estaban esperando para el día siguiente.

Menos mal que algunos, los de la cara de tonto, habíamos estudiado esos días, por eso esa cara se nos fue de nuestro rostro muy pronto, algo había quedado a nuestro favor.

Nuevamente en la Uni, a pasar el último bloque del largo curso 1966-67, que largos y monótonos se hacían nuestros días allí, no pasaba nada nuevo, pero nuestra juventud iba perdiendo pétalos cada día, sin duda alguna.

87

Nuestra vida en la Universidad Laboral de Sevilla, siempre estaba en función de las fechas próximas, cuando no eran las de los futuros exámenes, era la de las fiestas patronales y si no la de las próximas vacaciones, siempre nuestro pequeño corazón se mantenía en vilo a la espera de futuros acontecimientos, había que estudiar el próximo examen, había que hacer aquella complicada lámina y encima hacerla muy bien y sin fallos, en fin todo era un sin vivir y encima el que mas y el que menos sorteando obstáculos de la mejor forma posible, y cuando llegaba la hora de la comida y la cena ya sabíamos lo que nos tocaba, o las judías con su sabor característico o los garbanzos (trompitos salesianos), que a mitad del curso estaba ya uno hasta cierto sitio de ello, pero en fin lo bueno no era hacerle ascos a nada, en eso yo era un especialista y en aquellos tiempos era importante, pero que decir tiene que me acordaba de las comidas que me hacía mi madre, sobre todo las de plato y de las tortillas que hacía.

En esas fechas, a mi cada vez me gustaba mas practicar deporte, muchas tardes cuando no teníamos previsto partido de fútbol o balonmano, me ponía mi camiseta roja y mi calzón azul y me marchaba a la zona de saltos de atletismo y me entretenía saltando en los fosos destinado al salto de longitud y triple salto, ya que me gustaba saltar y superarme en ello. Yo era y soy de una estatura mediana, y los saltadores deberían tener las piernas estilizadas y más bien largas, yo no cumplía esos requisitos, pero tenía mucha elasticidad y sobre todo mucho fuerza en el salto. Una tarde y estando entretenido en esos menesteres, pasó por allí, el Profesor del Departamento de Educación Física D. Paulino González y que yo no me explico que hacía en la Uni por

la tarde y se dirigió a mi, yo me acerqué y me preguntó que a colegio pertenecía, yo le dije que al Colegio Miguel de Mañara, indicándome que me tenía que presentarme a él, ya que le gustaba como yo saltaba, que quería verme saltar otra vez y hacer mediciones de ello, yo le contesté medio acojonado, que no me parecía buena la idea, que no quería perder tiempo de estudio y que no servía para ello, que no tenía la estatura necesaria, porque yo sabía que todos los que estaban en las selecciones perdían mucho tiempo para el estudio y eso a mi no me convencía, otra gallo habría cantado si hubiera sido el fútbol. En fin a duras penas le convencí, pero pasé un mal trago. Lo cierto es que fue la última vez que fui a saltar por si las moscas. Pero si es verdad que si llego a tener diez cm. mas no me habría salvado ni mi Angel de la Guarda.

Pero si es cierto, que yo tenía mucha agilidad y elasticidad y hasta el salto de altura al estilo de “tijereta” se me daba muy bien y hasta el Profesor que creo que tuvimos todos los años “El Blume”, se fijaba en mí diciéndome que ojalá creciera unos cuantos centímetros más. En la mili gané el trofeo “Santa Bárbara” en las especialidad de salto de altura de el cuartel donde estaba, y aun conservo el mismo.

La verdad es que yo era un enamorado del deporte y lo sigo siendo, aunque la práctica del mismo a estas alturas de la vida he tenido que ir dejándolo por etapas, primero fue el fútbol, luego fue el ciclismo, dedicándome en la actualidad a hacer senderismo y cuando no caminar y hacerme una media de diez km. cada día, pero siempre he dicho que mi afición al deporte la alimenté en las magníficas instalaciones que poseía la Laboral de Sevilla y que tuve y tuvimos los que por suerte pasamos nuestra juventud en ese sitio.

El mes de Abril nos abrió las puertas y nos deleitó con los colores de la primavera, y con olores de los cuidados jardines que existían en todos los colegios, con sus aromas a azahar de aquellos naranjos que yo no había visto en mi vida y otros árboles y plantas que poblaban, y con un buen tiempo y a veces también con una forma de llover rabiosa que parecía que se acercaba el diluvio universal, pero cuando el sol se asentaba, la luminosidad irradiaba el recinto universitario y aquello era el edén.

Luego a luego ya estaríamos acariciando el fin de curso y eso es lo que mas deseaba en esos momentos.

88

En las cartas que me dirigía mi familia me hacía saber que mi hermana se criaba muy bien y que su pelo era cada vez más rubio y que se portaba muy bien y que estaban muy contentos, sobre todo mi padre que estaba como loco ya que había deseado una niña desde la llegada de mi tercer hermano.

Y yo allí encerrado en aquel lugar, si hubiera podido hasta corriendo me habría ido a conocerla y hubiera vuelto en el mismo día, pero aunque corría mucho y tenía mucha resistencia, era una quimera, pero a mi los días se me hacían muy largos, yo diría que eternos, menos mal que el curso se me estaba dando muy bien, mis notas cada vez eran mejores, así que yo me encontraba muy contento, claro que no bajaba la guardia y no descuidaba el estudio.

De cuando en cuando y siempre por la tarde claro, pasaba algún cura por las aulas en tiempo de estudio y echaban un vistazo a las cabezas de los presentes e inmediatamente al que llevaba el pelo un poco en fuera de juego de lo que estaba estipulado, lo mandaba a la peluquería a descargarse, y ya podías en tu descargo

ponerte como quisieras, no te valía nada, a callar y obedecer y a que te metiera la maquinilla el peluquero hasta el cocote, y claro el resultado era tu cabeza con menos pelo que una bombilla. Por si alguien no lo recuerda, que eso va a ser imposible, estaba situada al comienzo del pasillo central a mano izquierda.

Me seguía gustando el sonido de la sirena, su chillo estruendoso lo echaba de menos, aunque nunca se equivocaba, sonaba siempre a su hora, nos indicaba con toda exactitud el comienzo y el final de cada acto del día, estábamos totalmente programados, nadie podía despistarse y decir que no se había enterado, allí no valía eso, no hace mucho me enteré que no era automáticamente como funcionaba, sino que era manualmente y había una persona encargada para ello y creo que era uno de nosotros, un alumno.

El mes de Mayo, el mes de María había llegado, ya en plena primavera, con una temperatura maravillosa y también con un calor de justicia en las horas centrales del día, con los días muy largos, lo bueno era que no te tenías que levantar siendo aun de noche, y lo malo que había que marcharse al dormitorio siendo casi aun de día. Eso creo yo que no estaba muy bien pensado, pero nadie le puso solución así fue todos los años igual, en fin había que respetar la disciplina, no quedaba otra.

Me viene al recuerdo en este momento y antes que lo olvide lo voy a recordar en estas historias, los sábados por la tarde, veíamos la televisión en un cuarto apropiado para ello donde estaba colocadas muchas sillas de madera y una televisión en blanco y negro colocada en un pedestal y nosotros los alumnos del colegio, los que lo deseábamos visionábamos los programas que nos gustaban, alguna película del oeste, y sobre todo un programa llamado “Cesta y Puntos”, presentado por Daniel Vindel, en el cual, participaban colegios de bachillerato a nivel nacional, cada sábado dos equipos) con una selección de alumnos, a los que se les hacían preguntas relacionadas a los cursos que estudiaban y cuando la acertaban, se veía un balón de baloncesto metiéndose en una canasta y a continuación un tablero con los puntos que llevaba en total cada equipo. Recuerdo que el programa tenía bastante aceptación entre nosotros y lo seguíamos con interés.

Ahora mismo en mi pensamiento lo estoy visionando, con una claridad y nitidez como si fuera hubiera ido ayer y un rayo de nostalgia cargado de luz estremece mi cuerpo y me colma de dicha.

89

Sin duda que el mes de Mayo era el mejor mes del curso, bueno para mí por lo menos era así, en ese mes se hacían muchas actividades deportivas y de otra índole tales como musicales, teatrales, etc. estás últimas en la plaza central, y que recuerdo con mucho cariño, por otra parte me gustaba el mes porque era el de la víspera de las vacaciones, en resumidas cuentas era mi mes preferido y en lo que se refería a los estudios, lo que no hubieras hecho para sacar el curso adelante, difícilmente lo podrías hacer en lo que quedaba.

Yo en lo que se refería a mí, me encontraba muy tranquilo, aunque no me confiaba nada, seguía mi ritmo y no me iba nada mal, las calificaciones me iban cada mes mejor, sacando ya algún que otro sobresaliente y varios notables y eso me

reconfortaba, en estar mas tranquilo y mi estado de nervios siempre latente, mucho mas sosegado, por ello veía el futuro cercano con mucha tranquilidad.

El curso se me estaba dando la mar de bien, nada que ver con el miedo atroz que había empezado a principio, y además yo mismo me animaba pensando en los próximos cursos, que sin duda se irían complicando.

En la Universidad, te gustaban algunas cosas y otras no tanto, pero había que acatarlas sí o sí, yo las menos buenas las llevaba lo mejor que podía, y no me comía la cabeza y trataba de poner al tiempo buena cara, y así lo llevaba mejor, que había que hacer alguna cosa que no me gustaba, pues me callaba y ya está, para que amargarse si iba a dar igual, tampoco era de los que me significaba mucho, un defecto bastante común en mi vida posterior, y bien es cierto que algunas veces me ha beneficiado y otras veces me ha perjudicado, pero cada uno es como es o como nace, aunque a lo largo de tu existencia, la vida misma te enseña y te modela un poco y un mucho.

Los sábados seguíamos yendo al cine al gimnasio habilitado para ello y claro está para otros actos culturales, y tuvimos la suerte de ver muchas películas y buenas, esa es la verdad, me hubiera gustado apuntarlas todas, y tenerlas disponibles ahora, pero fue que no, y lo echo de menos como otras muchas cosas mas.

Hace poco el compañero Máximo Martín me puso un correo de algunas películas que nos proyectaron en el curso 1.966-67, y fueron quizá las mas importantes, Topkapi, Sonrisas y lágrimas, La pimpinela escarlata, Taras Bulba, y Fort Apache, además que él mismo me cuenta que intervino en un auto sacramental de Calderón de la Barca, titulado “La cena del Rey Baltasar” y en la que me contaba una anécdota muy graciosa, ya que en la representación de la misma les habían puesto fruta y un compañero suyo, se comió un melocotón y como no sabía donde tirar el hueso se lo comió, menos mal que no le pasó nada y todo terminó felizmente.

De éstas anécdotas habrá miles y miles, y se podría llenar libros y libros de ellas, entre toda la inmensidad de alumnos que pasaron por aquel Centro donde vivimos nuestra juventud y en el que tuvimos la suerte de estar allí.

Creo que ya lo he repetido en la exposición de estas memorias alguna vez mas, pero lo voy a repetir, deseaba que llegara el sábado por la tarde, entre los partidos de fútbol, el rato del baño, el cine, y los festivales en la plaza de entrada, y como no la sala de juegos y el bar, donde me bebía una coca-cola doble, yo me sentía completamente feliz y notaba mi optimismo mas que ningún día de la semana, y cuando la tarde se encontraba toda azul, algunas veces también con un sol de justicia y respirando un aire limpio y lleno del aroma de miles flores que poblaban la universidad y los campos cercanos, aquello era el edén y el paraíso terrenal a su lado era un aprendiz.

Eh, pero los sábados solo, y vosotros lo sabéis cuando llegaba el lunes ya era otra cosa.

90

Se acercaba el final de mes y empezaban los actos en honor a María Auxiliadora, patrona de los Salesianos y por consiguiente de la Universidad Laboral, se iniciaban los campeonatos de fútbol colegiales, también de otros deportes, aunque a mi solo me interesaba el fútbol, de otros pasaba olímpicamente, y el sábado por la tarde antes del día 24 de mayo se celebraba el campeonato de campo a través, y yo me preparaba para ello para hacer una buena prueba, como así fue, recuerdo que fue la mejor carrera que hice

estando en la Uni, no me acuerdo del puesto que conseguí en mi categoría, pero fue muy bueno y como teníamos un equipo muy compensado, logramos medalla, y todos tan contentos, además me lo pasaba muy bien corriendo por los alrededores del centro universitario, para mi era grandioso y encima tuve la suerte de llegar de los primeros, pero no suficiente para conseguir medalla ante muchos participantes, claro que yo parecía una liebre, claro que algunos eran mucho mas liebres que yo.

Al mismo tiempo se celebraban campeonatos de natación, atletismo en muchas de sus diferentes pruebas y también en los colegios los consabidos juegos de salón, a los que yo seguía presentándome con resultados mas bien negativos, ya que a la primera de cambio, tenía la mala suerte de que me tocaba al delineante Caballero, que era un as en damas y ajedrez y me echaba a la calle, en fin el caso era participar.

Pero no era todo fiesta y deportes ni mucho menos, la parte lectiva se desarrollaba sin descanso y con toda su seriedad, realizando los exámenes mensuales, los últimos antes de los finales, y había que ir desgastando lo poco que quedaba ya de los codos de los jerseys y las camisas, menos mal que con toda la intensidad de nuestra juventud a nuestro favor podíamos con todo a la vez.

Llegó el día 24 día de María Auxiliadora y la Uni conmemoró la fiesta patronal , como siempre lo celebraba, con la misa mayor en la Plaza de los Autobuses, en la que no cabía un alma mas, allí se encontraban todos los curas habidos y por haber, y allí con todas las autoridades también, se celebró la misa, amenizada por el coro de la Universidad Laboral, puede que la tuna también, y como testigo del acto la inmensa torre, que hacía a la vez de notario, se daba fin del acto, con toda la solemnidad que la función requería.

Terminada la Misa que por lo general, era mas larga, “que la cola del paro”, como se dice en estos tiempos y por desgracia, nos trasladábamos cada uno a su colegio y dábamos cuenta de las viandas especiales de los grandes días, medio pollo y otros manjares, que eran despedazados con nuestras fauces vírgenes ávidas. El comedor era una fiesta y alguna vez al terminar allí en el mismo comedor tenía lugar en un pequeño escenario montado al efecto, un mini festival, en el, que mas de un alumno salía a contar algún chiste e interpretar alguna canción.

Dentro de la monotonía, de tanto estudio, tantas láminas, tanta disciplina y tanto cansancio sobre todo psíquico diario, existían esos momentos colmados de felicidad, así que gracias a ellos íbamos sobreviento, minuto tras minuto, mes tras mes y año tras año.

Y ahora los recordamos con añoranza y con distinto sabor de aquellos entonces, el tiempo lo borra todo sobre todo lo menos bueno.

91

En esta vida que nos ha tocado vivir a todos, hay veces y sobre todo cuando eres joven, que lo único que deseas es pronto hacerte mayor, y decíamos “que ganas tengo ya de cumplir dieciocho años”, y no sabíamos lo equivocados que estábamos en esos momentos. Yo me lo oía decir a mi y a muchos mas, que nos creíamos que con tener esa edad, ya lo teníamos todo en la vida, pues no, desde ese momento y ya para siempre vendrían encadenados todos los problemas, uno tras otros, como así en la mayoría de los casos sería.

Aun así, allí reclusos en el Centro Universitario, siempre estábamos pensando en las próximas vacaciones, a cada momento suspirando por ellas, sin pensar que se nos

pasaba el tiempo dando saltos muy grandes, pero eso no se podía evitar y así poco a poco el tiempo se nos deslizaba, se nos escurría de las manos.

Un nuevo Junio había entrado ya en nuestras vidas y eso quería decir que nos quedaban escasos días para coger nuestra maleta y largarnos por donde habíamos venido, algunos que entre ellos me contaba yo, que desde Enero prácticamente no habíamos salido de aquellas paredes y teníamos la retina saturada de tanta torre, tantas aulas y tantos campos de deportes, y necesitábamos recuperar nuestra libertad perdida, cambiar nuestro “chips” (en esos momentos los chips eran las patatas fritas), esa otra vida que ya conocíamos y que añorábamos con todas nuestras fuerzas, aunque fuera solo por otros tres meses mas.

Y unos nuevos exámenes finales también nos esperaban, los teníamos llamándonos a todos para que compareciéramos ante ellos, el trago que parecía el mas duro del año había que pasarlo, aunque tengo que decir que para mi esos exámenes no fueron muy complicados nunca, salvo rara excepción, sobre todo las Matemáticas, debido a que había estudiado mucho durante todo el año.

Pocos días antes de irnos a nuestras casas, aparecieron en las vitrinas del colegio los alumnos que habían sido propuestos para recompensarlos con diplomas de honor y mira por donde yo estaba incluido entre los agraciados de mi aula, a mi casi se me desboca el corazón, no podía ser, mi sorpresa fue mayúscula, también mi alegría y mis nervios, era un triunfo ya que yo tampoco me consideraba un genio, ni lo era por supuesto, ni mucho menos, pero el verme allí me llenó de orgullo, primero porque aunque aun no sabíamos las notas, eso ya quería decir sin duda alguna, que el curso lo había aprobado, pensé en mi familia y también en lo contento que se pondría mi padre cuando tuviera en sus manos la cartulina que recibiríamos muy pronto.

Yo no me lo esperaba, aunque tengo que decir que ese curso estudié muchísimo, yo creo que mas que ningún curso.

Una tarde, y dentro de la majestuosidad del acto, se procedió a entregar los premios a todos los alumnos que habíamos sido los escogidos, en un acto que se celebró, como no, en la plaza de los autobuses y a la que asistió todo el alumnado de la Universidad Laboral, cuerpo de profesores, autoridades religiosas y también autoridades venidas ex profeso de Sevilla, entre ellas el Gobernador Civil de aquella época, José Utrera Molina.

Recuerdo que durante el acto, allí sentado en las sillas de madera y con mis mejores ropas que poseía y también gastadas por todo el tiempo pasado, me hacía cosquillas el estómago, mi estado de nervios me atenazaba, ya que tenía que subir a estrado, donde ese encontraban las Autoridades a recoger el título, llegué a pensar, iluso de mi, que había preferido no estudiar tanto y ahora no pasar el mal trago.

El acto resultó ser muy emotivo, con todo su boato y mi subida al “patíbulo”, tuvo de todo, mucho orgullo, muchos nervios, pero como fuimos muchos al mismo tiempo, los disimule como pude y bajé todo contento con mi título, una cartulina A-3 de papel couché, con mi nombre y apellidos y que hasta que terminó el acto, no hice mas que abrirla y cerrarla, porque aun no me la creía. Más tarde alguien me dijo que me la había entregado el Gobernador, y a que me importaba quién me la hubiera dado, yo solo sabía que era muy feliz con mi diploma.

Los dos días antes de emprender el regreso a casa, yo creo que fueros unos de los días mas felices de mi vida, bueno soy un exagerado, pero la verdad es que experimenté una sensación de estar volando, mi cuerpo flotaba en el espacio, es que se juntaban muchas cosas positivas en mi persona, había terminado el largo curso, lo había aprobado y con nota, me habían dado un premio a mi aplicación, en breves momentos me marcharía de vacaciones, y la mas principal iría a conocer a mi hermana pequeña que había nacido casi cuatro meses antes y que no la había visto ni siquiera en foto, como no iba a estar contento, por eso yo flotaba en el espacio sideral-universitario.

Aun así se me hizo muy largo el tiempo que permanecí en la Laboral, creí que no llegaba nunca la hora de la partida, el verano se acercaba y yo estaba dispuesto a disfrutarlo como nunca, y lo haría por supuesto que lo haría, me lo había ganado y sudado con creces, con mucho tiempo encerrado en aquel colegio que se llamaba Miguel de Mañara y que nunca me dio por saber quien había sido esa persona que le daba nombre al colegio, algunos años mas tarde me enteré.

Y llegó el día de la marcha, como no, acompañado de mi maleta, que aguardaba sin decir nada debajo de mi cama, y también de la bolsa de viaje de papel marrón conteniendo los bocadillos y las naranjas para la manutención, mientras estuviéramos viajando, marchamos todos nuevamente hacia la Estación de San Bernardo a tomar el tres especial que nos llevaría a nuestros domicilios, no sin antes y al pasar por las inmediaciones de la torre y mirarla, observé que la ultima ventana de arriba se abrió y cerró, como guiñándome un ojo y diciéndome adiós, eso solo lo sabemos ella y yo, es un secreto y en estos momentos lo desvelo.

Uno de los viajes mas felices que he hecho en mi vida, que digo yo, el mas feliz seguro, yo creo que lo pasé cantando todo el tiempo y bromeando y asimismo contando batallitas, en un estado continuo de excitación y ánimo revuelto, tenía muchísima gana de llegar al pueblo y conocer a mi hermana que ya iba a cumplir los cuatro meses y yo aun no había cumplido los dieciséis años.

Todos los viajes terminaban igual, en Aranjuez nos bajábamos los de Cuenca y cogíamos el tren de la capital, con el billete que nos había proporcionado la Universidad Laboral días antes y que servía el mismo hasta que llegaras al fin de tu destino, de lo que no me acuerdo es si alguno de mis tres acompañantes también viajaría con un diploma en el bolsillo, seguro que sí, porque eran muy buenos estudiantes, mejor que yo seguro, como luego pasados los años se demostró.

Ellos se quedaron en Cuenca y yo proseguí mi viaje a Carboneras de Guadazaón, con mi corazón revolucionado a más no poder, con las pulsaciones al límite de lo permitido y apurando los cuarenta km. que me quedaban por llegar, cuando cruzó el tren el río Guadazaón, ya observé el pueblo allá a lo lejos y mi emoción subía cada segundo, y yo, pensando si mi hermana también la habrían llevado a la estación, seguro que sí ya que el tiempo era muy bueno. El tren al doblar la última curva chilló fuertemente, y un latigazo de felicidad y de nervios corrió de arriba abajo mi espina dorsal, la estación se veía a lo lejos y bultos de personas se movían en el andén, pero aun no podía precisar los miembros de mi familia, el tren aminoró bruscamente la marcha y esos segundos me parecieron siglos, hasta que los pude divisar, estaba toda mi familia, solo faltaba la banda de música, ya que el pueblo no disponía de ella, en ese caso mi padre la habría contratado seguro.

Yo buscaba ansiosamente a mi hermana y la vi, en los brazos de mi madre, mi emoción en esos momentos fue de felicidad profunda, bajé atropelladamente del tren y la tomé en mis brazos, la besé y observé que no me habían mentido, era rubia, guapísima y con los ojos azules, parecía una gatita, y mi madre le había hecho un “pirri” en el pelo arriba de su cabecita. Yo en ese momento el tío más feliz del mundo.

Abracé y besé a toda mi familia, y nuevamente puse en mis brazos a mi hermana a la que llevé en esa posición hasta mi casa, mi familia me seguía detrás y mi padre llevaba la maleta, muy contento y eso que aun no sabía que había aprobado el curso y que entre el equipaje portaba un diploma.

La vida son solo momentos, y ese era uno de los momentos de mi vida.

93

En el trayecto de la Estación a mi casa yo no hacía más que mirarle la cara a mi hermana, muy pequeñita ella, la miraba y no lo creía, cuantas veces había pensado en ella en muchos momentos en la Uni y ahora la tenía junto a mi pecho, un placer inimaginable.

Cuando llegamos a casa la dejé en su cunita y se durmió al instante, momentos de felicidad que uno conserva en su mente con una frescura que ni yo ahora me lo creo.

Ya por el camino mi padre me preguntó, y el “curso qué”, yo le contesté que el curso bien, que seguro que lo había aprobado todo, y yo le noté al ver su cara, un rictus de felicidad, con eso me bastaba, él no muy amigo de exteriorizaciones, ni de nada parecido, pero yo que lo conocía bien, sabía que esas cortas palabras mías le habían colmado de alegría.

Al abrir mi maleta, saqué el diploma que iba bien enrollado para que no se arrugara, y se lo entregué y me dijo “que qué era eso”, yo le contesté que lo abriera y con manos levemente temblorosas se apresuró hacerlo, en un instante al verlo y leerlo su cara expresó su emoción y me abrazó, con un orgullo mucho mas que el que sentí yo cuando me lo entregaron, sus ojos hasta creo que se encristalaron, había valido la pena estudiar tanto y estar tantos meses sin regresar a casa para vivir esos momentos, mas tarde me comentó que luego nos iríamos a tomar una caña o las que hicieran falta.

Mi madre me besó también y mi padre le explicó que significaba aquella cartulina tan grande, y toda la familia y una mas nos dispusimos a dar cuenta de la comida, eran momentos de felicidad completa.

A mi hermano pequeño, le entregué un paquete completo de chocolatinas, que por supuesto mi trabajo me había costado, pero merecía la pena, la alegría que se llevaba y como se las metía en la boca el bribón, hasta que mi madre le decía con mal genio que si se las iba a comer todas de golpe.

Tenía todo el verano para mí, todo el tiempo del mundo, una eternidad, y lo aprovecharía sin duda, ya que pensaba disfrutarlo a más no poder.

Mi hermana duerme que te dormirás y yo pasaba por el lado de la cuna y me paraba a mirarla, que feliz estaba y que guapa era, a mi padre también se le caía “la baba” al mirarla, y yo le comentaba que “podía ser su abuelo”, y se le ponía algo de mala leche, ya que mi padre tenía ya 45 años, mi madre era mas joven que él, poseía entonces 39 años, pero se notaba a la legua que estaban encantados los dos con su tesoro.

Estaba loco por darme una vuelta por el pueblo y así lo hice, me perdí por sus calles hasta que me cansé, quería observarlo nuevamente, no había cambiado en nada, antes pasaban los años y los pueblos se conservaban igual, todo estaba como lo había dejado seis meses atrás alguna gente me saludaba y me daba la bienvenida y yo tan contento.

Al caer la tarde regresé a casa y lo primero por supuesto me dirigí a la cuna y observé a la chica, seguía durmiendo como un lirón, y mi madre diciéndonos a los hermanos que nos calláramos que la íbamos a despertar.

Mi padre me ordenó que me preparara que nos íbamos a tomar unas cañas, y así fue cuando se arregló, nos dirigimos al bar, no sin antes recordarnos mi madre que el domingo iríamos todos al bar también, ya que en mi pueblo las mujeres no tenían costumbre de pisar los bares los días que no fueran fiesta. En fin cosas de pueblo que le íbamos hacer.

Nos acomodamos en el bar, junto a la barra y nos tomamos dos cervezas los dos y unos berberechitos, que era la especialidad, y estuvimos mejor que nadie en el mundo, y le conté todos los pormenores del curso y el acto de entrega del diploma, y mi padre muy atento a lo que le decía y una emoción que le manaba por todos los poros de su cuerpo.

Mi padre me aconsejó que siguiera estudiando un poco en el verano, que seguro el curso siguiente sería más difícil, y yo pensando para mí “pues no me faltaba mas que eso estudiar en el verano, no te lo crees ni tu”.

94

Esa noche dormí como hacía muchísimas noches que no dormía así, con la tranquilidad de levantarme a la hora que yo quisiera, aunque a mi nunca me ha gustado levantarme tarde, también no tener que realizar ningún examen ni otra actividad lectiva que me resultara pesada, aun mi subconsciente se regía por el horario de la laboral y estando en la cama, hubo un momento que esperaba el chillo de la sirena, hasta que me dí cuenta, gracias a Dios que yo estaba en un error, el dichoso subconsciente me había traicionado, así que me dí la vuelta y dormí un ratito mas, pero poco, ya que había descansado bien y me levanté de un salto y le declaré la guerra a la cama. Mi padre ya se había ido al trabajo, mi madre ya estaba trajinando por la casa y yo lo primero que hice fue ir a ver a mi hermana que se encontraba durmiendo en la habitación de mis padres, y me quedé allí un rato observando como dormía, que placer verla allí durmiendo tranquilamente.

Por la tarde ya teníamos concertado un partido de fútbol en el campo orilla de las escuelas, y así fue, estábamos casi todos los de siempre y alguno mas que se había apuntado, primero sorteábamos los que íbamos a componer los equipos y hala a correr detrás del balón. Como cambiaba mi vida de un día a otro, el uno jugando o viendo algún partido en la Uni y ahora en un pueblo que no conocía nadie, haciendo lo que me gustaba.

Lo bueno que tenían las vacaciones allí en el pueblo, es que las disfrutaba mucho más que cuando me encontraba allí continuamente, las saboreaba segundo a segundo y me parecía imposible que algún día se terminarían, vamos ni quería pensar en ello, aunque algunas veces el pensamiento me traicionaba, y para desechar ese pensamiento

traidor, yo me reconfortaba pensando que aun quedan muchísimos días, y ya habría tiempo de lamentaciones.

Una tarde observé al cartero provisto con su cartera de cuero pasar por la calle D. Cruz, y mira por donde un pálpito me avisó que en esa cartera venía la carta de la Uni con las notas finales de curso, me acerqué al cartero que me conocía perfectamente, además era amigo de su hijo, que también jugaba al fútbol con toda la pandilla y le pregunté que si tenía carta, me miró un poco al bies, ya que era el hombre un poco bizco y me contestó que creía que si, buscó y me entregó el sobre azul y me lo entregó en el acto, le dí las gracias, y sin tantos nervios como otras veces procedí a abrir el sobre (mas bien a desgarrarlo) y allí estaba la cartulina blanca, portadora de mis sufrimientos pasados a números y que yo ardía en deseos de conocer.

Las notas fueron muy buenas, no me podía quejar, pero mi trabajo me había costado, no era fruto de la casualidad, las había sudado, algunas mas que otras pero sobre todo la Tecnología, que en mi vida estudié tanto de memoria, y el Dibujo que tuve aplicarme a conciencia para sacar láminas que con otro profesor normal hubieran sido de mucha mayor nota, lo que tenía que hacer es ir a rezarle todos los días a San Roque patrón del pueblo, para que en próximos años no me tocaran esos profesores, pues y aunque no subí a la iglesia, lo cierto es que el santo San Roque me hizo caso y ya no los tuve ningún año.

Es decir que la referida Autoridad del cielo escuchó mi plegaria sin rezos y atendió a lo que le pedía. Te doy nuevamente las gracias San Roque, te debo una, te la pagaré en el cielo o donde nos veamos.

95

Mis calificaciones habían sido mas que satisfactorias y mi padre así me lo expresó, diciendo sabiamente que no se me subieran a la cabeza, que tenía que seguir de la misma forma, aunque eso era mucho decir, todos sabemos de que dependía de muchos factores, puedo decir las notas que saqué al final de cada curso, porque el Profesor Aradillas me las proporcionó muchos años después todas, (ya lo referí en otro capítulo), fueron Matemáticas 6, Química 9, Tecnología 8, Laboratorio 9, Dibujo 6, Religión 10, Lengua 9, Educación Física 7, Seguridad en el Trabajo 8, y F.E.N 7,.

El resultado de las notas lo que si hizo es que me inundaron de confianza en mis posibilidades, si lograba centrarme como en el curso recién terminado, no debería de haber ningún problema en el próximo, estas reflexiones mías me llenaron de optimismo, y yo en mis andanzas por mi pueblo mi vida se desarrollaba muy feliz, en esos momentos no tenía ningún problema que me descentrara ni tampoco en los días venideros, solo en la lejanía y acercándose un poquito cada día, el momento que tuviera que marchar otra vez, de momento casi ni lo pensaba, pero según se fuera acercando todo cambiaría.

Algún sábado por la tarde, mi padre y yo y en bicicleta, una de mi padre y otra que pedíamos a algún vecino, nos marchábamos a unos cinco km. a un afluente del río Guadazaón a coger cangrejos de río, pare ello mi padre disponía de unos instrumentos llamados por esa zona, lamparillas o reteles y que consistían en unos aros de hierro con malla como si fuera una canasta de baloncesto, mas chica claro y cerrada por abajo, y con una cuerda larga adosada al retel, se ponía un poco de carnaza y con la ayuda de un palo rígido y largo y terminado en una horquilla se lanzaba al fondo del riachuelo y pasados unos diez minutos y con la ayuda del palo de horquilla se sacaba fuera del agua

y allí presos se encontraba el botín consistente en unos cangrejos según la suerte que hubieras tenido en el lance. Pasábamos una tarde muy entretenida y nos llevábamos para casa una bolsa de cangrejos que nos hacía chuparnos los dedos cuando por la noche los cocinaba mi madre. Ahora ya en estos tiempos, se puede decir que han desaparecido, la llegada del cangrejo americano los aniquiló, solo en ciertos cotos en que está prohibido terminantemente pescar, hay algunos. El americano es más rojo, pero su calidad no es la misma ni mucho menos.

Los fines de semana, mi pueblo tenía mucho ambiente, existía un cine y los bares que tenía se ponían a tope sobre todo al salir del cine, se notaba que el dinero corría, ya que por lo general, aunque también había agricultura, al haber varias fábricas de caolín y madera, la gente al llegar el fin de mes recibía un sueldo y no dependía si llovía o no.

Mi pueblo tenía por ello una vida agradable y la gente se divertía y los domingos ya al atardecer, había baile en un local, donde los jóvenes y algunos no tan jóvenes iban a bailar pasodobles y demás, cosa que a mi no me satisfacía y también a algún amigo mío le pasaba lo mismo que a mí, además tenía que luchar asimismo con mi timidez subyacente y porque yo era el tío mas “negao” para la práctica de esa función, y las músicas y esos bailes no me gustaban los odiaba, mas tarde ya en Cuenca y cuando surgieron las discotecas y la música lenta, estaba loco porque llegara el fin de semana.

Alguna amiga mía, me preguntaba porque no frecuentaba el baile y yo le respondía que no me gustaba, y precisamente las amigas que a mi me entraban por el ojo, eran las que me les gustaba ir a mover el esqueleto.

Muchas tardes de domingo me entretenía yéndome al bar y ver el partido de turno en la televisión. En fin cosas de los pueblos.

96

Estábamos en pleno verano, y eso se notaba por un calor tórrido, seco y agobiante, y recuerdo a mi madre que me decía casi obligándome que me echara la siesta, y yo negándome, nunca me ha gustado la siesta, para mí es como si perdiera el tiempo, ya se pierde toda la noche en ese menester, así que le decía que no y santas pascuas, y recuerdo que me preguntaba que iba hacer entonces, y le contestaba que me iba a pasear por el pueblo, y la mayoría de las veces me iba a un bosque de pinos muy cercano al pueblo, al cual todos lo conocíamos por “El barranco”, aquello era un lugar de muchos pinos muy extenso y también ser como su nombre indicaba, como un desfiladero, con multitud de rocas y pendientes que para escalarlas, tenías que en tramos subir a gatas, pero allí aparte de estar fresquito, me lo pasaba bien, subiendo, bajando y buscando minerales, que por ser sitio donde abundaba el caolín, podrías encontrar alguna piedra que merecía la atención, además de haber mucho cuarzo cristalizado y jacintillos de Compostela, esto último era una especie de piedras diminutas, que la mayoría eran como pirámides de color granate y que algunas conservaban todos sus lados planos y regulares, y siempre confiando en encontrar una que tuviera un buen tamaño y sus lados iguales y sin defectos, aunque sabíamos que era casi imposible.

Un día jugando un partido de fútbol, alguien nos dijo que tenía conocimiento de que la juventud de Cañada del Hoyo, quería programar un encuentro de fútbol contra nosotros los de Carboneras en ese pueblo, todos al unísono contestamos que sí, que lo organizara y así fue un domingo por la tarde, doce o trece chavales y algunos ya no tan chavales, cogimos el tren allí en la estación y nos largamos a Cañada, que estaba muy

cerca de nuestro pueblo, sobre unos ocho km. y allí en las inmediaciones de la estación de ferrocarril, en un campo bastante irregular y pequeño, pero con porterías que no era poco, disputamos el encuentro, que ganamos por cierto de goleada, ya que teníamos un buen equipo y ellos era mas bien mediocres, salvo dos o tres. Al citado partido asistieron muchas personas del pueblo, deseosos de ver ganar a su equipo, aunque se les dio mal. El encuentro tuvo dos anécdotas, la primera tuvo lugar cuando, el que llevaba la voz de mando, al proceder a decir quien iba a jugar de principio, nos dimos cuenta que nadie quería ser portero, al final y a regañadientes me tuve que poner yo, porque los de mi pueblo muy cabezones y tozudos no quería ser ninguno, y la segunda es que como me había llevado en mi bolsa el chandall rojo de la Uni, me lo puse al efecto, con el desenlace siguiente, desde que empezó el partido hasta que terminó, toda la plebe me estuvo diciendo a modo de coro “el cangrejo rojo”, y yo tampoco paré de decir en voz baja “mecaguen la mare que los parió” y encima casi me quedo con el sobrenombre ese. Y eso por hacer un favor al equipo y ponerme de portero.

A partir de ese día estuvimos jugando también en las localidades cercanas de Arguisuelas y Cardenete, a las cuales también nos desplazamos en tren, dándose la circunstancia que en el pueblo de Arguisuelas, no pudimos completar la nómina de jugadores y jugó con nosotros mi padre, que durante la mili había jugado en el Leganés y aunque el hombre ya estaba limitado, se notó mucho en el centro del campo, eso si luego pasó varios días lisiado por la agujetas, pero yo en ese partido fuí un afortunado. El partido también tuvo su anécdota, ya que como el cementerio estaba pegado al campo, muchas veces hubo que saltar la tapia y coger el balón que había caído dentro.

Así entre partido y partido ya habíamos pasado el ecuador de las vacaciones, y yo sentía ya el aroma, el tufo y el olor del próximo final que ya veía en lontananza, y eso ya me desazonaba, de vivir a la bartola, a vivir desasosegado, con la soga al cuello que algunas veces se tensaba mas de la cuenta o mas de lo que yo hubiera querido.

97

Ya habían pasado las fiestas de mi pueblo y mas o menos me quedaba un mes para acabar mi veraneo, mi tiempo se acababa y bien que lo sentía, pero también llegué a pensar que no podía estar continuamente haciendo el vago, ¿pero que iba hacer si no?, el pueblo tenía pocas opciones para desarrollar las aficiones culturales que uno pudiera tener, y aun no tenía la edad reglamentaria para poder trabajar en lo que fuera.

Así que el tiempo fue pasando y la imagen difusa de la torre de la “Uni”, ya la creía ver cuando yo cerraba los ojos, allí me estaba esperando, alta, recta, pintada de un color ladrillo que nunca he podido describir cual es y con sus ventanitas a través de las cuales me decía “Hola y adiós”, ya me estaba viendo otra vez, plagado de un montón de libros y que apenas cogían en el hueco del pupitre y con láminas y mas láminas que tendría nuevamente que dibujar con los alzados, plantas y perfiles de unas piezas mecánicas que yo nunca había visto en mi vida, allí me iban esperar las misas diarias, que aunque no duraban mucho esa es la verdad, ya empezaban a cansarme un poco, en fin, aun quedaba un poco tiempo de vacaciones y debía aprovecharlo, aunque lo cierto es que ya no sabía en qué, solo el partido de fútbol de las tardes me sacaba de algunas veces mi aburrimiento.

Muchas veces y por la mañana mientras mi madre iba al mercado, me quedaba con mi hermana pequeña, protegiendo su sueño y cuando se despertaba, me sentaba con

ella y la tenía y en ese momento era muy feliz, porque ya me intuía que muy pronto tendría que dejarla y no verla en aproximadamente tres meses, no lo quería pensar, pero ese momento estaba ya muy cerca de producirse.

Unos días antes de llegar Octubre (el mes fatídico), y siempre en un sobre azul, recibí la misiva en la que me comunicaba el día que debía incorporarme al Centro y las instrucciones sobre ello y que el Colegio sería nuevamente el Miguel de Mañara, y yo pensé “joder no hemos progresado en nada, sigue siendo el mismo del año anterior”, aunque lógicamente sería el 3º curso de oficialía industrial”, así que había que mentalizarse y prepararse para la nueva aventura que nos esperaba.

Dos o tres días antes de marchar, el día 1 de octubre celebramos en mi casa mi cumpleaños, ya cumplía 16 años, cómo habían pasado dos años desde que ingresé en la “Uni”, como pasaba el tiempo, mi madre hizo una comida especial, dentro de nuestras posibilidades, para que me llevara un buen sabor de boca, también me preparó un paquetito con algunos alimentos como algunas latas de conserva y alguna barra de salchichón y chorizo y también un bote de leche condensada, que alguna vez venían muy bien y cómo no, unas bolsitas de conguitos, que luego me comía por las noches antes de meterme en la cama.

Pues nada, llegó nuevamente el día señalado, mi vida como la de muchos estaba llena de días señalados y de despedidas, vaya por Dios, vivía uno siempre con el corazón en un puño y también esperando una fecha determinada, unas veces para bien y otras para no tanto, así que otra vez me agarré a mi maleta como si fuera mi hermana siamesa y me largué de mi pueblo, y me despedí de mi familia, y de mi hermana, lo que me supuso una cierta tristeza, ya no la disfrutaría hasta dentro de tres meses, cuanto tuviera diez mas o menos, en fin debería ser fuerte.

El viaje en sí, resultó otra repetición de la jugada, el mismo tren, la misma juventud, el mismo cansancio del viaje, las mismas caras de nostalgia, los mismos amigos y compañeros de Cuenca y los de mi aula que al llegar nuevamente a Sevilla, allí estábamos esperándonos todos, como si fuéramos hermanos y es que en realidad éramos y mas que aún íbamos a ser.

Al pasar unido a mi maleta por la plaza central, miré a lo alto y la gallarda torre me miró y en sus dos ventanas más altas, observé como se cerraban y se abrían, me había saludado y yo tan contento, ese detalle que tenía conmigo me tranquilizaba, sabía que iba a estar protegido durante el curso.

Cuantos pensamientos pasaron por mi cabeza mientras bajaba por el pasillo central, y aunque la maleta pesaba lo suyo, yo no quería que acabase nunca, pero una placa de color rojo con la inscripción de Colegio de Miguel de Mañara, me ordenaba que debía torcer a la derecha, cuando pasé al interior, ya solo pensé en la fecha que volvería a pasar por allí nuevamente con mi maleta.

Todo parecía lo mismo que hacía unos tres meses pero ya estábamos instalados otra vez en el mismo Colegio, parece que no había pasado nada en nuestras vidas y ya estábamos en un nuevo curso, las mismas aulas, los mismos dormitorios, los mismos pasillos, los mismos servicios, los mismos campos de deportes, nada había cambiado en el Colegio, todo funcionaba con la misma precisión, con la misma rutina, con las

mismas normas y éramos todos los mismos, salvo raras excepciones, los mismos alumnos, algún mismo cura y coadjutores, con sus sayas negras y alguno mas que negras tirando a pardas, yo no me acuerdo si eran los mismos que los del curso anterior, aunque creo que el Director era D. José Cid Conde y coadjutor D. Gabriel Baz, pero me parecían los mismos, escudriñando todo lo que hacíamos, por si estaba bien o estaba mal, y ahora tocaba esperar a los profesores que nos caerían una suerte, en esa tómbola de distribución y sin haber tenido opción nosotros de haber comprado papeletas. Resumiendo todo era igual, todo venía a ser lo mismo, pero nosotros ya éramos zorros viejos, en la mitad de nuestra adolescencia y con la sabiduría que nos daba ya la experiencia de otros años, la mayoría dos y algunos tres los que venían de Orientación, y también con nuestra media adolescencia que disfrutábamos al máximo.

Ya teníamos la experiencia necesaria, para no ponerse nervioso ante cualquier problema, y lo que el curso nos deparara habría que echarle lo que hubiera que echarle, sobre todo ánimo, valor y positivismo, si no estábamos perdidos.

La sirena nos sacaba de nuestros pensamientos con los chirridos que nos sacudía las tripas a cada momento, había que acostumbrarse a ella a sus berridos, aunque pasados unos días la echaba de menos y me gustaba convivir con sus gritos que parecía que se acababa el mundo.

Todos en el aula nuevamente, con nuestras aventuras y algunos ya con sus primeros amores de juventud y de verano, cuando creíamos que era el único y el de siempre, yo aun no lo había experimentado, pero debía ser así y se les notaba en sus ojos rayando la abstracción y el estar en una nube vagando, las próximas fórmulas químicas y problemas algebraicos los bajaría de ella, sin duda alguna.

Y empezamos a conocer a los profesores del año, toda el aula expectante, tensa, parecía que el asunto no tenía importancia, pero la tenía sin duda alguna, sobre todo en algunas asignaturas, en otras nos daba lo mismo fulano que mengano. Cuando empezaron las primeras clases, todos estábamos pendientes de quién era el que aparecía por la puerta y eran momentos de alta tensión, nos jugábamos bastante en el envite, sobre todo pensando en Tecnología, Dibujo y Matemáticas, ya que el curso anterior y en las dos primeras tuvimos mucha mala suerte.

Sin embargo y para nuestra satisfacción el resultado fue muy satisfactorio, por lo menos lo que sabíamos de ellos por lo que decían en otras clases, de Tecnología, fue D. Manuel Sanchez-Ramade Martínez y que dadas unas clase ya con él, nos la prometimos muy felices, porque a la vez de estar muy puesto en la materia química-técnica y además con el paso del curso, resultó ser una gran amigo de todos y además tuvimos la bendita suerte de tenerlo de profesor en todos los años que nos restaban en la Uni. En Dibujo nos cayó en suerte, nunca mejor dicho a D. Antonio Milla Jiménez, que era un gran profesor y que sabía apreciar tus trabajos, por lo que dibujabas a gusto y disfrutabas en ello y en Matemáticas a uno apellidado Espejo, y que siento no acordarme de su nombre y el otro apellido, que era un buen profesor, la verdad es que no aprendimos muchas Matemáticas con él. Como siempre tuvimos a D. Guillermo García Ramos, un grandísimo profesor que también tuvimos la suerte y la dicha de tenerlo siempre a nuestro lado, de los demás ya no me acuerdo quien fue, pero vamos ya digo no teníamos predilección por nadie, nos daba lo mismo quien apareciera por la puerta.

Así que al poco tiempo estábamos supercontentos con nuestra suerte, con poco que pusiéramos de nuestro empeño salvaríamos el curso sin problemas, pero sin dormirse en los laureles, todo lo que llevaras por delante merecería la pena, por todo

ello el curso nació con sensaciones muy positivas y yo me encontraba muy ilusionado aunque sabía positivamente habría que estudiar mucho.

99

Bueno pues ya teníamos el curso iniciado, 3º de Aprendizaje Industrial, que “ahí es ná”, todos acomodados y todos sabiendo sus obligaciones para él y para todo el conjunto, habíamos empezado el primer tramo que llegaría hasta la Navidad y era como una repetición de la película que había sido el año anterior, así que nos pusimos manos a la obra, sobre todo lo que se refería al tema lectivo, que a fin de cuentas era lo que nos importaba mayormente a todos, que para eso estábamos allí.

En la asignatura de Dibujo nos pasamos estudiando las perspectivas tanto, caballera, axonométrica e isométrica y dibujando sus correspondientes láminas y también láminas sobre los símbolos empleados en las instalaciones químicas. En Matemáticas se dio la circunstancia de que no tuvimos el libro oficial de la editorial Vicens Vives de Eduardo García Rodeja, sino que nos entregaron una especie de libro mal encuadernado con hojas hechas a multicopista y que íntegramente trataba sobre Logaritmos y Trigonometría, tengo que decir que y aunque raro que parezca, se me dio muy bien esa parte de las Matemáticas y fui sacando muy buenas notas en esa asignatura, ya era hora.

Respecto al trabajo en el Laboratorio, todo el año lo dedicamos a las prácticas químicas consistentes en análisis cuantitativo, volumetrías y gravimetrías, muy interesantes, en las que era ya necesario determinar los pesos hallados de los productos objeto de los análisis.

En los Servicios Generales de la Uni, ya nos habían entregado toda la ropa que nos pertenecía para ese curso, recibimos un chandall azul, no tan colorín como el del año pasado y también otro skay este vez de color azul, así que a los pocos días, todos o casi todos vestíamos de la misma manera, con el skay y con nuestros pantalones de color marrón claro y que yo guardo un grato recuerdo de ellos, porque me gustaba mucho ponérmelos, siempre me gustó esa prenda, quizá por su color, quizá porque era precursor o parecido a los pantalones vaqueros.

Los domingos y casi sin dejar ninguno, y en unión de algún compañero mas allegado del aula, tales como Pikins, Aso o Benitez, o algunas veces solo, me trasladaba a Sevilla, ya que me gustaba pasear por sus calles, admirando sus grandes y señoriales edificios, sus monumentos y también para que lo voy a negar, los monumentos de chicas que salían a pasear por la Plaza de España, o por el centro de la ciudad, y a cada una de ellas le practicábamos con nuestra mirada, una radiografía minuciosa, porque la verdad en la Uni no se veían y si se veían, era ya algo talluditas y muy recatadas en su vestir, con aquellos uniformes azules y blanco que gastaban. En fin era unas mañanas radiantes porque Sevilla era así y sigue siendo así en todas las épocas del año y como se dice en muchas zonas “el sol salía para todos y todas”. Regresábamos a la Uni con las pilas cargadas y nuestras retinas empapadas de imágenes de chicas juveniles, que luego antes de dormirte exprimías tu retina y como aun las conservabas, con su visión en tu memoria, te quedabas plácidamente dormido, eso si acompañado de la luna, alumbrando tímidamente la estancia y con la torre como vigía y protegiendo tu sueño y tus sueños, podríamos llamarle eróticos, aunque tengo dudas que yo supiera lo que significaba esa palabra por aquel entonces.

Y a otro día, el maldito lunes, y que ya desde su comienzo, ya te empezaba a dar órdenes continuamente, sirenazo por allí y cuando aun no te habías repuesto del susto, sonaba otro por allá y así de salto en salto durante toda la mañana, a excepción del delicioso momento en que había una pausa un poco mas larga, para comernos el bocadillo, cuanto me gustaba ese rato, en aquel panecillo que yo devoraba en dos bocados y miraba a ver si quedaba alguno mas en la cesta y me ponía cerca por si el cura ese día se había levantado con buen pié y dejaba que se cogiera alguno que sobraba, y si eso ocurría, había mas de uno como yo, y muchas veces te quedaba con las ganas y mirabas al afortunado con una envidia que te morías.

Dentro de los malos ratos, que eran bastantes por cierto, también había ratitos que había que saborearlos y el de los bocadillos era uno de ellos.

100

Yo no sé, ni como me las apañé, para que un día tuviera, la oportunidad y la suerte de subir a la torre, a la que consideraba mi amiga, mi protectora, la que me guiñaba un ojo, cada vez que me despedía de ella y cuando me incorporaba también. Lo cierto es que tuve la inmensa suerte de subir a la misma, me acuerdo perfectamente de ese momento de la ascensión a su rampa de caracol interminable, y que yo creí que no íbamos a terminar nunca de subirla. Cuando llegamos arriba el espectáculo fue inenarrable, yo no había subido nunca a un edificio tan alto en toda mi vida, la visión de toda la Universidad Laboral, echada a nuestros pies era magnífica, se veía toda, toda en su completa extensión, nada quedaba oculto, la lástima que no hubiera tenido una cámara fotográfica para inmortalizar ese momento, fue grandioso y a lo lejos se divisaba toda Sevilla y su Giralda, la otra hermana suya un poquito mas grande que ella misma debido a que el poder inmenso en esa época de la Iglesia así lo dispuso, en fin que le íbamos hacer, pero lo suyo hubiera sido al revés, porque en los planos y es la verdad, figuraba unos metros mas alta que la Giralda. En fin cosas de los mandamases, que siempre han hecho lo que les ha salido de cierta parte. Nos explicaron que la citada torre aparte de mejorar su estética y la función ornamental del paisaje, tenía otro cometido bastante importante y era el de servir de depósito de aguas para todo el centro universitario, que ya era bastante. En fin pasé un buen rato y me extasié con todo el paisaje que se divisaba desde lo alto y con la maravilla arquitectónica de todos los edificios que componían la Uni. En otra ocasión tuve otra vez la oportunidad de subir a la misma y no la desaproveché, la degusté de la misma forma y hasta puedo decir que ese día me enamoré de ella definitivamente, porque el lazo de amistad que poseía hasta entonces se convirtió en amor.

Octubre, día a día se fue terminando, con una monotonía tal, que los días parecía que no corrían en el calendario, solo los cambiaba y los diferenciaba, cuando la lluvia aparecía y regaba todos los extensos campos de los alrededores, lo malo de esas fechas era que casi siempre llovía con intensidad algunos días seguidos, y por ello a los que nos gustaba practicar deporte, nos encontrábamos en el dique seco, y teníamos que estar siempre a cubierto, entonces la sala de recreos se saturaba al máximo y también las aulas y entonces estudiábamos mas. Bueno algo también podíamos estirar las piernas, ya que por todo el recinto de edificios podías pasear todo lo que quisieras, ya que todas las calles estaban protegidas por un techo (un gran acierto de los arquitectos que la construyeron), y hasta para ir diariamente los cientos de alumnos a los talleres que

estaban un “pelín” retirados, también se construyó un pasillo cubierto hasta la misma puerta de entrada.

Pasaron los primeros exámenes del curso, ya que esa costumbre y obligación mensual era fija y nadie la cambió nunca, pero era un “peñazo”, siempre y los últimos días de mes tenías al malaje por no decir otra cosa de “Damocles” con la espada bien afilada en lo alto de tu gaznate, y el robusto y sano corazoncito juvenil de todos nosotros, sufriendo los primeros malos ratos que el tiempo te haría pasar en los años venideros de tu vida.

Todos esperábamos que llegara el sábado, aunque las clases por la mañana había que soportarlas, pero uno ya solo pensaba en la tarde y en el día siguiente y más si las tareas que tenías pendientes o alguna lámina te lo estropeaba, pero eso no era lo más común y deseabas ponerte el chandall y jugar algún partido, irte a pasear a trotar por el amplísimo recinto de todo el marco universitario y luego a visionar la película en el pabellón del cine. Me viene a la memoria el día en que la película que visionamos fue la llamada “La isla desnuda”, ¿a quien se le ocurriría ponernos esa tarde ese bodrio de cinta?, protagonizada por una familia de agricultores chino o japoneses, encima en blanco y negro y que se pasaron toda la película haciendo viajes a bordo de una barca a una isla para trabajar en un huerto, una película sin diálogos, y venga viajes para acá y para allá y así terminó. Yo me acuerdo que entre nosotros nos mirábamos en el cine, entre murmullos y más murmullos y alguna risa que otra. En fin anécdotas de nuestra vida misma, de nuestro internado.

Por cierto, hace muy poco tiempo y visionando Google, me acordé de la misma y entré a ver los comentarios que la crítica hacía sobre esa película, y cual fue mi sorpresa cuando leí que la película una muy buena obra de arte y era como la esencia del cine, además de tener algún premio que otro.

Desde ese día llegué a la conclusión, que yo no tenía ni tengo la menor idea de cine y que me considero un perfecto analfabeto en ese arte, y es que además tengo razón en esta apreciación sobre mí persona, porque el cine no es en la actualidad una de mis pasiones.

101

Y aunque mi estancia en la Uni fue de cinco años, que ya está bien, y sé positivamente que algunos permanecieron algunos más, lo que no me puedo permitir es y aunque ya no hay remedio alguno, que en todo ese tiempo que estuve no visité ninguna vez los talleres de metal, torno, fresa, instalaciones eléctricas, bobinados y electrónica de aquel edificio inmenso, que no habría en esos momentos en toda España ninguno en su extensión, la causa no sabría decírla ahora, quizá fue porque por las mañanas cuando no estábamos dando clases en el aula del colegio, teníamos que estar dando prácticas de Laboratorio, pero estoy seguro que algún hueco tuvo que haber en esos años, segurísimo, en fin no hay remedio ya, pero la imagen de tantos universitarios al mando de un torno o una fresadora o ante la mesa provista de aparatos eléctricos, y que yo no poseo, muchos de aquellos aún la tendrán perenne en su retina durante toda la vida.

Otros sitios que tampoco visité, porque nunca me dio por ahí fue el subsuelo que estaba y está debajo del pasillo central, y que se dedicaba al almacén general y mantenimiento de la Universidad Laboral y tampoco el pasillo elevado que era por

donde se transportaban los alimentos llegados de la cocina general y que se distribuían por todos los comedores de los colegios.

Estos sitios que acabo de enumerar y los talleres los vi pasado unos años, los talleres en un viaje cuando aun no estaba funcionando la nueva Universidad, y pude ver aun todos los tornos y demás material, asomado por el exterior, y los pasillos tanto superior, no hace mucho tiempo tuve esa oportunidad de hacerlo acompañado de mi esposa, en el pasillo superior y en toda su extensión y longitud, se había convertido en sala de estudios para los nuevos universitarios, y que cruzamos de arriba abajo, mientras los nuevos estudiantes hacían lo que yo hice muchos “siglos” antes, aunque fuera en las aulas y en ese momento cuando pasaba por ellos sentí en mi cuerpo un regusto mezclado de nostalgia con sabor amargo.

Noviembre se fue escapando como una exhalación, como lo que dura un respiro, y el tiempo de nuestra juventud también se nos iba deshilachando y perdiéndose entre el vasto contorno de toda la mole universitaria y yo allí estaba yo oteando edificios y mas edificios, paredes con color ladrillos por todos los lugares y mi torre al fondo presidiendo aquel lugar sagrado para mi y que aun existe, os lo puedo asegurar, porque lo he visitado alguna vez que otra y prometo que ,lo haré hasta que mis pies me puedan llevar.

La verdad es que el curso y en lo que a mi respectaba, iba desarrollándose sin contratiempo alguno, todo iba según me pensé que iba a ser desde el principio del mismo, estudiaba mucho eso si era verdad, pero con la tranquilidad que daban las primeras notas y con lo que me dieron las segundas del mes de Noviembre, esto debido a que dentro de unos veinte días mas o menos estaría otra vez de vuelta a mi pueblo, me colmaba de optimismo y alegría y traía como consecuencia que las paredes de mi colegio no se me cayeran encima de mi como otros años, en el que pasé ratos que nunca he deseado acordarme.

En las fechas de que estoy hablando, me aficioné mucho mas de lo que ya era, a la música moderna, estaba muy pendiente de todos los singles que sacaban los conjuntos y otros solistas y casi siempre en mi quehacer diario, entonaba o silbaba alguno canción que me gustaba cantidad y aun en el día conservo esa tradición, y ahora mismo mientras estoy escribiendo este capítulo, un tema de musical de esos años y aquí sentado frente a mi ordenador, rememorando momentos, soy el tío mas feliz del mundo y no he hecho de menos otra cosa.

102

Para que negarlo, en aquellas fechas de primeros de Diciembre de 1.967, la nostalgia por la lejanía de la familia, y las ganas que tenía de ver nuevamente a mi hermanita Lourdes, que ya no muy tarde, tendría que dar sus primeros pasitos en la vida, y yo no los podría ver la primera vez, seguro ya que hasta seguro y ya sería corriendo, para los últimos días del mes Junio del año siguiente que es cuando estaba previsto que acabara la Reválida, que ese año tendríamos que hacer todos los de aquel colegio, me llevaba a algunos día a pasar por alguna crisis de nostalgia y desde cualquier punto en el que se viera la ciudad de Sevilla y su lejanía, yo miraba y miraba como si pudiera alcanzar desde ese punto a mi pueblo y con un salto largo llegara a las inmediaciones del pueblo y también volver nuevamente al instante, con ese pensamiento y mirando el horizonte pensaba en esas tonterías que encima eran imposibles de realizar.

Bueno y qué..., cada uno podía pensar en lo que quisiera, solo así mataba o intentaba matar mi morriña, y algunas veces después de vagar haciendo caso a mis pensamientos, después me sentía mas relajado y pensando que ya no quedaba mucho para volver a sentir los fríos, el hielo y las nieves que seguro haría en mi pueblo serrano.

Tantas cosas he intentado plasmar en estas alturas de mis memorias que no sé si he descrito las pilas donde bebíamos agua en el colegio durante el día, y estaban situadas a la salida de el edificio de la residencia, a la derecha y allí nos echábamos nuestros traguitos para calmar nuestra se y que casi siempre al terminar cada clase, existían tres había que hacer cola para ello, en cada colegio había una y cumplían su función a la perfección.

Y como no me voy acordar, de los famosos bocadillos de mejillones de lata de conserva que los sábados por la tarde y en el recinto del bar y sala de juegos, nos suministraban los compañeros que estaban al cargo del bar, bajo su previo pago, no estoy seguro del precio, pero sería de unas cinco pesetas, esto ya lo he dicho muchas veces, pero era un lujo en aquellas tardes comerse un bocadillito de esos con sus cinco mejillones y empapado el bollito con el aceite y vinagre que sobraba en la lata. Esos bocadillos eran un manjar de Dios, y yo soñaba todas las semanas que llegara el sábado por la tarde para degustarlo, allí sentado en una silla de la sala de juegos y acompañado de una coca-cola doble, que por cierto tenían un sabor también mejor que el de las cocolas de ahora y esto que he contado no lo digo yo solo, me lo han comentado ya varios compañeros de aquel entonces, que aun se acuerdan de aquellos bocadillos de mejillones, que fueron muy famosos en aquellas tarde vísperas de domingo, cuando nuestra máxima ilusión era comernos los bocadillos e irnos luego a ver la película en el gimnasio que hacía de cine.

Muchas tardes y durante el tiempo que duraba el tiempo entre estudio y estudio, durante una hora y media, en el mismo colegio aprovechando el campo de balonmano entre residencia y residencia, formábamos equipos de cinco jugadores y jugábamos un partido y quedaba eliminado el equipo perdedor, el otro seguía jugando hasta que venía otro y lo eliminaba, porque siempre había otro esperando. Esa forma de eliminatoria recuerdo que a mi me gustaba mucho y todas las tardes allí estaba yo, y creo que fuimos los precursores del futbito, que luego años mas tarde tuvo mucha aceptación entre la juventud, bueno esto que fuimos los precursores es una exageración mía, pero algo tenia que poner para acabar este capítulo.

Que bonitos y entrañables recuerdos los que tengo de aquellos muchos ratos, de aquellas vivencias y que nunca las quisiera olvidar, nunca, porque pertenecen al patrimonio de mi juventud, solo mío, cada uno tendrá el suyo, le tendrá mas apego o no, porque cada cual somos uno distinto y pidiéndole a Dios que no haga que mi memoria, los olvide ya que me encanta recordaros y saborearlos.

Por favor, a quien vaya dirigido, no quisiera conocer a ese tipo que le llaman Alzheimer.

103

El recinto universitario estaba poblado en sus alrededores de muchos eucaliptos, y parecía un oasis en el camino de Sevilla a la Uni, a partir de allí y en dirección a Utrera, se alternaban de eucaliptos y olivos, los citados eucaliptos y por medio de su olor característico impregnaba y según la dirección que soplabla el viento un olor característico que se colaba por todos los espacios del recinto y la verdad es que era un

olor agradable, aunque muchas veces lo ocultaba totalmente el olor no tan delicioso del quemadero de basuras y sobre todo si se estaba cocinando la comida del día, pero este efluvio alimenticio, nos gustaba mas la masa estudiantil.

En dirección a Sevilla y a no mucha distancia pasaba el Rio Guadaira, que le deberían haber cambiado el nombre por el de “Negro”, debido al color de sus aguas, parecía que había nacido en unas minas de carbón y siempre que nos desplazábamos a Sevilla, teníamos que pasar por el puente que lo cruzaba.

También y de regreso al Centro desde Sevilla, donde ahora se encuentra si no estoy en un error, un supermercado y la ciudad deportiva del Sevilla C.F. se encontraban un poblado de casitas, muy modestas, que se construyeron, creo que con motivo de la inundaciones en Sevilla en 1.961 por el desbordamiento del arroyo de El Tamarguillo, y al pasar por sus inmediaciones con el autobús, se veían unas casas pequeñitas muy agrupadas y parecidas a chabolas que a mi me impactaron grandemente.

Como ha cambiado todo desde entonces, claro que han pasado ya una montonera de años, la Universidad parecía una isla en la amplitud del mar, ni hasta en Montequinto situado a la orilla en la actualidad, existía ningún edificio y hoy es parecido a una gran ciudad.

El primer trimestre se fue pasando rápido o no tan rápido, pero pasaba inexorablemente y los habitantes que poblaban todos los edificios iguales, que por cierto éramos nosotros, veían ya a la lejanía las próximas vacaciones de Navidad, y todo absolutamente todos, mayores y menores con unas ganas inmensas de recobrar la libertad perdida aunque fuera solo por unos días.

Cuando yo atravesaba alguna vez para ir a mi Colegio, el de San Fernando, me daba cuenta de la extrema juventud de algunos de sus alumnos, niños con trece años y en el que algunos aun llevaban pantalones cortos, y yo creyéndome ya un mayor sentía como lástima de los mismos, como si estuvieran desamparados, solos ante la adversidad y sus problemas, eso me impactaba y con su familia algunos a muchísimos km. de distancia, algunas veces en la actualidad lo pienso y casi no me lo puedo creer

En esas fechas empezaron a surgir revistas de juventud, de música y otras facetas, y en la que en algunas y algunos solicitaban correspondencia, por ello y yo no sé quién fue de mi aula el que entabló amistad con una chica e inmediatamente le contestó remitiéndole una foto adoptando una pose bastante provocativa, cuando nos la enseñó, “flipamos” como se dice ahora, todos, y al poco tiempo muchos tuvimos una foto parecida, yo también me encuentro entre uno de ellos, y encima la conservaba como oro en paño, porque la chica estaba bastante bien, con no mucha ropita, pero el único problema es que era la novia virtual de muchos, en fin tonterías de nuestra juventud. Supuestamente se llamaba Cris, (Cristina podría ser), lo malo es que era la novia de todos.

Yo solo me acuerdo que la llevaba en mi cartera y la tuve que recortar con unas tijeras para que me entrara bien en la misma, y yo tan contento y algunas veces la sacaba y la contemplaba y quizá con intenciones no muy buenas, debido a los ardores que nos rondaban muchos momentos por nuestra cabeza y por lo que no era cabeza.

Me gustaría conservar la foto, quizá alguno de los químicos la conserve, aunque no lo creo, ya que el tiempo lo destruye todo y mas que lo que significa una tontería de adolescente.

Ya estábamos a punto de entrar en el invierno, aunque allí por esas latitudes de Andalucía, yo creo que con mi juventud por bandolera no, sentía el frío, o dicho de otra forma no lo sentía, porque por allí no hacía tanto frío en los inviernos, comparado con aquellos inviernos del este de la provincia de Cuenca, ya metidos en plena sierra, esos sí que eran inviernos en los que las orejas y más las mías que las tenía echadas algo hacia delante y las tengo, había que llevarlas bien protegidas con un gorro, una bufanda o un pasamontañas. Allí en Sevilla yo no lo notaba, los sevillanos no digo yo que no, pero francamente para mí, y mira si no me enteré que ahora mismo no puedo recordar si existían calefacciones o radiadores en las aulas u otros edificios, deberían existir eso me creo yo.

El trimestre acababa y los exámenes estábamos en ellos y ellos con nosotros, y yo aunque me encontraba relajado, no podía conservar la tranquilidad total, siempre me asaltaba una especie de hormiguillo que me rondaba la columna, como si no estuviera lo tranquilo que debiera estar, pero no era ni mucho menos lo del primer año, que entraba en trance en los tres o cuatro días que duraban los mismos.

Fueron terminando todos ellos y yo con la tranquilidad que me daba el haberlos realizado aceptablemente, porque a esas alturas ya tenía la experiencia y la experiencia para saber si los había hecho mal o no y también porque ya conocías los profesores, además ya dije que habíamos tenido un buen plantel de los mismos, así que de momento y a esa altura del curso me las prometía muy felices, por lo menos estaba tranquilo y sin agobios.

Cuando nos quisimos recordar, nuevamente estábamos con nuestras maletas agarradas al asa para que no se nos escaparan y otra vez rumbo cada uno a su destino, mas contentos que unas castañuelas, y a pasar las fiestas de Navidad con la familia, que también se merecían estar con nosotros y nosotros con ellos, aunque fueran solo unos días.

Ese vez, hubo una novedad importante y es que el viaje lo haríamos por carretera, concretamente en unos autobuses todos de color amarillo, pertenecientes a la empresa sevillana “Los amarillos”, no se podían llamar de otra forma, esta empresa aun existe en Sevilla, claro está con una flota mas moderna. Cuando aparecimos en la plaza, el espectáculo era inenarrable, todos los vehículos con un número puesto y nosotros ya sabiendo al número al que nos teníamos que dirigir, una pasada, ya no tendríamos que desplazarnos a Sevilla, para de allí coger el tren especial, era bastante mas cómodo, y cada uno con nuestra bolsa de papel estraza que contenía las viandas para el viaje y con una alegría general, que había que estar allí y ser uno de nosotros para comprenderlo, en fin son de esos momentos que no se te olvidan en la vida y que nosotros tuvimos la suerte de degustar.

Al salir por la explanada de las peceras, giré mi cabeza y contemplé mi torre alta porque no me había olvidado de ella, esperaba su señal, su guiño de ojo a través de una ventana superior, se hizo de rogar la tunante, y cuando ya estaba yo a punto de doblar la cabeza hacia delante y como ya estaba anocheciendo, me dijo “adiós, hasta pronto”, con una lucecita que salió proyectada del interior de la misma. Claro está, como siempre solo nos enteramos ella y yo, era un secreto al unísono y que manteníamos tácitamente. Volví mi cara al frente con la satisfacción de que dejaba una amiga en Sevilla y que

nunca la olvidaría, ni ella a mí tampoco aunque pasaran muchos años. Y este secreto que cuento no me da vergüenza hacerlo publico ahora pasado muchos años, es una ilusión mía.

Esa noche y durante el viaje al centro de la península, fui protegido por mi torre y ella me contó en mis sueños de aquel incómodo autobús, mientras veía pasar luces y mas luces, que quería conservar la amistad conmigo siempre.

Y de hecho la conservo y es el símbolo de mis recuerdos en la Uni.

105

Los viaje en aquellos autobuses también eran muy pesados, quizá más pienso yo, pero también era algo mas rápidos, aunque para nosotros los de Cuenca era un fastidio, porque cuando llegamos a Aranjuez y al dejarnos en el centro de Aranjuez, junto a los famosos jardines y el Palacio, concretamente en el “Restaurante la Rana Verde”, que por cierto aun existe, nos debíamos trasladar con la maleta y otros enseres nuestros a la estación de RENFE, que no estaba nada cerca, en fin que allí nos dirigíamos los cuatro, a saber, Toni, Miguel, Modesto y el que suscribe, poco mas que arrastrando las mismas, hacia el lugar donde tomaríamos el tren que venía desde Madrid y que pasando por Cuenca circulaba en dirección Valencia.

Nuevamente nos encontrábamos en la espaciosa y preciosa estación de Aranjuez, esperando con ilusión la hora que apareciera al final de las vías nuestro tren.

Hago un inciso para comentar, que a mi siempre me han gustado mucho las estaciones de Renfe, con el mismo encanto las grandes porque pertenecen a una ciudad grande, como las pequeñas de los pueblos diminutos y casi sin población y ahora en la actualidad muchas sin viajeros, me gusta su arquitectura de piedra y ladrillos, asemejando a un pequeño palacete de otra época, será porque en mi pueblo de Carboneras había una de esas, las recuerdo con un especial cariño, hoy muchas ya dormidas o muertas en infinidad de pueblos y casi pasando a una especie de olvido y laxitud que será difícil de recuperar, la mayoría asesinadas por la modernidad y los nuevos trenes que pasan volando y no se fijan en nada en lo que aquellos edificios que tanto habían significado, aquellas tenían una magia especial, yo por lo menos los siento así.

En el trayecto a Cuenca, los cuatro contábamos nuestras aventuras estudiantiles y las anécdotas y andanzas en nuestro colegios de la Uni, dentro de una alegría que nos contagiábamos los unos a los otros, hasta a que a la llegada a Cuenca, los tres se quedaban allí y yo seguía viaje, el cual se me hacía ya interminable y muy pesado, es que ya llevaba muchas horas viajando.

Cuando pasé por la estación se Cañada del Hoyo la última antes de llegar a mi destino, una especie de nerviosismo que fluía de mi delgado cuerpo y no sabía pararlo, pero era lógico, iba a estar unos días disfrutando de mi familia y de mi pueblo y amigos, pero sentía unas sensaciones que eran distintas a las que puedo sentir ahora, al hacerte mayor adquieres un poco mas templanza, pero no mucha sobre todo en mi caso.

El tren con un sonido desagradable de chirridos que hacían que tus dientes vibrasen de una forma muy molesta fue parando lentamente, miré al andén y allí se encontraban mis dos hermanos y mi madre con mi hermana en un brazo, la que se tenía

ya derecha junto a su costado, una imagen que nunca he olvidado y que conservaré en el archivo de mi retina por los siglos de los siglos.

Después de los abrazos y besos, pregunté por mi padre y no se encontraba allí, porque ese día no había podido dejar el trabajo e ir al encuentro mío.

Cogí a mi hermana y la abracé fuerte contra mi y la besé con mucho cariño, aun así empezó a llorar, pensando que quien sería ese que se quería apoderar se ella y abría los brazos para volver con mi madre, a lo que accedí porque debía llevar la maleta para casa, ya tendría tiempo de estar con ella mucho tiempo y que me llegara a reconocer como alguien de la familia.

Esa era unas de las consecuencias de estar fuera, el desarraigo familiar, pero ante la ausencia obligada mía, nada se podía hacer, nada mas que creciera pronto y comprendiera la situación, yo estaba muy contento y la miraba absorto y la pequeña de ojos azules me miraba y seguramente pensando que quien sería ese que estaba entrando a su casa con su “mama y chaches” allí a la casa.

Durante los días siguientes la pequeña ya se fue acostumbrando a mi presencia y muy pronto no rehuyó a que yo la tomara entre sus brazos y yo en ese momento era muy feliz.

106

Cuando llegó mi padre del trabajo, ya lo estaba yo aguardando en la puerta de la casa, y llegó a su hora en punto, sabía que yo estaría esperándole, venía el hombre con cara de haber pasado frío durante la jornada, el invierno estaba agazapado y esperando hacer su entrada triunfal con las fauces y garras amenazadoras y cubiertas de hielo y nieves que debían descargar sí o sí por esas latitudes.

Nos abrazamos y cómo no, me preguntó al instante como llevaba el curso y que impresiones esperaba de el, yo lo animé bastante, y además sin contarle ninguna mentira piadosa, pues era la verdad todo lo que le dije, y que de no torcerse que yo no lo creía, no habría ninguna complicación en el desarrollo el curso e inmediatamente y como si fuera ya una costumbre, me dijo que lo esperara, que iba a lavarse y aviarse y nos iríamos para el bar “Lucía” a tomarnos una cañita, y yo mas “ancho que largo” lo esperé, sintiéndome orgulloso de mi padre.

Por el camino me tuve que detener a saludar a conocidos y amigos y mi padre me indicó que en el bar me esperaba y que no tardara mucho, y así lo hice y allí me encontré nuevamente con mi padre y con el orgullo de sentir a mi padre también muy orgulloso de estar junto a mi, ya que mi padre era como un cómplice mío, tengo que decir que toda la vida a mi padre hasta la fecha que murió no hace mucho, nunca lo llamé de usted, él nunca lo permitió, y a mi madre lo mismo y eso yo lo agradecí siempre, debido a eso, mi hijo y mi hija han hecho igual conmigo, porque por supuesto el “usted” siempre me ha sobrado, siempre me pareció que ponía unas barreras en las relaciones de la familia

Llegó el día de Nochebuena, y tuvo la particularidad de que la celebramos siendo una más en la familia, todos juntos, todos felices y en buena armonía y descorchando alguna botella de sidra el Gaitero en la cena y con algún pequeño lujo que esa noche nos podíamos permitir, mas tarde mi padre, mi hermano menor en edad y yo, nos marchamos al bar, mi madre y el hermano menor se quedaron en casa con la chica pequeña y nos tomamos un café con leche juntos y después como había costumbre que

algunos se disfrazaran e iban al bar a proseguir la fiesta, pasamos un rato agradable, aprovechando que a otro día era la Fiesta de Navidad y no había que trabajar.

En la última semana del año 1.967, no nevó en el pueblo, pero como consecuencia de ello y al permanecer los cielos rasos, por la mañana amanecía, con un frío “negro”, como se decía entonces y ahora también, pero frío, frío, había que ponerse todo lo que pudieras encima y hasta me acordé algunas veces del tiempo en Sevilla. Me pasaba el día partiendo leña en el corral, menos mal que teníamos la que nos hiciera falta y mi padre con el camión de Obras Públicas, podía hacer todo el acopio de ella.

Aun así y con las manos heladas y los pies también y con un campo helado, aun teníamos arrestos para jugar un partido de fútbol en el campo de las escuelas, aunque había que echarle valor a ello.

Otra tarde llegó el sobre azul y yo no estaba en la casa y recuerdo que cuando regresé a la misma, mi padre me lo entregó, no sin antes decirme que había suspendido dos asignaturas, y lo que consiguió es que me diera un vuelco el corazón y un buen susto, claro está que a mi padre se le notaban muy pronto las mentiras y lo cacé y empezó a reírse a carcajadas, aun así menudo susto me dio el jodio, y eso que yo sabía positivamente que eso no podía ser.

Porqué eran fiestas de Navidad, pero la vida normal en el pueblo para la gente era muy aburrida y mas con esos fríos que rasgaban tu piel a tiras y se te metían por todos los resquicios de tu cuerpo, la verdad es que la vida en esa estación del año y con las familias metidas en sus hogares nada mas que caía la tarde hacían del invierno, que entonces hacían inviernos de verdad, unas épocas duras y algunas veces se prefería que nevara ya que la temperatura no bajaba de cero grados cuando estaba de esa forma.

Aun así me gustaba mi pueblo a pesar de que el viaje de vuelta ya lo veía llegar otra vez a esta vida mía, cuando aun no le había sacado todo el sabor que yo me prometía.

107

Ya estábamos de lleno metidos en el año 1.968 y había llegado la hora de marchar nuevamente para Sevilla, otra vez mas, joder pensaba yo, que vida ésta, no me hacía ni pizca de gracia, marcharme otra vez y encima para seis meses seguidos, eso era medio año, un mundo, una barbaridad, allí yo dejado a la mano de Dios, claro que tenía a mi torre de color ladrillo que me cuidaba y me infundía ánimos, en fin había que consolarse como uno pudiera, sabiendo que era solo una fantasía, pero eso solo lo sabíamos mi torre y yo.

Así que con todo el dolor de mi corazón y otra vez abrazado a mi siamesa la maleta, dejándome a mi hermana la pequeñita, ahora que ya se dejaba cogerla y poder tenerla en brazos, ahora me tenía que marchar nuevamente, menos mal que el porvenir del curso no lo veía algo oscuro como otras veces, que se le iba hacer, paciencia y mas paciencia, otra vez a luchar contra la rutina y el tedio, contra la disciplina y órdenes y más órdenes, fórmulas y teoremas, la madre que los parió el que los inventó, ya se hubiera marchado al bar en esos momentos de lucidez matemática y haberse tomado unos cubatitas, en fin en esos momentos yo si que estaba delirando.

Todo sucedía igual que siempre, los mismos trenes, las mismas caras, las mismas vías y las mismas estaciones, aunque ya desde Aranjuez volvíamos en autobús, así que una vez bajados en esa ciudad, tuvimos que trasladarnos nuevamente andando y con la pesada maleta a orillas del restaurante la “Rana Verde”, lugar donde estábamos citados para el embarque. Allí nos encontrábamos algunos, bueno todos los que habíamos bajado hace unos días en la estación de tren y todos con caras de funeral, y esbozando de cuando en cuando alguna sonrisa forzada.

Así que nos vimos bajando a los pies de Andalucía, a nuestra Sevilla la de las paredes blancas y los jardines de albero y plantas de jazmines en sus parques, y con su sol y nubes de oro y plata, esto que acabo de decir no lo pensaba yo en esos momentos, mi pensamiento no estaba precisamente para esas poesías, ahora sí, ahora me encuentro inspirado poéticamente.

Todos los autobuses amarillos empezaron a entrar en la Uni, abandonando la carretera de Utrera y llegaron a la plaza central y allí empezamos a bajar cantidad de alumnos agarrados a su maleta y tomando el pasillo central buscando su colegio y con ganas de tomar algo en el comedor e irnos a la cama ya que el cansancio de tantos km. pegados a un asiento había hecho mella en todos y había que descansar por la noche, por la razón de que al día siguiente empezarían sin ningún tipo de piedad las clases otra vez, si querías como si no, a pesar de que amaneceríamos todos con los ojos cargados de morriña.

Cuando subí a mi habitación, miré en dirección hacia donde se encontraba la torre y allí me estaba esperando siempre en su sitio, la miré y le dije “hola torre, aquí estoy otra vez”, en ese momento un minúsculo cometa pasó por encima de ella y yo supuse que esa era la respuesta de mi compañera.

Metido en mi cama y acompañándome los otros cinco compañeros que habitábamos la misma, seguro que nuestro último pensamiento fue el mismo, y cargado de nostalgias, de los buenos recuerdos que ya habían pasado los días atrás, de ese momento solo recuerdo antes de dormirme, la silueta del cura de planta, con su sotana que aun parecía mas negra que nunca, pasar por el largo pasillo y rezando el breviario, que seguro que ya se lo debía saber de memoria, yo me quejaba de mi existencia, pero vaya tela ellos, que vida mas aburrida habían escogido.

Cuando nos despertamos aun no había amanecido, la Uni nos esperaba otra vez, con los brazos abiertos, aunque yo esa mañana precisamente lo que menos deseaba era que me abrazaran.

108

Cuando esa mañana salimos al exterior del colegio, una vez hubimos desayunado, tenía la impresión, que llevaba allí toda mi vida entre esos edificios y paredes, me sentía ya un poco agobiado, pero eso es lo que había, habría que ser fuerte, pero yo me sentía como apretado por una losa que no me dejaba respirar y mi cabeza solo pensaba en la barbaridad de tiempo que me restaba allí, seis meses como seis soles, infinidad de problemas que se encontraban por llegar y que habría que hacerles frente, y lo mas duro de ello, es que la mayoría de ellos los tendría que resolver yo.

Fue duro arrancar ese trimestre, que aun me acuerdo, pero al fin cogí la rutina y una marcha de crucero que se me hizo menos cansina, yo creo que a los demás compañeros les pasaba lo mismo, e largo tiempo que tenías por delante no lo asimilabas

fácilmente, mientras no pasara un tiempo prudencial, sin embargo tus obligaciones con el estudio y los exámenes deberían marchar fluidas, en otro caso, como te descuidaras solo un poco, podías tener serios problemas contigo mismo y con los señores profesores que todos los días te explicaban lecciones y problemas nuevos que deberías asimilar correctamente.

Todo el periodo de aclimatación duró hasta que empezó el primer campeonato de fútbol inter-aulas, ahí terminaron mis problemas. Cuando empecé a correr detrás del balón de fútbol, mi optimismo creció a raudales, ya era otra persona, ya veía la Uni de otra forma distinta, ya tenía los alicientes necesarios para que lo viera todo desde otro prisma distinto.

Una mañana pasando orilla del aula de Delineantes, que era un aula grande y con cristales muy grandes, observé que en las mesas había unas láminas grandes tamaño A3, y yo asomado las intentaba verlas porque me llamaron la atención, algún alumno que yo conocía me indicó que pasara a su aula y que las viera allí mejor. Dentro del aula quedé impresionado, alucinado, madre mía, como pintaban esos tíos, como rotulaban, era todo perfecto, y yo pensé, claro como son delineantes, eso quería decir que si yo hubiera sido delineante, hubiera pintado igual que ellos, en esos momentos esa apreciación mía la ponía en dudas, la verdad es que me gustó mucho ver esas láminas tan bien terminadas, parecían que las habían sacado de la imprenta.

Nuestra aula, al tener el mismo equipo de fútbol del año anterior, iba en progresión, y sin poder aspirar aun a uno de los primeros puestos, vendíamos cara la derrota y ya no éramos ni mucho menos los mismos que antes, costaba trabajo doblegarnos y ya ganábamos bastantes partidos al medirnos a otras aulas del colegio, lo que nos proporcionaba una alegría inmensa.

El mes de Enero, estaba terminando y el último día llegó la fiesta del Patrón de los Salesianos, San Juan Bosco, ya era la tercera fiesta del Patrón que pasábamos la mayoría de los integrantes del Colegio, como pasaba el tiempo, la fiesta seguía siendo todos los años igual, no seguía habiendo novedad alguna en su desarrollo, solo que ese día no teníamos clases, se celebraban competiciones en todos los deportes, había una gran misa celebrada en honor del Santo y nosotros allí de pié derecho en un gimnasio, esperando con paciencia que terminara para ir a dar cuenta del menú especial, al que yo devoraría como león hambriento.

Por la tarde yo me desplazaba al tercer campo, que era el mejor cuidado, para ver el partido de fútbol tradicional de todos los años y en el que se enfrentaba el equipo de fútbol de la selección de la Uni con el equipo segundo del Sevilla o del Betis, y yo me lo pasaba feliz, porque los equipos de Sevilla deberían sudar y mucho para vencer al equipo que nosotros animábamos con fuerza.

Luego mas tarde y después de cenar, íbamos al cine, veíamos una buena película y allí se acababa todo hasta que llegara nuevamente y a finales de Mayo las Fiestas de María Auxiliadora, en el que haríamos igualmente un pequeño parón.

Maravillosos estos día que relato, guardo bonitos recuerdos que nunca quisiera olvidar, allí muy lejos de mi pueblo y familia, pero yo sabía que en esos momentos eran los compañeros de mi aula los que constituían mi familia y que estaban allí para ayudarme así como yo también a ellos.

Las notas del mes de Enero me habían sido altamente satisfactorias, se notaba que estaba metido en mis estudios, antes de empezar el curso le tenía mis respetos lógicos, pero a la altura del mismo, veía el porvenir bastante claro, y llevándolo como lo llevaba, no tendría ningún problema en su resolución, otra cosa sería luego la reválida, que ya empezaba preocuparme algo y eso que aun quedaban unos meses, tiempo habría de prepararla, aun así ya pensaba yo, que las notas de los tres cursos contarían algo. Mi sino ha sido siempre el sufrimiento por adelantado pero no lo podía evitar.

En los primeros días del mes de Febrero, y por casualidad pude observar que mirando al tejado de un colegio, la barra de un pararrayos la veía doble, aunque aparentemente yo pensaba que veía bien, me acerqué al oculista el día que pasaba consulta allí en la Uni en el servicio médico y efectivamente me diagnosticó que padecía una pequeña miopía y que debía corregirla mediante cristales, por lo que debía desplazarme a Sevilla a una óptica para que hicieran unas gafas. En ese momento el mundo se me cayó encima de mí, yo tenía que ir con gafas, y yo en mitad de mi adolescencia, miles de pequeños pensamientos pasaron por mi mente en breves momentos, suponía un golpe bajo para mí. Pero en fin que le iba hacer, otras cosas peores tenía la vida, pero creo que entré en una pequeña depresión y yo ni sabía lo que era eso, pero lo sentía sin saber su nombre. Joder pensaba, “Me caguen la leche si lo sé no había estudiado tanto”, pero claro si no estudiaba tanto, mal asunto, estaba en un callejón sin salida, me suponía un trauma. En fin me tocó, pedir a mis padres que me mandaran un giro postal explicándoles lo que me pasaba y cuando lo recibí, una mañana marché a Sevilla a que me las hicieran, me acuerdo que fui una óptica de la calle Amor de Dios, y escoger unas baratas para que mis padres no se gastaran mucho y claro está, no eran las que mejor me quedaban, ya que eran de color negro y encima las tenía que llevar siempre. Desde entonces ya no me las he quitado, miento, tiempo más tarde y cuando los domingos íbamos a Sevilla al baile del colegio de las monjas, las gafas se quedaban en mi armario de la habitación y eso yo lo tenía muy claro. ¿Y cuando me vieran las amigas de mi pueblo que dirían?, vaya dilema se me presentaba.

Aunque también no todo fue malo por lo de las gafas, cuando me las ponía yo veía algo mejor, sobre todo a lo lejos, y no tardé mucho en acostumbrarme y sentir las como un órgano más de mi cuerpo.

Ese mes a mitad más o menos tuvimos los consabidos y obligados Ejercicios Espirituales, pues estaba yo para Ejercicios en esas fechas, y encima veía mejor y más nítidos a los curas allí enfrascado o acristalado a mis gafas, largas y tediosas charlas que parecían no tener nunca fin, ese año no estaba yo para muchos rollos de esos la verdad sea dicha. Solo cuando se tocaba algún tema sobre el sexto mandamiento, mis oídos se agudizaban y mis orejas se ponían tiesas como las de un perro cazador, para escuchar lo que decía el conferenciante, que si eran gente de la calle aun se podían escuchar, pero si de era algún cura, era mejor no hacerle caso ya que no decía mas que barbaridades, que se nos iban a caer las manos y otras cosas mas, que sabrían ellos, bueno a saber, lo mismo sabían mas que Lepe.

El día 28 de Febrero a la sazón Día de Andalucía, aunque por motivos que ya se sabe, no se celebraba esa Fiesta, pude asistir en Sevilla e invitados, el que quiso ir a un espectáculo para mí interesantísimo y fue el del partido de fútbol amistoso de la selección española que jugaba contra la de Suecia, en el estadio Ramón Sánchez Pizjuan, ganando nuestra selección por 3-1 y yo pasé un rato difícil de olvidar, me lo

pasé en grande, junto a la portería norte, y quedé maravillado con el estadio lleno, con su iluminación, con un ambiente magnífico y encima viendo algún gol de España junto a mis narices, y viendo junto a mi a Iríbar, Pirri, Amancio, Luis, Velázquez y Gento, entre otros, me lo pasé francamente bien, había sido para mí como un premio.

Ya estábamos en el mes de Marzo, ya iba llegando el buen tiempo, los días se empezaban a alargar y la primavera no tardaría en llegar y los días de lluvia también que ojo cuando se lanzaba a caer agua del cielo parecía que llegaba el Diluvio Universal, esos días tenía que permanecer todo el rato entre cuatro paredes y mis ánimos decaían siempre un poco, hoy a mis años, es al revés, me encanta ver llover y mirar los anuncios de el hombre de el tiempo, que ahora ya casi nunca se equivoca.

marca, yo creo que era la única que había a la venta por la sencilla razón que era la que menos costaba en aquel entonces y todo el mundo se dedicaba a tirar humo y mas humo. La verdad es que a mi no me dio por ahí, y puede que la culpa de ello la tuviera el compañero de clase Manuel García Benítez, ya que en unos Ejercicios Espirituales al terminar, repartieron un cigarro rubio a todos los presentes y a mi me lo cambió sin enterarme por un celta suyo que portaba él, lo encendí y cuando me llevé el humo a la boca, encima de 110

Un día mi familia y en una de las cartas que me remitían me daban la buena nueva de que mi hermana ya había dado sus primeros pasos en este mundo, joer lo que hubiera dado yo por estar en esos momentos allí y lo malo de todo es que cuando la viera para allá a últimos de Junio seguramente y casi sin asegurar tampoco me iba a conocer.

Una tarde y con el correspondiente permiso de la dirección del colegio, nos desplazamos a Sevilla, otro compañero químico, que ahora no recuerdo quien es y que le gustaba jugar al fútbol y yo, a comprar un balón de reglamento, previa colecta realizada en el aula entre los futboleros, porque por motivos de que casi no había balones o estaban en mal estado, y siempre cuando organizábamos algún partido, siempre teníamos problemas de balón. Así que compramos uno y nos volvimos tan contentos a la Uni y al mismo pues nos dimos un paseíto por la ciudad que falta nos hacía. Hasta creo que alguna aula nos copió a idea que habíamos tenido.

Entre partido y partido nos comimos el mes de Marzo, y a esas alturas de curso a mi y seguramente a todos ya nos pesaba el tiempo transcurrido desde primeros de Enero que llegamos, mucha gente ya pensaba en las próximas vacaciones de Semana Santa que constituían un oasis a los que marcharían a sus domicilios unos días, otros y entre los que me encontraba yo, seguiríamos entre aquellas paredes y colegios con fachadas de colores que seguía siendo nuestra casa, a mi me daba envidia de los que tenían la suerte de poder irse, y me consolaba con que ya había transcurrido la mitad del tiempo que duraba esa parte de curso.

Llegó el día y se fueron y quedó la Uni semivacía, levitando entre sus espacios nuestros cuerpos como alma en pena, tratando de matar el tiempo como pudiéramos, jugando al fútbol, al balonmano, y yo recuerdo que alguno mas y yo aprovechábamos algún rato en ir al a repasar temas de otros años, ya que no podíamos olvidarlos de las pruebas de Reválida próximas.

Era la mitad del mes de Abril, podíamos salir a Sevilla cuando quisiéramos y eso también te hacía el día más llevadero, menos ocioso, y te comías un bocadillito de

calamares fritos, la verdad es que tampoco lo pasábamos tan mal en esos días en que no tenías una guillotina rondando siempre sobre tu cabeza.

No iban a ser todo noticias buenas en las cartas que recibía de casa, en una de ellas, ponían en mi conocimiento, que mi madre se había caído y se había partido un huesecito de la pierna, al ir a la oficina de correos para ponerme un paquete con alimentos, me llevé un gran disgusto y todo por mi culpa, por ser un tripero, también me decían que no era nada grave, que con unos días de reposo todo volvería a la normalidad, dejándome un poco mas tranquilo, mi hermano tendría que hacer horas extras en el cuidado de la pequeña, que le íbamos hacer.

Habían llegado todos los que estaban disfrutando Semana Santa, ya en mitad de abril y el colegio recobró su vida normal con sus alumnos al completo, con las aulas pobladas y nuestras obligaciones al máximo, pero así todos juntos a mi se me hacía mas llevadero, lo que últimamente lo que no llevaba un poco bien era lo de las misas diarias, cada vez se me hacía cuesta arriba, me cansaban bastante y eso que no eran largas, y la señal es que se me abría la boca muchas veces durante el transcurso de la misma, decían por ahí que en el curso siguiente las misas serían voluntarias, que no estaba nada mal sino bien y de hecho a otro año, la verdad es que no iba a misa, pero alguna vez pasé a la capilla y permanecía un rato meditando y tengo que decir que salía con otro talante, mas reconfortado.

Habíamos entrado en Mayo el mes de María Auxiliadora, el mes del baño en las peceras, el mes en que lo campos se cubrían de flores y destilaban un aroma especial y el mes de los festivales y era el penúltimo mes de curso y como dentro de unos días se celebraba la feria de Sevilla, era para mirar con optimismo el futuro próximo.

111

Era cierto, nuestro futuro estaba muy próximo, el mes de Mayo había que echarle el resto, pero que putada era eso del invento de la Reválida, yo pensaba que lo habían hecho era para fastidiar al estudiante, que bastante tenía con estar interno tantos meses en esa jungla de cristales y ladrillos a la que llamábamos “Uni”. Siempre con la soga al cuello y alguien estirando de la misma, no, nos dejaban estar tranquilos, siempre había algo por lo que sufrir.

Como ya apretaban los calores tórridos de Sevilla, las clases de gimnasia las hacíamos en las peceras, aun no teníamos derecho a disfrutar de la piscina olímpica, hasta el año que viene no tendríamos derecho a ella, en fin ya quedaba poco y luego por la tarde también teníamos cuando nos tocaba al colegio el baño, un rato chapoteando y refrescándonos, al lado de la torre que nos contemplaba y se deleitaba con nuestros chapuzones y con cierta envidia porque un sol de justicia la estaba martirizando todo el día por todos los lados de su estructura.

Los sábados empezaron a celebrarse los festivales en la plaza de los autobuses y allí nos juntábamos toda la masa estudiantil del colegio, una barbaridad de juventud, oyendo los conjuntos de música moderna (Los Polaris), de solistas, (tal como Juan Antonio Herguedas con su prodigiosa voz de grupo de teatro de los distintos colegios, que representaban diversas obras de teatro, de alumnos que se atrevían a deleitarnos con sus números cómicos, (como un tal Cózar) que era un fenómeno, y muchos mas de todos los colegios que sacaban tiempo al tiempo para proporcionarnos una velada

maravillosa. Pasábamos los sábados unas tardes deliciosas con el incomparable marco de la plaza a la que daba majestuosidad la torre que nos observaba desde el frente y la luna que salpicaba de luz el recinto. Como me gusta recordar esos ratos pasados, los tengo muy vivos en mi retina, como si los hubiera vivido ayer, gracias Dios mío por no haberlos olvidado.

Cuando empezó la feria sevillana, los domingos la inmensa mayoría de la Uni, nos marchábamos para la ciudad para la feria, en aquellos autobuses rojos de morro chato, que tenían que estar haciendo viajes continuamente de ida y vuelta para poder transportar a tanto personal, comprimidos en los mismos con un gran bullicio y un sinfín de cantos de cantos estudiantiles, algunos subidos de tono por su picardía, y si se desplazaba algún cura en los mismos, no le quedaba más que achantarse y callarse y hacerse el sordo, a ver que iba hacer el hombre, segurísimo que para sus adentros también se lo pasaba muy bien, ya la que para la masa estudiantil esos momentos eran el escape a tantas horas de permanecer, en llamémosle “represión juvenil” aunque la palabra sea un poco exagerada.

La feria estaba colocada en esas fechas, (en la actualidad la instalan en el Barrio de los Remedios d Triana), en el Prado de San Sebastián, junto a la Glorieta del Cid, y a la caseta del Círculo de Labradores, Consulado de Portugal y también a a la Plaza de España, orilla donde paraban los autobuses que nos transportaban desde la Uni, es decir que mejor no podía ser para nosotros.

Las calles de la feria eran un hervidero de gente paseando de un lado a otro, muchísimo bullicio, mucha gente vestida con sus trajes populares y caballos enjaezados con sus jinetes llevando a la grupa las guapísimas andaluzas, era un espectáculo fascinante, con una animación fuera de lo común, no se podía contar con palabras, era pare verlo y sentirlo, era para estar allí por lo menos una vez en la vida.

Nosotros nos dedicábamos a dar vueltas y mas vueltas, ya que la mayoría de las casetas eran particulares y no podían entrar más que sus socios, bueno pues así pasábamos la tarde, haciendo poco gasto la verdad sea dicha ya que nuestra economía no estaba muy boyante y hacíamos lo que podíamos, sobre todo contemplar cayéndonos la “baba”, y suspirar por tantas chicas con su traje andaluz y que nos parecían todas guapísimas, mirándolas como traspasándolas con nuestros ojos ávidos y juveniles que intentaban salirse de las órbitas.

Existía una caseta que se llamaba “Los económicamente débiles”, que tenía el paso libre y allí nos juntábamos gran cantidad de laborales, a tomarnos algo, era una caseta que llevaba el personal que trabajaba en las instalaciones de la Universidad Laboral

Así pasábamos la tarde y cuando mas ambiente se respiraba en la feria, la hora del regreso nos anunciaba, que nos teníamos que marchar a nuestro retiro sevillano, a seguir con la rutina y el estudio, en aquella mole de edificios inmensos y campos de deportes, que desde el autobús y ya anocheciendo daba la impresión de un pueblo iluminado, siempre me acordaré de esa visión cuando nos acercábamos en autobús a ella.

Aunque ya nos lo habían avisado en fechas anteriores, sobre el de ir pensándonos para tenerlo bien claro, la modalidad de estudio que preferíamos para el curso siguiente, que era seguir por Maestría Industrial o hacer Preparatorio, antesala de una Ingeniería Técnica, con tres asignaturas solamente, a saber; Matemáticas, Física y Química, yo lo tuve desde el primer día muy claro, quería hacer Maestría, porque no me veía capacitado para embarcarme en un curso donde las Matemáticas y la Física no eran mi fuerte precisamente y seguro que pasaría muchos problemas, así que cuando llegó la hora de comprometernos y firmar la solicitud, no tuve problema alguno al elegir.

Los exámenes finales se nos acercaban peligrosamente y sin avisar y uno ya sin saber a que atenerse o mejor dicho a prestarles mayor atención, si a los trimestrales-finales o a la Reválida, claro si no aprobabas todas en lo primero no podías pasar a lo segundo. Yo estaba relativamente tranquilo, el curso me había ido muy bien, mejor de lo que yo aun me esperaba, así que solo había que esperar, aunque sin descuidarse.

Las pruebas de Reválida me tenían algo mas preocupado, era mucha materia lo que abarcaban, eran tres años y lo que me tenía mas preocupado era los dos años anteriores, sobre todo las Matemáticas de 2º, así que aun preparando los exámenes finales del curso, sacaba tiempo para revisar temas de Reválida.

Acabaron los exámenes trimestrales y me puse y nos pusimos todos al repaso de los otros dos cursos, aunque algunos muy pocos de todo el colegio tuvieron que dejar la reválida para septiembre, ya que no pudieron examinarse por haber tenido alguna asignatura suspensa y marcharían a casa cuando así estuviera estipulado para los demás integrantes de la Uni.

Una mañana en el tablón de anuncios del colegio pusieron una nota de la Secretaria de Estudios con la lista de alumnos, que había merecido la distinción de un diploma por su aplicación y sus calificaciones en el curso, entre ellos me hallaba nuevamente yo, me habían concedido un Diploma de Distinguido y me puse la mar de contento, ahora no podía fallar en las siguientes pruebas que eran las mas importantes que hacíamos desde que llegamos a la Uni.

El siguiente sábado fue la ceremonia de entrega de diplomas en la plaza central, con todo el ceremonial de otros años y yo por mi parte mucho mas tranquilo y muy orgulloso por lo conseguido, pero por dentro de mi con una comezón en mi estómago por las pruebas ya muy cercanas que nos estaban esperando y de las que yo no las tenía todas consigo, - “y si fallaba entonces”-.

Un día como otros gran parte de la Universidad tomó sus maletas y se marchó diciendo adiós a la Universidad y a los que allí nos quedábamos unos días mas a pasar aquella prueba amarga que aún nos quedaba.

Los profesores nos habían dado ánimos, haciéndonos creer que no era tan fiero el león como lo pintaban, claro su experiencia tenían ya de otros años, (llegado a este momento tengo una duda en mis recuerdos, es si seguimos recibiendo clases sobre todo de las asignaturas mas difíciles), yo creo que no pero en fin, fuera como fuera, yo lo que anhelaba, era que pasara esos momentos de desazón que a mi por lo menos me martirizaban, como dijo Jesucristo según la Historia, “Señor mío aparta de mi este cáliz”, solo quedaban ya horas para que lo apartara y efectivamente lo apartó.

Estaban programados tres días para realizar los exámenes, de ellos uno para realizar la prueba de nuestra especialidad y seríamos libres y sin carga alguna, y si encima acabábamos triunfantes, aquello debería ser “la hostia en verso”, aunque no me gustaba decir palabrotas, en esos momentos lo necesitaba, y además eso conllevaba el premio de ser ya “oficial industrial”, con los derechos que ello conllevaba.

La noche anterior al inicio de las pruebas no dormí bien y solo el cansancio mental y los nervios me vencieron y caí dormido, pensando que primeramente serían las pruebas escritas y el último día las prácticas de la especialidad.

113

Cuando enfilé el pasillo del aula que me habían asignado para realizar el primer examen, iba como un cordero al cual llevaban al matadero, bastante acojonado, yo ya no recuerdo el orden de las pruebas, solo que conforme iban pasando los exámenes iba ganando en tranquilidad mi persona, cada prueba que pasaba era un especie de victoria para mí, yo las imaginé más difíciles y complicadas, y no fue así, más bien no eran de una dificultad exagerada, aunque en algunas ocasiones y enunciados noté cierta dificultad, pero la jornada de exámenes terminó aceptablemente bien bajo mi punto de vista, aunque yo siempre muy negativo en mi forma de juzgarme y siempre le veía tres pies al gato.

Al próximo día quedaban más, pero según la tónica de cómo habían resultado los primeros yo tenía confianza de que siguieran de la misma forma y así fue, el segundo día, más o menos fue de una dificultad media, vamos que a la terminación de ellos quedé relativamente tranquilo, solo de las pruebas matemáticas, tuve algún fallo en alguna resolución de algún problema, pero pensando que no tenía trascendencia en el resultado final.

A la terminación de las pruebas escritas y conforme fue pasando el día mi optimismo fue creciendo en proporción geométrica, según iba intercambiando opiniones con los demás compañeros míos, eso quería decir que casi podía asegurar que la reválida estaba ya en el saco, a falta de la prueba de la práctica de Laboratorio que sin saber exactamente como iban a ser, nuestro profesor el Sr. D. Santiago Angulo (coincidencia con mi apellido), casi nos aseguró en que iban a consistir, según la experiencia que tenía de exámenes de otros años.

Al día siguiente la prueba en el Laboratorio fue con unas pruebas más o menos como los había anunciado el profesor y venían en un sobre lacrado procedente de la Escuela de Maestría Industrial, y que ahora me acuerdo exactamente en lo que consistían pero debió ser, alguna valoración de un líquido y alguna prueba gravimétrica utilizando el reactivo valorado anteriormente. Creo que más o menos la realizamos todos perfectamente, ya que tampoco presentó demasiada dificultad y habíamos hecho anteriormente muchas como ella.

Cuando salí a la calle, me liberé de los nervios pasados en los días atrás, si hubiera podido chillar a todo pulmón lo habría hecho, pero una sensación de tranquilidad, sin saber aun el resultado, se apoderó de mí, en ese momento había llegado de verdad el final del curso.

Como los laboratorios estaban cerca de la Plaza Central, miré a la torre que sé que me estaba mirando también y observé o creí observar que varios pajarillos de color blanco daban vueltas y mas vueltas a su alrededor, yo esboqué una sonrisa cómplice y bajé henchido de alegría y felicidad hacia el Colegio, al cual ya regresaban también los demás alumnos después de hacer las pruebas correspondientes a su especialidad en los talleres generales.

Por lo general el ambiente y el júbilo que se podía observar en esos momentos era el máximo, la gente explotaba de alegría y optimismo, una vez pasados los días anteriores de nerviosismo y espera.

Sería mas o menos el día 21 o 22 del mes de Junio, cuando nos despedimos todos los que habíamos integrado el Colegio de Miguel de Mañara, llevábamos ya tres años juntos y ya nos conocíamos todos, aunque te juntabas lógicamente mas con los de tu aula, llagada la despedida lo hacías con todos, habías compartido muchos momentos con ellos, eran ya todos como de la familia.

Nos deseamos todos, mucha suerte, y quedamos emplazados otra vez en la Uni para proseguir los nuevos estudios de Maestría Industrial y otros en Preparatorio, y todos marchamos la mar de contentos porque el verano era nuestro, y solo nuestro y nada ni nadie nos lo podría quitar, nos lo habíamos ganado a pulso, y era mucho tiempo algunos sin ir a casa, entre ellos yo, y deseaba disfrutarlo a tope.

114

Esa misma tarde había muy pocos autobuses de “Los Amarillos”, esperándonos a los últimos supervivientes de la “Uni”, allí estábamos solo los que habíamos realizado la Reválida, tanto de Maestría como de Oficialía, los que había eran casi todos los que marchaban para Madrid, entre ellos yo mismo que bajaría en Aranjuez. Los compañeros míos de Cuenca ya se habían marchado de la Uní una semana antes.

Los autobuses iniciaron la marcha con un ruido que a mi me pareció música celestial, como la mejor sinfonía de Mozart, pocas veces en mi vida he estado tan contento, aunque gracias a Dios hasta la fecha, he tenido muchos momentos como esos que vivía y alguno no tan bueno, todo hay que decirlo.

La Uni se quedaba a mis espaldas, cuantas historias se habían quedado grabadas en sus ladrillos, cuantas páginas escritas en sus libros del tiempo, todo gravitando, todo en un estado de laxitud, y nosotros los que habíamos sido sus habitantes todo un curso, dejándola sola y desamparada, ya no sería lo mismo hasta octubre que volvería nuevamente a tener la alegría que proporcionaba tanta juventud con cientos de corazones rebotando dentro de su cuerpo.

Cuando el autobús dio la curva enfilando la calle recta y larguísima de la salida, fijé mi mirada en la torre, en la que muchos otros harían lo mismo, de eso estaba completamente seguro y le dije que hasta pronto, que volvería en breve otra vez a su vera, y ella se cimbrea y yo me percaté del detalle que tuvo conmigo y se lo agradecí.

Llegados por la mañana temprano a Aranjuez el autobús paró en el restaurante La rana verde, y yo unido a mi maleta y otros equipajes me dirigí andando hacia la estación de Renfe, y allí esperé como siempre la llegada del tren correo que iba en dirección Valencia. Tuve que esperar un rato, me compré dos famosas tartas de azúcar que comenta “Jose Luis Perales en su canción Recuerdo un tren”, para comérmelas en

ese momento y un bocadillo para más tarde, porque hasta las tres no llegaría a mi pueblo.

El viaje y aunque iba algo cansado, me resultó entretenido, dentro de las ganas que tenía por llegar y participar de las buenas nuevas que les llevaba y marchaba supercontento, pensando en los largos meses que había pasado dentro de aquellos edificios y campos y que aun oteando la vista y a pesar de las gafas que portaba, no podía observar a mi pueblo, dentro de un rato estaría nuevamente con los míos, disfrutando de su presencia y sobre todo de mi hermana que estaba deseando tenerla nuevamente en brazos.

Había llegado a mi pueblo, y se repetía la misma escena del año anterior, allí estaba mi familia esperando con ilusión mi llegada, abracé a todos y divisé mi pueblo tumbado en la ladera, igual que lo había dejado, eso si con un calor tan grande como el que yo notaba junto a mis seres mas queridos.

A mi hermana la cogí en brazos y la llené de besos, como había cambiado, claro habían pasado seis largos meses, ya tenía dieciséis meses, ya era una moza, pero me extrañaba y hacía por irse de mis brazos, alargando los suyos hacia los de mi madre, pero al final aceptó a seguir junto a mí, yo le llevaba un regalo que compré en Sevilla, ya he olvidado que era, y con eso ya mas tarde seguro que me la gané.

Mi madre ya no se le notaba nada de cuando se cayó, y yo tan contento que me puse, porque en primer lugar era mi madre y segundo porque yo había sido también el causante indirecto de su caída.

Todos me miraban a la cara y se reían de mi nueva imagen con las gafas, aunque no me hacía mucha gracia, pero no podía hacer nada al respecto.

Mi padre no tardó en preguntarme el hombre como me había ido todo, yo le dije que muy bien que el curso lo había aprobado ya que pude examinarme de la reválida y de ésta última aún no sabía nada, pero que creía que muy bien, que ya nos mandarían el resultado por correo dentro de unos días.

Ya estaba en mi casa, ya estaba en mi pueblo, y tenía derecho a disfrutarlo todo, hasta que llegara nuevamente la fatídica vuelta, pero no era el momento de pensar en ello.

115

Seis meses habían pasado, sujeto en el internado, amarrado a unas normas y a unos deberes ineludibles, ahora a disfrutar de mi libertad, que me la había ganado a pulso, con el sudor de mi frente y con el desgaste de mis codos, y con el premio que ya si lo acariciaba, aunque aun no era oficial, hasta que el dichoso sobre azul, viniera con los resultados. Los últimos días habían sido jornadas de muchos nervios, era mucho lo que me había jugado, y aunque tenía mucha confianza en mi, una mala pasada me podía haber traer el destino.

Yo esperando la venida de la carta, me entretenía llevándome a mi hermana a la plaza del pueblo y sentándome con ella en mis muslos, al principio me extrañaba mucho y no hacía mas que volverse y mirarme a la cara, preguntándose y ¿quién será este?, y al cabo de tres días al verme siempre en la casa, y salir todas las mañanas con ella de paseo, empezó a tomar confianza conmigo y reírse de las tontunas que yo le hacía,

también la cogía de la mano y caminaba con pasitos muy cortos con ella un ratito y ella ya tan feliz.

Mi padre estaba encantado conmigo, y se le notaba en su rostro lleno de satisfacción y sobre todo cuando le enseñé el nuevo diploma conseguido, lo miraba y no lo dejaba de mirar, diciéndole a mi madre que había que hacerles un cuadro a los dos, aunque creo que eso nunca se llevó a cabo. Eso sí, mi padre tomó afición a invitarme a alguna caña que otra y muchas tardes y al venir del trabajo, nada más que me veía por la plaza o por la calle principal, ya me estaba llamando para que nos la tomáramos juntos, no podía negarme, lo veía muy feliz, aparte de que ya me estaba empezando a gustarme una cerveza bien fresquita.

Con una puntualidad digna de elogio, antes de que terminara el mes de Junio, se recibió la carta, mi madre la tenía encima de la mesa y yo fui el primero que la abrí y por cierto temblándome las manos. Lo primero que busqué con mis ojos fue el resultado de la reválida, y mi alegría fue inmensa cuando descubrí al fondo de la cartulina, una anotación con el núm. 76 - Notable, casi di un salto que llego al techo, inmediatamente mi madre me dio un abrazo y leía las notas del curso, que habían sido magníficas, a excepción de las Matemáticas que había tenido un seis, en todas las demás ochos y setes.

El objetivo ahora sí que sí estaba cumplido, ahora sí que podía respirar a pleno pulmón y mi corazón aun en esos momentos desbocado, latía con una taquicardia benigna que me anunciaba momentos y ratos de mucha felicidad.

Esperé ansioso a mi padre sentado en una silla, con mi hermana a cuestas, revolviéndose en mis brazos y yo mirando a cada instante por la calle donde debía aparecer, hasta que lo vi venir con su mono de trabajo de color gris y al verme allí en la puerta, se lo imaginó y noté como aligeró el paso.

Le entregue la cartulina y la leyó y se volvió al momento y me dio un abrazo y no me dijo nada más, lo único es que le esperara en la puerta que nos íbamos al bar, su procesión de pascua iba por dentro.

Esa tarde mi padre sí que se desbocó, yendo hacía me dijo “esta tarde la liamos gorda”, entre sed que traía el pobre y la alegría que le proporcionaron mis notas, la cerveza corrió como nuca, yo no sé las que nos tomamos, pero fueran unas cuantas, menos de cuatro seguro que no, mi padre estaba eufórico, por todo, también para que negarlo por los vapores del alcohol, que como no podían salir por ningún sitio se marcharon a algún de su cabeza, tengo que decir que yo me notaba mucho más eufórico aún, mi cuerpo podía decir que estaba virgen en esas lides y en las otras tengo que decir sin ningún tipo de vergüenza que también.

Cuando volvimos a mi casa íbamos un poco templaditos, y no volvimos cantando por poco, nos faltó una o dos, sino a otro día habríamos estado en boca de todo el pueblo, sin embargo mi madre nos echó la bronca en plan cariñoso, venga a decir “Anda que el que os haya visto que habrá pensado”, contestándole mi padre “y a mi qué”.

Tantas horas de estudio, tantos sufrimientos y malos ratos y los nervios pasados en esos días de exámenes, puedo testificar que sí, que había merecido la pena.

Cuando pasó toda la euforia, la vida siguió su curso normal, yo había ya saludado esos días a mucha gente que conocía, había visto a casi todos mis amigos, y también alguna amiga, que se sorprendieron al verme con gafas, y pensé yo, vaya castaña, ahora que estoy en la edad del pavo, ahora que me gustan todas y yo con estas gafas de caca, en fin tenía que hacerme la idea, sino estaba perdido completamente

Un amigo me dijo un día que si quería trabajar, le pregunté que donde y me dijo que en una fábrica de maderas, le dije que ya le daría resultado a otro día. Yo no lo tenía tan claro lo de trabajar, yo lo que quería era divertirme y no hacer nada pues ya había

hecho bastante y solo deseaba pasar las vacaciones de la mejor forma posible. Pero luego fríamente ya me asaltó la idea de que a lo mejor no era tan descabellada, que tendría tiempo para todo para divertirme y lo demás. Lo consulté con mis padres y no dijeron ni si ni no, sino todo lo contrario, así que la decisión la tomé yo, ya que pensé que un dinero no me vendría tan mal, tampoco sería un trabajo muy pesado. El caso cuando me encontré a mi amigo y le expuse mi determinación de trabajar, fuimos a la fábrica en cuestión y sin más a otro día estaba trabajando. La verdad es que tampoco era un trabajo muy pesado y duro. Casi consistía por completo en llevar tablones finos de madera de un sitio a otro y recoger la madera que sobraba de las cortadoras y serradoras, en fin el dinero no te lo daban en balde, se podía aguantar y yo el curso siguiente con poco que ahorrara lo pasaría un poco mas desahogado en Sevilla.

Todo perfecto hasta que cobré la primera quincena, la Ministra de Hacienda de mi casa, me hizo pasar por las oficinas de recaudación y casi todo lo que había ganado quedó bajo la custodia de las arcas del Estado, ¿coooooo?, con esto no contaba yo, me las había prometido muy felices, pero mis pensamientos habían sido masacrados por la autoridad competente, en fin era lo que había por aquellos entonces.

El caso es que ahorré un poco y cuando llegaron las fiestas de San Roque en Agosto, todo lo que tenía yo ahorrado lo dilapidé y ahí se acabaron mis aventuras con el trabajo, además buscaron a otra persona que se quedara mas tiempo, ya que yo tendría que ir dentro de poco, así que me encontré otra vez ocioso, pero contento.

Aun así, nuevamente me enteré de que al día siguiente y ya en el mes de Septiembre vendría unos camiones de un pueblo de Valencia a recoger de los corrales donde se guardaban las ovejas, todo el desperdicio de ellas, almacenado en el suelo para abono en los campos de naranjas y que había una persona que estaba reclutando gente para ese menester, la persona del pueblo que me informó, me dijo que iban a pagar cuatrocientas ptas. por día, eso era un magnífico jornal, yo no me lo llegaba a creer, cuando en aquellos tiempos se ganaban ciento cincuenta al día como mucho. Así que me dirigí corriendo al bar que era donde estaba esa persona y me apunté. El tiempo previsto sería de cuatro días, y como ya estaba apuntado me dirigí a mi casa loco de contento y ¿que pasó a continuación? pues que el Ministro de Hacienda se puso aun mas. Joer siempre me topaba con ese organismo del Estado.

Trabajé mucho esa es la verdad, pero mereció la pena. Al segundo día y enterado que necesitaban mas operarios para terminar en los cuatro días previstos, convencí al encargado para que contratara a mi hermano que era tres años mas joven que yo, trabajo me costó pero al final accedió, gracias a mi testarudez. Y allí estuvo mi hermano también que casi podía con las espuelas llenas. Resumiendo cuatro días yo y dos mi hermano, total dos mil cuatrocientas pesetas, un capitalazo y la Ministra de Hacienda no la había visto en mi vida tan contenta en mi vida, y mi hermano ya sabíamos lo que nos esperaba cuando llegamos al hogar, la jefa se encontraba extendiendo su mano en la

puerta de la casa. Después tuvimos los dos lavándonos con jabón y estropajo muchos días seguidos, el olor se nos había quedado incrustado en la dermis y epidermis.

Me iba quedando menos, veía a lo lejos el final de mis vacaciones, pero ya lo veía, y dentro de poco, no mucho, otra vez la rutina llamaría a mi puerta, mi cuerpo y mi mente que ya se había olvidado de tener los nervios siempre en vilo, tendrían que acostumbrarse nuevamente

Ese era el sino de mi vida y de otros tantos como yo, que seguro no lo habrán olvidado.

117

Había tenido de todo el verano, pero los ratos espléndidos se acaban pronto como todo lo bueno, lo no tan bueno parece que no se va acabar en la vida. Unos días antes de marcharme nuevamente para Sevilla, preparé mi maleta tranquilamente para que no se me olvidara nada, con la ayuda de mi madre que me preparó toda la ropa bien planchada, ignorando luego como llegaría, aunque no era una cosa esa que nunca me había preocupado mucho, siempre he sido en ese aspecto bastante despreocupado por mi aspecto, algún año mas tarde y cuando pude, me dejé el pelo largo y era bastante anárquico en mi vestir, aunque con mi madre siempre detrás de mí diciéndome que fuera bien aviado, pero la edad era la y edad y eso no había quien lo parara.

El día 1 de octubre cumplí los diecisiete años, y llegué a pensar que la juventud luego a luego se me iría escapando de las manos y eso llegó a preocuparme, aunque quedaba un poco para ello, quería disfrutarla al máximo, aunque me marchaba a un lugar en el que tampoco la podría disfrutar mucho que digamos.

Por un lado sentía irme a los pies de España, por otra no, mi pueblo ya se me quedaba pequeño, allí ya lo tenía todo muy visto, hombre había alguna chica que me hacía algo de tilín, quizá mas de una, lógico estaba en mi edad, pero yo ya necesitaba nuevos aires, claro que en la Uni siempre corrían los mismos vientos, los cursos y los años pasaban y a uno le daba la impresión que no habías cambiado y eras siempre el mismo, pero no era así, se te iba modelando a pasos agigantados una nueva personalidad que ya sería tu compañera durante toda tu vida posterior.

Así que con mi maleta y mis diecisiete años de equipaje tuve por enésima vez que dejar a mi familia en aquel pueblo recostado en la ladera y marcharme, del que hoy pasados una infinidad de años lo recuerdo con mucho cariño y alguna vez que otra doy alguna escapada y paseo por donde yo corría en mis años jóvenes y esto mismo me pasa por los sitios en los cuales mi vida ha permanecido algún tiempo anclada. Aunque muchos con los que he charlado sobre el tema de los recuerdos y las añoranzas no estén muy de acuerdo conmigo y me dicen que la vida es el presente y el futuro por venir y el pasado olvidarlo en el cajón del sastre. Por ello algunas veces he recibido alguna crítica, al empezar una frase “en mi tiempo.....”, y me han contestado “tu tiempo es ahora”, o le respeto la opinión, pero no la comparto del todo. Yo lo que si puedo asegurar es que guardo un grato recuerdo de mis otros tiempos, lo siento.

Esta vez sí, me acompañaban mis amigos de Cuenca, todos con las mismas ilusiones y temores, todos con una juventud floreciente y a prueba de bombas y no sé si preparados mentalmente para someterse nuevamente a la disciplina, a las sotanas negras de los curas a las miradas serias de los profesores, al toque hiriente de la

sirena y el ver pasar los días monótonos bajo el cielo gris con que algunas veces nos obsequiaba Sevilla.

Ya estábamos junto a los márgenes del río Tajo, y a la vera del palacio Real de Aranjuez, precioso lugar para esperar a los autobuses amarillos que procedentes de Madrid nos recogerían para transportarnos durante horas y horas, primero por las extensas llanuras de la Mancha, mas tarde por los desfiladeros de Despeñaperros y por último por las bastas campiñas pobladas de olivos y algodón de Andalucía.

Ya era de noche cuando hicimos nuestra entrada al recinto de la Uni, lo primero que divisamos fue la torre nuestra, allí estaba enhiesta entre las sombras, solo con una luz en lo alto para mostrar su presencia. Al pasar por abajo al lado de las peceras, y como yo no quitaba ojo de ella, la luz hizo como un amago de apagón, los que en ese momento estuvieran mirando se pensarían que se apagaría, yo no pensaba eso, yo si sabía por lo que era.

A los que íbamos hacer Maestría ya nos indicaba en unas cartulinas allí puestas cerca, que nos tendríamos que dirigir al Colegio Alfonso el Sabio, ya nos lo imaginábamos que sería así, aunque no hubieran puesto ningún papel. El Colegio se encontraba justo enfrente del Miguel de Mañara, donde habíamos pasado los dos cursos anteriores, al otro lado del pasillo central y junto a los tres gimnasios y campos de fútbol principales, siendo los vecinos el Colegio San Fernando y el Fernando de Herrera.

Pasado poco tiempo nos encontrábamos acomodados en nuestras habitaciones y todo dispuesto en nuestro armario giratorio verde, y metidos en la cama. Mañana sería el primer día en la Uni del nuevo curso. Dios nos amparara, nos hacía falta.

118

Cuando nos despertamos a las siete y cuarto de esa mañana, algunos aun pensábamos que estábamos en la cama de nuestra casa y solo al mirar con los ojos semicerrados a nuestro alrededor y escuchar el sonido lacerante de la sirena, nos dimos cuenta que nuestro status había cambiado nuevamente de posición, un lastre muy pesado se apoderaba de ti, debías en ese momento de sentarte en la cama y dejar que poco a poco tu nueva situación equilibrara tu balanza interna y una vez hecho a la idea, caminar como un autómeta al que le dan cuerda y dirigirse hacia los lavabos donde otros autómetas como tu, y sin saber aun donde estaban se perdían como absortos con una mirada extraña sin saber aun lo que hacían allí, solamente cuando la fría agua del grifo regaba su rostro impulsada por sus manos, entonces era cuando volvía a la cruda realidad.

Eran esos momentos cruciales, y aunque vagamente yo los recuerdo con una sensación amalgamada de nostalgia y mal sabor, recuerdo también que inevitablemente una vez lavado y aseado, lentamente me dirigía a los amplios ventanales del lavabo y miraba a la lejanía, con una mirada plagada de morriña y nostalgia y en dirección a las últimas casas de Sevilla, queriendo encontrar en mi caso las laderas de mi pueblo, y aunque sabías que era imposible, tu mirabas por si acaso.

Al bajar y sentir el ruido de las puertas batientes del comedor abrir y cerrarse, con el mismo chillido que producían siempre y te lastimaban tus oídos, eran como una repetición de otros años, las mismas sensaciones de dientes largos, aleado con el mismo olor del café con leche, las mismas mesas de cuatro, las mismas sillas y las mismas marmotas (nombre cariñoso dado a las chicas de servicio), vestidas de azul que nos

servían dejando encima de aquellos armarios alargados de aluminio, las cafeteras también de aluminio llenas de la mezcla humeante y que terminaba por despejarnos.

Tengo que decir que esa mañana a mi no me entraba la mantequilla, se me hacía un nudo en la garganta, pero había que superar ese trauma mañanero de adaptación a todo lo que ya sabía de memoria y también lo que pasaría minuto a minuto durante todo el día, era como la “crónica de una muerte anunciada” del famoso escritor García Márquez, salvando las distancias.

Esa mañana no hubo clases, lo dedicamos a ir a Vestuario para proveernos de la ropa que teníamos asignada para el curso y también ir al aula que sería la nuestra durante todo el año, y en la que esa mañana también los curas nos entregarían los libros de texto, a cada aula los de su especialidad y los comunes para todas.

En nuestra aula ya todos juntos, echábamos de menos a los que habían escogido el curso de preparatorio y formaban parte de otras aulas con otros de otras especialidades, éramos un total de unos treinta alumnos, que elegimos el camino mas fácil, yo por lo menos lo había tenido muy claro, por falta de valentía, tal vez, pero yo sabía mis límites.

Íbamos a estar en familia, mejor, existiría un contacto más cercano con los profesores, con nuestro entorno, además ya con tres años juntos éramos como una familia muy unida.

Lo que quedaba de mañana la dedicamos a revisar los libros con ese aroma especial que despedían en esos tiempos los libros nuevos, ahora ya no es igual, o puede ser que como llevo ya tantos años sin oler un libro de texto, ya no lo sé apreciar, también nos dedicamos a contar nuestras batallitas y anécdotas del verano, y daba gusto estar juntos oyendo lo que decía el historiador de turno, en un ambiente de camaradería, compañerismo y hermandad que era una bendición.

Hacíamos también elucubraciones, sobre quién serían nuestros profesores, pero nadie sabía lo mas mínimo, al otro día ya nos iríamos enterando poco a poco según tuviéramos la primera clase, pero todos coincidíamos en que mientras no nos asignaran al Sr. Cota en Tecnología y el Sr. Aradillas en Dibujo, ya sería un gran triunfo, los demás nos daban lo mismo porque de Química dábamos por hecho que nos asignarían a D. Guillermo.

Las cartas estaban sobre la mesas, ahora deberíamos saberlas jugar sobre el tapete verde, yo por lo menos me sentía moderadamente optimista y veía el porvenir cercano tan claro como lo estaba esa mañana de octubre del otoño recién iniciado.

119

En tres días mas o menos ya supimos los nombres de los profesores que nos habían asignado, y aparentemente y con consultas a otros alumnos de otras aulas que habían tenido ya alguno en otro curso, no pintaba nada mal la cosa. Ni el Sr. Cota ni el Sr. Aradillas traspasarían la puerta del aula que ya era un gran triunfo, en Dibujo nos habían asignado a D. José Jerez Alcaraz y en Tecnología al Sr. Sánchez Ramade que había estado el año anterior, en Matemáticas a D. Antonio Espejo Gutierrez, en Laboratorio a D. Cándido Brieva, en Química como no a D. Guillermo García Ramos y nosotros encantados con ello, los demás aparte de que no me acuerdo, no tenían relevada importancia y no nos preocupaba quien fuera.

Así que en una semana nos encontrábamos todos ya a toda máquina, clase tras clase y prácticas tras prácticas con el nuevo curso. Yo me sentía moderadamente optimista, con mucho respeto sobre todo a las Matemáticas, a las que me propuse atacarlas con seriedad desde los primeros días y sorprenderlas yo en vez de que me sorprendieran ellas a mí, y así fue no quise nunca que ningún tema se quedara entre alfileres, aun así yo pensaba que los exámenes al ser problemas que a lo mejor nunca habías hecho, podían tener una dificultad añadida.

Del personal religioso del colegio, solo ha quedado en mi recuerdo el nombre del Director del Colegio, D. Manuel Feijoó, para mí una gran persona, como cura y como director, te hablaba siempre como un amigo y se interesaba por tus problemas, a mí por lo menos me dejó huella.

En los cinco años de colegio y mas o menos veinte curas con nosotros de educadores, fue uno de los mas admiré en todos los años de internado, en lo que hubo de todo.

Voy hacer un inciso breve a estas alturas de este diario, sobre algún hecho al parecer protagonizado por algún cura y en relación a algún delito sobre abuso o agresión sexual a algún alumno de la Universidad Laboral. Tengo que decir que yo en mi estancia no oí, o no llegó a mi conocimiento nada de ello, solo algunas veces algún comentario escuché sobre si alguno era mariquita. Hace ya unos años y en reuniones con compañeros si he podido saber que hubo algún caso de posible agresión sexual, por algún desalmado. Yo ya digo, no me enteré de nada, así que de esos presuntos delitos no puedo opinar, pero que de ser ciertos sería una mancha demasiado negra en la historia eclesiástica de la Uni, aunque tampoco sería justo catalogar a todos bajo esa condición.

Hablando de curas y de misas, ese curso, estábamos libres de ir a ella, quiero decir que no era obligatoria la asistencia, era totalmente voluntaria, yo generalmente no asistía, aunque alguna vez, no muchas eso es cierto si lo hice.

Ya teníamos diecisiete años todos los del aula, éramos muy jóvenes aún, pero ya no teníamos catorce años recién cumplidos y eso se notaba, ya que en el primer año, alguno llegó a la Uni en pantalón corto, y ya con nuestra edad del pavo en decadencia, en medio de una revolución cultural en lo que se podía y aunque aun la revolución política estaba por muchas razones sobre todo una, muerta, a nosotros ya nos gustaba vestir de otra manera, como por ejemplo con pantalones de campana. Ya se veían alumnos leyendo revistas que se compraban en los kioskos en Sevilla, cuyos comentarios y reportajes hacía tres años no se editaban, creo que eran “La gaceta ilustrada” y “La actualidad española”.

Yo me acuerdo que algún alumno comentaba sobre la revolución de Mayo de 1.968, y de los sucesos de París. En fin, había varios factores que iban cambiando nuestras opiniones, nuestros gustos y nuestras ilusiones, entre ellos la música, sobre todo el rock y los temas musicales de cantautores con contenido reivindicativo, que eran la bandera de muchos de nosotros, aunque por supuesto la censura impuesta muchas veces cortaba las alas a los mas liberales.

Eran tiempos maravillosos, era la edad que te pedía acción, era la edad que mirabas a las chicas de otra forma, era la edad única para disfrutarla, para vivirla y nosotros en aquel internado, pronto tendría que llegar nuestro turno, era necesario y vital.

Aun así, y con nuestros pensamientos libertarios rondándonos nuestras cabezas, lo mas normal es que la rutina y el aislamiento en aquellos bloques y bloques a cielo abierto y lo peor muy lejos del mundanal ruido, te llevaran a un estado de laxitud como si tuvieras la cabeza debajo de un ala, por lo general no te enterabas de nada, solo algún comentario aislado que cogías al vuelo y que al final se perdía entre un bosque de ellos y que no llegabas a adivinar si eran verdad o mentira.

Los domingos cuando salíamos a Sevilla ya disfrutábamos de más tiempo libre, pero daba exactamente igual, al final Sevilla ya la tenías muy vista, muy corrida por todos lados, tu cuerpo te pedía marcha y que marcha tenías en el horizonte, si no te dejaban entrar a ningún sitio, no tenías la edad, en esa edad no tenías edad para nada, y si la hubieras tenido, a las diez de la noche ya tenías que estar casi en la cama en la habitación de tu encierro, como si fuera la celda de un fraile, antes porque eras joven y ahora porque eras joven pero eras menos, el resultado era el mismo, tu vida mas o menos seguía siendo la misma. Tu misión era dar vueltas y mas vueltas, por si la lotería te agraciaba en conocer alguna chica sevillana que estuviera con tus mismos problemas y eso era muy difícil y sin embargo algunos tenían esa suerte, como se las arreglarían, yo de todas formas no era muy ligón que digamos, mi timidez aun por esas fechas me tenía encadenado, aun así hacía mis pinitos pero sin resultado apreciable alguno, habría que tener paciencia, pero la paciencia no te quitaba el hambre y la sed, por lo menos a mi.

Las tardes que jugaba el Sevilla en el Sánchez Pizjuan, me daba unas vueltas y luego me dirigía al estadio y también con el arma de la paciencia, esperaba por las puertas hasta los diez minutos últimos, momento en el que las abrían y me introducía dentro y aun veía junto a un vomitorio cerca de la portería los minutos que quedaban, y tuve la suerte de disfrutar con algún gol de Lora, Eloy o Berruezo, pero cuando visitaba el Real Madrid o el Barcelona el estadio, la misión era imposible, estaba todo ocupado, hasta las escaleras de acceso y con vista al estadio.

Otras tardes y en compañía de algún o algunos compañeros, nos dedicábamos a pasear por la Plaza de España y Parque de María Luisa, y ya cansados de estar allí y pasar la mano por la pared, nos marchábamos a orilla de la calle Sierpes y nos metíamos al colesito uno de los famosos bocadillos de calamares, que eran una delicia y ya después otra vez marcha atrás hasta la Glorieta del Cid para coger uno de aquellos autobuses que nos transportarían otra vez a nuestro particular destierro.

Cuántas horas perdidas en nuestra vida, paseando por Sevilla sin saber donde ir y sin saber que hacer, cuantos ratos perdidos, pero no teníamos otra solución, o salir o pudrirnos entre los muros de la Uni viendo programa tras programa de la tele en blanco y negro que se encontraba puesta en un armario alto y así pasar la tarde, y esa era la elección nuestra, esperar el lunes otra vez para comenzar una nueva semana llena de clases, olor de sotas negras y también en el laboratorio con olor a anhídrido sulfhídrico y otros ácidos.

Pero yo todo lo curaba dando patadas a un balón, me podría pasar horas y horas jugando al fútbol, me evadía de los problemas y de mis recuerdos y añoranzas.

El mes de Octubre estaba en su postrera agonía y el mes fúnebre de Noviembre llamando a nuestras puertas, nos encontrábamos haciendo exámenes como siempre, que manía les teníamos, que pesadez, toda nuestra vida escuchando enunciados de preguntas y problemas y uno a ver por donde les metías mano.

De todas las formas, el curso prometía no ser muy duro, no nos crearía muchos problemas a primera vista, y así fue, para mi fue un curso tranquilo y cómodo, sin sobresaltos, y mejor sin profesores “huesos”, pero habría que pasarlo, pero mejor era así que estar “encabronado” todo el año haciendo láminas y estudiando de memoria.

121

El compañero de aula Julio Fernández Saiz, q.e.p.d., “alias” Julius Napolitanis, apodo que le sacamos de una película vista en el cine de la Uni, en compañía de alguien mas y con el visto bueno de las autoridades del Centro, formó un grupo de universitarios del colegio, para que por las sábados por la tarde se desplazaran a la localidad del extrarradio de Torreblanca de los Caños, situada a las afueras de Sevilla, al objeto de llevar alimentos de primera necesidad y ropa a los suburbios que por allí existían, y remediar en lo que cabía a las necesidades urgentes de aquellas pobres gentes. Yo le acompañé dos veces, había que ir por supuesto andando y con las bolsas que se habían recogido en la Uni, a través de caminos y campos, y entregarlos a las familias mas necesitadas y dejar algunos en la parroquia.

Para mi y para los demás que alguna vez fueron a ello, supusieron una experiencia que nos afectó en lo mas hondo de nuestro ser, al comprobar la miseria que existía no muy lejos de la Uni. A partir de esa experiencia creo que nunca ya he osado quejarme por ninguna alimento, sabía positivamente que mientras yo me quejaba había mucha gente que cogería al vuelo, los alimentos de los que yo me estuviera quejando, ya no protestaría nunca jamás por eso, no podría tener valor para ello. Sentí asimismo la satisfacción y la alegría, que me llegó al alma de muchos niños pequeños cuando en sus manos depositábamos las chocolatinas que apretaban con fuerza en sus manecitas. Tampoco ya nunca me quejé de las judías y trompitos laborales, no podía protestar por ello lo mas mínimo, yo me consideraba ya un agraciado con mi situación de suerte.

Yo normalmente llevaba las gafas puestas todo el día, hacía caso a lo que me dijo el oculista, pero claro está cuando jugaba al fútbol las dejaba en el aula, porque yo aparentemente veía bien, solo a lo lejos tenía cierta dificultad, por ello ante cualquier acción que yo las necesitara por ejemplo practicar algún deporte y cuando marchaba a Sevilla, en plan de ligoteo, me sentía yo mas seguro sin gafas y no las portaba por supuesto, de todas formas, ni llevándolas o llevándolas puestas, me iba lo mismo, mira que eran duras las “piitas” sevillanas (palabra que decía el compañero Pikins, cariñosamente, a las chicas), no se dejaban ligar las muy jodías, eran mas duras que el pedernal, o también que sería lo mas seguro es que a nosotros o por lo menos a mi me faltaba arte.

Cuando llevábamos ya unos dos meses, conocíamos bien a los profesores nuevos que nos había tocado en suerte, el de Dibujo calificaba muy bien las láminas, pero la verdad es que todos dibujábamos ya a esas alturas aceptablemente bien y yo lo puedo comprobar ahora por la razón de que conservo la gran mayoría de las láminas que confeccioné en la Uni, así que el camino lo teníamos allanado en esa asignatura que no era poco. El profesor de Matemáticas era un buenazo, se pasaba y mucho de bueno, no es que fuera un profesor de élite, pero nosotros éramos ya perros viejos y cuando hacíamos algún examen y decía que había que ir ya entregando los folios, en ese momento y en un revuelo monumental, nos los pasábamos y copiábamos los resultados y el desarrollo completo del que no habíamos hecho y algunas veces aun bajaba alguno por las escaleras y en la puerta de entrada al colegio le entregaban el examen, así quien

era el guapo que se atrevía a suspender. Por lo demás ya no había ningún tipo de problema, aunque no nos daban nada regalado, por supuesto había que trabajárselo.

Yo ya tenía ganas de las vacaciones de Navidad, cada día que terminaba se me hacía mas pesado que el anterior y menos que el siguiente, menos mal que en este curso no teníamos la dichosa revalida, que descanso sentíamos todos con esa circunstancia, pero ya faltaba poco y entonces día a día veríamos un porvenir mas claro, los autobuses que se pondrían en fila en la plaza estarían esperándonos deseosos de ocupar sus plazas

Ya me veía empinando una copa rebosante de sidra y brindando con el resto de mi familia, en esos momentos que nunca he olvidado ni olvidaré

122

En el laboratorio, empezamos con las gravimetrías y volumetrías, allí embutidos en nuestras batas blancas y con el manejo de todos instrumentos químicos, con una soltura inimaginable, claro ya llevábamos tres años e íbamos a por el cuarto, siempre en la misma aula doble que la habían convertido en laboratorio químico, con todos los adelantos y aparatos de vanguardia y que a medida que pasaron los años como en todas las especialidades ha pasado, ahora son totalmente anticuadas, y hoy en la actualidad, todos los procesos de laboratorio que practicábamos, una serie aparatos los realizan en un abrir y cerrar de ojos y con una exactitud que no eres capaz de creer.

Pero allí nos sentíamos como pez en el agua, y las dudas se las consultábamos al profesor Sr. Brieva, que amablemente nos las explicaba y nos enseñaba todos los pasos del proceso.

La clase de Tecnología del profesor Sr. Sánchez-Ramade, se hacía muy amena, a el citado profesor su mayor obsesión era que sus alumnos estuvieran en silencio, mientras daba clase, primero porque deseaba que comprendiéramos toda la tecnología que era muy extensa y relativa al funcionamiento de aparatos para la industria química, porque se notaba a la legua que era un apasionado de esa asignatura.

Cuando faltaban diez minutos antes de terminar la clase, sacaba un libro de un escritor alemán llamado Hoffman y ordenaba a uno de nosotros que leyera un capítulo, el libro por supuesto trataba de química y sus aplicaciones en la industria.

Buen profesor, joven y moderno, con su acento andaluz y las eses que las convertía siempre en zetas, así que tenía un gracejo muy particular y cuando nos revolucionábamos un poco exclamaba “callaroz mañana ezamen”, y nos callábamos rápidamente.

Una mañana apareció en el aula con un zapato distinto en cada pie, y nada mas entrar nos dijo “zeñores traigo un zapato diztinto el uno al otro, tienen un minuto para reirze, ezo zi , luego no quiero oír ni una mozca, sino le pondré un zero al que ze ría”. El primero que empezó a reírse fue él, y tímidamente lo hicimos todos después, miro el reloj y cuando se cumplió e minuto, hizo una señal, desde ese momento allí no se oía ni respirar.

Años mas tarde me enteré que había muerto en la ducha, al resbalarse y darse un fatídico golpe en la cabeza, una lástima, yo lo apreciaba bastante, para mi era un gran profesor y un buen amigo de todos nosotros.

En la clase faltaban por haber pasado ese año a las clases de Preparatorio, Ramiro, Faustino, Ballesteros, Chaves, Medina, Molinero y alguno mas que se me ha podido pasar, porque la memoria va teniendo ya algún fallo que otro, alguno de ellos nos comentaba que el cambio era muy grande, (ya que también pertenecían nuestro colegio), aunque solo había tres asignaturas, claro que ahí estaban toda la flor y nata de las distintas aulas.

Me lo pasaba muy bien cuando nos íbamos a clase de gimnasia, cuando me ponía el chandall me transformaba, aquel chandall de color azul precioso, que me hubiera gustado conservar, como ya he visto que alguno lo conserva, el último que nos dieron y que creo que lo entregaron para el periodo de dos años y que era de una clase de tela con fibra-espuma, poniendo en su espalda, “Universidad Laboral” y en cambios de domicilios posteriores de mi familia fue extraviado. Disfrutaba de lo lindo corriendo, haciendo tablas gimnásticas, haciendo saltos de triple y longitud al foso, me lo pasaba francamente bien y deseaba que llegara la clases de gimnasia semanales. El profesor D. Manuel “Blume, que lo tuvimos casi todos los años y aunque tenía el ceño muy serio, era un cachondo mental, tenía un humor muy inteligente.

Solo nos faltaban hacer los exámenes trimestrales, ya se acercaba otra vez el unirnos a nuestra querida maleta en el viaje deseado, ya tenía ganas otra vez de ir a ver a la familia y pasar unos días en el pueblo, ya faltaba poco.

123

La verdad es que el curso estaba resultando muy tranquilo, no vivías ni muchos menos en un estado de nerviosismo continuo, tenías algunos momentos que debías dar el do de pecho, pero sin el sinvivir de algún curso anterior que a veces se hacía inaguantable, ahora la mayoría del tiempo la pasábamos con un relax, que hacía que tu vida resultara cómoda, y a verlas venir.

Casi sin pensar y casi sin darte cuenta, estábamos ya escuchando villancicos por el sistema de megafonía que existía en todas las dependencias del edificio de la residencia y eso ya te transportaba al ambiente que muy pronto vivirías en tu pueblo dentro de nada, en esos pocos días que se te hacían la mar de largos entre examen y examen, solo al hacer el último tu mente se descargaba por completo y solo pensabas en el momento que subirías al autobús para largarte en un viaje que parece que no terminaba nunca.

Ayer precisamente, que casualidad y en una escapada a Valencia desde mi domicilio de Sagunto, acompañado de mi esposa, que por cierto también se llama Vicenta, observé en una avenida y aparcado un autobús de Los Amarillos, y aunque parezca mentira, noté un leve escalofrío en mi espina dorsal que me duró un segundo y dejó en mí una sensación de nostalgia que me llenó en un momento de tristeza y otro de un recuerdo que me hizo transportarme a esos autobuses que cogíamos en la plaza de la Uni, y nos llevaban a nuestros domicilios, aun sigue esa empresa de alta con el mismo negocio, y mira los años que han pasado, en fin hay queda mi apunte.

Precisamente y después de realizados los exámenes, nos veíamos otra vez subiendo los escalones del autobús, rumbo a casa, con unas caras llenas de una alegría inmensa, que hacía contraste con la que nos caras largas que nos veríamos los unos a los otros, cuando en cuestión mas o menos de quince días tendríamos al volver.

Los autobuses y en una larguísima fila, emprendieron la marcha para distintos rumbos, con multitud de juventud, con los mismos problemas y las mismas ilusiones y la misma alegría que se contagiaba. Los que fuimos “laborales” en esos años, tuvimos esa forma de pasar nuestra adolescencia y juventud, de esa forma dando saltos y saltos, de alegrías y gozos a otras de saltos de tristeza y pesar, pero era nuestra bendita juventud y que aun estando interno, hacíamos lo posible para ponerle buena cara a la noche y convertirla en día.

Los autobuses iban dejando “lastre”, con perdón, alumnos, en diversas paradas, nosotros los de Cuenca, y algunos mas de otros pueblos cercanos a Aranjuez, bajábamos en “La Rana Verde” y allí nos esperábamos el que llegaba antes y luego agrupados, nos desplazábamos a la estación de tren, después de un largo trecho andando con nuestras maletas que aun pesaban lo suyo y allí a coger el tren, el enésimo tren, que ya nos sabíamos el recorrido de memoria, pero en ese viaje, locos de alegría de volver a la ciudad ellos y yo a mi pueblo, y digo mi pueblo aunque no era así, yo había nacido en Cuenca, orilla del río Júcar, pero yo en esa edad consideraba mi pueblo como lo mas importante, ya que casi anteriormente, había vivido no en Cuenca, sino a unos tres km. de la ciudad.

En la estación de Cuenca, estaban los familiares esperando a Toni, Modesto y Miguel, yo seguía en el tren, saludando a los padres desde la ventana del compartimento y con unas ganas locas de que llegara el tren, son momentos inolvidables que no he olvidado ni olvidaré nunca, estoy seguro de ello, esa memoria que tiene mi pendrive cerebral, la tengo con mil seguros y libre de virus, para saborearla cuando quiera.

Era la repetición de las escenas de otros años, y también se convertían en una rutina, en una rutina maravillosa, pero al fin y al cabo rutina, esperándome mi pueblo, postrado en la ladera de la colina con el edificio de la iglesia, que era el último edificio a la derecha y siempre igual sin cambiar de aspecto, solo el frío que ya se dejaba entrever, lo noté al bajar las escaleras de tren y me mostró sus fauces con una gélida bienvenida.

124

Y parecía que fue ayer cuando me despedía de mi familia, pero ya habían pasado casi tres meses, cuando yo las tenía otra vez junto a mi, abrazando y besando a todos. Mi hermana me reconoció o por lo menos se dejó llevar en brazos y me miraba y se reía, y yo mas contento que nadie. Ya estaba en mi casa de la C/ Falange, sentado en la mesa comiendo con todos, saboreando las comidas que hacía mi madre, y mi padre no dejaba de preguntarme cosas relativas a los estudios, tenía obsesión el hombre y yo lo comprendía perfectamente, quería lo mejor para mí, yo lo tranquilicé diciéndole que no se preocupara, que muy mal me tenían que irme las cosas para que me suspendieran. Aun así me dijo que tenía que seguir igual y no dejar de estudiar ni un solo momento.

Las Navidades en mi pueblo, eran siempre iguales, con un frío que se te metía hasta en los huesos y que te invitaba a estar siempre junto a la estufa de leña y también con algún día de nieve, pero nieve en abundancia, no como ahora, de todas formas yo era “culo de mal asiento”, me abrigaba bien y me iba a dar vueltas al pueblo y por la tarde a jugar partido tras partido, aunque estuviera nevando, en un lugar en las inmediaciones del pueblo y que se había acondicionado para ello y que se llamaba “La Casilla”. El campo era mas grande y me gustaba mas porque al ser mas espacioso cogía

el balón y hacía lo que mas me gustaba, correr con el balón por la banda, por eso luego jugué de extremo algún año mas tarde.

El día de Nochebuena, con pollo asado procedente del corral que teníamos anexo a la casa y tortilla de patata, vino, dulces y sidra, cenamos todos juntos, una maravilla poder estar todos unidos esa noche. Luego me iba a juntarme con mis amigos, porque en el pueblo siempre se formaba la típica fiesta protagonizada por las mismas personas, que recorrían el pueblo acompañados de la música de la guitarra al que apodaban “Guitarro”, acompañados de otro con un acordeón que ahora no logro acordarme de su nombre y parando en muchas casas a tomar, anís y probar los rosquillos que se hacían para esas fechas.

Exactamente pasó lo mismo el día 31 del mes, el día que dejamos el año 68 y entramos en el 1.969, el año en que yo llegaría a mi mayoría de edad en octubre cuando cumpliera los dieciocho años, madre mía que mayor ya, pensaba para mi, como se había pasando el tiempo, y llegue pensar que no quería que se pasara tan rápido, aunque cuando recalara nuevamente en Sevilla otra vez dentro de unos días, esos pensamientos cambiarían nuevamente, la vida de todos nosotros era un lío, al final ni tu sabías lo que deseabas en esos momentos de tu vida.

Antes de lo que yo hubiera querido, me encontré otra vez junto a mi maleta en la estación de Cuenca, en unión otra vez de Toni, Modesto y Miguel, mi familia ya se había quedado en Carboneras, añorando mi regreso que no se produciría hasta mitad de Junio, pero era peor pensarlo que pasarlo, tus ánimos no podían flaquear en esos momentos, había que pensar que degustabas casi los mejores años de tu vida, de esa vida que florecía en ti, con toda la fuerza e ilusión y no podías desperdiciarla, y vivir cada segundo y cada minuto como si fuera el último.

Por eso tomamos el tren los cuatro y aparecimos en la estación de Aranjuez, cuantos recuerdos tenemos todos de esa estación, es ya como un símbolo nuestro, como si fuera de nuestra propiedad.

Llegamos con nuestras maletas al punto donde esperaríamos a los autobuses que nos trasladarían directamente a la Laboral, no sin antes consumir horas y horas en aquellos asientos bastante incómodos por cierto y que hacían que llegáramos reventados a nuestro destino.

Ya de noche llegamos a Sevilla, la Uni nos esperaba con los brazos abiertos, nos echaba de menos, a mi la que mas me echaba de menos era mi Torre y yo a ella, porque una vez fuera del autobús y en la plaza, y al dirigir mi vista a la torre, una luz se encendió y apagó en la última ventana, yo le contesté con un “Hola” y marché con mi maleta para el Colegio Alfonso el Sabio, que ya se iba poblando de muchos universitarios con las mismas esperanzas e ilusiones y problemas que uno tenía, que a decir verdad eran bastantes.

125

A otro día por la mañana ya estábamos dando clases, aquí no se desperdiciaba el tiempo para nada, nos lo habían dicho y recordado, desde nuestro ingreso los curas de todos los colegios, “No perdáis el tiempo” y de verdad que no lo perdíamos, no nos podíamos escapar por ningún sitio, los curas de cuando en cuando pasaban por las clases para haber lo que hacíamos y mandaban estar en silencio total, cuando llegaban a

sus oídos cierto rumor de conversaciones, la disciplina había que cumplirla al máximo y el silencio sobre todo en las horas de estudio era sagrada.

Como yo nunca he fumado, y por supuesto ya no tendré esa costumbre o vicio, no me acuerdo si a esa edad, la mía, se permitía fumar en el colegio, yo me supongo que a esas alturas sería que sí, porque creo recordar que eran muchos que cuando terminaban las clases y ya en el exterior del colegio, sacaban un paquetito de tabaco en cuya portada venía impreso un vikingo o un soldado medieval de color verde, con una espada en lo alto y en el cual se podía leer, Celtas, todo el mundo fumaba esa que casi me atraganto, su sabor me supo a cuerno quemado o que se yo, y lo tiré rápidamente, consecuencias, yo no volví a fumar nunca mas, lo tenía bien claro, él me engaño, sí, pero al mismo tiempo me hizo un favor muy grande, te estaré siempre agradecido Manolo, aunque posiblemente y con toda seguridad, con el sabor del rubio lo hubiera hecho igualmente.

Pronto empezaron los campeonatos de fútbol, otros deportes y juegos de salón con motivo de las fiestas de San Juan Bosco, recuerdo esos días con mucha nostalgia, aun ahora que han pasado ya muchos años, en aquellos campos de fútbol magníficos, y cuando corría sin cansarme y podía estar horas y horas detrás del balón, que tiempo aquellos, cuando el sabor de la victoria te sabía a gloria y antes de jugarse el partido y en el estudio, no hacías mas que mirar el reloj, que ese día marchaba mas lento que ningún día y luego con el corazón encogido a la hora que Miguel Pareja Sánchez, salía a la pizarra para poner con la tiza la alineación que esa tarde se batiría el cobre para dejar bien alto el honor del aula.

Yo seguía apuntándome a muchos juegos, aunque con resultados no muy satisfactorios, lo mío era el fútbol, y esa era mi afición principal, y lo vivía de una forma apasionada, seguidor del Real Madrid de siempre, ahora también, pero los años me han hecho ser mas crítico con el equipo, cuando tengo que decir alguna vez que ese día los jugadores han sido unos gandules, lo digo esté donde esté y caiga quien caiga, y algunas veces se han enfadado conmigo hasta mis hermanos, que le perdonan todo.

En los juegos de salón y en lo que se refiere al ping-pong, yo me defendía, pero tardaba mucho, cuando caía eliminado, y eso que ponía toda mi sapiencia y coraje, había algunos que jugaban como profesionales, vaya tíos, como dominaban la paleta, que muñeca tenían tan prodigiosa. Recuerdo como si fuera ahora mismo las finales de cada campeonato, eran siempre los mismos los que se la jugaban, uno de mi clase, al que quiero y aprecio como un hermano, Francisco Santos Gómez, "Pikins" y el otro que recuerdo su cara, pero no el nombre, y las finales eran épicas, era todo un espectáculo presenciar una partida entre ellos, los mentados si que se acordarán muy bien de aquellas partidas.

Enero estaba acabando, no sin antes disfrutar el último día del mes, de día de San Juan Bosco, aunque yo casi de lo que mas me acuerdo era de la comida especial que la Uni nos obsequiaba ese día y es que yo en esas fechas era un glotón y un tripero, y no me da vergüenza decirlo, ni para qué a estas alturas.

126

El mes de Febrero fue pasando rápido, aunque monótono y lánguido, sin casi acontecimientos que reseñar, así que solo nuestra misión era estudiar y estudiar y

esperar a que llegara el sábado a mediodía para que las clases terminaran y llegara el tiempo de asueto, y en el que si no tenías alguna afición deportiva, supongo que lo pasarías mal, yo por suerte no tenía ese problema, el fútbol me salvaba, pero tampoco hacía ascos a cualquier especialidad deportiva que se organizara y me faltaba tiempo para apuntarme a ella.

Una tarde pasó por el aula el director del Coro al cual le llamaban cariñosamente “El Piano”, no me acuerdo el nombre, podría ser el coadjutor salesiano D.Luis Rivas reclutando gente para cantar en el coro y allí me tienes haciendo cola con algunos compañeros mas en los pasillos de la residencia del colegio, y entre ellos algunos de mi aula.

El tiempo de espera antes de hacer las pruebas de voz dentro de la capilla, yo me sentía nervioso, vaya tela, pues bien empezábamos, el caso es que cuando pase, noté que me temblaba un poco la voz, aun así no haría muy mal el canto de “Vayamos jubilosos”, ya que me seleccionó para pertenecer al coro, con la categoría de tenor. Por lo menos ya tenía otra actividad en la cual entretenerme. A otro día tuvimos los seleccionados que ir a la sección de vestuario a recoger una chaqueta azul con un escudo de la Universidad Laboral bordado en el bolsillo delantero y yo salí tan contento. Claro después, vino la parte negativa de todo ello, mientras algunos estaban a “la bartola” en el tiempo libre, los del coro teníamos que estar de ensayo y venga ensayos, para que nuestros cantos estuvieran más o menos acertados.

Me acuerdo perfectamente del canto de una sardana que se llamaba “El Ampurdán”, y también de una canción que cantábamos el coro en algún festival en alguna iglesia sevillana que se llamaba “Jerusalén” y que era del compositor Verdi.

Algunos domingos el coro nos desplazábamos a alguna iglesia sevillana y amenizábamos la misa del domingo con nuestros cantos y después en la sacristía o en el centro parroquial nos invitaban a un ágape, el cual constituía para mí el mejor momento de la mañana.

Un domingo e invitados por el Colegio Salesiano de Algeciras, nos dirigimos el Coro a esa ciudad para cantar en la misa y claro que cantamos y sobre todo comimos después, yo creo y no me equivoco, que en la vida que llevaba hasta ese momento, no había visto unas mesas con tantos manjares, para mí y seguro que para todos fue apoteósico, así que cuando acabó la misa, afilé los dientes convenientemente y me puse como el “kiko”, no podía perder esa oportunidad que me había brindado mi vida y sobre por haberme apuntado al coro. En fin un domingo que nunca olvidaré, recuerdo el lugar con una visión clara y nítida.

También reseñaré que los aplausos de los fieles que llenaban la iglesia cuando terminó la Misa, hicieron que mi cuerpo experimentara unos escalofríos que tampoco olvidaré, fue una sensación única.

Por todos esos momentos y por el honor de llevar la chaqueta de la Universidad Laboral, mereció la pena pertenecer al Coro, fue una experiencia maravillosa, única.

Lo que si siento es que no poseo ningún recuerdo fotográfico de mi paso por el coro de la Universidad, una pena, en fin que le vamos hacer.

De regreso, paramos en Cádiz y también experimenté otra sensación pero de otra forma y manera y fue el frío que pasé en esa ciudad, en mi vida y eso que soy de Cuenca, creo recordar que no he pasado tanto frío, con el viento cortante y que procedía del océano y que rasgaba la piel, que frío Dios mío.

He comentado en el capítulo anterior que el mes de febrero se estaba pasando anodinamente, sin sobresaltos ni nada de nada, pero llegada la madrugada del día 28 de Febrero de 1.969, concretamente día de Andalucía y que no se celebraba por motivos obvios, aun no había llegado la hora de las libertades en España, ni por supuesto en aquella región, un acontecimiento vino a turbar la noche y los nervios de todos los habitantes de la Uni que en esos momentos dormíamos plácidamente, ya que unos ruidos secos y como si sonaran unos tambores lejanos nos despertaron sin saber lo que realmente estaba pasando, fueron fracciones de segundo, ya que empezaron a temblar las paredes y los edificios, nadie sabía que estaba pasando, solo que algo gordo y anormal estaba sucediendo, en aquella cuarta planta de los dormitorios, las paredes palpitaban y todo se movía, la papelera dio unos pequeños botes y salió rulando por la estancia y la torre de la Uni se movía perceptiblemente con un pequeño vaivén, fueron segundos, hasta que alguien dijo “ un terremoto” y entonces la desbandada fue general todo el mundo buscando el pasillo y las escaleras que conducían al exterior. Me acuerdo como si lo estuviera viviendo ahora, la salida de todos dentro de una especie de pánico general, fue bastante ordenada, aun cuando las barandillas rojas de las escaleras temblaban como si estuvieran meneadas por una inmensa fuerza.

Cuando alcanzamos el exterior, todos nos reunimos en el centro del Campo de fútbol situado en medio de las residencias de los colegios San Fernando y Alfonso el Sabio, allí donde sabíamos que allí estábamos seguros, aunque ya el pequeño o gran seísmo había terminado.

El asusto había sido morrocotudo, algunos se reían de la movida, pero yo pienso que era una risa nerviosa que quería aparentar serenidad y valentía, pero yo creo que era del canguis que tenían, porque no entendía nadie de esa clase de fenómenos naturales y todo el mundo daba su opinión, los curas vengamos a pedir serenidad, pero claro ellos también estaban acojonados.

La tranquilidad empezó a llegar poco a poco, pero a ver quien era el guapo que se iba a la cama otra vez, eso era harina de otro costal y mas cuando alguien al parecer que se las daba de entendido en esos amagos de siniestro, dijo que los terremotos siempre tenían repeticiones, aunque si con menos intensidad que la primera.

Sobre la hora aproximadamente, las autoridades eclesiásticas dijeron que se podía ya subir a los dormitorios, ya que el frío en la calle era manifiesto, aun estábamos en invierno, pero todo el mundo no estaba por la labor, bueno el caso es que al fin la gente subió nuevamente a las habitaciones, con un acojono general, pero subimos y quien dormía en esos momentos, pues nadie seguro.

Sobre la hora aproximadamente y cuando ya pensábamos que todo había pasado, pasó lo que tenía que pasar, pues que un nuevo temblor y con los mismos ruidos que empezó el otro, hizo temblar el edificio otra vez, no con tanta fuerza como la primera, pero tembló, vaya que si tembló. Todos otra vez bajando las escaleras al patio, algunos ya se lo tomaron con mas tranquilidad, diciendo como que los edificios eran fuertes no hace mucho tiempo construidos y que no iba a pasar nada, como así fue.

Ya no recuerdo bien, que pasó después, pero si hubo alguna repetición más no nos enteramos. A otro día y por los periódicos supimos lo del terremoto y sus consecuencias y algunas las pudimos ver, sobre todo por los coches que abandonaban la ciudad de Sevilla por la carretera de Utrera.

Todo terminó en anécdota, pero el miedo que pasamos casi todos, por no decir todos no nos lo quita nadie.

El resultado del seísmo y sus consecuencias se notaron en la noche siguiente y en las que vinieron después, todas las noches al apagar los curas las luces de los dormitorios, los más cachondos, gritaban “terremoto, terremoto y se formaba el cachondeo padre, y los curas no sabiendo como cortar la juerga general que se organizaba.

128

El trimestre iba pasando cómodamente, y en lo que se refería a los estudios, progresaba adecuadamente, sin altibajos y sin sustos, como me supuse muy cómodo y sin sustos, todo lo tenía calculado, iba sacando buenas notas pero tampoco te las regalaban, había que currárselo, la verdad es que fue para mí el mejor curso de todos, el más tranquilo y viéndolas venir siempre.

Llegaban las vacaciones de Semana Santa y eso generaba, que todos los que no teníamos la suerte de ir a ver a nuestros familiares, nos quedaba la disyuntiva de averiguar en que íbamos a matar el tiempo y por consiguiente el ocio de esos días que sobraban, pensando en “que podríamos hacer” para no aburrirnos.

En los colegios quedaba poca gente y muchas veces el aburrimiento era casi total, y si no estabas con el balón, pasabas el día por algún lugar tumbado o yo que sé, ya ni me acuerdo.

Un día me dijo el compañero Agustín Moreno García, “Gus”, años después flamante y valiente luchador sindical de Comisiones Obreras que llegó a los puestos máximos en el engranaje de ese sindicato, muy culto y sobre todo una gran persona y yo lo digo con conocimiento de causa, porque me he juntado con él varias veces, bastantes años más tarde, y me dijo que si aprovechábamos el día y nos íbamos a la localidad de Alcalá del Río a pescar, y yo encantado acepté la proposición, aunque no había practicado nunca ese arte, solo del de los cangrejos de río allá en mi pueblo. El caso es que por la mañana, desayunamos todo lo que pudimos en el comedor del colegio y también no se como nos las apañamos para conseguir algún bocadillo también y nos marchamos para Sevilla. Alcalá estaba a pocos kms. de la ciudad, pero para ir andando no por supuesto, así que decidimos ir en auto stop, por ello nos encaminamos a la salida de la ciudad junto al Cementerio General, donde nos pusimos a hacer “dedo” y como eran otros tiempos, poco tuvimos que esperar para viajar al citado pueblo. Agustín llevaba la caña y el morral con todos los artefactos de pesca y yo llevaba la bolsa con los bocadillos. En poco tiempo estábamos en el río Guadalquivir, junto al pueblo de Alcalá y orilla de un puente, donde se encontraba bastante gente pescando. Así que nos pusimos manos a la obra, bueno se puso él, ya que yo era la primera vez que hacía eso. Los gusanos para ir pinchados en el anzuelo los había buscado el día anterior por el entorno de la Uni y la verdad es que no sé como se apañó.

Al principio no tuvimos la suerte de agarrar nada, hasta que cambió de táctica y me dijo que íbamos a pescar al “robo” y eso consistía en imitar a los pescadores que había por allí y era que el hilo grueso de nylon, le ponía dos o tres anzuelos grandes y sin cebo y los lanzaba al río con un trozo de plomo y tiraba fuertemente de la caña, por lo que rara era la vez que no sacaba una carpa o algún barbo, ya que el río debía estar sobresaturado de pesca.

Pasamos el día entretenidos, la pesca se la dábamos a los muchachos que había por allí y nosotros tan contentos.

En fin vivencias de esos tiempos que han quedado en el recuerdo de nuestro pasado, aquel pasado juvenil que pasamos en aquel rincón andaluz y que algunas veces añoramos.

Creo recordar también que otro día dos desplazamos la localidad ribereña de la Puebla del Río, también a pescar, pero no tengo ni idea como se nos día el día, en fin pasábamos el tiempo como podíamos, hasta que el curso de reanudara nuevamente.

129

Nuevamente la Uni estaba al completo, las clases lectivas y la vida universitaria se desarrollaba con toda normalidad, además el buen tiempo había llegado y se había acompañado de la incipiente primavera llena de luz, color y aromas sevillanos a azahar de los naranjos plantados en los jardines de todos los colegios y también como no, de los aromas de los jazmines que procedían de los miles de parques de Sevilla, aleados con los de las incontables flores que poblaban los inmensos prados de los alrededores del recinto colegial.

La Uni estaba preciosa, como siempre, pero mas en ese tiempo, cuando la estación se despertaba a la vida, también mi vida y la de muchos mas se encontraba en lo mejor de su historia y que nadie me discuta eso porque no se lo voy aceptar, esa edad a los diecisiete años, era sin duda lo mejor de nuestra vida, plena adolescencia, fuerzas a raudales, ilusión plena, futuro próximo y que entonces ya ibas pensando en el, querías comerte el mundo como fuera, aunque luego fuera el mundo el que te comiera a ti, pero tu eso ni lo pensabas ni tampoco lo imaginabas, mientras tanto allí estábamos labrándonos un porvenir entre aquellas paredes anaranjadas-rojizas de los colegios, y que en esas mañanas entre clase y clase y con las ventanas abiertas que dejaban entrar miles de aromas, nuestra mente, mas de una vez se transportó con nuestro consentimiento, y sin hacer caso a las palabras huecas del profesor de turno, a otro mundo, a otra realidad distinta a la vida que no muy tarde cambiaría para nosotros y entonces seguro que nos acordaríamos de esos momentos vividos en nuestro internado, cierto es que nos íbamos acordar y bastante, sobre todo muchos años mas adelante.

A esa altura de curso y cuando ya estábamos rondando el mes de Mayo y por mediación del querido profesor de Química D. Guillermo García Ramos y que en paz descansa el hombre, se las medió para que algunos sábados visitáramos algunos fábricas y empresas químicas que tenían mucho que ver con la especialidad que estábamos estudiando y su tecnología química. Y así fue, yo no sé cuantos pasos tuvo que dar para organizarlas y estar todos a punto para cuando nosotros llegáramos. Una de las primeras que visitamos y que recuerdo perfectamente, fue la empresa de tratamiento de aguas para abastecimiento de Sevilla y que se encontraba en la subida al Carambolo junto a la carretera de Huelva, y nosotros tan contentos, visitamos todo el complejo de saneamiento, sus estanques y todo el proceso de depuración y potabilidad del líquido elemento. Pero tengo que decir que no íbamos de turismo no, había que ir provisto cada uno de carpeta, folios para tomar nota de todo para luego más tarde confeccionar un informe lo mas completo posible y con datos de todo lo visto y asimilado y ello sería calificado por el bueno de D.Guillermo

Era un día de asueto, fuera de la Uni, fuera de nuestro monótono entorno, pero también era como una clase de química mas, bueno mucho mas interesante, instructiva y además de la que teníamos que desarrollar un trabajo calificado con nota.

Hicimos varias mas en ese tiempo, una de ellas la S.E.O. la Sociedad Española del Oxígeno, donde fue muy interesante ver las propiedad de los gases que allí se fabricaban y comprobar sus propiedades y realizamos experiencias con la licuefacción del oxígeno y nitrógeno.

En ese curso aun tuvimos oportunidad de visitar la cerámica de la Cartuja, en el mismo Sevilla y en el mismo lugar donde años mas tarde se celebraría la Expo-92, allí no s enseñaron los procesos de fabricación de las cerámicas, vajillas y demás objetos y a mi me impresionó mucho los pintores y pintoras que desarropan su labor en esa época de pintar con una paciencia y un pulso que era digno de admiración.

Esas visitas a mi y a todos nos encantaban hacerlas, era como un oasis en la rutina, aparte de que también, en alguna de ellas nos obsequiaban con un aperitivo que no nos venía mal a nuestras bocas, que deseaban salir de los trompitos y judías a “la Uni”.

Para esas fechas y no sé como llegó a nuestros oídos, un domingo por la tarde nos desplazamos a Sevilla, a hacernos un carnet para poder asistir a un baile que organizaba un colegio de monjas, allí nos desplazamos unos cuantos alumnos y conseguimos el carnet que nos autorizaba a ello, así que desde esa tarde teníamos esa opción de divertirnos, y la noticia se propagó como la pólvora, pero pronto se cerró el grifo, los primeros que llegamos fuimos los afortunados, y allí nos vimos bailando “suelto” y “agarrado” con las chicas de nuestra edad y que se encontraban estudiando en aquel colegio, y con la mirada atenta de las monjas vigilando que no nos sobrepasamos lo mas mínimo, so pena de ser expulsado, menos daba una piedra. Todo duró hasta que los compañeros del aula San Millán y Ballesteros se empeñaron en aporrear un piano que había por allí cerca y que estaba terminantemente prohibido, y el resultado fue que nos quitaron el carnet a todos los laborales, así que otra vez a patear a patear calles y a buscar casi lo imposible, en fin anécdotas.

130

Estábamos ya cerca del mes de Mayo y oteábamos a la lejanía el deseado fin de curso, y entre festivales, las fiestas que se avecinaban y como ese año gracias a Dios no había reválida, y que el curso iba viento en popa, mi situación anímica general, nunca había ido mejor.

Los baños en las piscinas que poseía el Centro ya se encontraban en funcionamiento, ese año ya los de mi colegio no debíamos ir a las “peceras”, subíamos de grado, nos bañaríamos en la “olímpica” que estaba detrás de la torre, una buena piscina, aunque no sé si era de 25 o 33 mts. de largo, con su trampolín y todo, y allí los grandes nadadores se ejercitaban en sus estilos natatorios y también se daban la vuelta de campana tirándose del trampolín. A mi el nadar no era que me gustase mucho, yo era mas de tierra, pero a nadie le venía mal un baño y sobre todo en esas tardes que hacía tanto calor, aparte la verdad que también me daba un poco de miedo sobre todo cuando me deslizaba por la parte de donde mas cubría.

Allí se celebraban las pruebas y campeonatos de la Uni de Natación, y había muy buenos nadadores, entre ellos uno de mi aula, Gerardo Camarero Pérez, de Lamiako y que falleció no hace mucho, (un recuerdo para él), y aunque no era alto ni mucho menos, la velocidad que imprimía a sus piernas y a sus brazos, le hacía codearse

con los mejores nadadores, yo la verdad es que lo envidiaba. No hace mucho y en algunas de las visitas a la Uni, pasé por orilla de esa piscina y aunque ponía un letrero que no se podía pasar, yo pasé y pude observar el estado de la misma, todo muy descuidado, si no hubiera sido porque aun quedaba el hueco de donde estaba la piscina, el estado desvencijado del trampolín así como el escudo de la Uni que a duras penas se veía y que estaba situado en el fondo de la misma, no la hubiera visto, me dio pena de verdad.

El día 24 de Abril, los que quisimos en mi colegio tuvimos la oportunidad de asistir gratis al futbol, jugaba la selección nacional contra Méjico en el Sánchez Pizjuán, y allí estaba yo como iba a faltar, animando nuevamente a la selección, aunque esta vez no pudimos saborear la victoria, empataron a cero, pero yo por lo menos lo pasé muy bien, viendo a las figuras del fútbol, los mejores de cada equipo, un espectáculo grandioso para mi.

Ahora que me acuerdo, comento que y no se si alguno se acordará de ello, que a mitad de curso alguien y con el permiso correspondiente, por supuesto, organizó una quiniela de fútbol, con ocho partidos y en la cual podíamos participar con los signos 1-X- y 2, mira por donde a mi la idea me gustó y jugué todas las semanas, mientras se llevó a cabo. No acerté nunca ni 7 ni ocho aciertos, pero me lo pasé bien todos los domingos esperando el resultado de los partidos en aquellas tardes algunas veces aburridas de los domingos.

Que bonitos recuerdos acumulados en nuestra ya frágil memoria, que lástima que no apuntara nada, en fin algo queda de ello, pero a mí por lo menos no me resulta suficiente.

Ahora echo de menos los adelantos tecnológicos que nos han tocado vivir en el otoño de nuestra vida, si los hubiéramos tenido entonces, cuanto historias y recuerdos habríamos captado, en fin para que estoy divagando, si eso es imposible, a cada habitante de este planeta le ha tocado la vida que tenía asignada, pero yo estoy muy feliz de mi paso por aquel sitio, donde ya han crecido las palmeras un montón y se han hecho mayores y se le van cayendo sus hojas puntiagudas y a nosotros saliéndonos a borbotones las canas y cayéndonos el pelo.

131

El mes de Mayo con todo lo que conllevaba, ya estábamos inmersos en el, el calor sofocante de Sevilla en esas fechas y que nos agobiaba y aplacaba las ganas de retozar que teníamos todos al salir de las horas de clase, menos mal que la sabia disposición por lo que se refería a la arquitectura de la misma y que si tu querías no te daba el sol en todo el recinto, aligeraba las altas temperaturas en ese mes y los salientes de las ventanas muy bien puestos al efecto, no dejaban pasar el sol a las aulas, muy buena medida, si señor, del arquitecto de turno. En una remodelación de algún colegio cuando la transformación de la Laboral en Universidad Pablo de Olavide, le fueron suprimidos los salientes, craso error y lo estarán pagando los estudiantes que las usen, de eso estoy seguro.

Aunque ya lo reseñado en estas memorias, tengo que volver a incidir en el mes de Mayo, en aquellas tardes de los sábados, con sus festivales en que se celebraban festivales al fresquito de la plaza y con la luz de la luna encima, con los olores de la primavera y con la torre que emergía por encima del rectorado, como los recuerdo

ahora, no los puedo olvidar, siento ser tan pesado pero es una imagen que conservo en mi subconsciente y que aun consigue emocionarme.

Recuerdo y en homenaje a nuestro querido amigo que ya ingresó en el cielo hace muchos años, Carlos Cosme San Millán Trueba natural de Munguía, integrante del aula de los químicos, era un compañero con mucho carisma y que conocía todo el colegio, amigo de todos, un buen compañero donde los haya, y con un corazón mas grande que la Plaza de España, yo me llevaba muy bien con él y recuerdo con mucho cariño que mas de una vez los domingos por la mañana, le acompañé porque él me lo pedía subir a la cafetería de la plaza a tomarse un café con leche y una palmera y que pasaba pues que pedía dos cafés y dos palmeras y yo le decía que no, que yo no podía permitirme ese dispendio, y él me invitaba por mucho que yole decía que no y se “cagaba en todos los demonios”, así que desayuné alguna vez con él, y allí donde esté en su sitio del cielo, le sigo recordado y dándole las gracias. “Gracias Sanmillán”.

Cuando escribo lo que sigue a continuación, siento como me tiemblan las manos al darle a las teclas del ordenador. En un viaje de camping con mi mujer y mis dos hijos pequeños, me fui a un camping del País Vasco, concretamente al de Sopelana, y nos acercamos a verlo a su casa de Munguía. Tuve la suerte de encontrarlo allí, y la alegría que se llevó al verme fue inmensa, no se lo podía creer, y lo agradeció en el alma, esa tarde nos llevó con su coche a visitar el Puente de Portugalete y a dar unas vueltas por el pueblo.

Al despedirnos por la noche de él, lo hizo con lágrimas y me dijo que seguro ya no lo volvería ver, que estaba algo enfermo, yo traté de animarlo, pero me quedé un poco preocupado.

No había pasado aun un año, mi hijo que estaba en casa recibió una llamada de Bilbao y era un hermano de San Millán que comunicaba que su hermano Carlos había fallecido hace una hora, comunicándole a mi hijo, que le había dicho muchas veces antes de morir que al primero que tenía que llamar cuando falleciese era a mi y así lo cumplió su hermano. Que decir tiene que cuando mi hijo me dio la noticia más de una lágrima corrió por mis mejillas. Siempre te tendré presente amigo Carlos

El fin de curso estaba cerca, las fiestas de María Auxiliadora mas cerca aún y los festivales en la plaza en todo su apogeo, me acuerdo ahora mismo y antes de que se me olvide porque la memoria a veces te juega malas pasadas, que algunas veces allí junto a la plaza repartían ejemplares de la revista “Fans”, que trataba de e intérpretes y conjuntos de música moderna de esos tiempos y como yo era si que era un fans de esa música y sigo siendo, me alegraba mucho cuando una llegaba a mi poder.

Tiempos pasados que ya no volveran.

132

Ya llevaba cinco meses sin volver a mi casa, ya estaba harto de internado máxime con mis diecisiete años de edad, ya estaba sobresaturado de tantas normas y disciplina, deseaba toda mi libertad, no con tapujos y engañifas, deseaba ver las chicas cerca de mí, aunque como estaban los tiempos era empresa difícil, en fin pronto me iría para el pueblo y allí tendría mi ansiada libertad, no habría normas y otras reglas que cumplir y las chicas aunque las conocía, eso de verlas muy cerca de mi, era una quimera, y topaba con dos problemas en ello, mi timidez y lo estrechas que eran las

chicas de mi pueblo y creo que sería así en todos los pueblos, así que el porvenir lo tenía bastante incierto, en fin Dios proveería, aunque creo que Dios no estaba en esos tiempos para esas cosas.

El día de María Auxiliadora, el coro al que yo pertenecía cantamos en la misa mayor en honor a la Virgen, allí estábamos al lado del altar en un pabellón de gimnasia junto a los campos de fútbol y entonando las canciones religiosas, en esos momentos yo me sentía un alumno privilegiado, orgulloso de poner mi granito de arena y con mi chaqueta de color azul y escudo de la Uni en el pecho. Mas tarde cuando terminó la misa, la Tuna de la Universidad ofreció un pequeño recital, con sus uniformes negros, llenos de cintas de colores y escudos y con sus guitarras, bandurrias y panderetas y sus saltos. Tengo que decir que la Tuna siempre me ha gustado mucho, y cuando he tenido ocasión de ver cualquier tuna, tiempo después, me he quedado embobado con sus músicas y sus saltos, mientras por mi cuerpo y mi espina dorsal circulaban ramalazos de nostalgia.

En esas fechas los Colegios mas o menos Mayores, y en la puertas de, las Residencias, ponían como unos barecitos hechos de armarios de chapa para poner las bebidas que asemejaban a las casetas de la Feria de Abril, y allí ya en esos colegios podíamos tomar ya alguna cervecita fresca, y eso era ya un triunfo en aquellos tiempos de limitaciones. Aun recuerdo nítidamente al compañero del aula Manuel Palacios Martínez que hacía de barman en aquellas especies de bares.

Todo ello sin olvidarnos de las clases diarias y el estudio porque los exámenes finales se acercaban cada vez mas, y el tiempo en esas fechas se hacía cada día mas largo, se hacían eternos y nosotros, todos, queriendo echar a volar, queriendo ejercitar nuestras alas que ya nos habían salido, madre mía que días mas largos, y que rutina tan pegajosa del calor intenso de Junio, que ganas de que salieran de una vez los autobuses de la plaza, parecía que no iba a llegar nunca.

Esos días se sentía, se masticaba el nerviosismo por todos los sitios, por las aulas, en el comedor, hasta en los campos de deportes, los exámenes finales aguardaban a toda la comunidad universitaria, joven y no tan joven, y la tensión iba creciendo día a día, y que ahora unida a la consabida disciplina interna no podríamos soportar seguro, a nosotros los laborales nos tocó vivir esos momentos y dentro de su dureza, hay que decir que fuimos unos afortunados, pero que aun así nadie nos regaló nada, fue nuestro esfuerzo lo que nos llevó a conseguir generalmente altas metas y sobre todo una educación de la que podemos estar orgullosos, aunque el momento político en el que vivíamos no era el mas adecuado, pero fue el que nos tocó vivir, allí en el interior de aquel basto recinto poco podíamos hacer para remediarlo, tiempo habría y muchos lo lograron haciendo uso de lo aprendido y asimilado, saliendo en posesión de un merecido título que conseguimos con sacrificio y también con el título de gran persona entre el equipaje.

El curso estaba tocando a su fin, el tiempo de vacaciones se iniciaba, la Universidad Laboral sevillana, aun nos esperaba otro año más, seguro que sí, pero esto último no queríamos que se nos pasara por la cabeza.

133

Era un espectáculo inenarrable y mágico, cientos de alumnos agarrados fuertemente a su maleta, con una sonrisa en sus caras y con la ilusión reflejada en su ser, esperando que llegara su autobús, que le llevaría lejos, a la tierra donde le vio nacer, y

que por circunstancias del destino pasaba muchos ratos alejado de ella. Se apreciaba sensiblemente en aquellos alumnos muy jóvenes que era el primer año que pasaban allí, se les veía muy nerviosos y felices, como si no se lo creyeran lo que estaba pasando.

Cuando empezaron a llegar los autobuses de Los Amarillos, el nerviosismo general subió de tono, eran unos instantes de felicidad extrema, dejar la Universidad por unos meses, eso era recobrar tu libertad perdida, recobrar tu identidad, olvidar la sirena y tantas cosas mas, ser tu mismo y enfrentarte al mundo, como si lo hubieras olvidado durante unos meses, eran tantas cosas con las que tenías que empezar de nuevo.

En fin, algunos autobuses ya estaban saliendo, y que vistos desde encima de la torre parecerían orugas procesionarias de los pinos, uno detrás de otro, dejando a la Uni, totalmente huérfana durante un largo tiempo, y también muda, privándola de la voz de su sirena, y perdería su alegría, sus colores y su vida misma, claro para que querría su voz si nadie le haría caso, quedaría hibernada hasta que llegara el otoño que se llenara de savia nueva.

Mi autobús salió y cuando divisé mi torre, con la que tenía un trato tácito con ella, la mire a sus alturas, a sus ojos y todos ellos con un guiño me despidieron, y como siempre nadie se percibió de ello, inmediatamente volví la cara hacia delante y un inmenso placer al comprobar que no se había olvidado de mí, era la señal para yo soñar con mis vacaciones en aquel pueblo olvidado en la Serranía de Cuenca.

Al llegar a Aranjuez, allí me junté con Modesto Cañas, los dos esa vez nos íbamos solos para Cuenca, los otros dos compañeros de viaje de otros años, habían quedado para hacer la Reválida, así que iniciamos el cortejo asidos a nuestra maleta al encuentro de la estación de tren, a la que ya conocíamos de otras veces.

Éramos ya unos veteranos, habríamos ido hasta con los ojos cerrados, y casi sin darnos cuenta habíamos llegado a Cuenca, donde ya me quedé sin compañía en el tren, me despedí de él, deseándonos un buen verano y partí en el mismo tren para mi pueblo, al que vi poco tiempo después aparecer en el fondo de mi retina a la lejanía, allí se veía como una sombra y que a duras penas se podían adivinar sus edificios. Como me gustaba ese trayecto desde Cañada a Carboneras, como lo degustaba sintiéndome cada vez mas cerca de él, sintiendo el ya cercano abrazo de mis padres y hermanos y como no el de mi hermanita, que deseaba estrechar su cuerpecito contra el mío, que felicidad de momento, cuanto tiempo lo había soñado, sobre todo en el aula, aquellos ratos de estudio en que tu mente volaba hacia otros espacios y lugares que veías y sentías tan lejanos.

El tren paró con ese ruido infernal de la fricción de las ruedas de acero, de humos por todos los sitios y de voces que gritaban y que nadie oía. Allí entre todo el jaleo, observé a toda mi familia, todos, nadie faltaba, y yo con una felicidad que me envolvía.

Cuantos años degustando el mismo momento, esa repetición calcada, era inenarrable, eran muchos meses con la falta de todos, al fin y al cabo eran tu familia, tus seres queridos, que duda cabe que ellos, todos, te habían echado de menos.

Los abracé a todos, los besé y emprendimos la marcha al muy cercano pueblo y yo llevando a mi hermana Lourdes unida junto a mi pecho, sintiéndola junto a mí. La bajé al suelo y ya andaba muy bien y casi corría, era ya una moza, Dios mío que felicidad, recordar esos momentos, sintiéndolos ahora como si fueran de verdad. Dicen algunos totalmente convencidos que la vida es el presente y el futuro, pues no sé que

decirles, quizá tengan razón, sin embargo a mi el pasado me llena también totalmente de felicidad y de recuerdos.

Mi padre como no en el trayecto hasta mi casa me pregunto, ¿Y el curso qué? pronto lo calmé, porqué yo sé que estaba sufriendo, tranquilo le contesté “Todo muy bien padre” y mi padre ya no dijo nada mas, pero yo a hurtadillas le observé una cara de felicidad profunda. Mi madre en cambio, me dijo, -Vicente parece que te encuentro más delgado-, -Que vá madre estoy igual que cuando me fui-

Había llegado a la puerta de mi casa, que no era la misma que dejé, se había cambiado de casa mi familia, y después de enseñármela, les dije que me gustaba mucho más que la anterior.

A partir de ese momento tenía todo el tiempo del mundo, y nadie me lo podría arrebatarse, era inmensamente feliz, el mas feliz de la tierra.

134

Yo tenía ya 17 años y no muy lejos de los 18, yo era ya casi un hombre y no me había dado cuenta apenas, había consumido parte de mi juventud interno no haciendo mas que estudiar y estudiar y aun me quedaba, sin saber el tiempo que sería, es decir que experiencia de la vida misma, nada de nada y los veranos vagueando en un pueblo perdido en la sierra, era un novato en todo, lo que se dice un pardillo, hasta para mis relaciones con las chicas, por la sencilla razón de que nos la podía tratar ni relacionarme con ellas, solo las del pueblo y las tenía ya mas que vistas, aunque siempre había la que te hacía mas tilín. En fin ya estaba yo en mi pueblo, tanto tiempo echándolo de menos y ahora sentía que no podía estar allí sin hacer nada de nada, era joven para muchas cosas y no tan joven para otras y en el pueblo no tenía oportunidades para nada. Había que hacer algo. De todas formas no tenía ganas tampoco de salir de mi status, adonde iba a ir, a pasar calamidades, bastante pasaba ya en Sevilla, así que pensé buscar trabajo en el pueblo y por lo menos no ser una carga y llevar algo a la casa, esa opción cada vez la tenía mas clara, si encontraba trabajo dispondría para mi de un dinero y por lo menos sería un poco independiente en lo que se refería a mi economía y no tendría que pedirle a mi madre que siempre me refunfuñaba.

En fin la idea pasados muy pocos días la tenía muy clara ya, y no dije nada a nadie, y una tarde al terminar el partido de fútbol me acerqué a una obra en la que estaban levantando una nueva unidad escolar, precisamente orilla de la escuela donde yo estudiaba tiempo atrás y pregunté por el encargado de la misma, y le expuse mis intenciones y le dije que buscaba trabajo para el periodo de verano solamente, me miró de arriba abajo y no sé lo que pensaría, pero seguro que yo tenía poca experiencia para ese trabajo y mas si se dio cuenta de mis manos que lo decían todo, y me contestó que necesitaban un peón de albañil, pero que había que trabajar duro y yo no tenía pinta de haber trabajado antes, yo le fui franco, contestándole que tenía razón en ello y no iba a mentirle, y que si me admitía no le defraudaría. El encargado me dijo que en principio me iba a tener una semana de pruebas y luego ya hablaríamos. Yo no me lo creía y asentí dándole las gracias y que a otro día a las ocho estaría allí en el tajo, dispuesto a lo que hiciera falta.

Me marché a mi casa y cuando estuvieron mi padre y mi madre en ella, les dije que a otro día marcharía a trabajar a las obras de la nueva escuela, mis padres se quedaron muy sorprendidos con la noticia, aunque mi padre no lo tenía muy claro ya que pensó que me podía pasar algún accidente y entonces que iba a pasar con mis

estudios y mi madre no lo vió tan mal, decía que vendría bien para la casa. En fin a otra mañana y muy puntual, allí estaba yo con un mono de trabajo de mi padre dispuesto a cumplir con los trabajos que me mandaran. La verdad es que no me fue tan mal, estuve muy atento a lo que hacía el otro peón de albañil al que yo ayudaba y del cual aprendía, y con el nervio que yo tenía y con las ganas de hacerlo para quedar bien, al final mi compañero me tuvo que decir que parara que si no iba a reventar, pero ya casi no hice caso a ello porque sabía que el encargado me estaba mirando a hurtadillas. A los tres días yo ya preparaba masas y sabía manejar la hormigonera y antes de que se cumpliera la semana el encargado me comunicó que estaba contratado hasta que yo dijera y también me dijo que no trabajara, cosa extraña, con tanto ahínco, que las prisas no eran buenas compañeras. Yo me quedé tan contento una vez me dijo que el sueldo que tendría sería de ciento cincuenta pesetas diarias y que los sábados por la mañana también habría que trabajar.

Yo estaba muy contento, aunque pasados los días tenía unas agujetas y un dolor de riñones que yo solo sabía y sentía, pero lo superé y cuando a la semana siguiente me dieron el sueldo la paga de dos semanas, fui completamente feliz. Llevé el dinero a casa y me quedé con algo para mí, aun que mi madre eso no lo tenía tan claro y aceptó a regañadientes y tuvo que mediar mi padre, que su único problema era que sufría un poco por si me pasaba algo.

135

Una tarde llegaron las notas, pero no estuve pendiente como otros años, sabía que el curso lo tenía solventado desde hacía fechas, ya que el mismo no tuvo para mi ningún sobresalto de importancia, estudié como siempre, pero sin rebajar la presión del pedal de la aceleración, ni tocar el del freno, de todas formas el curso fue fácil y fue así porque los profesores que nos había tocado en suerte habían sido los idóneos para un desarrollo tranquilo del mismo.

Yo me había acomodado, si se puede llamar así, a mi trabajo de peón de albañil, a pesar de que a la semana tenía unas ampollas en las manos que válgame Dios, allí en el pueblo les llamábamos “burras”, pero ese era el peaje a pagar por mi trabajo, también debía saber que todo tenía su sacrificio y su esfuerzo, que el pan no caía por una canalera, esto último lo decía mi madre y lo sigue diciendo aun, y que sea por mucho tiempo, pero yo ese verano tenía mi dinerillo en el bolsillo y me podía permitir ciertos lujos que de otra forma me estarían vedados, pero la verdad es que me lo curraba.

Podía pasar al baile los domingos, también podía tomarme alguna cervecita que otra en unión de los amigos, mas o menos de mi edad, que el que el que no estudiaba como yo ya estaba trabajando.

Particularmente a mi el baile de mi pueblo no me gustaba, no había llegado aun la modernidad, dentro de la sala que estaba amenizada por los componentes de una familia del pueblo, compuesta por un acordeonista que hacía también de voz solista y un batería y que se dedicaban a tocar “pachangas”, rumbas y pasodobles, a mi me resultaban una birria, encima todas las mujeres mayores y viejas del pueblo, se sentaban alrededor de la pista del baile, solo para ver quien bailaba con quien y quien bailaba dos veces con la misma, a mi aquello me resultaba una farsa y una burla y un acto de mala educación, pero así era la costumbre y yo eso no lo podía cambiar, la madre que las parió las tías chísmosas, no se podían entretener en otras cosas, por ello

no fui muy adicto al baile de mi pueblo, aparte que yo esos bailes de pasodoble, tango, etc, no se me daban nada bien y era un patán, yo lo que quería era que tocaran alguna piececita lenta para poder juntarme alguna moza un poco alegre y distraída, al final abandonaba el baile esperando que hubiera alguna canción de esas, siendo el resultado final que las chicas que te molaban un poco, se iban emparejando con alguno, pero es que la verdad yo no aguantaba el ambiente ese de pasodoble tras pasodoble y encima cuando bailabas con alguna, sus brazos eran como un parachoques de acero que no podías doblegar y encima la vieja chismosa que se había fijado en ti a ver si te pasabas de rosca, para ir luego con el cuento, así que me cabreaba y terminaba en el bar viendo el partido de fútbol en la tele, so pena también que alguno pensara que yo “era del bando contrario”.

En fin cosas de mi pueblo y en aquella época de muchos pueblos también, menos mal que esas antigüedades se acabarían pronto y aparecieron los bailes y discotecas pero a mi eso en mi pueblo no me tocó, pero llegar llegó y pronto, pero ya no lo ví.

A mitad de Julio del año 1.969, la atención mundial estaba pendiente de la llegada del hombre a la luna y seguíamos el acontecimiento por la radio y la tele en blanco y negro de los bares.

Así que en la madrugada del día 16 de Julio, medio pueblo le tocó trasnochar aunque a otro día tuviera que trabajar, yo con mi padre me marché al bar de la Lucía y allí estuvimos esperando que la nave posara sus patas en el suelo de la luna, como así fue y vimos en directo los primeros pasos del hombre sobre el satélite, los astronautas americanos Neil Amstrong, Collins y Aldrín, fueron los primeros en pisarlo, bajo el regocijo y las palmas allí en el bar y a altas horas de la madrugada, en fin un episodio que seguimos todo con emoción y que bastante gente por lo menos allí no se lo creyó, diciendo que eso era una mentira, que los americanos nos habían engañado vilmente, yo si me lo creí, porque no iba a creérmelo.

A otro día era la comidilla general en todo el pueblo, a pesar de ello yo tuve que madrugar e irme a cumplir con mi deber de llevar ladrillos en la carretilla y venga hacer masas para construir una escuela en la que pudieran estudiar los hijos de mucha gente de ese pueblo.

136

Entre que fue un verano muy caluroso y que cuando yo salía de trabajar, no salía precisamente para correr, el caso es que no me apetecía mucho ponerme a gastar las pocas fuerzas que me quedaban tras el balón de reglamento y raro era el día que desde la obra me iba directamente al campo de fútbol, sino que me iba a casa, me lavaba, me arreglaba un poco y lo que deseaba era salir de casa, juntarme con alguien conocido y tomarme alguna cerveza fresquita, concretamente la llamada “El laurel de Baco”, que en esos momentos me daba lo mismo de donde procedía y solo se que estaba riquísima, ¿Por qué será que en aquellos tiempos todo estaba mucho mas rico que ahora?, deberá ser porque antes lo teníamos mas escaso, no con la abundancia de ahora, pero el sabor de aquellas cervezas sentado a la puerta del bar que se encontraba en la calle principal del pueblo, precisamente en la calle donde habitaba mi familia, era inigualable, que momentos mas entrañables de los que guardo un buen recuerdo.

Del momento que comento a continuación, aunque parezca mentira es verdad, no exagero nada, lo viví bastantes veces estando yo en el pueblo.

Cuando la tarde llegaba a su fin, mucha gente bajaba a los bares de la calle principal a tomar algo, pues esas tardes y a la misma hora un gitano muy aficionado a montar a caballo se paseaba montando al trote por esa calle, todo “chuleta el amigo” con sus botas de montar y su sombrero, y que parecía que iba a sacar la pistola y liarse a pegar tiros a diestro y siniestro, la gente lo observaba con el garbo y la chulería que llevaba el caballo y sabiendo que volvería dentro de un rato otra vez a pasar por el mismo sitio y la gente tomaba precauciones y así era ya que aparecía a final de la calle y la gente que se encontraba en ella tenía que ponerse a cubierto metiéndose en sus casas y en los bares, ya que ponía el caballo a todo galope por la calle principal, en medio de una polvisca intensa porque la calle no estaba asfaltada y era un camino de tierra, en fin había que poner todos los medios a tu alcance para que no te vieras envuelto en algo bastante serio. La gente se lo tomaba a risa, y algunos no tanto, pero a ver quien era el guapo que ponía allí freno, ni el Alcalde nunca tomó cartas en el asunto ni la Guardia Civil tampoco, pero el asunto tenía miga, parecía que el asunto no iba con ellos.

Había llegado el mes de Agosto y trajo para su disfrute las Fiestas de San Roque a mitad de mes, yo estaba ya algo cansado de tanto trabajar, aunque me encontraba fuerte, con mi musculatura sobre todo los brazos que no eran los mismos que hace un mes, los había curtido bien y me sentía mas hecho y con mucha mas fuerza y me sentía contento, y también a decir la verdad un poco harto sobre todo cuando llegaban los lunes, pero en fin yo trabajaba como el primer día y no podía defraudar ni a mi familia, ni al encargado y principalmente a mi mismo, yo tenía que convencerme que cualquier trabajo no podía doblegar mi espíritu y que yo era un “machote” y así fue y cada día me sentía mas orgulloso de mi mismo, hasta mi padre se sorprendió, se pensaba que no iba a durar ni una semana mi aventura laboral,

Así que llegaron las fiestas y prometí pasármelo bien, tenía dinero y tenía lo mas importante ganas de fiesta, aunque yo no sabía que era el último verano que pasaba en el pueblo.

Y así fue, ya era mayorcete y mis padres no me pusieron ninguna traba, en trasnochar ni nada de nada, ya que en el pueblo poco podíamos hacer fuera de lo corriente, hice un esfuerzo yendo al baile todos los días eso sí con alguna cervecita demás y eso por lo menos me escondió mi timidez y claro está, me encontré mas libre, así que bailé todo lo que quise, aun a pesar de que dí bastantes pisotones a los delicados pies de las señoritas y alguna me lo recriminó y con razón y creo que hasta en algún baile no lo hice tan mal.

Una tarde noche se corrió la voz que se iba hacer un baile en un garaje que un joven cedía para ello, aprovechando que sus padres estaban fuera y con un tocadiscos y con otro tipo de canciones, y me dirigí como un rayo al lugar, y así fue y con canciones de Adamo y otras similares, se hizo un baile distinto que fue como un prelude de los guateques entre amigos y amigas que ya se celebraban en otros sitios. Resultado, el baile era bailar de verdad, como dice la canción “bailar pegados es bailar” y siempre me acordaré de aquellos momentos en que las chicas se mostraron bastante desinhibidas y fuera se las miradas de las viejas, como si fueran chicas nuevas siendo las mismas, aquello era un milagro.

Jugamos el partido de solteros contra casados, y los goleamos claro, y pagaron la “convidá” ellos por supuesto, en fin pasé muy bien los tres días que duraron las fiestas de San Roque.

Vivan las fiestas de mi pueblo.

El verano se acababa como se acaba todo en esta vida, lo que te parecía imposible que llegara, llegó también y una semana antes de marchar nuevamente a Sevilla me despedí del trabajo, que todo hay que decirlo un poco cansado ya, pero al mismo tiempo satisfecho con varias lecciones aprendidas, una de ellas es que con esfuerzo y sacrificio se consigue todo y otra la de que todos los trabajos son muy dignos, así que me dieron el finiquito, una pequeña propina y la felicitación del encargado por mi labor realizada y me despedí tan contento ya que el próximo curso por lo menos tendría una mayor dotación monetaria para mi y mi calidad de vida se vería mejorada cien por cien.

Había cumplido los 18 años, edad deseada por todos, ya que a partir de ese momento éramos mayores de edad, aunque en nada noté mi nueva situación administrativa, solo y pasados unos años, pensaba “quién pescara ahora los dieciocho años”.

Tuve que preparar mi maleta nuevamente y marcharme para los pies de Andalucía, con pocas ganas de empezar otro curso y por lo tanto otra nueva aventura, pero eso como yo ya tenía experiencia, sería cuestión de breves días, las ganas y la ilusión volverían.

Lo que mas me costaba era dejar mi familia, sobre todo mi hermana de la cual me acordaría muchas veces desde el momento que me tuviera que despedirme de ella, con las veces que me la había llevado a pasear con su manita cogida a la mía y a cada momento llamándome “chache”, en fin era ley de vida, de mi vida que yo había escogido que me daba órdenes otra vez, y quiero recordar que fue la vez que mas me costó marcharme, aunque luego allí todo iría cambiando seguro.

Una tarde igual que cuando llegué tuve que despedirme de mi familia otra vez y marcharme, con la misma maleta que siempre me fui, con las mismas ilusiones y las mismas amarguras y el corazón encogido por las despedidas que cada día me gustaban menos y sin imaginar en esos momentos que a lo largo de mi vida mi signo serían las despedidas, los abrazos y decir adiós.

Allí en el andén dejé a mi familia diciéndome adiós con la tristeza reflejada en sus ojos, mientras yo me alejaba hasta que el vapor de agua y humo negro mezclado de la máquina me impidió seguir viéndolos y cuando el humo se alejó fue la primera curva quién me privó de la última visión de mi familia. Ya estaba solo nuevamente, solo a mi destino, y mirando el paisaje poblado de pinos que acompañaba todo el rato al tren.

A otro día nos juntamos los de Cuenca muy de mañana en la estación de la ciudad y como siempre nos marchamos para Aranjuez, y otra vez el cuento de nunca acabar, allí estábamos los de Cuenca, ya hechos unos hombres, con mucha experiencia en viajes en tren y en autobús, con mucha experiencia en internado y colegios y bastante hartos de esos avatares y circunstancias, pero teníamos que seguir no nos podíamos rendir y a nuestra edad mucho menos, teníamos que aguantar hasta el final.

En Aranjuez y en el mismo sitio de siempre cada uno tomamos el autobús que nos correspondía y después de un viaje muy cansado e inacabable, llegamos a Sevilla por enésima vez, ya de noche por supuesto.

Cuando el autobús pasó por la plaza de entrada frente a las peceras, miré a mi torre que obligatoriamente tendría que hacerme una señal y efectivamente y aunque nadie lo oyó, el que suscribe si pudo percibir un pequeño y leve toque de sirena, esa era la señal de bienvenida que me brindaba mi amiga, ya la sentía allí cerca cuidándome a mi lado.

Pocos pasos tuve que dar con mi maleta andando desde la plaza de los autobuses, nada mas bajar unos escalones y enfilear el pasillo central, a mano izquierda tenía el Colegio Fernando de Herrera que era el que nos habían asignado a los que íbamos a cursar 2º de Maestría Industrial ese año.

Ya estaba en la Universidad Laboral, otra vez en la vorágine de clases y mas clases, libros y mas libros, horas de estudio, láminas y tinta china, frascos de reactivos y tubos de ensayo y el olor característico de los laboratorios, ruido continuo de sirena y mas curas con esas sotanas de color fúnebre y a ver pasar los días con ese marchamo de rutina infinita.

138

Abajo en el vestíbulo estaban las listas de todos los que componíamos el colegio ese curso de 2ª Maestría, con la planta y el número de habitación que teníamos asignada, ya que como todos ya sabíamos, ese año disponíamos de habitación individual, a todos los de mi aula nos tocó la 4ª planta y que compartíamos con alumnos de otra aula de metal, aquello era la mayor novedad que disfrutábamos ese año, eso de tener una habitación para ti, era el no va mas, una sensación de intimidad total, ya no tendríamos como otros años el tiempo de estudio en las aulas sino en nuestras habitaciones. Eran muchas las ventajas, es cierto, pero no por eso podíamos hacer lo que queríamos y nos viniera en gana, teníamos un cura que se dedicaba a vigilar la planta, para que la convivencia, el orden y el silencio se observaran a rajatabla, pero aun así tu libertad y tu autonomía había crecido muchos enteros y por ello estábamos bastante contentos. Las plantas constaban de un pasillo central del cual salían dos filas de habitaciones, colocadas desde un lavabo general hasta el otro situado a cada lado del edificio de residencia.

Bueno pues allí me instalé en la habitación que me había correspondido, la ventana que tenía mi morada estaba orientada a la derecha, con la vista del patio del colegio y la residencia colegio Alfonso el Sabio. Tenía otra particularidad y era que todas las habitaciones tenían una mirilla con un cristal de unos 10 cm. de lado aproximadamente, para que el sr. Cura supiera en todo momento lo que estábamos haciendo, vaya tela la norma tenía su guasa, pero ante ello que íbamos hacer, a joder y aguantarse, algo malo tenía que tener, en fin que le íbamos hacer.

Puse mis pertenencias en un armario que había en un armario corredizo de color verde idéntico a los que teníamos cuando habitábamos otros colegios y me acosté, quedándome dormido al instante, no extrañé la cama ni la habitación, estaba realmente cansado, mañana sería otro día.

Los horarios por la mañana eran que igual que en otros colegios que habíamos estado anteriormente, solo cambiaba la habitación, ya por la tarde marchabas a tu

habitación y a estudiar, pero la verdad que el avance que habíamos experimentado era sensible.

El primer día como siempre fuimos a proveernos del vestuario y los curas del colegio nos entregaron los libros y demás material.

Fue un día de saludos y abrazos, allí estábamos otra vez todos juntos, comentando nuestras andanzas veraniegas, con la morriña aun reflejada en nuestro rostro, pero en fin con la ilusión de empezar un nuevo curso que si Dios quería terminaríamos con la Maestría Industrial. Ya no estaban con nosotros los químicos que habían optado un curso antes por Preparatorio ya que ese año los habían trasladado a la Universidad aboral de Huesca donde ya solo y en Ingenierías se estudiaba la especialidad de Química, en fin allí y si todo iba bien, nos volveríamos a juntar otra vez, claro está ellos con un curso por delante de nosotros.

A otro día empezaron las clases con toda normalidad, esperando los profesores, aunque ya sabíamos que en Prácticas de Laboratorio, Química y Tecnología Química los que nos iban a tocar y eran los mismos que el año anterior, D. Cándido Brieva, D. Guillermo García Ramos y D. Manuel Sánchez Ramade, solo rezar para que en Matemáticas y Dibujo tuviéramos algo de suerte, como así fue, en Matemáticas fue D. Jaime Yague, que ya habíamos tenido en 2º de Oficialía y en Dibujo D. Antonio de la Ossa, que también fue un buen profesor que sabía calificar los buenos trabajos. En fin la suerte no nos fue esquiva y nos prometíamos un curso apacible, aunque digo como siempre he dicho, que todo costaría lo suyo, porque no te iban a regalar nada y estudiar habría que estudiar fuerte, y que a otro año empezaríamos con Ingeniería y eso ya era otro cantar.

La primera tarde y en mi habitación recuerdo que se me hizo muy larga, había que observar los horarios comunes de la Uni, y no podías salir a darte una vuelta o a despejarte, y al principio me costó y hasta algo me aburrí, no mucho tampoco pero si no tenías una obligación ineludible, un examen u otro trabajo, o no tenías ganas de estudiar ese día, tampoco te podías echar en tu cama porque el cristal te delataba.

Maldito cristal que asco le cogí, la madre que lo parió.

139

De los cuatro curas salesianos que componían el personal a cargo del colegio solo me acuerdo del Director del mismo que se llamaba D. Francisco Vázquez y era para mi opinión una gran persona, joven y con ideas modernas y muy adelantadas para los tiempos que corrían, es decir capacitado sobradamente para dirigir a los jóvenes ya mayorcitos y con problemas distintos a cuando entramos con trece o catorce años. Era una persona que se podía hablar con él de tú a tú sin ningún problema y de cualquier tema y estaba muy informado y siempre daba un consejo sabio

Bueno pues el curso comenzó como siempre, todo era igual que siempre, el mismo horario de siempre y los mismos toques de sirena que siempre, no había cambiado nada, solo nuestra habitación, nuestro sitio de “semilibertad y autonomía, de todas formas no nos podíamos quejar, cuantos hubieran querido estar en nuestra situación en ese momento, a un paso de sacarnos un título de maestro industrial, “que no es paja”, como se decía en esos años, y teniendo toda la vida por delante, aunque no todo iba ser de color rosa, eso estaba clarísimo.

En los primeros días de curso el profesor de Laboratorio nos informó ya oficialmente que casi con toda seguridad, el año siguiente pasaríamos el que quisiera y aprobara, claro está, a proseguir los estudios de Ingeniería Técnica a la Universidad Laboral de Huesca, a mi personalmente esta nueva noticia no me acabó de gustar, yo prefería lo malo conocido que lo bueno por conocer y también para mí el tiempo me vino a dar la razón, aunque no era el momento de pensar en ello, sino dejar y aunque fuera una redundancia que “el curso siguiera su curso”, ya habría tiempo de pensar en ello.

Todo marchaba muy bien el mes de octubre pasó rápido, nos habíamos acomodado bien y le habíamos cogido el tranquilo a todo, eran ya muchos años, haciendo los mismo, la misma vida, idénticas obligaciones, pero también teníamos sobre nuestros pensamientos, que ese año no podíamos fallar en nada, había que aprobar el curso sí o si, y al final del mismo deberíamos pasar y aprobar la reválida otra vez, que hartó estaba ya, cuantas espadas de Damocles habían pasado cerca de mi pescuezo en todos esos años y cada de uno de nosotros sabiendo siempre la manera de esquivarlas.

Aunque el aula la componíamos unos veintitantos, teníamos un equipo de fútbol por aquel entonces, bastante apañado , allí estábamos Aguilar, Aso, Benítez, Mendiola, Pareja, Saiz, Santos, Camarero, Calderón, Medina, Chaves, de este último tengo que decir que en mi vida he tenido un defensa que me haya cubierto tan bien y eso que yo tenía mucha velocidad y reprise y eso que mas tarde jugué en categoría regional, se te ponía de una forma que era imposible pasarlo y encima con un defecto en un brazo, que lo llevaba casi inmóvil, (un fiero como se dice ahora), y yo Angulo, así que como todas las aulas ya estaban menguadas de efectivos, dábamos ya mucha guerra y muchas veces conseguíamos la victoria, hacíamos un buen plantel si señor.

Hablando de fútbol me viene a mi recuerdo la vez que conseguí una entrada y no sé ni como, seguramente se la encargué que me la comprara un alumno externo, para ver al Real Madrid a un domingo siguiente que visitaba el Sánchez Pizjuan para jugar contra el Sevilla. Yo tenía una ilusión grandísima por ver ese partido de fútbol, para mí era lo máximo poder ver al Real Madrid, el equipo de mis entretelas, no cabía en mí de gozo, pero amigo, el diablo se metió por medio y como ese bicho es así de malo, me jodió mis ilusiones, ya que mas o menos para el viernes una traidora e inoportuna gripe, me jorobó los planes, el sábado no me quedó mas remedio que ir a la enfermería, así que con alta fiebre y pus en la garganta no me quedó mas remedio que quedarme en mi habitación de reposo y con el pompis agujereado e inoculado de antibióticos.

Y yo venga a maldecir a la dichosa gripe, maldita era mi estampa, no había estado enfermo en los cuatro años que ya llevaba en la Uni y precisamente ese día me tuvo que pasar, en fin y aunque me acuerdo aun con rabia, ese preciso día no estaba yo para bromas ni mucho menos.

140

El trimestre fue pasando anodidamente, por las mañanas en las clases y en el laboratorio, y por las tardes en los tiempos de estudio en nuestra habitación, así que cuando llegaban los tiempos de recreo, lo que deseábamos era salir fuera al aire libre y perderte por la Uni a pasear o a practicar deporte, concertado algún partido contra algún aula o algún partido de balonmano, para ello solo lo teníamos que comunicar al compañero Julio y el pronto lo organizaba, en fin vivíamos mas bien cómodamente, sin muchos sustos y con relativa tranquilidad, aunque algunas veces yo por lo menos tenía

algún problema que otro con las Matemáticas, aunque la verdad sea dicha las derivadas y las integrales no se me daban muy mal, yo creo que tenía complejo solo el hablar de ellas.

En ese trimestre se formó en la Uní un club de cine, al que yo me apunté, nos dieron un carnet que no me acuerdo lo que nos costó, mas bien poco y que todas semanas los que componían el club, con la ayuda de algún salesiano entendido en ese arte del celuloide, programaban una película y antes de su proyección y en el salón de actos de la Uni, nos daban alguna explicación sobre la misma y también sobre los secretos de ese arte. Dicho esto, me viene a la memoria al compañero Enrique Aguilar García, muy amigo mío y para mí como mi padre, siempre estaba muy pendiente de las cosas que me sucedían, una gran persona y aquí lo dejo escrito porque es verdad, una maravilla de persona con un humor especial y siempre alegre y siempre con bromas, era una institución en el colegio todos los años, sobre todo un buen amigo y compañero siempre, y que fue el que me convenció para asistir a ese club de cine, porque era un entusiasmado seguidor del séptimo arte. Allí vimos muy buenas películas y también alguna que de rara que era no la entendí, puedo dar fe, que así fue.

Siguiendo con la tónica del año anterior haciendo 1º de Maestría, el profesor de Química D. Guillermo, reanudó las visitas a empresas e instalaciones químicas en los alrededores de Sevilla que vinieran a complementar nuestros conocimientos químicos y de prácticas de laboratorio.

En ese primer trimestre estuvimos primeramente en una fábrica de cementos y otra en una fábrica de vidrio situadas ambas en el polígono industrial de la carretera de Alcalá de Guadaira, me acuerdo en la actualidad perfectamente de la visita y de las instalaciones que visitamos, tomamos infinidad de anotaciones, ya que tendríamos que desarrollar y elaborar un extenso informe, eran excursiones que nos venían muy bien para romper con la monotonía del internado y también con la degustación del ágape que nos ofrecía la empresa, pero luego lo teníamos que compensar con varias horas en la elaboración de los trabajos, en fin fuera de todo lo comentado las visitas a las instalaciones nos eran sin duda provechosas y todo gracias a D. Guillermo que tanto se desveló por nosotros para que nuestra preparación fuera exquisita.

Ya habíamos recibido las notas de los profesores de todas las asignaturas de Noviembre, y no me podía quejar, tampoco eran una exageración, pero me mantenía en una media que no sobresalía ni tampoco me quedaba rezagado, así que eran las convenientes para salir bien del paso.

Las vacaciones de Navidad estaban a la vuelta de la esquina y constituirían un alto en el camino, necesario para tomar fuerza para el último sprint final del año siguiente. Dentro de nada entraríamos al último año de la década de 1.960, y en la década de ese año de 1.970, seguramente que a todos nos cambiaría nuestra vida, no nos atrevíamos nadie ni a pensarlo pero así era y encima en todos los aspectos y facetas de la vida.

Una aventura como aquel que dice, otro escalón en nuestra vida.

141

Y una vez mas en nuestra agitada vida, tuvimos que hacer nuevamente nuestros equipajes y largarnos para nuestros domicilios, aunque todos íbamos muy contentos, radiantes a pasar los días de Nochebuenas y Años Nuevos con nuestras familias,

también ya estábamos hartos de hacer siempre lo mismo, era como una repetición de los mismos actos en nuestra misma vida, de una monotonía asfixiante, todo consistía en una cadencia que era siempre igual, que llegaba a cansar tu alma, tantos viajes que ya te agobiaban, en fin ya tenía uno mucha gana de que todo algo cambiara en nuestra vidas, habíamos pasado ya casi toda nuestra juventud, que ya no volvería a visitarnos nunca, que la dejaríamos aparcada en aquellos edificios que también se harían viejos con el paso del tiempo como haríamos nosotros dentro de nada.

Y nuevamente y otra vez con Los Amarillos dijimos adiós nuevamente a la Torre y a nuestro Colegio y allí quedaron esperando nuestro regreso para seguir poblando y llenando de vida todas sus dependencias. La Universidad quedaría muerta, sin un alma, sin nuestra presencia era como un cuerpo gigante inerte, que solo volvería a la vida cuando la pisáramos otra vez.

Ya no me acuerdo esa vez del mensaje que me ofreció mi torre, pero seguro que lo hizo, aunque ya adivinaba que dentro de muy poco me despediría de ella definitivamente, era inevitable y ella lo sabía, era sabia e intuía que nuestra amistad fraterna se olvidaría con el paso del tiempo, era la crónica de una muerte anunciada, como escribió mas tarde un afamado escritor.

A otro día, a la misma hora mi pueblo apareció en la recta de la estación, con la misma imagen, posiblemente el mismo tren, el mismo ruido, la misma gente, el mismo jefe de estación y con mi familia esperándome, toda tu vida la tenías desde hace tiempo escrita cada minuto y así iba transcurriendo, con momentos maravillosos como ese y con otros no tanto, y ese momento merecía la pena ser vivido y saboreado y había que degustarlos y así hacía.

Ya estaba en mi casa otra vez, como me gustaba, aunque desde la llegada al pueblo de mi familia, ésa vivienda hacía ya la tercera, pero que duda cabe era la más cómoda para vivir y encima en la calle principal, la verdad es que me gustaba aquella casa, pero poco duró su disfrute, como luego mas tarde me comunicaron mis padres.

Me sentía feliz en compañía de toda mi familia, me gustaba estar con ellos, y me hubiera gustado estar siempre, como estarían mis hermanos, ¿Por qué yo había tenido que ser diferente?, estaba escrito en el libro de mi vida y ante eso no había nada que objetar y así sería a lo largo de mi existencia.

Aquel día, recuerdo perfectamente como si fuera ahora mismo que cogí a mi hermana Lourdes de la mano y me fui a pasear con ella por el pueblo y en ese momento era el tío más feliz que paseaba por la tierra, era un afortunado, y mi hermana me preguntaba cosas y mas cosas, mientras yo saludaba a mis conocidos, mientras le decían a mi hermana, “Ya ha venido tu chache eh” y ella asentía con una carita llena de alegría que siempre recordaré.

El día de Nochebuena mi padre marchó a Cuenca a resolver y llevar papeles de su trabajo en la Jefatura de Obras Públicas, como todos los meses hacía una vez, y aprovechó y vino con una bolsa de cosas que compró y que allí en el pueblo no las vendían, entre ellas una caja de gamba salada de Huelva y también una botella de champán (entonces se decía champán), y también recuerdo que mi madre le recriminó no sé si de bromas o de veras el gasto, me inclino mas por lo último, pero mi padre se rió y no hizo caso.

Esa noche cenamos muy bien, con nuestras gambitas de Huelva y con pollo de corral y en los postres mi padre destapó el champán y servimos en unas copas que guardaba mi madre en un armario y que creo que era la primera vez que usábamos, y

que a mi madre porfío que no lo hiciéramos por si se rompían, pero mi padre se empeñó y así lo hicimos.

Me parece que fue la primera vez en mi vida que probé el champán y por cierto me gustó y que creo que lo enfriamos con hielo procedente del Bar “Lucía”, y también creo recordar que cuando acabamos la botella mi padre y yo las palabras se nos atragantaban en la boca y se estorbaban unas con otras al salir, siendo el resultado final que mi madre se enfadó con los dos.

Momentos maravillosos de la vida en aquel pueblo serrano de Carboneras.

142

Los días de vacaciones se me pasaron rápido, aunque los días de invierno en los pueblos de la sierra la verdad es que en esos entonces eran un poco tristes, y mas si hacía frío y la nieve había ya hecho acto de presencia, vagabas de un sitio para otro muchas veces sin saber que hacer, así que un día tuve que preparar mi maleta y subirme a un tren que me parece que fue esa vez ya de gasoil y con otra vez el trago de despedirme de toda mi familia para un largo tiempo que significaban seis meses, que a mi en esos momentos me parecían una eternidad, un túnel sin agujero de salida. Allí quedaron nuevamente todos despidiéndome con su mano mientras el tren lentamente se deslizaba como una serpiente por esos campos eternos de vías de acero.

Mientras yo sentado orilla de la ventana veía pasar el paisaje que ya me lo sabía de memoria, tragándome mi pena, luchando contra la parte positiva de mi existencia que en esos precisos momentos no encontraba por ninguna parte, mi pueblo ya había quedado atrás escondido entre las montañas cubiertas con restos de nieves y los pinares de copas heladas, y yo solo en aquel compartimento moviéndome por un agitado y continuo traqueteo del tren y luchando para que no me venciera la melancolía.

A la mañana siguiente, y cuando aun no había amanecido los cuatro alumnos de Sevilla, nos juntamos en la estación de Cuenca, como siempre, todo sucedía como siempre, todo estaba reglado y marcado, todo era lo mismo, la coqueta estación en ese momento era un valle de penas, a mi la verdad siempre me han gustado las estaciones, para mi ha sido un lugar mítico y mágico y solo hay que observar a la gente aun hoy, sus caras y ver cuando se despiden y tratar de pensar que pasa en esos momentos sobre sus cabezas, que pensamientos las inundan y notar los abrazos y alguna vez indagar en sus ojos vidriosos a punto de derramar sus sentimientos.

Otra vez en aquel tren, en aquel aprendiz de un nuevo día, dirección Aranjuez, la ciudad bañada y lamida por el Tajo e imitadora de Versalles, pero a mi que me importaban los reyes y las princesas y su vida palaciega en esos momentos, ni en ningunos, a mi lo que me importaba en ese momento es que me quedaban seis meses mas largos que un día sin pan, y eso que ya todos los de Cuenca éramos ya veteranos en esas lides y aunque nos queríamos hacernos los valientes, no lo conseguíamos del todo, ya que alguien que mirara nuestro ojos y los leyera, pronto se daría cuenta de nuestra situación anímica.

Toda la tarde en un autobús amarillo, con sus interminables paradas en los bares de la carretera nacional, solo viendo caras cansadas y adormiscadas de compañeros que llevaban el mismo cansancio que todos y los mismos pensamientos que yo llevaba, y también deseando que terminara de una vez aquel pesado viaje, hasta la ciudad de

Sevilla, aquella ciudad preciosa que una vez y por circunstancias del destino nos había tocado en suertes y en la que desgranamos toda nuestra juventud al amparo del Guadalquivir y cerca del Río Guadaira y en los cuales alguna vez descargamos nuestras lágrimas

Como siempre al pasar por orilla de la torre, la misma se encendió y apagó en una fracción de segundo, tiempo suficiente para saber que el tiempo que aun me restaba en la Universidad Laboral, tendría una amiga que me echaría una mano en los momentos de dificultades y yo por supuesto capté el mensaje, a partir de ese momento respiré mas tranquilo, alguien evidentemente y que no era de carne y hueso velaría por mí en los muchos momentos que vendrían en los avatares de ese tiempo largo e interminable que me quedaba estar a su lado.

Subí a mi habitación y miré por la ventana del cuarto piso y observé a Sevilla en la que chispeaban las luces de la ciudad allá a lo lejos y pensé “que largo estaba mi pueblo”, me eche en mi pequeña cama con su colcha blanca y con líneas y adornos de color azul y me quedé traspuesto, el sueño había vencido mi resistencia, mañana me despertaría nuevamente la sirena, con aquel chillido que reconoceríamos al instante y que nos llevaría nuevamente y como tantas veces al letargo a la cruda realidad.

143

El día amaneció como los cientos y cientos de días ya pasados bajo aquellos muros, aparentemente no había cambiado nada desde que hace ya cuatro años y pico había ingresado, pero aunque en esos momentos no lo apreciaba, si había cambiado, sobre todo el colegio, donde reinaba algo mas de libertad, y la primera lo daba nuestra habitación, eso si vigilada, no con cámaras de televisión como sería en estos momentos sino con la cámara que poseía en sus ojos el cura de planta, que cuidaba del silencio y las buenas costumbres. Por otra parte los profesores nos trataban por lo general ya como adultos, y la dirección del colegio y sus ayudantes coadjutores, por supuesto su trato era muy diferente a otros colegios de los pasados años, pero la convivencia individual se hacía un poco pesada sobre todo en las horas de estudio, un poco aburrida.

Otra parte era la sensación de hartazgo del estar interno tantos años ya con la misma vida, a nuestros dieciocho años recién cumplidos, era duro, bonito por tu edad, pero duro, con muchos días pasados que aguantaban las espaldas de cada uno. En fin los días irían pasando poco a poco y nuestra estancia en la Universidad Laboral de Sevilla acabaría, sin aun saber exactamente que destino nos depararía cuando terminara el curso, porque se decían muchas cosas pero con certeza no se sabía nada, siendo la mas posible que el que quisiera, sobre todo los que estudiábamos Química, proseguiríamos los mismos en la Universidad Laboral de Huesca.

Ese mismo mes de Enero, recibí una carta de mis padres en la que me comunicaban que muy pronto se cambiarían de domicilio, ya que a mi padre lo trasladaban a Cuenca para ocupar una plaza de capataz de Obras Públicas que había quedado vacante, y que él había aceptado. Así que sin comérmelo ni bebérmelo mi querido pueblo de Carboneras de Guadazaón, pasaría como un recuerdo en mi existencia, nunca en el olvido. En Junio a la terminación del curso ya no volvería allí, me iría a Cuenca, tantos recuerdos, esa época de mi juventud en mi vida también la tendría que olvidar, tantos recuerdos, tantas vivencias, tantos amigos, amigas, joder como me iba a cambiar la vida en no mucho tiempo y yo no podía hacer nada mas que esperar.

La buena nueva me quitó horas de sueño, estaba muy arraigado a mi pueblo y a sus costumbres, a pesar que pasaba mucho tiempo fuera de el, así que solo faltaba ya que a mi padre un día muy cercano le anunciaran que tenía que dejar el pueblo. En adelante viviría en Cuenca, capital de provincia, donde tendría que hacer nuevos amigos y amistades.

A partir de esas fechas mi vida sería como la de un caracol, siempre con la casa a cuestas, siempre según las circunstancias de la vida, en fin, transcurridos muchos años no me puedo quejar de ninguna de mis vivencias pasadas.

Así que estuve muchos días y sobre todo cuando recibía carta de mi familia, esperando la noticia fatídica del cambio de domicilio, no me acuerdo de la fecha exacta pero fue en el mes de Febrero, cuando mi familia se marchó a Cuenca y ocupó como domicilio la casa de mis abuelos que ya habían fallecido en el barrio de los Tiradores, ese era mi nuevo domicilio y que yo no ocuparía hasta últimos de Junio fecha esa que era cuando terminaría la Reválida de Maestría.

Muchos cambios en poco tiempo y eso me desazonaba un poco, pero en fin en ello no mandaba yo, mi padre estaría mejor en su trabajo y para mis hermanos también era infinitamente mejor, aunque mi madre con el tiempo me dijo que echaba de menos el pueblo, pero en fin el cambio sin duda había ido a mejor.

Y yo por Sevilla, la ciudad que vio nacer y acabarse mi juventud, y eso también era un orgullo, por lo menos para mí lo fue y siempre ha sido, un orgullo muy grande y lo digo de verdad porque a estas alturas de la vida así lo pienso, porque tengo lazos de amistad y cariño que no olvidaré mientras viva, muchas veces la tengo y la degusto en mi pensamiento.

144

Estaba terminando el mes de Enero y las últimas fiestas de San Juan Bosco se acercaban, yo ya sabía que eran las últimas que pasaba en el Centro y la verdad es que me daba también un poco de pena, todos esos momentos deliciosos en el alto en el camino los había agradecido inmensamente, sobre todo la comida extra, yo ya no me acuerdo si nos dieron ese año un vaso de vino o no, no estoy seguro, posiblemente esté confundido con la “mili”, en fin si hubiera sido así, tampoco nos habría venido mal.

Ese Enero y en los campeonatos del Colegio de fútbol con motivo de San Juan Bosco, se produjo un hecho curioso y que pudo traer malas consecuencias. Participamos como siempre todas las aulas y mira por donde el cura encargado de Deportes no tuvo otra ocurrencia que dar de trofeo al equipo ganador del campeonato una botella de coñac y encima para más inri de dos litros. Bueno pues ganó el torneo el aula de Torneros y claro lo celebraron arreándole lingotazos al botellón (nunca mejor dicho), la juerga me imagino sería total, y las “castañas” que cogieron también algunos fueron de época, pasando el asunto a mayores, ya que hubo quien lo pasó muy mal, teniendo que llamar a los servicios médicos porque se temían lo peor, sobre todo con dos alumnos. En ese aspecto nuestra aula estaba tranquila nunca ganamos un campeonato, aunque ya éramos de los gallitos por aquel entonces.

Una tarde y en el tiempo de estudio reclusos en nuestras habitaciones, me encontraba yo, leyendo una novela del oeste, que no se quien me había dejado, bueno esto es lo de menos, el caso es que de improviso entró a la habitación, chivado por la ventanita del cristal el cura de turno, y me pilló leyéndola y “pegando tiros a diestro y

siniestro”, claro yo medio “acojonado”, y el empezó a echarme una bronca de muy señor mío, yo no sabía que contestarle en mi defensa, y yo aguantando “que si era un irresponsable”, “que no merecía estar allí?”, que informaría a mis padres”, yo solo supe decirle en mi descargo que las notas las tenía muy buenas y que lo comprobara si quería. Y lo comprobó, vaya que si lo comprobó el de negro, si señor, y me llamó para que fuera a su despacho, y me tranquilizó ya que se dio cuenta que llevaba el curso muy bien y que no tomaría ninguna acción contra mí, pero que no quería que volviera a suceder lo mismo.

La madre que lo parió que susto me dio, ya no volví a leer ninguna novela del oeste ni de otro tema más y creo recordar que era la primera vez que leía una novela en un estudio en todos mis años interno. En fin se me cumplió la “Ley de Murphy” en contra mía, también era casualidad. Llegué a estar un poco harto de las habitaciones individuales, joder con la intimidad que decían que teníamos.

También y ahora que me acuerdo en la dichosa habitación también tuve acompañantes durante todo el curso y casi todas las noches, unos acompañantes diminutos que venían a acompañarme con nocturnidad y alevosía. Cuando apagaba la luz para dormir, al poco tiempo oía un ruido por dentro del armario giratorio, los primeros días estaba un poco mosqueado, ¿que será eso? pronto lo pude comprobar y fue cuando no se conformaron con estar en el armario sino que entraron en la habitación y subirse a mi cama, entonces abrí la luz rápidamente y aun los vi saltar y meterse veloz en el armario, al final los ratones los consideré amigos míos y les dejaba que hicieran lo que quisieran, eso si menos que me comieran la comida que tenía yo almacenada en el armario, ya me busque mis mañas, así que los oía correr por encima de la cama mientras yo intentaba dormir, no me quedaba otra.

El curso funcionaba bien, no tenía muchos problemas al respecto, el único problema mío y de todos en aquellas fechas era que aparte de aprobar todo el curso que era obligatorio, teníamos luego la dichosa reválida, otra vez con el mismo cantar y los mismos nervios que ya los conocía, y claro está mas tiempo reclusos en la Uni, como si no fuéramos ya a llevar bastante.

Así lo que procuré fue repasar con más ahínco todas las asignaturas fuertes, atendiendo a los consejos que nos daban los profesores de los temas que habían venido saliendo en los años anteriores, en fin no quedaba otra, había que esperar a que a suerte nos fuera propicia.

Conforme iban pasando días, veíamos el final de nuestra estancia mas cercano y dentro de la alegría que sentíamos para nuestros adentros, una especie de pena y nostalgia adelantada también la sentía notar, había sido mucho tiempo entre aquel paisaje de edificios, campos de deportes, árboles y jardines, todo llegaría para nuestra alegría y tristeza.

145

Siempre recordaré como dije ya anteriormente las “buenas noches” que nos daba el Director del Colegio, antes de subir al dormitorio, eran palabras sabias sobre todo ya a nuestra edad en que la adolescencia se iba escurriendo entre nuestros dedos, y por encima de todos esa persona era el padre D. Francisco Vázquez, adelantado a aquellos tiempos, que expresaba sabiduría y saber estar con jóvenes, avalado en su conocimiento de estar con ellos en otros colegios salesianos, primero también por su edad un poco mas mayor que nosotros, y comprendía perfectamente nuestros problemas, era un

educador perfecto en aquellos tiempos que pedían libertad tanto tiempo secuestrada, sus consejos fueron siempre encaminados al bien del Colegio y a una perfecta educación de todos nosotros en la cual ya no éramos unos niños y presiento que su función en cualquiera de los sitios donde ejerciera su misión fuera todo lo ejemplar que fue en el Fernando de Herrera.

El curso iba avanzando lentamente peso seguro hacia su final, con la nostalgia de los cursos y años pasados, y pronto llegarían las vacaciones de Semana Santa, las que pude marchar y esta vez pudiendo hacerlo no quise, tenía yo dinero para poder permitírmelo, pero lo puse para fin de curso, ya habría lugar de vivir en la ciudad que por cierto ya conocía por haber vivido parte de mi niñez en ella, aunque algo alejado del centro neurálgico, concretamente en un vivero de Obras Públicas a tres km. de ella.

Me quedaría haciendo compañía a mi amiga la torre, ya que habíamos cogido mucha amistad y que muy pronto nos tendríamos que despedir y esperaba que no fuera para siempre, como así ha sido, una ilusión en mi vida que he cumplido por encima de todo.

Nunca he hablado del salón de actos de la Uni, pues precisamente quiero hablar de ese edificio, allí se celebraban los actos académicos mas relevantes y oficiales, a los cuales no podíamos asistir, claro está, pero si a ciertos actos de los que allí se celebraban como conferencias, proyecciones, etc, .A mi siempre me gustó esa dependencia, tenía un aire señorial, no muy grande de espacio, aunque si lo suficiente para revestir esos actos, aun en día sigue subsistiendo en el tiempo con las mismas funciones la Universidad sevillana de Pablo de Olavide, ha sabido resistir a todos los cambios habidos en los nuevos edificios y dependencias y en las pocas veces que he vuelto a estar después en su interior una especie de nostalgia difícil de explicar ha invadido mi persona.

No estoy muy seguro pero en aquellas fechas posiblemente en Abril o Mayo, se procedió a inaugurar el polideportivo de la Uni, en el que iba en el centro un campo de fútbol de césped y unas pistas reglamentarias para la práctica del atletismo, todo un lujo para los amantes de esas pruebas, sitio donde vimos correr en las pruebas se velocidad de 100 m. lisos al gran atleta Pedro Inglés, que fue mas tarde campeón nacional juvenil y récord de esa prueba con un registro increíble de 10 segundos y 7 décimas.

El citado polideportivo se encontraba a la derecha de la torre en unos terrenos de la Uni, junto a la carretera de Utrera y ya pasó a mejor vida, la dirección de la nueva Universidad, lo clausuró y lo llevó a un lugar donde se encontraba una piscina que nunca estando yo se utilizó, creo por un accidente. Hoy en ese lugar existen unas magníficas instalaciones con un campo de rugby y pistas de tartán.

El progreso nos ha invadido por todos los sitios y ha dejado en el olvido y enterrados todos los recuerdos de miles de universitarios que pasaron por aquellos lugares, pero eso es ley de vida, no lo podemos evitar por mucho que nos pese.

Aun realizamos los de mi aula, ese curso, algunas salidas académicas acompañados de D. Guillermo a varias empresas fábricas de Sevilla y sus alrededores, a mi particularmente me encantaba visitarlas, las consideraba muy instructivas y provechosas, aunque tuviera luego que hacer un extenso trabajo sobre la visita que sería calificado por el profesor. Me acuerdo perfectamente de las realizadas a una fábrica de cementos y otra de vidrio situadas en la carretera de Alcalá de Guadaira y que posiblemente aun sigan estando en producción y en el mismo sitio.

Otra que no me olvidaré a la empresa de productos lácteos de Puleva, con la explicaciones en lo que se refería a la producción de leche pasteurizada, esterilizada, batidos, etc, que aunque ya no me acuerdo por el tiempo pasado, lo que no se me olvidará nunca es la “panzá” que nos dimos en el desayuno que nos obsequiaron al terminar la visita, nos pusimos ciegos a leche, batidos y bollos, yo creo que ya desayuné para todo lo que quedaba de curso.

En otra ocasión y no sé como pudo valerse el profesor de Química para conseguir que la realizáramos y fue a la empresa Nacional de Celulosas, radicada en Huelva, donde tomamos nota y observamos como se obtenía la pasta la celulosa y pasta de papel. Era un día de fiesta completo, la verdad es que fuimos unos afortunados en aquellos años que corrían, no todos tenían esas oportunidades.

146

Pues llegaron las vacaciones de Semana Santa y yo no quise cambiar de opinión, seguí en mis trece y no viajé a Cuenca, si hubiera sido al pueblo si lo habría hecho, sin duda, ya tendría tiempo de acostumbrarme a la ciudad, aunque presentía que también iba a ser poco el tiempo que yo iba a residir en Cuenca, como así fue posteriormente.

Antes que nada y como homenaje a mis conocidos de Sevilla en la avenida de El Greco, a los cual visitaba de cuando en cuando, y que tengo que decir que los he considerado familia siempre, aunque ya José hace unos años que falleció y Carmela se encuentra ingresada en una residencia aquejada de un severo Alzheimer, los he querido siempre y los llevo en mi recuerdo, se portaron muy bien conmigo y eso no se me olvida ni se me olvidará, en fin mi recuerdo cariñoso para ellos.

Esos días de vacaciones y en unión de mi compañero de aula Jesús Aso Val y con unas bicicletas que conseguimos y no se de que forma en el Centro académico, nos marchamos los dos juntos, atravesando Sevilla hacia la localidad de Umbrete, localidad del Aljarafe y famoso pueblo por sus ricos mostos, en busca de nuestro compañero de aula Francisco Santos Gómez y que residía en esa población, aun que me acuerdo muy bien que no lo pudimos encontrar en su domicilio, ni nadie nos pudo decir donde se encontraba, así que marchamos en busca del otro compañero Antonio Domínguez Vela, residente en la población cercana de Bollullos de la Mitación, con el mismo resultado, así que a la vista de lo cual, regresamos a Sevilla con nuestras bicicletas, con un cierto dolor de piernas ya y me acuerdo también que el amigo Aso, puso un ritmo fuerte en el pedaleo y callejeando Sevilla lo perdí, total que llegó antes que yo a la Uni y yo cogí algo de mosqueo sano porque había llegado antes que yo, yo que creía que iba a llegar antes que él, pero fue una aventura divertida y que aun recuerdo con bastante nitidez.

También otro de los días me embarqué en otra aventura ciclista, con otra bicicleta que pudiera ser del Colegio y por la carretera de Utrera que pasaba orilla de los márgenes de la Uni, ni corto ni perezoso me desplazé al pueblo de Utrera, me dí por la localidad unas vueltas y regresé nuevamente a la Uni, el caso era no estarse quieto, ya que el tiempo en la Uni transcurría muy despacio y monotonamente y había que inventarse entretenimientos que hicieran ameno el día.

Esos días teníamos ciertos privilegios tal como usar cuando quisiéramos la piscina olímpica y allí nos zambullíamos horas y horas, ya que en el mes de Abril el tiempo apetecía para ello y también los pocos que allí quedábamos aprovechábamos y cuando teníamos gana, que era la verdad sea dicha pocas veces, meterte en las habitaciones y estudiar los muchos temas que aun no teníamos del todo claros, aunque

la verdad no nos agradaba mucho mas coger un balón y organizar un partido de fútbol a jugarlo en el campo que mas nos gustaba, teníamos todos a nuestra disposición, o en otro caso marchábamos a Sevilla a pasear y tomarnos algún bocadillo de calamares orilla de la calle Sierpes, que seguro que todos aun recordamos el sitio, aunque ya no existe ese bar.

Mi hermandad con la torre aun seguía fraternal, ahora la veía muchas veces mas al día, ya que mi colegio se encontraba mas cercano a ella y la podía observar siempre que quisiera desde los ventanales de los lavabos, eso era una bendición, no me decía nada, sabía que no me había ido y que estaba allí, cumpliendo su función que era la de cuidarme y protegerme aunque ella sabía que esa unión duraría ya poco.

Mientras mi familia seguía en contacto conmigo y me contaban que se encontraban muy bien en su nuevo domicilio en la ciudad de Cuenca, y que tenían gana de que volviera nuevamente para que viera la casa, aunque yo ya la conocía porque en ella habían vivido mis abuelos, pero ya faltaba poco aunque la verdad es que echaría sin duda el pueblo, aunque no fue mucho tiempo, pronto me acostumbre a las comodidades de la capital, pero yo eso aun no lo sabía.

Iba a pasar mis últimos tres meses en la Uni y dentro de la alegría por la finalización de mi internando en Sevilla, que ya me llegaba agobiar hasta ahogarme, por otra parte una nostalgia como nunca había sentido empezaba a vislumbrarse en mi interior, mi tiempo en Sevilla se acababa, se iba marchitando y sentía como un ahogo fundido también por la alegría de marcharme que me temía algo confundido, eran ya muchos meses que había estado al abrigo de aquellos muros de color rojizo

Presentía que esa visión de la Uni, de esos Colegios que habían sido mi casa, me perseguirían por siempre como así fue y será por siempre.

147

Inexorablemente el tiempo se iba deshojando como las hojas de las margaritas, que en esa primavera y la última nos tocaría vivir en Sevilla, esas primaveras que por suerte me tocó vivir en esa ciudad de la luz de las flores y del aroma del jazmín y del azahar. El recinto de la Universidad en aquellos días era un maravilloso vergel, los servicios de la Uni los cuidaban con mimo y por tanto estaba hecho para disfrutarlo y daba gusto recorrer los cuidados jardines de los siete colegios, con solo cruzar enteramente el pasillo central de arriba abajo.

Pero las clases seguían su curso normal, y en lontananza creíamos ver ya aparecer los días deseados de final de curso, aunque algunos ya no sabíamos lo que queríamos, entre ellos me encontraba yo, algo confundido, veía a lo lejos que prontamente algo iba a cambiar en mi vida, y aunque lo deseaba fervientemente, por otra parte y aunque sea repetitivo, algo parecido a un calambre de tristeza recorría mi cuerpo como haciéndome saber que mi juventud que allí había nacido, allí mismo moriría también, serían tanto los recuerdos, que serían muy difícil de olvidarlos.

La actividad académica continuaba y uno no se podía olvidar de ellos, quedaban muchos acontecimientos lectivos que pasar y por lo que se refería a mi enemiga de siempre y por siempre y que fueron las Matemáticas, las llevaba como siempre con notas raspadas, en ese momento del curso con un 6 y quise subirlas como fuera porque un fallo en el examen final y podría tener problemas y por ello aproveché que el

Profesor Sr. Yague pregonó que el lunes preguntaría a un voluntario la demostración matemática de un teorema, para que inmediatamente surgiera la idea de estudiármelo a fondo para salir yo voluntario a la pizarra a pasar por aquel trago. Ese fin de semana no salí a Sevilla, y su trabajo me costó no salir, ya que no era yo de los que perdonaba el salir a darme un paseo por la ciudad. Total, que el domingo me encerré en el aula, yo solo y el dichoso teorema me lo estudié de pe a pa, me lo sabía de memoria, su significado no tanto, pero lo podría haber escrito con los ojos cerrados o recitado sin escribirlo.

Cuando el lunes llegó la clase de Matemáticas, yo estaba pendiente de que nadie se me adelantara y me quitara la opción de subir a la pizarra y así fue, el profesor sacó su cartera e inmediatamente preguntó si había algún voluntario y yo creo que antes que qué dijera para lo que era ya estaba yo alzando la mano.

Cogí la tiza y fui reflejando en la pizarra paso por paso todo el teorema, exactamente como ponía en el libro y exprofesor allí mirándome y callado que era como tenía que estar, que si llega abrir la boca para pedirme alguna explicación, seguro que me había fastidiado. En fin pasé todo el trago, me mandó al pupitre, él se limitó a anotar algo en la lista de notas, aunque yo pensaba que si no era tonto el profesor se había dado cuenta que yo se lo había recitado de memoria, ya que él se hacía muchas veces el tonto, pero de tonto no tenía un pelo.

Yo me quedé mas tranquilo, ya que esa supuesta nota me ayudaría a aprobar las Matemáticas.

Si me gustaban aquellas fechas primaverales era por el gazpacho andaluz que saboreábamos en las horas de la comida, yo era un entusiasmado de ese plato y ahora en la actualidad lo sigo tomando porque mi esposa lo hace casi todos los días y lo tomamos también en la primera comida, bien fresquito y con los mismos ingredientes, nunca he dejado ese hábito, ni quiero dejarlo, es un manjar.

En estos momentos me viene al recuerdo un festival que se celebró por aquellos días en la Iglesia de los Salesianos de la Trinidad, y en el cual participó un conjunto de la Uni, que no recuerdo cual era, y allí nos encaminamos algunos a presenciarlo. El Festival a mi me encantó, la calidad de las canciones fue extraordinaria y pasamos un rato muy bueno. Algunas de las canciones aun las puedo cantar, ya que tengo apuntado el titulo o alguna frase y así no se me olvidan.

Hay momentos de esta vida que no los puedes olvidar, te traen entrañables recuerdos y cuando los rememoras una especie de bendita nostalgia se apodera de tu cuerpo, que es lo que me pasa a mi en estos maravillosos momentos.

148

A esas alturas de curso y después de cinco años conviviendo juntos de colegio en colegio, todos los integrantes ya nos conocíamos como si fuéramos hermanos, constituíamos como si fuera una hermandad, puede ser que la gran mayoría conociéramos el primer apellido de todos los integrantes del Colegio, era normal, muchas y muchas horas en convivencia juntos lo habían conseguido, aunque ya adivinábamos que dentro de muy poco muchos de nosotros escogeríamos caminos distintos, no había otra.

Por esas fechas el profesor de Química y el Director del Colegio ya nos había indicado oficialmente a nuestra aula que el próximo año continuaríamos nuestros

estudios en la Universidad Laboral de Huesca, para realizar el 1º Curso de Ingeniería Técnica Química, siempre claro estaba que aprobáramos el curso y la Reválida y que nosotros deseáramos proseguirlos de esa forma.

Lo más importante en esos momentos era aprobar todo y luego ya veríamos, de todas formas yo como muchos del aula pensábamos lo mismo, lo cual era marcharnos para Huesca a pasar un año más y ya veríamos como se desarrollaba todo después, aún éramos muy jóvenes y había tiempo para todo.

En ese mes de mayo último, aun hubo tiempo para hacer la última visita a una instalación química o que tuviera relación con los estudios que estábamos realizando y siempre al amparo del gran profesor D. Guillermo García, y fue a la fábrica de cervezas de Estrella del Sur enclavada a la salida de Sevilla dirección Madrid. La tengo muy grabada en mi mente y me parece que fue ayer cuando sucedió. La fábrica aun existe y lo he comprobado en algún viaje que he realizado a la ciudad, aunque en los bares la cerveza por preferencia sea la de Cruz Campo, pero la he probado alguna vez y la verdad que también la he encontrado con un buen sabor.

Toda la visita fue muy instructiva, ya que, nuestros conocimientos químicos y de la industria relacionada poseían ya un nivel muy aceptable y no teníamos problema ninguno en seguir todas explicaciones sobre el proceso de la elaboración del dorado y maravilloso líquido y que para mi gusto es el mejor extracto que ha inventado la humanidad, yo desde hace poco, le llamo “lúpulo” y no cerveza debido a los anuncios de “Mahou”, tonterías mías, cada uno tiene sus manías.

A todos nos encantó la visita, que recuerdo que fue por la tarde y no sé la razón de ello, pero que tuvo su momento álgido, cuando después de la visita, nos subieron a un ático que la fábrica tenía y a una sala y nos acomodaron en mesas de a cuatro (esto último lo digo porque estoy viendo fotos en color de ese momento preciso), ya que sino tendría una memoria fuera de lo común) y eso si que no, bueno el caso es que empezaron a sacarnos botellas de un litro de “Cruz del Sur” y casi paran, acompañadas de platos de aperitivos de todas clases y nosotros venga a llenar vasos y vasos de líquido amarillo y con espuma que se derramaba por sus bordes, una pasada, ninguno de los que allí estábamos nos habíamos visto en nada igual, además seguro. Recuerdo ahora que también nos acompañaban en esa visita alumnos de Química de un curso anterior al nuestro, El ambiente se fue calentando y los vapores empezaron a hacer sus efectos, y las risas y el buen ambiente y alguna voz destemplada se dejó notar.

La visita fue muy instructiva si señor, en todos sus aspectos, demasiado diría yo, en fin que salimos de allí supercontentos, superalegres, y de lúpulo hasta las cejas, porque en Mayo, en Sevilla, con ese calor, con esa sed y con ganas de beber líquido amargo y espumoso y como no mas de uno terminó “supercascado”, entre ellos yo por supuesto y era de esperar.

El regreso a la Uni fue mas complicado de lo que podía esperarse, ya que sabíamos que teníamos que volver al Centro por nuestros medios, así que cogimos un autobús en una parada cercana, seguro que asesorados por algún compañero que estuviera mas sobrio, es que si no hubiéramos podido acabar en Córdoba.

También recuerdo que el regreso en autobús, fue en medio de cantares y mas cantares, claro con los sufridos pasajeros del autobús, aguantándonos, aunque yo creo que se lo pasaron bien oyendo nuestro cantares y las paridas y chorradas que salían de nuestras bocas. No olvidaré nunca esos momentos fueron épicos, eso si cuando a otro día me puse a realizar el trabajo sobre la visita, ni encontraba los papeles y mi memoria

no estaba ni al cincuenta por ciento, solo tenía en mi persona un regusto amargo de sabor a “lúpulo”.

Bendito sea ese sabor y benditos sean esos momentos.

149

Del mes de Mayo iban cayendo sus fechas, casi sin enterarnos, entre largos de piscinas, festivales de mayo y concursos, además de Marías Auxiliadoras y toques de sirena, sobre todos estos últimos ya que se nos iba acabando el tiempo de poder oírlos, y nosotros casi sin enterarnos, no nos dábamos cuenta que esos graznidos o berridos del toque de sirena que habíamos escuchado por primera vez hace años, se acabarían y dejarían nuestros oídos, huérfanos de ese sonido que al poco tiempo echaríamos de menos como si nos faltara algo esencial en nuestra vida.

Cuando llegó el día 24 de Mayo, Fiesta de María Auxiliadora, comprendimos que ese día, era el último día de esa fiesta para nosotros en la Universidad Laboral, en aquel Colegio de Fernando de Herrera, seguro que ya no íbamos a disfrutar de un día así en nuestra vida, para mí era como una tradición, unas fechas obligadas de pasar, de unos recuerdos que nunca olvidaría y no porque yo era muy religioso ni mucho menos, solo porque habían quedado muy impregnados en mis sentimientos y en mi ser, y por eso sabía que iban a ser los últimos que celebraría y el tiempo me dio la razón, sin embargo un día y no hace mucho buscando por Internet, encontré el himno de María Auxiliadora y al oírlo un calambrazo saturado de voltios y amperios, recorrió de arriba a bajo mi espina dorsal y una satisfacción se apoderó todo mi cuerpo, cuantas veces la había oído en mi estancia en la Uni, “Y postrados a tus plantas reina y señora, los cristianos te aclaman su Auxiliadora” , dice la letra. La verdad que me gustó escucharla, y allí no le hacía muchos caso cuando yo era mucho mas creyente de lo que lo soy ahora, sin embargo como ya he dicho antes, fue un premio poder encontrarla casi por casualidad.

Me acuerdo en esos días del último mes de Mayo de los momentos que una vez terminada la cena, teníamos un rato de asueto y escuchábamos música por los altavoces sentados cerca de las dependencias del despacho del Director, donde el compañero del aula que desapareció de esta vida, hace poco, q.e.p.d., Gerardo Camarero Pérez, era el encargado de hacer de pinchadiscos y las primeras canciones que ponía eran las de Serrat, con título “Como un gorrión” y “Si la muerte pisa mi huerto”, que recuerdos mas agradables me generan escucharlas nuevamente.

También vienen ahora a mi recuerdo los domingos por la mañana, las exposiciones de libros en la puerta de la residencia del Colegio Bartolomé Esteban Murillo, y que llevaban a cabo algunos alumnos del mismo que estudiaban Peritaje, y cuyo contenido de los mismos, tenían un carácter y sentido político mas bien progresista y creo que no me equivoco, porque lo he corroborado con el antiguo alumno y gran amigo de Cuenca, Modesto Cañas Buendía, que opina lo mismo que yo. Lo digo porque yo sin saber mucho de política en esas fechas, la verdad sea dicha, si sabía diferenciar el tema que trataban esos libros, que no comprendo como se vendían allí a la puerta del colegio, máxime en el tiempo político que aun estábamos viviendo, y que para mí quería decir, o pienso yo eso, que el Director del Colegio que creo que era D. Gabino, daba su aprobación expresa para hacerlo, todo un hombre adelantado a su tiempo y que en la actualidad conserva una placa en la puerta de colegio, que le dedicaron antiguos alumnos en honor a su persona.

Sobre este tema de la política y a pesar del periodo que vivíamos, yo y ya desde la lejanía del tiempo transcurrido, puedo decir que nunca me ví coaccionado por nadie que infundiera en mis ideas, que creo no las tenía entonces, y si hubo alguna poco pudo ser, ya que no me acuerdo de nada absolutamente. Que de mí tampoco me salían también es verdad, no he sentido atracción por la política.

Lo que si y antes que se olvide, tengo que decir para mí una falta grave en la planificación de los estudios de aquellos centros en esas fechas, era la falta de de un idioma, sobre todo el ingles, ¿es que nadie se dio cuenta de eso en aquel tiempo?, o es que se creían que no íbamos nunca a ser europeos, esa falta la he echado de menos siempre, ya que habría tenido que ser una asignatura importante dentro del conjunto y no las de relleno como la Formación del Espíritu Nacional y la Religión, (esto es un comentario particularmente mío, que nadie se ofenda, pero así opino yo). Y que conste que no por eso no las estudiaba y sacaba buenas notas, bueno perdón en la F.E.N. no tan buenas, claro no les prestaba atención ninguna, no entendía nada o no quería entender.

Si hubiéramos tenido esa asignatura de inglés los cinco años de estancia habríamos cogido una buena base en ese idioma que tanta falta hace en estos tiempos que vivimos, en fin ya no se puede volver atrás.

150

Los exámenes finales del mes de Junio habían terminado, eran ya los últimos exámenes en nuestra historia anónima en la Uni, ya no volveríamos a pasar por ningunos mas, (los de reválida eran otra historia), si no echo las cuentas mal, habían sido cuarenta y cinco exámenes mensuales con un total de cuatrocientos cinco exámenes parciales, una burrada, cuatrocientas cinco crisis nerviosas, cuatrocientas cinco notas parciales en las que esperando la nota conseguida, tuvimos durante unos segundos el corazón encogido como una esponja, esperando saber el resultado para seguir latiendo otra vez hasta la próxima. Debemos tener todos los que por allí pasamos y a estas alturas de nuestra vida el corazón como la máquina mas perfecta que haya existido, después de tantos momentos convulsos, en los que te la jugabas a cada instante, sino tendríamos arritmias por doquier, cardiopatías adquiridas en aquellos colegios y aquellas aulas que eran todas iguales, todas se parecían como hermanas gemelas, pues logramos salir de aquello, algunos claro está, vivos y coleando de aquellas residencias también todas iguales, que masacraron nuestras inocencias juveniles y de las cuales salimos vivos y triunfando, con muchos esfuerzos y eso solo lo sabe Dios, si hay, que debe haberlo y nosotros mismos, porque sino esta vida no tendría sentido, porque fueron miles de horas quemadas en aquellas aulas en las que solo veíamos a nuestro alrededor aulas y mas aulas y lo que no eran aulas, también se le parecían a aulas.

Fueron muchos años, muchos meses y muchos días en que pateamos toda la inmensa extensión de la Uni, yendo a las aulas, a los inmensos talleres, a los laboratorios, a los campos de deportes, a los comedores, subiendo a los dormitorios, que no nos regalaron nada, no lo tuvimos que currar, primero enterrando allí nuestra juventud en los internados larguísimos de cada curso que permanecimos allí, pero que al final salimos por la puerta grande de la plaza de los autobuses, habiendo conseguido lo que nos habíamos propuesto, los títulos que te capacitaban ya para ejercer una profesión o seguir estudiando otras ramas.

Y dentro del nosotros el orgullo que cada uno sentía en su interior, un orgullo que valía una vida, un orgullo que estaba lleno de sacrificios, pero asimismo con la conciencia tranquila, de haber hecho todo lo que habíamos hecho dentro de nuestras posibilidades y con la inmensa suerte de haber aprovechado todo lo que se nos pedía, desde un principio, que era el sacar provecho de una beca que se nos concedía para nuestro bien.

A partir de esos días, y también cuando fueran pasando mas días, experimentaríamos, la alegría de ser unos alumnos que habían pasado por las dependencias de la Universidad Laboral de Sevilla, sabiendo que quién habían confiado en nosotros, no los habíamos defraudado y que una huella que ya no se podría borrar, quedaría intacta en los archivos físicos de ese Centro y también en los archivos ficticios que allí también quedaban.

Solo nos quedaba el tiempo de permanecer en la Uni hasta que fueran las pruebas de la Reválida, otro trago y grande que había que pasar por fuerza, nuestras fuerzas psíquicas, estaban ya a punto de agotarse, toda la fuerza que nos quedaba era la de una inercia que estaba también ya en punto tojo y a llímite, pero había que resistir y seguir estudiando y dejarnos el alma en cada jornada y en cada examen que faltaba por hacer.

Me viene a la memoria de esas fechas, que al atardecer, nos marchábamos andando al barrio de Torreblanca situado en los extrarradios de Sevilla, muy cerca del río Guadaira, a ver las películas que proyectaban en un cine de verano allí en aquella humilde barriada de Sevilla, y luego recuerdo con mucha nostalgia que me encantaba volver a la Uni, con el reflejo de la luna llena que inundaba nuestro ojos, con una claridad como si fuera de día, asemejando a una Sevilla en pleno mediodía y que hubiera sido tapada por una nube muy negra, maravilloso el paseo de vuelta a la Uni, me acordaré siempre, y me acordaré de tantos momentos maravillosos de esos días que pasé en aquellos edificios que contemplaba a lo lejos y que se iban acercando a mi cada paso que daba, eso solo lo podemos decir y con un profundo orgullo los que allí hemos tenido la honra de gastar nuestra juventud, y eso fue un regalo de Dios, por supuesto que sí. Alguno de nosotros no podrá pensar lo mismo, pero le respeto por supuesto su opinión, pero yo tuve la mejor juventud que podía haber pensado antes de empezarla, un regalo, donde conocí a grandes amigos que hoy son un tesoro

151

Este capítulo de esta modesta historia anónima que pudiera ser de cualquiera de nosotros, va dedicada a un profesor de la Universidad Laboral, y que se llama D. Guillermo García Ramos, y digo se llama, porque aunque ya falleció hace pocos años, para mi existe en mi memoria como si no hubiera desaparecido ni desaparecerá nunca, su memoria existirá en mi recuerdo mientras yo viva.

La verdad es que fue para mí un gran profesor, de Química para mas datos y no solo para mí, sino para todos los alumnos de mi aula a los que he preguntado o ha salido este tema de discusión o intercambio de impresiones sobre nuestra vida universitaria.

Era una eminencia, en el estudio de esa asignatura a la que dedicaba su alma y todo su trabajo, gran enamorado de la Química Orgánica e Inorgánica, un gran profesional y un trabajador incansable y que daba todo lo que había en él para que nadie de sus alumnos terminara la clase sin haber tenido todos los conceptos muy claros.

Fue D. Guillermo profesor de Química durante todos los años que permanecimos en la Universidad Laboral de Sevilla, admirado y querido por todos los alumnos que lo conocimos, muy serio en su trabajo y que hizo que nos gustara su asignatura a la que él amaba con todas sus fuerzas, se le notaba desde la primera palabra hasta la última y cada una y múltiples clases que tuvimos a lo largo de los cursos con él, asemejaban a clases magistrales, ponía en cada clase su alma para que todo el mundo la comprendiera y estaba siempre dispuesto para explicar cada tema y problema mil veces si hubiera hecho falta, él lo que no quería que al terminar la clase es que nadie tuviera la más mínima duda.

Sin duda que en nuestro recuerdo todos lo que estuvimos con él, guardaremos en un lugar privilegiado sus enseñanzas y su cariño hacia nosotros, su aula de químicos y que puedo decir de verdad, que si alguien con él no aprendió Química de verdad, fue porque no quiso.

Una mañana de un viaje que hice con mi esposa a Sevilla, pasé a visitarlo al barrio de los Remedios, concretamente a la calle Virgen de la Fuensanta, allí nos recibió con todo el cariño del mundo y aunque ya no me conocía debido a su avanzada edad y a los largos años ya transcurridos, si se acordaba de su querida aula de Química y de su querida también Universidad Laboral de Sevilla.

Además de llevarse una alegría inmensa y también por el motivo de que un antiguo alumno se hubiera dignado hacerle una visita a su domicilio, no sabía como agradecerme, buscó recuerdos y me entregó fotos en color de la visita a la fábrica de cervezas de Estrella del Sur, que en algún capítulo atrás he hablado, así como también me entregó una cartulina con el nombre de todos los alumnos de Químicos nuestra y con el detalle de todas las notas que había obtenido cada uno en el transcurso de un año, escritas de su puño y letra.

Pocos años más tarde y en una nueva visita a Sevilla, dio la casualidad de que esa misma tarde que llegué, leí el periódico y me enteré en un artículo que había fallecido el ilustre profesor, y que lo enterraban esa misma tarde, pero por distintas circunstancias no pude asistir al mismo y bien que lo sentí, lo digo de corazón.

Gran profesor, gran químico y sobre todo una gran persona, que Dios lo tenga en su gloria, solo por los sacrificios que tuvo con nosotros sus alumnos, se lo merece de todas a todas.

Un abrazo D. Guillermo de todos los que fueron sus alumnos, en donde quiera que esté, nosotros no lo olvidaremos nunca.

152

La mayoría del alumnado de la Universidad Laboral ya se había marchado para sus hogares, habían terminado el Curso, aun quedábamos allí los que debíamos examinarnos de la Reválida de Oficialía y Maestría, y el tiempo lo matábamos de diversas maneras, estudiando y eso era un decir, estábamos ya hartos en esas fechas de tanto estudiar y venga estudiar y vagábamos por el éter y en nuestro mundo que nosotros mismos nos creábamos. Solo queríamos que pasaran ya las pruebas de la jodida reválida y recuperar nuestra libertad que ya la sentíamos muy cerca.

Pero aparte de recuperar esa ansiada libertad, perderíamos muchas amistades que marcharían por otros rumbos y que habían convivido con muchos de nosotros en cinco años largos de convivencia, de colegio en colegio y de ir dejando en cada curso parte de

nuestra juventud adherida a las paredes de nuestros colegios, de haber oído todos los días los mismos cantos de sirena, de haber despertado también siempre a la misma hora con un lamento estremecedor que te volvía a la realidad en lo mejor de tus felices sueños.

Al ganar esa libertad, también perderíamos muchos momentos que pasamos juntos esos amigos que se desperdigarían por múltiples lugares de la geografía nacional y quien sabe si se podrían juntar otra vez, la verdad que era difícil.

Llegaron las pruebas de la reválida y empezaron las jornadas de nervios y de tensión que se iban acumulando en las aulas donde se llevarían a cabo los exámenes y en los talleres y en los laboratorios, donde se harían las pruebas prácticas.

Todo estaba terminando, el que mas y el que menos ya sabía casi con seguridad si las pruebas habían sido satisfactorias o no, solo faltaba ya el certificado que lo expresara y el fin de la existencia en las dependencias de la Uni, habría acabado para cada uno de nosotros.

Ese día pleno de alegría para todos, fue cambiando según se iba poniendo el sol por el horizonte, una especie de vaho hacía que el ambiente se volviera opaco, aquello que había sido nuestra casa la teníamos que dejar atrás, como un hito en nuestra vida, ahora vendrían otros tiempos y otras vivencias y no sabíamos adivinar con que signo vendrían acompañadas, lo que sí sabíamos es que nuestras andanzas allí habían terminado y tendríamos que olvidar los malos ratos pasados, las alegrías que también nos había deparado nuestra estancia, en fin una historia que solo nosotros sabíamos con exactitud y que ahora calibrábamos si había sido bien empleada.

Todos los de mi aula nos íbamos despidiendo con un abrazo muy fuerte, acompañados de nuestras maletas, que ya no eran las mismas que portábamos en nuestra pequeña mano, cuando ingresamos plenos de niñez en aquel Centro que nos parecía inmenso y que nos daba la sensación de ser como unas hormigas en todo su basto entorno. Como habíamos crecido desde aquel día lejano, algunos mas que otros por supuesto, pero seguro que todos también teníamos un nudo en la garganta, porque mucho que aquello que observaba nuestra vista en ese momento y que parecía que no iba con nosotros, al pasar el tiempo se convertiría en un lugar de veneración y que al cabo de muchos años cuando volviéramos a visitar la Universidad, nuevamente al cabo de muchos años, ese mismo nudo en la garganta volvería a aparecernos de improviso, no dejándonos respirar entonces y toda nuestra juventud que allí había quedado comprimida en un frasco lacrado, volvería a salir al éter a desparramarse y nuevamente recordaríamos uno por uno todos los instantes, todos, absolutamente todos sin excepción, esos recuerdos que nos perdurarán en esta vida y en la otra si hubiera, y esto no lo digo yo ahora, porque me lo invento, sino que me lo han relatado también que lo sintieron muchos al volver a la Uni a lo largo de su vida

Y sin embargo eran todos abrazos muy fuertes, con todos no solo los de nuestra aula, todos los que nos marchábamos, era una amistad fraternal de muchos años juntos, con la misma ilusión e idénticas miras en el futuro.

Teníamos que dejar atrás nuestra Universidad Laboral, había sido un paso en nuestra vida, donde gracias a Dios, habíamos conseguido una educación correctísima, que muchos que no habían tenido la suerte de estar en un internado de esas características no poseían por supuesto, y de eso tenían la culpa las personas que se encargaron de inculcarla, principalmente los coadjutores de los colegios y los

profesores, un abrazo profundo para ellos y en nombre de todos los alumnos que por allí pasaron y nos hicimos hombres.

153

Definitivamente nos despedíamos ya de la Uni, el año siguiente seguiría despidiendo a más de sus moradores, como una cadena que nunca jamás se rompería, ahora nos tocaba a nosotros, aquellos que ingresamos en octubre 1.965, aquellos que en esas fechas éramos unos niños, decíamos adiós dejando toda nuestra adolescencia amarrada a ese lugar que nunca olvidaríamos y que ahora entre risas, alegrías, y como no también con tristeza y llantos escondidos también despedíamos.

Cuando subí al autobús para emprender mi último viaje, mis piernas no me dejaban moverme, yo seguía en la plaza de los autobuses fijo como un témpano de hielo o como si fuera una estatua de sal, miré a mi alrededor y a pesar de que estaba venciendo la noche al día, miles de ojos me observaban, eran las ventanas de los colegios, de las aulas, las ventanas del rectorado, y como no las ventanas de la torre, que a mí me siguieron pareciendo a ojos ya sin vida, en los que ya no había ni una lágrima por derramar, la miré fijamente y en ese momento sonó un débil trueno y retumbó en la plaza, e hizo que cayeran unas gotas de lluvia que se deslizaron por las cuatro paredes de la torre de la Uni, en ese momento yo la miré fijamente y observé que de sus pequeñas ventanitas rebosaban grandes lágrimas acompañadas de pequeños relámpagos que emergían de sus ojos. Era su forma de despedirse de mí.

No sé cuanto tiempo estuve mirando a mi torre, no sé cuanto duraron esos segundos que yo nunca quise que terminaran, yo hubiese querido que duraran siglos, pero cuando el autobús enfiló la carretera que marcaba la salida de la Uni, en ese momento, fue cuando me sentí solo y huérfano y desde la torre solitaria observé unos guiños de luz en sus ventanas, y unos pequeños relámpagos que me decían y nos decían adiós, eran una despedida que tenía solo un sabor como un hasta siempre.

En ese momento un juramento quedó grabado en mí, y que compartimos la torre y yo, ella como capitana de la Universidad Laboral de Sevilla y yo como su amigo del alma, la que me había cuidado durante toda mi juventud y yo el que me había dejado cuidar y fue un acuerdo tácito y no hicieron falta escrituras, porque prometí que volvería a ese lugar sagrado para mí, muchas veces, todas las que pudiera y así ha sido, creo que he cumplido con exactitud, porque siempre, siempre la he tenido en mi memoria, siempre en sus pensamientos, siempre como si fuera un ser divino de carne y hueso y eso solo lo sabemos ella y yo.

El autobús bajaba por la recta antes de salir a la Uni y a la derecha se observaban escasas luces en el recinto universitario que al día siguiente se encontraría vacío, y yo con la cabeza volviendo atrás y viendo al mismo tiempo la torre y toda la extensión del Centro que me vio crecer, hasta que la perdí de vista cuando el autobús tomó la carretera en dirección a Sevilla, en ese momento supe que había dejado de ser alumno de la Universidad Laboral, que otra vida empezaba y que la echaría mucho de menos, miento, ya la estaba empezando a echar, habían sido muchos días, meses y años, no era fácil asimilarlo y desde ese momento la alegría que sentía por haber terminado el curso con aprovechamiento y la reválida también felizmente terminada, mi alma se fundió y amalgamó en un estado febril, que yo asimilaba perfectamente, estaba en una especie de levitación que no me dejaba pensar.

Cuando volví la vista atrás a mi espalda todo era negritud y oscuridad, no se veía absolutamente nada, todo había desaparecido, como si nunca hubiera existido, solo el

ruido del autobús deslizándose por unas calles mal iluminadas me sacó de mis pensamientos, y el silencio que ya reinaba dentro del vehículo fue como el presagio y la veracidad que lo que me pasaba no era un sueño, era la realidad misma.

También mi Sevilla me iba abandonar, esa ciudad preciosa que me había ganado y al mismo tiempo embriagado, me alejaba cada vez mas de ella, no sé cuando tendría nuevamente la oportunidad de pisar sus calles y de sentir sus olores que desprendían sus patios, pero algún día sería nuevamente, me lo prometía en mi interior y por supuesto lo cumpliría, como así fue.

Me marchaba para la ciudad de Cuenca, donde mi familia tenía su nuevo domicilio, y el mío desde entonces, me tendría que olvidar desde ese momento de los buenos y menos buenos momentos vividos hasta entonces y pensar en mi futuro cercano y que era marcharme nuevamente a proseguir los estudios a la Universidad Laboral en Huesca, nuevamente interno y otra vez con la misma vida que había llevado hasta ese momento, para esperar lo que el destino me deparara.

Pero eso ya es otra historia y es mejor casi olvidarla.

154

Pasados ya muchísimos años más, con la experiencia que da la vida, puedo decir con toda sinceridad, que aquellos fueron unos años inolvidables en mi existencia, siempre he estado en contacto con esos años de mi juventud, me han acompañado siempre y por supuesto no los he olvidado y aunque quisiera no podría, también dejé unos grandes amigos que siguieron sus vidas por distintos derroteros y que en años posteriores las unimos nuevamente para formar una gran familia con la mayoría de ellos. Eso es y sigue siendo una bendición de Dios, y en esta tercera edad que ya empezamos a vivir y a disfrutar, una vez al año y que nos unimos todos para pasar unos días maravillosos y esto sé porque me lo han contado algunos de otras aulas que están haciendo lo mismo que nosotros hacemos, el aula de Químicos de la Universidad Laboral de Sevilla, y que dejamos unos lazos de amistad que han vuelto a atarse para siempre.

Como muestra de mi amor y mi recuerdo a la Uni, tengo que decir y no me da vergüenza ninguna el publicarlo que en mi casa donde resido en la población valenciana de Puerto de Sagunto, en las paredes del salón comedor, tengo un cuadro grande y pintado por mí a escala de una foto aérea de la Universidad Laboral, encima del sofá principal y en una pared lateral ocho láminas encuadradas escogidas de las que hicimos en las clases de Dibujo, como si fuera un museo, en fin cada uno tiene sus manías, así que siempre he tenido en mi pensamiento ese Centro donde quemamos nuestra juventud y lo recuerdo claro está tocos los días, solo con pasar la vista por las paredes.

Además y como homenaje a mi gran amigo de la Laboral, Enrique Aguilar García, puesta enfrente de mi y sujeta con un alfiler en la pared del escritorio donde estoy terminando estas memorias, una estampa ya bastante deteriorada de María Auxiliadora que me regaló hace ya muchos años cuando lo visité en su domicilio de Madrid.

Hasta pasados quince años no volví a pisar el recinto de la Universidad Laboral de Sevilla, entonces llamado Centro de Enseñanzas Integradas, lo hice con mi familia ya que entonces éramos y seguimos siendo cuatro, muchos años habían pasado, demasiados diría yo, pero en fin allí estaba yo otra vez, con una emoción que me

embargaba y me superaba, llegué con mi modesto coche y serví de cicerone a mi familia, no pudiendo algunas veces articular palabra porque no me salían de la emoción que sentía. Noté todo como muy descuidado, y me dolió mucho, todo el conjunto se encontraba en sus horas bajas, la ruina empezaba a adueñarse a el y eso a mi me dolía mucho, no sé lo que podría pasar en un futuro cercano.

Todos esos momentos los viví intensamente en compañía de mi familia, preguntándome miles de cosas y yo inmenso de dicha les fui contestando todas porque las recordaba como si fuera ayer cuando habían pasado.

Cuando pasé por la Torre, la miré a sus ojos y ella me miró a ami, estoy seguro de ello, infinitamente seguro y todas las ventanas que eran sus ojos se iluminaron, que gozo, aun se acordaba de mi, yo no dije nada porque si no mi familia me habría tomado como un loco, pero en esos momentos sentí que mi felicidad era completa.

En el año 1.992, con motivo de la celebración de la EXPO, volvimos nuevamente toda mi familia a Sevilla, y como no visitamos la Uni y sentí las mismas emociones que había sentido siete años antes.

A partir de ese año, he vuelto muchas veces más y siempre he visitado su espacio, que es espacio sagrado para mí, y la he contemplado ya rejuvenecida, le han lavado la cara y la han convertido en nueva Universidad, en la que le han quitado el titulo de Laboral, convirtiéndola en la Universidad Pablo de Olavide, donde se estudian diversas carreras universitarias, aunque para mi y sé que para muchos de nosotros será para siempre la Universidad Laboral de Sevilla, aquella que acogió a infinidad de hijos de trabajadores y que gracias a ello, pudieron tener una oportunidad de una mejor educación y un puesto en la sociedad y en la industria.

He vuelto a pisar muchos años mas sus calles, sus colegios a los que les han usurpado su nombre antiguo, me da lo mismo porque me los sé de memoria y para mi siempre serán los originales, pero no me podrán quitar los años maravillosos que pasé correteando por su campos de deportes y desgastando las páginas de los libros de textos en las aulas, ni tampoco los muchísimos amigos que allí conocí y de los cuales conservo una maravillosa amistad.

Y cuando vuelvo a Sevilla, experimento en mí una ilusión que no puedo explicar a nadie, porque nadie me entiende, me entiendo yo y con eso me basta y solo con eso soy inmensamente feliz.

Espero que estas páginas que están escritas muchas veces más con el corazón que con la pluma, no hayan molestado a nadie, sino todo lo contrario, han sido un placer para mi y que aunque seguro se han quedado muchas cosas en el tintero, espero sabréis perdonarme.

FIN

Sagunto, 30 de Julio de 2.016

Vicente Angulo del Rey

(Sevilla 1-10-1.965 a 22 de Junio de 1.970)

Con estos 154 capítulos he terminado de escribir “La historia anónima de un laboral”, en el que creo que en muchos momentos os habréis visto retratados mas de una vez, fueron muchísimas las vivencias que pasamos juntos, así como tristezas y alegrías que nunca olvidaremos.

Siento si alguna vez no habéis compartido conmigo las mismas ideas y sentimientos, pero en lo general pienso que sí, y que todos los que por allí pasamos, a estas alturas de nuestra vida y si volvemos la vista atrás, notaremos que un pequeño escalofrío recorrerá nuestra espina dorsal, cuando volvamos en nuestro recuerdo a degustar cualquier momento de nuestra estancia en la Universidad Laboral de Sevilla.

Vicente Angulo del Rey